



ORHAN PAMUK

PREMIO NOBEL DE LITERATURA

La mujer del pelo rojo

LITERATURA RANDOM HOUSE

A las afueras del Estambul de 1985, un maestro pocero y su joven aprendiz son contratados para encontrar agua en una llanura estéril. Mientras excavan sin suerte metro a metro, nace entre ellos un vínculo casi paterno-filial, una dependencia mutua que se verá alterada cuando el adolescente se enamora perdidamente de una misteriosa mujer de pelo rojo: un primer amor que marcará el resto de sus días.

El viaje de este joven hacia la edad adulta se acompasa al de una Turquía que ha ido transformándose irreversiblemente, y le sirve a Orhan Pamuk para regresar a los temas que han dominado una buena parte de su obra. En esta mezcla de fábula, relato mitológico y tragedia contemporánea, el autor vuelve a poner frente a frente las culturas de Occidente y Oriente explorando dos de sus mitos fundacionales: el *Edipo Rey* de Sófocles y la historia de Rostam y Sohrab, inmortalizada por el poeta persa Ferdousí en la epopeya del *Shahnameh* o *Libro de los Reyes*. Ambas tragedias discurren por debajo de una trama absorbente, en una novela de ideas que profundiza, entre otros temas, en la familia y la figura paterna, reafirmando al premio Nobel como uno de los grandes escritores de nuestra época.

ORHAN PAMUK

La mujer del pelo rojo



 **CARLOSGRAPHIC**
EDITORIAL

Título original: *Kırmızı Saçlı Kadın*
© 2016, Orhan Pamuk

Penguin Random House Grupo Editorial
Travessera de Gràcia
47-49. 08021 Barcelona

Edición digital: © Carlosgraphic

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Para Aslı

¡Edipo, asesino de su padre, esposo de su madre; Edipo, solucionador del enigma de la Esfinge! ¿Qué nos dice la misteriosa trinidad de estos actos fatales? Hay una antiquísima creencia popular, especialmente persa, según la cual un mago sabio solo puede nacer de un incesto.

NIETZSCHE,
El nacimiento de la tragedia

EDIPO: ¿Dónde podrá encontrarse la huella de una antigua culpa?
SÓFOCLES, *Edipo Rey*

Igual que a un hijo sin padre, nadie abraza a un padre sin hijo.
FERDOUSÍ, *Shahnameh*

PRIMERA PARTE

1

Yo, en realidad, quería ser escritor. Pero, a raíz de los hechos que voy a contar, me hice ingeniero geólogo y contratista. Que no se piensen mis lectores que, como ahora estoy narrando esta historia, esos hechos ya han concluido y quedan lejos en el pasado. Cuanto más lo recuerdo, más me sumerjo en lo que he vivido. Por esta misma razón presiento que el torbellino de misterios de ser padre y ser hijo va a arrastraros, tras de mí, a vosotros también.

Año 1985. Vivíamos en un piso en la parte de atrás de Beşiktaş, cerca del palacete de Ihlamur. Mi padre regentaba una farmacia pequeña que se llamaba Hayat. Una vez a la semana, la farmacia permanecía abierta durante la noche, y a mi padre le tocaba hacer guardia. Y esas noches era yo el que le llevaba la cena. Mi padre, alto, delgado y apuesto, se ponía a cenar junto a la caja registradora y, mientras, me gustaba quedarme allí respirando el olor de los medicamentos. Hoy, treinta años después, a mis cuarenta y cinco, sigue encantándome el aroma de las viejas farmacias con armaritos de madera.

La farmacia Hayat no tenía demasiados clientes. Las noches que estaba de guardia, mi padre solía matar el tiempo con una de esas televisiones pequeñas portátiles que, por aquel entonces, se habían puesto de moda. A veces también me lo encontraba charlando en voz baja con los amigos que se pasaban a verlo. En cuanto me veían llegar, sus amigos de politiquero cambiaban de tema, me decían que era tan guapo y simpático como mi padre y me preguntaban cosas: ¿A qué curso iba? ¿Me gustaba el colegio? ¿Qué quería ser de mayor?

Yo, por mi parte, notaba a mi padre intranquilo en presencia de esos

amigos, por lo que no solía quedarme demasiado; recogía la tartera vacía y me volvía a casa dando un paseo bajo los plátanos y la pálida luz de las farolas. Ya en casa, evitaba contarle a mi madre que en la farmacia estaban algunos de los compañeros de política de mi padre. Porque entonces ella se preocupaba pensando que el hombre iba a volver a meterse en líos o a abandonarnos otra vez de improviso, y se ponía furiosa con él y con sus amistades.

No obstante, yo era consciente de que la política no constituía el único detonante de las peleas silenciosas de mis padres. De vez en cuando, se pasaban buenas temporadas enfadados sin apenas dirigirse la palabra. Y puede que no se quisieran. Yo intuía que mi padre quería a otras mujeres, y que muchas otras mujeres lo querían a él. A veces mi madre hablaba de otra mujer que había por ahí, y lo hacía además de modo que yo me enterara. Las peleas de mis padres me ponían verdaderamente triste, razón por la cual me había prohibido a mí mismo pensar en ellas.

La última vez que vi a mi padre fue en la farmacia, una noche en que le llevé la cena. Era una noche de otoño cualquiera, yo estaba en primero de instituto. Mi padre estaba viendo las noticias de la tele. Mientras él se tomaba la cena, que había dispuesto sobre el mostrador, yo atendí a dos clientes que pidieron, uno, aspirinas, y el otro, vitamina C y antibióticos, y guardé el dinero en la caja registradora, que se abría con el alegre tintineo de una campanilla. Al emprender la vuelta a casa, le lancé a mi padre una última mirada; él me despidió desde la puerta agitando la mano y sonriendo.

Al parecer, a la mañana siguiente mi padre no había regresado a casa. Me lo contó mi madre por la tarde, cuando volví de clase. Tenía los párpados hinchados, había estado llorando. Se me ocurrió que lo habrían detenido en el trabajo y se lo habrían llevado los de Asuntos Políticos, como ya había pasado antes. Allí lo torturarían, le fustigarían los pies, le aplicarían descargas eléctricas.

Unos siete u ocho años atrás, el hombre había desaparecido de la misma forma y había regresado a casa al cabo de un par de años. Pero en esta ocasión mi madre no reaccionó como si en efecto lo estuvieran interrogando y torturando en comisaría. Estaba furiosa. «¡Él sabrá lo que ha hecho!», dijo refiriéndose a mi padre.

Aquella noche en que los soldados se lo llevaron de la farmacia, justo después del golpe militar, mi madre sí que lo había sentido profundamente; había dicho que mi padre era un héroe, que debía estar orgulloso de él, y se había encargado ella misma de las guardias de la farmacia junto con Macit, el mancebo. Yo a veces me ponía la bata blanca de Macit. Claro que yo de mayor no iba a ser mancebo de farmacia, sino científico, como quería mi padre.

Sin embargo, tras esta última desaparición, mi madre no se preocupó lo más mínimo por la farmacia. No mencionó a Macit ni a ningún otro ayudante, ni tampoco dijo qué iba a pasar con el negocio. En esta ocasión mi padre había desaparecido por otro motivo, o eso al menos me hacían pensar las circunstancias. Aunque, al fin y al cabo, ¿qué era eso a lo que llamamos pensar?

Ya por aquel entonces había comprendido que los pensamientos, unas veces, nos vienen a la mente con palabras, y otras con imágenes. En ocasiones era incapaz de pensar en algo mediante palabras... Sin embargo, la imagen de esa cosa se me aparecía de repente ante los ojos; por ejemplo, me veía a mí mismo corriendo bajo una fuerte lluvia y veía incluso lo que sentía en ese momento. Y en ocasiones sí que podía pensar en algo mediante palabras, pero me era imposible verlo en forma de imagen: como la luz negra, como la muerte de mi madre, o como el infinito.

Quizá también fuera porque todavía no era más que un niño: a veces conseguía no pensar en temas que no quería. Y otras veces pasaba al revés, que era incapaz de sacarme de la cabeza una imagen o una palabra en la que no quería pensar.

Mi padre se pasó mucho tiempo sin llamarnos. Había momentos en que no conseguía acordarme de su cara. Y entonces sentía como si de pronto hubieran saltado los plomos y todo cuanto me rodeaba se esfumara.

Una noche me fui solo dando un paseo en dirección al palacete de Ihlamur. La farmacia Hayat tenía la reja echada, asegurada con un candado negro, como si ya no fuera a abrir jamás. Una neblina llegaba desde el jardín del palacete.

No había pasado mucho tiempo cuando mi madre anunció que no había que esperar nada de mi padre ni de la farmacia, y que nuestra situación

económica era mala. Yo no gastaba más que en el cine, en mis bocadillos de carne y en mis novelas ilustradas. Solía ir caminando tanto a la ida como a la vuelta de casa al instituto de Kabataş. Y tenía amigos que se dedicaban a comprar, vender y prestar números viejos de esas novelas. Pero yo no quería pasarme los fines de semana como ellos, aguardando pacientemente a posibles clientes en las callejuelas y en las puertas de los cines de Beşiktaş.

El verano de 1985 lo pasé trabajando en la tienda de un librero que se llamaba Deniz, en el mercado mismo de Beşiktaş. Una parte importante de mi trabajo consistía en echar a los ladrones de libros, en su gran mayoría estudiantes. De vez en cuando también íbamos con el coche de Deniz a comprar libros al barrio de Çağaloğlu. Yo siempre me acordaba de los nombres de los escritores y de las editoriales, y mi jefe, consciente de ello, fue cogiéndome cariño y me dejaba llevarme libros y devolvérselos cuando los hubiera leído. Ese verano leí una barbaridad: novelas infantiles, *Viaje al centro de la Tierra* de Julio Verne, una selección de cuentos de Edgar Allan Poe, libros de poesía, novelas históricas que narraban las aventuras de los guerreros otomanos, y también una antología sobre los sueños. Uno de los relatos de esta última iba a cambiar mi vida por completo.

Los amigos escritores de Deniz el librero venían a veces a la tienda. Cuando me los presentaba, el jefe empezó a decir que yo, en el futuro, iba a ser escritor. Ese era en verdad un sueño que yo tenía y que le había revelado a él de forma un tanto imprudente. Y al cabo de no mucho, influido por él, empecé a tomármelo en serio.

2

Mi madre, sin embargo, no estaba contenta con el sueldo que me pagaba el librero. Lo que cobraba en la tienda debía dar, por lo menos, para cubrir los gastos de la academia de acceso a la universidad. Tras la desaparición de mi padre, mi madre y yo nos hicimos buenos amigos. Aunque, cuando decidí que quería ser escritor, reaccionó riéndose como si fuera un chiste. Lo primero era entrar en una buena universidad.

Un día, al volver de clase, me dio por husmear en el armario y en los cajones de la habitación de mis padres, y descubrí que las camisas y las cosas de mi padre se habían esfumado. Aunque su colonia y el tabaco seguían allí. No hablaba nunca de él con mi madre y, de algún modo, la fotografía suya que tenía en la cabeza se estaba desvaneciendo a toda prisa.

Después de terminar segundo de instituto, a comienzos de verano, nos mudamos de Estambul a Gebze. El plan era vivir sin pagar alquiler en el anexo de la casa ajardinada que tenía allí mi tío. El hombre, además, iba a darme trabajo, y si durante la primera mitad del verano conseguía ahorrar lo suficiente, después de julio podría volver a trabajar en la librería de Deniz, en Beşiktaş, y entrar igualmente en la famosa academia para preparar el examen de acceso a la universidad del año siguiente. El jefe Deniz, que sabía que no me hacía gracia abandonar Beşiktaş, me propuso quedarme en verano a dormir por las noches en la librería.

El trabajo que me ofreció mi tío consistía en vigilar la huerta y el campo de cerezos y melocotoneros que poseía en las afueras de Gebze. En la huerta había visto una mesa vieja debajo de una pérgola y había pensado que iba a tener mucho tiempo para sentarme allí a leer, pero me equivocaba. Era

temporada de cerezas; los cuervos, rebeldes y escandalosos, atacaban las ramas en bandadas, y los niños venían a robar fruta y verdura, al igual que los obreros que trabajaban en una obra enorme en la parcela vecina.

En ese patio pegado a la huerta estaban abriendo un pozo. A veces me plantaba allí y me quedaba viendo trabajar al maestro y a sus aprendices; el primero cavando en el fondo a golpe de pico y pala, y los otros dos sacando desde arriba la tierra que el capataz iba arrancándole al suelo.

Los mozos agarraban las manivelas de un torno de madera y las hacían girar al compás de un agradable chirrido, recogían el cubo lleno de tierra que el jefe les mandaba desde abajo y lo vaciaban en la carretilla que habían aparcado a un lado. A continuación, mientras el aprendiz de más o menos mi edad se la llevaba para vaciarla, el mayor y más alto soltaba un grito hacia el interior del pozo: «¡Vaaa!», y volvía a descolgar el cubo para pasárselo al jefe, que seguía abajo.

Durante la jornada, el capataz apenas salía a la superficie. La primera vez que lo vi fue un día fumándose un cigarrillo en un descanso de media mañana. Era alto, apuesto y delgado como mi padre. Aunque, a diferencia de él, no era afable ni sonriente, tenía bastante mal genio. Regañaba a menudo a los mozos. Así pues, cuando el jefe estaba fuera del pozo, evitaba acercarme por allí, pensando que tal vez a los aprendices no les hiciera mucha gracia que presenciara las reprimendas.

Un día, a mediados de junio, se oyeron gritos de júbilo y disparos procedentes del lugar de la obra. Me acerqué a echar un vistazo: habían encontrado agua; al enterarse, el dueño del terreno, un tipo de Rize, se había presentado allí corriendo y, de la alegría, se había puesto a disparar al aire con su pistola. Me llegó, de hecho, un agradable olor a pólvora. El propietario entregó una propina al capataz y los mozos. Quería el pozo para usarlo en una obra que planeaba hacer en el terreno. El agua de la ciudad todavía no llegaba a aquella zona apartada de Gebze.

A partir de entonces ya no volví a oír al jefe regañar a los aprendices. Llegó un carro de caballos que transportaba unos sacos de cemento y algo de metal. Una tarde, el capataz vertió hormigón en la boca del pozo y le colocó encima una tapa de hierro. Todo el mundo parecía muy contento, así que empecé a frecuentarlos más a menudo.

Otra tarde en que pensaba que no había nadie en la obra, fui para allá dando un paseo. De pronto, entre los olivos y los cerezos, apareció Mahmut Usta, el maestro pocero. Llevaba en la mano una pieza del motor eléctrico que había instalado en el pozo.

–¡Joven, veo que te interesa la obra! –exclamó.

Me acordé de los personajes de la novela de Julio Verne que atravesaban el planeta de un extremo al otro.

–Voy a empezar a cavar otro pozo en las afueras de Küçükçekmece. Estos mozos ya no estarán conmigo, ¿quieres venirte tú en su lugar?

Al verme confuso, añadió que el jornal de un buen ayudante pocero es cuatro veces el de un vigilante de huerta. La obra estaría terminada en diez días y yo podría volver a casa enseguida.

–¡Ni hablar! –exclamó mi madre cuando se lo conté–. Tú no vas a ser pocero. Tú vas a ir a la universidad como Dios manda.

Pero la idea de ganar dinero rápido se me había metido ya entre ceja y ceja. Le insistí a mi madre: en dos semanas ganaría lo mismo que con mi tío en la huerta en dos meses, y así podría dedicar mucho más tiempo al examen de acceso a la universidad, a la academia y a leer los libros que quisiera. Llegué al punto de amenazar a la pobre:

–Pues como no me dejes, me escapo –le dije.

–Mujer, si el chaval quiere trabajar y ganarse un dinero, no le quites el gusto –intervino mi tío–. Voy a preguntar a ver si me entero de quién es el pocero ese.

Mi tío, que era abogado, mi madre y Mahmut Usta, el pocero, quedaron a mis espaldas en la oficina que el primero tenía en el edificio del Ayuntamiento. Acordaron que yo no bajaría al pozo, que lo haría un segundo ayudante. Mi tío me anunció cuál iba a ser mi jornal. Y, una vez en casa, agarré mis camisas y un par de zapatillas de goma que utilizaba para las clases de educación física, y lo metí todo en la pequeña y vieja maleta de mi padre.

Aquel día de lluvia en nuestra casita de una sola estancia y con goteras, mi madre, al ver que la camioneta que nos conduciría a donde íbamos a cavar el pozo no aparecía por ningún lado, rompió a llorar varias veces, me dijo que renunciara, que iba a echarme mucho de menos, y que la falta de dinero

estaba llevándonos a hacer cosas que no debíamos.

–No pienso bajar al pozo –insistí al salir de casa con la maleta en la mano, la cabeza bien alta y ese mismo aire resuelto pero jocoso de mi padre dirigiéndose a los tribunales.

La camioneta estaba esperando en un descampado detrás de la antigua gran mezquita. Cuando me acercaba, Mahmut Usta, con el cigarrillo en la mano, examinó como un profesor sonriente la maleta que llevaba agarrada.

–Sube, siéntate, que nos vamos ya –dijo.

Ocupé el asiento entre el pocero y el conductor de Hayri Bey, el empresario que había encargado cavar el pozo. Nos tiramos una hora de trayecto en silencio.

Mientras atravesábamos el puente del Bósforo, me quedé mirando hacia abajo, a la izquierda: Estambul, mi escuela, el instituto de Kabataş, y traté de reconocer los edificios del barrio de Beşiktaş.

–No te preocupes, que en nada habremos terminado la obra –dijo Mahmut Usta–. Volverás a tiempo para la academia.

Me gustó que mi madre y mi tío le hubieran hablado de mis inquietudes, me hizo sentir confianza en él. Una vez pasado el puente, nos quedamos atascados en el tráfico de Estambul, y no conseguimos salir de la ciudad hasta tener el sol de poniente justo delante, clavándonos sus ardientes rayos en las pupilas.

Que el lector actual no se confunda con lo de «salir de la ciudad». La población de Estambul de aquel entonces no era de quince millones como lo es ahora, cuando estoy contando esta historia, sino de cinco. Poco después de dejar atrás las murallas de la ciudad, fue disminuyendo el número de casas, que eran cada vez más pequeñas y pobres, y empezaron a verse fábricas, gasolineras y algún que otro hotel.

Cuando estaba ya anocheciendo nos desviamos de la carretera principal, después de un buen rato avanzando en paralelo a las vías del tren. Atrás dejamos también el lago de Büyükçekmece. En un par de ocasiones avisté cipreses, cementerios, muros de hormigón, descampados... La mayoría de las veces no se veía nada y, por mucha atención que prestara al paisaje, era incapaz de orientarme. Unas veces se atisbaban las luces anaranjadas de la ventana de alguna familia que se había sentado a cenar; otras, los neones de

alguna fábrica. Después subimos una cuesta. Y, en un momento dado, empezaron a caer relámpagos a lo lejos y el cielo se llenó de luz, aunque las tierras y parajes desolados que atravesábamos siguieron completamente a oscuras. Había instantes en que una luz de origen desconocido me permitía vislumbrar aquellos terrenos áridos y aquellas parcelas desiertas y yermas, pero acto seguido volvían a desaparecer en la oscuridad.

Al cabo de un buen rato, nos detuvimos en medio de la nada. Alrededor no se veían ni luces ni farolas ni casas, por lo que pensé que la camioneta se habría averiado.

–Venga, échame una mano, vamos a descargar todo esto –dijo Mahmut Usta.

Bajamos los tablones, las piezas del torno, utensilios de cocina, dos colchones amarrados con una cuerda, los enseres que había en unas toscas bolsas de plástico, las herramientas de cavar. «¡Venga, que vaya bien!», exclamó el conductor, y conforme se alejaba con la camioneta yo iba tomando conciencia de la profunda oscuridad en la que nos encontrábamos, y empecé a angustiarme. En algún lugar más allá estallaban relámpagos, pero el cielo a nuestras espaldas estaba despejado y las estrellas brillaban con toda su fuerza. Y todavía más lejos se veían las luces de Estambul, reflejándose en las nubes como una neblina amarilla.

La tierra estaba húmeda de la lluvia y quedaban algunos charcos dispersos. Buscamos algún espacio seco en aquella parcela totalmente plana y transportamos los bártulos hasta allí.

El maestro se puso a montar la tienda con la ayuda de las varas que habíamos sacado de la camioneta. Pero no había manera. Teníamos que tensar cuerdas, clavar piquetas, y todas desaparecían en medio de la noche, aquella profunda oscuridad parecía enmarañar mi alma.

–¡No cojas de aquí, coge de ahí! –gritaba Mahmut Usta.

Se oyó el ulular de un búho. Me pregunté si era imprescindible montar la tienda, dado que al fin y al cabo ya había parado de llover, pero admiré la determinación de mi jefe. La pesada lona, que olía a húmedo, se volcaba sobre nosotros como la noche, no había manera de que quedara fija.

Era mucho después de las doce cuando por fin conseguimos montar la tienda, estiramos los colchones y nos acostamos. Las nubes de la lluvia de

verano se habían disipado y un manto de estrellas refulgentes había invadido el cielo. Me tranquilizó oír cantar a un grillo en algún sitio cercano. Y, en cuanto me tumbé, me quedé dormido.

3

Cuando me desperté, estaba solo en la tienda. Oí zumbar una abeja. Me levanté, salí. El sol estaba ya tan alto que su intensa luz me cegó.

Me encontraba en un terreno totalmente llano y más bien elevado. A mi izquierda, el paisaje descendía suavemente en dirección sudeste hacia Estambul. Más abajo había trigales, pero también tierras rocosas y estériles, y un par de maizales que en la lejanía se veían de tonos verde claro y amarillento. En la llanura se distinguían las casas y la mezquita de un pueblecito, aunque una colina me tapaba la vista y no podía adivinar cómo de grande era aquel lugar.

¿Dónde estaba Mahmut Usta? El viento trajo el sonido de cornetas, y comprendí que los edificios de un gris ceniciento que había más allá del pueblo debían de ser un cuartel militar. Por detrás, a lo lejos, se alzaban unas montañas violáceas. Por un momento, pareció que el mundo entero se hubiera envuelto en un profundo silencio hecho de recuerdos. Estaba contento de estar allí, lejos de Estambul, lejos de todos, ganándome mi propia vida.

En el llano entre el pueblo y el cuartel militar sonó el silbato de un tren. Miré con atención hacia aquel lado y divisé los vagones, que iban en dirección a Europa. El tren se acercó ligeramente a nuestra explanada desierta, y justo entonces se desvió garbosamente para detenerse enseguida en la estación.

Al poco divisé a Mahmut Usta, que venía desde el lado del pueblo. Al principio seguía fielmente el camino, y más tarde fue atajando a cada curva que se le presentaba por terrenos y campos desiertos.

—Traigo agua —dijo—. Anda, hazme un té.

Así pues, estaba yo hirviendo agua en el hornillo de Aygaz cuando, en la camioneta del día anterior, apareció Hayri Bey, el propietario de la finca. Y de la caja se bajó un muchacho algo mayor que yo. Por lo que estuvieron hablando, entendí que el chico, que se llamaba Ali, trabajaba con el dueño del terreno y era él quien iba a bajar al pozo en lugar del otro ayudante de Gebze, que había renunciado a última hora.

Mahmut Usta y Hayri Bey, el patrón, se pasaron un buen rato caminando cuesta arriba y cuesta abajo. El terreno, pelado por unas partes, cubierto de hierbajos y piedras por otras, abarcaba algo más de una hectárea. Del lado por donde iban ellos soplaba una ligera brisa, por lo que, incluso cuando habían alcanzado al punto más alejado, podíamos oír la conversación entre patrón y pocero, quienes, por cierto, no llegaban a ponerse de acuerdo. Más tarde me acerqué a ellos. Hayri Bey, el empresario textil, quería montar una planta de lavado y teñido de telas en aquella tierra baldía. Y para ese negocio, que demandaban mucho los grandes confeccionistas dedicados a la exportación, hacía falta abundante agua.

Hayri Bey había comprado a un precio irrisorio ese terreno sin luz ni agua. Si encontrábamos el preciado líquido, iba a pagarnos un dineral. Y en cuanto hubiera agua, sus contactos políticos llevarían hasta allí el tendido eléctrico. Más adelante, a juzgar por los planos que Hayri Bey trajo un día para enseñarnos, levantaría allí toda una fábrica con sus talleres de teñido de telas, sus salas de lavado, sus almacenes, un distinguido edificio de administración e incluso unos comedores. En las miradas de Mahmut Usta podía entrever cierta comprensión e interés hacia Hayri Bey, aunque a sus ayudantes lo que de verdad nos interesaba eran los regalos y recompensas que el propietario del terreno nos había prometido en caso de encontrar agua.

–Que Dios os ayude en la tarea y os conceda fuerza en las manos y atención en la mirada –dijo Hayri Bey como un general otomano enviando a sus tropas a una expedición.

Y, mientras se alejaba en la camioneta, se asomó por la ventanilla y nos despidió agitando la mano.

Por la noche, incapaz de dormir con los ronquidos de mi jefe, saqué la cabeza por un costado de la tienda. No se veían las luces del pueblo; el cielo presentaba un color azul oscuro, aunque el fulgor de las estrellas parecía

otorgar al universo un matiz anaranjado. Como si estuviéramos posados sobre una naranja enorme suspendida en el espacio, tratando de dormir en la oscuridad. ¿Estaba bien que, en lugar de soñar con ascender al cielo para alcanzar el brillo de las estrellas, lo hiciéramos con adentrarnos en la tierra sobre la que justo dormíamos?

4

Por aquel entonces todavía no se utilizaban las máquinas de sondeo. Los maestros poceros llevaban miles de años recurriendo a su intuición para localizar fuentes de agua y decidir dónde había que cavar el pozo. Mahmut Usta conocía, por descontado, la retórica exuberante de los antiguos maestros, que eran unos charlatanes. Y no se tomaba en serio las exhibiciones de aquellos viejos zahoríes que iban cuesta arriba y cuesta abajo por todo el terreno, invocando a los espíritus con una horquilla en la mano. Sentía que la suya era la última generación de una gente que ejercía un oficio milenario. Por eso no se mostraba ostentoso ni arrogante acerca de su profesión, sino que era humilde. «Tienes que fijarte en lo densa, lo húmeda, lo negra que está la tierra», me comentó. «Debes buscar las partes bajas del terreno donde hay piedras y rocas, las zonas sombreadas y con pendiente, y sentirás el agua que hay debajo –me dijo otro día con voluntad de instruirme–. Donde hay árboles y verde, la tierra estará compacta y húmeda, ¿entiendes? Tienes que fijarte bien, y sobre todo no dejarte engañar enseguida por nada.»

Porque la tierra estaba formada por muchas capas, al igual que las siete capas de la esfera celeste. (Algunas noches, al contemplar las estrellas, podía sentir el universo oscuro que teníamos bajo nuestros pies.) Dos metros por debajo de la tierra densa y oscura podía haber otra capa de suelo arcilloso, impermeable, árido e inútil, o incluso de arena. Los viejos maestros poceros que trataban de adivinar dónde había que buscar el agua no tenían más remedio que aprender el lenguaje de la tierra, de la hierba, de los insectos y los pájaros, tratando de imaginarse, al caminar por la superficie, el estrato de rocas o de arcilla que había debajo.

Estas singulares destrezas habían llevado a algunos viejos poceros a creerse dotados de poderes e instintos sobrenaturales, como los chamanes de Asia Central, y afirmaban poder comunicarse con los dioses y los demonios subterráneos. En estas patrañas, de las que mi padre se reía cuando yo era pequeño, deseaba creer la gente que no quería pagar mucho por encontrar agua. Recuerdo que en Beşiktaş, en los patios de las casas construidas sin permiso, seguían recurriendo a esas artes adivinatorias para localizar puntos donde abrir pozos. Y en esas casas yo había visto a los ancianos tratar a los poceros con el mismo respeto que a un médico auscultando el pecho de un bebé enfermo, solo que ellos auscultaban la tierra de ese patio trasero, cubierto de enredaderas y con pollos correteando de un lado para otro, en busca de un punto donde empezar a cavar.

–Si Dios lo permite, en un par de semanas como mucho se habrá acabado la faena y habré encontrado agua a unos diez o doce metros de profundidad – dijo Mahmut Usta aquel primer día.

Conmigo hablaba más claro que con Ali, porque él era uno de los hombres del patrón. Y a mí eso me gustaba, me hacía sentir un poco al mismo nivel que mi jefe.

A la mañana siguiente, Mahmut Usta decidió en qué punto iba a cavar el pozo. Según los planos de la fábrica, no era el sitio donde el dueño quería que se hiciera. De hecho, estaba justo en la dirección opuesta, en otro rincón del terreno.

Mi padre, habituado a guardar secretos de carácter político, no solía contar conmigo para cosas importantes ni preguntarme mi opinión. Pero, mientras se planteaba dónde iba a abrir el pozo, Mahmut Usta compartió primero sus impresiones conmigo. Me comentó que aquel era un terreno complicado. Y aquello me gustó mucho, me hizo sentir afecto por él. Aunque luego volvió a encerrarse en su mundo y tomó la decisión sin preguntar ni dar explicaciones. Así fue como sentí por primera vez el poder que aquel hombre ejercía sobre mí. Disfrutando de ese afecto y de esa cercanía que jamás había visto en mi padre, y sintiéndome de pronto furioso con él, todo a la vez.

Mahmut Usta clavó una estaca en el suelo. ¿Por qué, después de tanto patear el terreno, de tanto meditar, había elegido precisamente aquel punto? ¿Qué tenía de especial respecto al resto? ¿Seguro que, tras clavar aquella

estaca en la tierra, conseguiría que saliera agua de allí? Eran preguntas que quería hacerle a Mahmut Usta, aunque entendía que no iba a ser posible. Yo era solo un chaval y él, mi jefe, ni mi amigo ni mi padre. Si acaso, era yo el que veía algo de paternal en él.

Ató una soga a la estaca y le colocó un clavo puntiagudo en el otro extremo. La cuerda, según dijo, medía un metro. Un muro de piedra no aguantaría en aquel terreno, así que pensaba hacer las paredes del pozo de hormigón, unas paredes que deberían medir unos veinte o veinticinco centímetros de grosor. Manteniendo la cuerda siempre estirada, procedió a trazar con el clavo una circunferencia de dos metros de diámetro. En realidad, no hizo una circunferencia como tal, sino que fue marcando puntos con el clavo en la tierra. Ali y yo fuimos los que unimos después esos puntos con cuidado y obtuvimos por fin un círculo.

–El perímetro de un pozo debe ser especialmente perfecto –dijo Mahmut Usta–. Como presente algún defecto, una arista, un ángulo, ¡la pared no aguantará y se derrumbará!

Así fue como supe por primera vez del miedo al derrumbamiento. Acto seguido, nos pusimos a trabajar en el interior del círculo con ayuda de pico y pala. El jefe cavaba; yo también picaba un rato, y luego paleaba la tierra que íbamos extrayendo en la carretilla de Ali. Entre los dos apenas llegábamos a alcanzar el ritmo de nuestro capataz. «Mejor que no llenes mucho la carretilla, que pueda vaciarla y traerla rápido», decía sin resuello Ali de vez en cuando. Al poco, cuando los dos aprendices ya estábamos cansados e íbamos más despacio, empezaron a acumularse a un lado los trozos de tierra que el pico de Mahmut Usta, subiendo y bajando sin parar, había arrancado del suelo. Cuando se había formado ya un buen montón, el hombre soltaba la herramienta, iba a tumbarse bajo un olivo a lo lejos y nos esperaba fumando. Al cabo de solo unas horas de aquel primer día, comprendimos que nuestra labor como ayudantes consistía en seguir el ritmo del jefe, en observar con atención todo lo que hacía y actuar en consecuencia, en cumplir sus órdenes y obedecer con presteza.

Todo el día a pico y pala bajo el sol me dejó exhausto. Cuando cayó la noche, me derrumbé sobre el colchón incapaz siquiera de tomarme una sopa de lentejas. Tenía las manos llenas de ampollas de agarrar el pico y el

ardiente sol me había quemado la nuca.

–Ya te acostumbrarás, señorito, ya te acostumbrarás –dijo Mahmut Usta sin despegar los ojos del pequeño televisor con el que tanto se había peleado para que funcionara.

Me pinchaba por ser un muchacho demasiado delicado para hacer trabajos físicos, pero aquello de «señorito» también me llenó de alegría. Porque, por un lado, al utilizar esa expresión admitía que yo venía de una familia urbana educada –es decir, que no iba a darme tareas demasiado duras, que me protegería como un padre–, y porque, por el otro, sentí que el hombre me tenía cariño, que se preocupaba por mí.

5

A unos quince minutos del pozo que estábamos cavando se hallaba el pueblo. Se llamaba Öngören y contaba con 6.200 habitantes, según rezaba el cartel azul con letras blancas enormes que había en la entrada. Después de aquellos dos primeros días de cavar sin descanso alcanzamos los dos metros de profundidad, y a la tarde siguiente bajamos a Öngören, ya que necesitábamos material.

Ali nos llevó primero a la carpintería del pueblo. Había que montar un torno, como se hacía en todos los pozos, porque a partir de los dos metros resultaba imposible sacar la tierra que íbamos extrayendo solo con la pala. Mahmut Usta había traído madera en la camioneta del dueño del terreno, pero era insuficiente. Cuando el carpintero nos preguntó quiénes éramos y qué hacíamos por allí, Mahmut Usta le respondió que éramos poceros. Y el hombre, al enterarse de dónde estábamos trabajando, exclamó: «¡Ah, en la explanada de arriba!».

En los días posteriores, siempre que bajábamos desde nuestra «explanada de arriba» hasta el pueblo, Mahmut Usta fue tomando por costumbre pasarse de vez en cuando por la carpintería, o por el colmado, donde también vendían cigarrillos, por el local del estanquero de gafas, o por la ferretería, que abría hasta tarde. Después de haber estado trabajando todo el día en el pozo, me encantaba bajar a Öngören con mi capataz por las noches, deambular por las calles y sentarnos en un banco de aquel parquecito salpicado de cipreses y pinos, en la terraza de una cafetería, en la puerta de un comercio o en algún rincón fresco del interior de la estación.

La desgracia de Öngören era la población militar, que había inundado el

pueblo. Durante la Segunda Guerra Mundial, habían instalado allí una brigada de infantería para defender Estambul del ataque de los alemanes por los Balcanes y de los rusos por Bulgaria, y luego, de algún modo, se habían olvidado de ella. Cuarenta años más tarde, la gran población militar se había convertido en la mayor fuente de ingresos y en el mayor problema del pueblo.

La mayoría de los comercios que había en el centro vendían artículos para los soldados que salían de permiso los fines de semana, cosas como postales, calcetines, fichas para llamar por teléfono o cerveza. En lo que la gente del lugar conocía como la «Calle de los Restaurantes», se alineaban unos junto a otros los bares y locales abiertos para atender a esa misma multitud, y a menudo se veía a los gendarmes patrullando por la zona. Todo aquello, los cafés y las pequeñas pastelerías que durante el día y en especial los fines de semana se ponían hasta la bandera de soldados, al caer la noche se quedaban desiertos, por lo que nosotros veíamos un Öngören completamente distinto. Por la tarde, los gendarmes apaciguaban a los militares alborotados que habían salido de juerga, acallaban a todo aquel que gritase más de la cuenta, hacían bajar el volumen en los locales demasiado ruidosos, y reprimían al instante cualquier conato de pelea entre los soldados.

Hacía unos treinta años, cuando la guarnición era mucho más numerosa, se habían construido algunos hoteles para hospedar a las familias de los militares y otras visitas, pero desde que las comunicaciones con Estambul se habían vuelto más sencillas aquellos se habían quedado prácticamente vacíos. Aquel primer día en que nos enseñó el pueblo, Ali nos contó también que algunos hoteles se habían convertido en prostíbulos medio encubiertos. Estos establecimientos se hallaban en la plaza de la Estación, que albergaba además una pequeña estatua de Atatürk, la pastelería Yıldız, con su próspera y exitosa heladería, la oficina de correos y el café Rumelia. Aquella plaza, iluminada por las luces anaranjadas de las farolas, nos gustó ya desde el primer día.

En una de las calles que daban a la estación, había una nave donde se guardaban los vehículos de la obra y donde trabajaba como vigilante nocturno el padre de Ali, contratado por un familiar de Hayri Bey. A última hora de la tarde, Ali nos llevó también a ver al maestro herrero.

Con el dinero que le había adelantado Hayri Bey, Mahmut Usta compró más madera y escogió unas abrazaderas metálicas para amarrar las piezas del torno. También compró cuatro sacos de cemento, paletas, clavos y cuerda. Aunque no pensaba bajar al pozo con esta. La otra cuerda, más robusta, la que hacía falta para adentrarse en el hoyo, venía enrollada en el tambor del torno que habíamos traído de Gebze.

Cargamos todo ese material de la herrería en un carro tirado por un caballo que alguien había avisado para que nos trajeran. Con el terrible ruido de fondo que producían las ruedas metálicas por las calles adoquinadas, se me ocurrió pensar que mis días allí estaban contados y que al cabo de poco tiempo volvería primero a Gebze, con mi madre, y después a Estambul. Mientras caminaba junto al carro, recuerdo también haber pensado en lo viejo que debía de ser aquel caballo, a juzgar por sus exhaustos ojos negros.

Estábamos en la plaza de la Estación. Se abrió un portal. Una mujer de mediana edad con vaqueros salió a la calle. Se dio media vuelta y gritó airada:

—Pero ¿dónde os habéis metido?

Justo cuando el caballo y yo pasábamos por delante de la puerta abierta, salió primero un joven que tendría unos cinco o seis años más que yo, y a continuación una mujer alta y pelirroja que quizá fuera su hermana mayor. Ella tenía un aspecto muy inusual, muy llamativo. La otra mujer, la de mediana edad con vaqueros, debía de ser la madre del chico y de su hermana de roja melena.

—¡Ya voy a buscarlo yo! —le gritó la bella pelirroja a su madre, antes de adentrarse de nuevo en las entrañas del edificio.

Pero, justo antes de desaparecer, la Mujer del Pelo Rojo nos lanzó una mirada fugaz al anciano caballo, situado a mis espaldas, y a mí. Y en aquellos hermosos labios perfectamente curvados entreví una sonrisa triste, como si hubiera advertido algo extraño en mí o en el animal. Era alta. Y al sonreír se dibujó en su rostro una expresión afable y cariñosa.

—¡Pues arrea! —le gritó su madre justo cuando los cuatro, es decir, Mahmut Usta, los dos ayudantes y el caballo, pasábamos por su lado.

A juzgar por el gesto, la madre estaba enfadada con la Mujer del Pelo Rojo, y no nos prestó la más mínima atención al pasar junto a ella.

En cuanto el carro y su pesado cargamento dejaron atrás el firme adoquinado de Öngören, las ruedas ya no incordiaron más. Subimos la pendiente y alcanzamos la vasta explanada de nuestro terreno, y de pronto me sentí como si hubiéramos llegado a un universo completamente distinto.

Las nubes se habían disipado y había vuelto a salir el sol, y hasta aquellas tierras nuestras medio yermas parecían llenas de color. Los negros y ruidosos cuervos emergían dando saltitos de los maizales entre los que serpenteaba el camino, y en cuanto advertían nuestra presencia abrían las alas y echaban a volar en desbandada. Observé que los cerros violáceos que se extendían hacia el mar Negro aparecían cubiertos de un extraño tono azulado, y que los escasos y dispersos grupitos de árboles que crecían sobre la tierra parda y amarillenta habían reverdecido. Todo era hermoso: nuestra «explanada de arriba» en la que estábamos cavando el pozo, el mundo entero, las casas desvaídas a lo lejos, los álamos temblorosos, la sinuosa vía del tren... Y en algún lugar de mi alma sentía que detrás de la grata sensación que me invadía se encontraba la bella pelirroja que había visto hacía un rato en el portal de su casa.

A decir verdad, no había podido verle bien la cara. ¿Por qué estaría discutiendo con su madre? Su actitud y su porte me habían dejado impresionado, mientras su cabello rojizo brillaba en la luz de un modo extraño. Durante un fugaz momento me había mirado como si me conociera de antes, como preguntándome qué estaba haciendo yo allí. Y, justo en ese instante, se habían cruzado nuestras miradas. Nos miramos como si ambos estuviéramos persiguiendo un antiguo recuerdo, incluso preguntándonos por él.

Cuando me tumbé a dormir me quedé contemplando las estrellas, tratando de visualizar el rostro de la Mujer del Pelo Rojo.

6

A la mañana siguiente, al cuarto día de haber empezado la obra, instalamos el torno que habíamos traído, utilizando los tablones y materiales que habíamos comprado el día anterior. El torno constaba de un tambor donde se enrollaba la cuerda, con sendas empuñaduras más estrechas en los extremos, a modo de manivela. Se sustentaba sobre unas patas de madera cruzadas, y constaba también de un grueso tablero que servía de mesita para apoyar cómodamente el cubo tras subirlo del pozo. Para que entendiéramos bien cómo se unían exactamente las piezas, Mahmut Usta cogió lápiz y papel y trazó un dibujo detallado del torno con una destreza que me dejó sorprendido:



Ali y yo agarrábamos las manivelas del torno y subíamos el cubo que el jefe había llenado abajo de tierra. El cubo era más grande que uno normal de agua. Cuando estaba a tope pesaba tanto que, aun siendo dos personas, nos

las veíamos y deseábamos para hacer girar el tambor. Una vez que el cubo había llegado a nuestra altura, sostenerlo por los bordes, aflojar ligeramente la cuerda y disponerlo sobre la mesita sin desengancharlo exigía una fuerza y una habilidad descomunales. Cuando conseguíamos subir el cubo lleno y colocarlo sin incidentes sobre el tablero, Ali y yo nos mirábamos un instante como diciendo «¡Ya está!», y tomábamos aire.

A continuación, utilizábamos las palas para vaciar rápidamente un poco el cubo en la carretilla y, cuando ya resultaba lo bastante ligero, lo agarrábamos por ambos lados y volcábamos el resto. Luego lo deslizaba otra vez enseguida hacia abajo, y según se iba acercando al jefe le gritaba «¡Vaaa!», como nos había ordenado. Entonces Mahmut Usta soltaba el pico, plantaba el cubo en el suelo del pozo sin desatar la soga que lo amarraba y, con ayuda de la pala, lo rellenaba a toda prisa con los trozos de tierra que había ido extrayendo. Los primeros días podían oírse desde arriba los gemidos que soltaba cada vez que atacaba con empeño y hasta furia la tierra con el pico y la pala. Y, a medida que en su descenso hacia el fondo, a un ritmo de un metro por día, el hombre se iba haciendo más pequeño, resultaba más difícil apreciarlos.

Allá abajo, cuando ya tenía el cubo lleno, Mahmut Usta solía gritar «¡Tiraaa!», a menudo sin levantar siquiera la cabeza. Si fuera estábamos los dos ya listos, agarrábamos enseguida las manivelas del torno e izábamos aquel cubo tan pesado cargado de tierra. A veces el holgazán de Ali se retrasaba y me tocaba esperarlo, pues para girar yo solo aquel torno me las veía negras. Otras veces Ali estaba ya preparado junto al torno y era el jefe el que se demoraba, y ambos lo contemplábamos desde arriba, recuperando el aliento, mientras él llenaba el cubo de tierra.

Esos momentos de espera eran los únicos de la intensa jornada en que Ali y yo podíamos descansar un poco, y entonces solíamos cruzar alguna que otra palabra. Sin embargo, desde el principio tenía claro que no iba a poder preguntarle por las personas que habíamos visto en el pueblo, mucho menos por aquella Mujer del Pelo Rojo, labios hermosos y mirada triste y misteriosa. ¿Acaso pensaba que Ali no sabría nada de ellos? ¿O tenía miedo de que me dijera algo que me rompiera el corazón?

A decir verdad, lo de pensar de vez en cuando en la Mujer del Pelo Rojo

no era algo que quisiera ocultarle a Ali, sino sobre todo a mí mismo. Por las noches, justo antes de quedarme dormido con un ojo puesto en las estrellas y el otro en el pequeño televisor de Mahmut Usta, se me aparecía la Mujer del Pelo Rojo sonriéndome. De no haber visto esa sonrisa, ese gesto insinuando que me conocía, esa expresión de cariño, quizá no habría pensado tanto en ella.

Cada tres días, el empresario Hayri Bey se presentaba hacia el mediodía en su camioneta y preguntaba impaciente si todo iba bien. Si aparecía en pleno almuerzo, Mahmut Usta lo invitaba con un «¡Sírvase!» a compartir nuestra comida, que consistía en tomates, pan, queso blanco, aceitunas, uvas y Coca-Cola. En ocasiones Hayri Bey pillaba al jefe cavando a unos tres o cuatro metros de profundidad en el interior del pozo, y entonces los dos ayudantes y él nos asomábamos al agujero y el empresario permanecía respetuoso y en silencio en el borde, contemplándolo trabajar.

Cuando el jefe salía a la superficie, se llevaba a Hayri Bey al otro lado del terreno, donde Ali descargaba la tierra que íbamos sacando. Allí le mostraba los colores de los trocitos de roca, de los fragmentos terrosos, claros y oscuros, que desmenuzaba entre las manos, y le hablaba del ritmo de la obra y de la distancia a la que se encontraba el agua. Los primeros días apenas encontramos rocas y avanzábamos a una velocidad moderada, pero el cuarto y el quinto día, a partir de los tres metros, habíamos topado con una capa dura e íbamos más despacio. Mahmut Usta decía convencido que, una vez atravesada la veta de ese estrato duro, íbamos a encontrar tierra húmeda, a lo que el empresario textil respondía: «A ver, a ver, Dios lo quiera». Y volvía a contarle que el día que halláramos agua iba a sacrificar un cordero y a montar un banquete, que nos daría una buena recompensa tanto a Mahmut Usta como a nosotros, e incluso precisaba la pastelería de Estambul donde pensaba comprar el *baklava* para el festín.

Después del almuerzo y de que el dueño del terreno se hubiera marchado, relajábamos el ritmo. A un minuto de distancia de la explanada había un nogal bastante grande. Yo iba a tumbarme debajo y solía dormir un poco. Pero, justo antes de quedarme dormido, la Mujer del Pelo Rojo se me aparecía de improviso, vívida e intensa, con esa expresión que decía: «¡Sé que te conozco!». Y eso me hacía feliz. A veces, cuando sentía que estaba a

punto de desmayarme por el calor del mediodía, de pronto me acordaba de ella. Esa imagen tenía algo revitalizador, que me infundía optimismo.

Cuando el calor apretaba, Ali y yo nos echábamos agua el uno al otro por la cabeza y bebíamos en abundancia. Esa agua venía en grandes bidones de plástico cargados en la camioneta de Hayri Bey. Y cada dos o tres días, el vehículo nos traía también las provisiones que habíamos encargado en el pueblo. Los productos como tomates, pimientos verdes, margarina Sana y aceitunas se los pagaba Mahmut Usta al conductor, aunque con el cargamento solían venir otras cosas que la mujer de Hayri Bey nos mandaba, como sandías y melones, a veces chocolate y caramelos, y en ocasiones cacerolas enteras de pimientos rellenos, arroz con tomate o salteado de carne que había preparado en casa con esmero.

Mahmut Usta era muy meticuloso con el tema de la cena. Todas las tardes, antes de prepararse para verter el hormigón, me ordenaba lavar lo que tuviéramos para ese día, ya fueran patatas, berenjenas, lentejas, tomates o pimientos. Luego lo metía todo en una cacerolita que habíamos traído de Gebze, picaba él mismo las verduras muy finitas y con mucho detenimiento, echaba un chorro de aceite, encendía el hornillo de Aygaz muy bajito y ponía la comida a la lumbre. Yo era el responsable de que el plato de cuchara de turno fuera cocinándose hasta la puesta de sol a fuego muy lento y sin pegarse.

Las dos últimas horas de la jornada, Mahmut Usta colocaba el encofrado de madera en el metro de profundidad que hubiera cavado ese día y luego echaba el hormigón. Ali y yo mezclábamos el cemento y la arena cerca del hoyo, lo remojábamos, cargábamos la mezcla en la carretilla y la íbamos vertiendo al pozo sin necesidad de usar el cubo, sino utilizando una especie de tobogán de madera, como un cono partido por la mitad, que nuestro capataz afirmaba orgulloso haber inventado él. Para dirigir el hormigón fresco que íbamos echando con la pala en el tobogán de madera a modo de embudo, el jefe berreaba desde abajo: «¡Más a la derecha, ahora un poco más despacio!».

Como tardáramos más de la cuenta en mezclar el hormigón, cargarlo en la carretilla y verterlo en el hoyo, Mahmut Usta se ponía nervioso pensando que la mezcla iba a endurecerse y nos abroncaba a gritos desde el interior del

pozo. Entonces echaba de menos a mi padre, que no me había gritado ni regañado nunca. Pero también me enfadaba con él, porque por su culpa andábamos mal de dinero y yo tenía que estar ahí trabajando. Mahmut Usta hacía cosas que mi padre no había hecho en la vida: se preocupaba por mí, me contaba historias, me enseñaba cosas y cada dos por tres me preguntaba si estaba bien, si tenía hambre o si estaba cansado. ¿Por eso sus reprimendas me afectaban tanto? Porque si mi padre me hubiera regañado, le habría dado la razón, me habría mostrado convenientemente arrepentido, y enseguida me habría olvidado del asunto. Pero, por algún motivo, las reprimendas de Mahmut Usta me llegaban muy hondo, y aunque le obedecía y acataba sus órdenes, me ponía furioso con él.

Al final de la jornada, el hombre pegaba un grito desde abajo: «¡Ya vale por hoy!». Entonces metía un pie en el cubo, que reposaba en el fondo del pozo, y nosotros hacíamos girar el torno y lo subíamos pesadamente a modo de ascensor, devolviéndolo a la luz del día. Una vez fuera, Mahmut Usta se echaba debajo del olivo que había un poco más allá, y de repente el silencio lo envolvía todo; entonces yo sentía que estábamos totalmente rodeados por la naturaleza, completamente aislados, cobraba conciencia de lo lejos que quedaban Estambul y todo su gentío, y echaba de menos a mi madre, a mi padre, nuestra vida en Beşiktaş.

Al igual que mi jefe, yo también me tumbaba a la sombra cuando dábamos la jornada por concluida, y contemplaba cómo se alejaba Ali, que regresaba a pie al pueblo lo más rápido que podía. No seguía el camino serpenteante, sino que atajaba cruzando por terrenos vacíos y campos cubiertos de hierbajos y pinchos. No habíamos visto su casa; ¿en qué parte del pueblo estaría? ¿Vivirían cerca de él la bella pelirroja, su hermano y la antipática de su madre?

Mientras entretenía mi mente ociosa con estas reflexiones, me llegaba el grato aroma del cigarrillo que Mahmut Usta se había encendido, y oyendo de fondo los lejanos gritos de los soldados del cuartel durante la formación de la tarde y el zumbido de una abeja, pensaba en lo extraño que era estar aquí siendo testigo de este mundo, lo extraño que era vivir.

Al cuarto día, al levantarme para echar un ojo a la cacerola, vi que mi jefe se había quedado traspuesto, y tal como hacía de pequeño cuando mi padre se

quedaba dormido, me puse a observar cómo yacía sobre la tierra como un objeto inanimado, examinando sus largos brazos y piernas e imaginándome que él era un coloso y yo un hombre diminuto, como Gulliver en el país de los gigantes. Pero a diferencia de los de mi padre, las manos y los dedos de Mahmut Usta no eran delicados, sino duros, angulosos. Tenía cortes, lunares y pelos negros en los brazos, y en las partes donde no le daba el sol que asomaban por el borde de la camisa de manga corta podía apreciarse el blanco auténtico de su piel. Al igual que hacía cuando mi padre dormía, me quedé contemplando con asombro los agujeros de su larga nariz abriéndose y cerrándose pesadamente al respirar. Tenía trocitos de tierra esparcidos por el abundante pelo, que ya empezaba a blanquear en algunas partes, y unas curiosas hormigas trepaban nerviosamente por la pendiente de su cuello.

7

–¿Te vas a lavar? –me preguntaba Mahmut Usta todas las tardes cuando el sol se estaba poniendo.

Los bidones de plástico que la camioneta reponía cada dos o tres días contaban con un grifo, pero con ellos no podíamos lavarnos más que la cara y las manos. Para asearnos de cuerpo entero, primero había que juntar toda el agua necesaria en un gran cubo de plástico. A medida que Mahmut Usta iba echándome agua por la cabeza con una jarra, a mí me entraban escalofríos. No porque el sol no hubiera calentado suficientemente el agua del cubo, sino porque el hombre me estaba viendo desnudo.

–Tú todavía eres un niño –me dijo en una ocasión.

¿Qué había querido decir con eso? ¿Que mis músculos aún no se habían desarrollado, que era un flojo y un debilucho? ¿O se refería a otra cosa? Por el contrario, él tenía el torso firme, fibroso y fuerte, y pelo en la espalda y en el pecho.

En mi vida había visto yo a mi padre ni a ningún otro hombre desnudo. Y mientras le echaba agua a Mahmut Usta por la cabeza enjabonada con la jarra de latón, trataba de no mirarlo. A veces le descubría en los brazos, las piernas o la espalda cicatrices y moratones que le habían salido de trabajar en el pozo, pero no le decía nada. En cambio, cuando él me vertía el agua por encima, solía palpar medio preocupado, medio en broma, con la yema de aquel dedo grueso y enorme, algún cardenal que yo tuviera en la espalda o en el brazo, y al ver que me estremecía y protestaba, me advertía afectuosamente entre risas que debía tener más cuidado.

Eso de tener más cuidado me lo repetía Mahmut Usta a menudo, unas

veces con ternura y otras en tono de reproche: «Como sea un insensato, el aprendiz de pocero puede dejar lisiado al de abajo, y como no tenga cuidado, hasta puede llegar a matarlo». «Por el amor de Dios, debes tener la mente, los ojos y los oídos puestos abajo», y contaba cómo un cubo que se desenganchaba podía aplastar al que estuviera dentro. O explicaba cómo un pocero podía viajar en cuestión de tres minutos al mundo de los muertos si el despistado aprendiz que estaba fuera no se daba cuenta de que el maestro allí abajo había perdido el conocimiento por inhalación de gas.

Me encantaba que mi jefe me mirara a los ojos con cariño y me contara esas aterradoras historias edificantes. Y mientras narraba vívidamente aquellos relatos sobre aprendices descuidados, yo percibía cómo en su mente el universo subterráneo, el mundo de los muertos y las profundidades de la tierra, se asociaba con partes concretas del cielo y del infierno fácilmente reconocibles, y eso me ponía la piel de gallina. Según Mahmut Usta, cuanto más nos adentrábamos en la tierra más nos acercábamos al nivel de Dios y de los ángeles... aunque la brisa fresca que soplaba a medianoche venía a recordarnos que la bóveda celeste y las decenas de miles de trémulas estrellas que colgaban de ella se encontraban justo en la dirección opuesta.

Durante el hermoso rato de silencio que se extendía hasta el ocaso, Mahmut Usta se dedicaba, por un lado, a abrir y cerrar la tapa de la cacerola para controlar que la cena se cocinaba debidamente, y, por el otro, a intentar ajustar la imagen del diminuto televisor. Había traído el aparato desde Gebze junto con una vieja batería de coche, y tras comprobar las dos primeras noches que esta última no funcionaba ni por asomo, la mandó a reparar al pueblo en la camioneta. Ahora ya funcionaba y por fin daba corriente, pero para conseguir una señal clara Mahmut Usta se las veía y se las deseaba. Cuando se ponía nervioso, me llamaba y me ordenaba agarrar aquella antena de latón que parecía un cable pelado, y me decía «¡A la derecha, un poco más arriba, a la izquierda!», concentrado en dar con una posición que revelara una imagen nítida en la pantalla.

Después de perseverar un buen rato, por fin aparecía algo visible en la tele, pero mientras atacábamos nuestro plato de cuchara caliente y veíamos las noticias, la imagen se enturbiaba, igual que los viejos recuerdos, se iba y volvía a su antojo, se ondulaba, tremolaba. Al principio nos levantábamos un

par de veces a ajustar la antena, pero luego ya no nos movíamos del sitio por mucho que la imagen se hubiera vuelto totalmente borrosa, y permanecíamos sentados escuchando los anuncios y las noticias en la voz todavía perceptible de la presentadora.

Más o menos a esa hora, el sol comenzaba a ponerse ante nosotros. Empezaban a llegarnos sonidos de pájaros raros, extraños, que durante el día no se veían por ninguna parte. Y poco después, antes de que oscureciera, aparecía una luna llena de tonos rosáceos en el firmamento. Se oían crujidos alrededor de nuestra tienda y perros ladrando a lo lejos, y yo sentía el olor del fuego agonizante y la sombra de cipreses inexistentes.

Mi padre nunca, en su vida, me había contado cuentos ni historias. En cambio Mahmut Usta me contaba relatos todas las noches, inspirándose en alguna imagen borrosa o trémula que hubiera salido por la tele, en algún contratiempo que se nos hubiera presentado durante la jornada o simplemente en algún recuerdo. En esas historias no estaba claro qué era real y qué imaginario, cuál era el principio y cuál el final. Pero me gustaba dejarme llevar por esos relatos y escuchar la moraleja con la que mi jefe solía concluir. Aunque es verdad que no conseguía entender *del todo* esas historias. Por ejemplo, Mahmut Usta me contó una vez que, cuando era pequeño, una criatura gigantesca lo había raptado y lo había llevado al mundo subterráneo, y que aquello no estaba a oscuras, todo lo contrario, estaba claro, iluminado. Lo habían conducido a un palacio resplandeciente y lo habían invitado a una mesa de banquete decorada con cáscaras de nuez, caparazones de insectos y cabezas y raspas de pescado. Le habían servido los manjares más deliciosos del mundo, pero de pronto oyó a unas mujeres que estaban detrás de él, llorando, y no había podido probar bocado. Y mientras lo contaba, reparó en que aquellas mujeres llorosas del palacio del sultán del mundo subterráneo sonaban exactamente como la presentadora del noticiario de la tele.

En otra ocasión me habló de dos montañas, una de corcho y otra de mármol, que llevaban miles de años una enfrente de la otra, contemplándose sin conocerse ni comprenderse, y concluyó su historia mencionando un versículo del Corán que decía: «Erigid vuestras casas en un lugar elevado». Eso era porque un terremoto no podía golpear los lugares altos. Así que era una suerte que estuviéramos abriendo el pozo en una zona elevada. En esos

sitios, el agua brotaba más fácil.

Mientras Mahmut Usta contaba todo esto, contemplábamos atentamente la pantalla borrosa del televisor, como si la imagen fuera en realidad totalmente comprensible y nítida, pues ya había oscurecido y no había otra cosa que mirar.

—¡Mira! ¿Las ves? ¡Las montañas también salen ahí! —saltaba a veces mi jefe señalando unas manchas en la pantalla—. Demasiada casualidad...

Y, en medio de esas imágenes fantasmagóricas, a mí también me parecía distinguir por un instante las dos montañas contemplándose una enfrente de la otra. Aunque, antes de caer en la cuenta de que aquello no era más que una ilusión, Mahmut Usta ya había cambiado de tema y estaba dándome algún consejo práctico: «Mañana procurad no llenar tanto la carretilla». Me fascinaba que una persona que, cuando se trataba de verter hormigón, conectar la tele a la batería o trazar los planos del torno, razonaba y se comportaba como un auténtico ingeniero, pudiera contar leyendas y cuentos de ese tipo como si los hubiera vivido en sus propias carnes.

Después de cenar, mientras yo recogía los platos y demás utensilios, Mahmut Usta decía: «Vamos al pueblo a comprar clavos». O: «Me he quedado sin cigarrillos».

Los primeros días que bajamos a Öngören, la luna brillaba sobre la carretera asfaltada mientras caminábamos en el frescor de la oscuridad. Sentía el firmamento sobre mi cabeza con una fuerza como jamás había sentido, y pensaba en mis padres. Me gustaba el incesante cri-cri nocturno de los grillos. Y las noches que no lucía la luna, disfrutaba contemplando con asombro las decenas de miles de estrellas brillantes que llenaban el cielo.

Ya en el pueblo, cuando llamaba a mi madre para contarle que todo iba bien, ella se echaba a llorar. La confortaba diciéndole que el jefe me había pagado (era cierto) y que estaría de vuelta en casa en menos de dos semanas (aunque de eso no estaba tan seguro). En mi fuero interno, yo me sentía feliz de estar allí con Mahmut Usta. ¿Sería porque estaba ganando mi propio dinero, porque después de que mi padre nos hubiera abandonado yo me había convertido en el hombre de la casa?

Pero en esas noches que bajábamos a Öngören, yo percibía claramente cuál era la verdadera razón de mi felicidad: quería volver a cruzarme con la

Mujer del Pelo Rojo que había visto en la plaza de la Estación. Cada vez que íbamos al pueblo, procuraba que nuestros pasos nos llevaran hacia aquella casa. Y si al final de la noche aún no habíamos pisado la plaza, me separaba de mi jefe con cualquier excusa y me dirigía hacia aquel edificio, aminorando la marcha al pasar frente a él.

Era un inmueble desvencijado de tres plantas, con las fachadas de hormigón sin enlucir. Después del noticiario de la noche, las luces de los dos pisos superiores permanecían encendidas. El de en medio tenía las cortinas echadas de forma permanente. Y el de arriba solía tenerlas medio descorridas, y en ocasiones, una ventana abierta.

A veces pensaba que la Mujer del Pelo Rojo debía de vivir con su madre y con su hermano o bien en el piso superior o bien en el de en medio. Si vivían en el de arriba, eso querría decir que tenían algo más de dinero. ¿En qué trabajaría su padre? A él no había podido verlo. A lo mejor también había desaparecido como el mío.

A lo largo del día, mientras dábamos lentamente vueltas a la manivela para izar el pesado cubo lleno de tierra, o cuando me echaba a dormir a la sombra en el descanso del mediodía, me sorprendía *pensando* en la Mujer del Pelo Rojo, su imagen llenando mis ensoñaciones. Me sentía un poco avergonzado, y no por dejarme llevar por fantasías con una mujer a la que ni siquiera conocía cuando debería estar plenamente entregado a la faena, sino por la inocencia casi infantil de aquellas visiones: soñaba que estábamos ya casados, que nos amábamos, que vivíamos felices en nuestra casa. No podía apartar de mi mente aquel momento en que la había visto en la puerta de su casa: sus ágiles movimientos, sus manos pequeñas, su talle esbelto, sus labios perfilados, aquel gesto de cariño y tristeza en la cara... y, por encima de todo, aquella expresión burlona que había esbozado al sonreír. Todas esas imágenes se abrían continuamente como flores silvestres en mi cabeza.

Otras veces nos imaginaba leyendo juntos un libro, y acto seguido nos besábamos y hacíamos el amor. Según mi padre, la mayor felicidad en la vida era casarse con una chica con la que de joven has leído libros en busca de un ideal compartido. Es lo que mi padre le había dicho una vez a mi madre, hablando de la felicidad de otros.

8

Cuando Mahmut Usta y yo regresábamos a nuestra tienda las noches que bajábamos al pueblo, sentía como si camináramos en dirección al mismo cielo. En la cuesta que subía desde Öngören hasta nuestra explanada no había ni una sola casa, por lo que todo quedaba sumido en una oscuridad absoluta, y tenía la impresión de que a cada paso que dábamos nos acercábamos aún más a las estrellas que brillaban ante nosotros. Hacia el final de la suave pendiente, los cipreses de un pequeño cementerio se interponían entre nosotros y las estrellas, haciendo que la noche se volviera todavía más negra. Recuerdo que, en una ocasión, una estrella fugaz pasó surcando un resquicio de cielo entre las copas de los cipreses, y nos volvimos rápidamente el uno hacia el otro para exclamar: «¿La has visto?».

A menudo veíamos pasar estrellas fugaces cuando nos sentábamos al borde de la tienda y hablábamos de ellas. Mahmut Usta creía que cada estrella representaba una vida. Dios había creado las noches de verano estrelladas para recordarnos la inmensa cantidad de personas y de vidas existentes. Por eso, cuando pasaba una estrella fugaz, mi jefe se ponía muy triste y entonaba una plegaria como si en verdad acabara de presenciar la muerte de alguien. Pero entonces, al reparar en mi indiferencia, se disgustaba ante mi desinterés y al momento empezaba a contar alguna historia nueva. ¿Acaso tenía que creerme todo lo que me contaba para evitar que se enfadara? Al cabo de los años, tras entender hasta qué punto habían sido determinantes los relatos de Mahmut Usta en mi vida, leí montones de libros tratando de averiguar sus orígenes.

Gran parte de aquellas historias procedían del Corán. Por ejemplo, la de

que el diablo había incitado a la gente a pintar cuadros y a contemplarlos con el fin de recordar a sus muertos, empujando así al mundo por la senda de la idolatría y corrompiéndolo. Sin embargo, Mahmut Usta contaba aquellos relatos introduciendo pequeñas variaciones aquí y allá, como si se los hubiera oído a algún derviche, los hubiera escuchado en algún café o los hubiera vivido en sus propias carnes, hasta que un día, de pronto, pasaban a formar parte de su repertorio de recuerdos personales increíblemente vívidos.

Una vez me contó que había entrado a inspeccionar un pozo de la época bizantina, de quinientos años de antigüedad. Todo el mundo consideraba que ese pozo estaba endemoniado, embrujado o maldito, cuando lo que en realidad sucedía era que había una acumulación de gas en el interior. Para demostrarlo, Mahmut Usta había abierto las páginas de un periódico como si fueran las alas de una paloma, le había prendido fuego por ambos lados y lo había arrojado dentro. El periódico había caído lentamente envuelto en llamas, pero conforme llegaba al fondo se había ido apagando porque ya no había aire. «Aire no –le corregí–, lo que no habría sería oxígeno.» Sin dar importancia a mi pedantería infantil, continuó explicándome que las paredes de los pozos bizantinos, infestadas de lagartijas y escorpiones, estaban construidas con ladrillo y piedra y que en ellas se utilizaba mortero de Jorasán, tal como hacían los otomanos. También me contó que, antes de la República y de Atatürk, los antiguos maestros poceros de Estambul eran armenios.

También recordaba con nostalgia la gran cantidad de pozos que había cavado en los barrios de chabolas de la parte de atrás de Sarıyer, Büyükdere y Tarabya en la década de los setenta, cuando el negocio iba viento en popa, los numerosos aprendices que había formado y la barbaridad de trabajo que había entonces, tanto que a veces podía estar a cargo de dos o tres pozos a la vez. En aquellos años, toda la población de Anatolia parecía estar emigrando a Estambul y construyendo chabolas sin agua ni luz en las colinas que se elevaban por encima del Bósforo. Se juntaban tres o cuatro vecinos, reunían dinero y llamaban a Mahmut Usta para que cavara un pozo. En aquella época, mi jefe contaba con un ostentoso carro tirado por un caballo y pintado con decoración de flores y frutas. En ocasiones, visitaba y examinaba tres pozos en un solo día, cada uno en un barrio distinto, como un gran empresario

supervisando sus proyectos; se metía a trabajar en uno de ellos, y cuando veía que podía confiarle la tarea al aprendiz que allí tuviera, se marchaba corriendo a otro pozo.

–Como no confíes en tu aprendiz, olvídate de hacerte pocero –decía a continuación–. Un maestro debe estar convencido de que el muchacho que tiene fuera trabaja correctamente, con presteza y atención, de manera que pueda olvidarse de él y centrarse en su propia tarea. El pocero que sale adelante es el que confía en su aprendiz como si fuera su hijo. ¿Tú sabes quién fue mi maestro?

–¿Quién? –preguntaba yo pese a que sabía la respuesta.

Él también era consciente de que yo lo sabía, porque me lo había contado más de una vez, pero aun así contestaba:

–Mi maestro fue mi padre –sentenciaba con aires de docente–. Y si tú quieres ser un buen aprendiz, tendrás que ser para mí como un hijo.

Para Mahmut Usta, el secreto de una buena relación maestro-aprendiz era que debía parecerse a una relación padre-hijo. Todo maestro estaba obligado a querer, proteger y educar a su aprendiz como lo haría un padre. Porque el aprendiz terminaría heredando su trabajo. A cambio, este tenía el deber de formarse en el oficio de su maestro, de escucharlo y de obedecerlo. Si la relación se veía enturbiada por la falta de afecto o la insubordinación, los dos acabarían mal parados, como les pasaría a un padre y a un hijo, y el trabajo se quedaría a medias. Y como yo era un buen muchacho procedente de una buena familia, mi maestro estaba tranquilo y no esperaba faltas de respeto ni desobediencia por mi parte.

Mahmut Usta había nacido en Suşehri, en la provincia de Sivas. A los diez años se había trasladado a Estambul con sus padres y había pasado su infancia en la parte de atrás de Büyükdere, en una chabola que ellos mismos se habían construido. Le gustaba decir que venía de familia pobre. Su padre, que había trabajado de jardinero en una de las últimas mansiones que quedaban en Büyükdere, había aprendido ya de mayor a cavar pozos ayudando a un maestro pocero. Y, viendo que el negocio era un filón, había vendido los animales y había tomado a su hijo Mahmut como ayudante. Este había acompañado a su padre hasta terminar el instituto; después de hacer el servicio militar, en los años setenta, cuando más pozos se abrieron en barrios

de chabolas y huertos, se había comprado un carro con un caballo. Y, tras la muerte de su padre, había continuado con el negocio. En dos décadas había cavado más de ciento cincuenta pozos. Ahora tenía cuarenta y tres años, igual que mi padre, aunque él nunca se había casado.

¿Sabía que mi padre nos había abandonado, dejándonos a mi madre y a mí en una precaria situación económica? Me lo preguntaba cada vez que me hablaba de su dura infancia luchando con la pobreza. A veces también pensaba que me soltaba aquellas pullas con malicia, porque me había visto obligado a trabajar de aprendiz de pocero después de haber sido el «señorito» de una familia propietaria de una farmacia, o sea, un finolis.

A la semana de empezar la obra, Mahmut Usta me contó una noche la historia del profeta José y sus hermanos. Escuché con atención: Jacob, el padre de José, lo quería más a él que a sus otros hijos; los hermanos, celosos, engañaron a José y lo arrojaron a un pozo oscuro. No obstante, lo que más me impresionó fue que Mahmut Usta se me quedara mirando y me dijera:

–Cierto, José era apuesto y muy listo, pero un padre no debe hacer distinciones entre sus hijos. –Y añadió–: Un padre debe ser justo. El padre que no es justo vuelve ciego a su hijo.

¿A qué venía aquello del hijo ciego? ¿De dónde había salido aquello de la ceguera? ¿Acaso era para recalcar la oscuridad absoluta en la que José debía de encontrarse en el fondo de aquel pozo? Eso es algo que me preguntaría en incontables ocasiones a lo largo de los años. ¿Por qué me había violentado tanto aquella historia, por qué había hecho que me enfadara tanto con mi jefe?

9

Al día siguiente, Mahmut Usta se topó con una roca mucho más dura de lo que había previsto, lo que, por primera vez, supuso un auténtico jarro de agua fría. Además, le preocupaba que al golpear pudiera romperse la punta del pico, lo cual le obligó a proceder con especial cuidado y ralentizó el ritmo de trabajo.

Fuera, mientras esperábamos a que se llenara el cubo, Ali se tumbaba a un lado del pozo para descansar entre los hierbajos. Yo, en cambio, no podía despegar los ojos del jefe, que estaba dejándose la piel allí abajo. Hacía un calor asfixiante y el sol me abrasaba la nuca.

A mediodía se presentó Hayri Bey, el dueño del terreno, y no le hizo ninguna gracia que hubiera aparecido aquella roca imprevista en el pozo. Se fumó un cigarrillo bajo el sol ardiente mientras contemplaba el interior del hoyo, y luego se marchó de vuelta a Estambul. Cortamos la sandía que nos había dejado y almorzamos acompañándola de queso blanco y pan todavía caliente.

Ese día Mahmut Usta no vertió hormigón por la tarde, pues tampoco había avanzado demasiado. Siguió trabajando denodadamente hasta el ocaso. Estaba exhausto e inquieto, y después de que Ali se marchara, mientras le servía la cena, guardamos un silencio absoluto.

–Si hubierais cavado donde dije yo primero... –había soltado Hayri Bey, poniendo de algún modo en entredicho la destreza y el instinto de Mahmut Usta.

En mi opinión, ese era el motivo de que mi jefe estuviera tan taciturno.

–Hoy mejor no vamos al pueblo –dijo al terminar la cena.

Era muy tarde y él estaba muy cansado, así que comprendí su postura. Aun así, me enojé mucho. En cuestión de una semana, ir paseando todas las noches hasta la plaza de la Estación pensando en la Mujer del Pelo Rojo, y quedarme contemplando las ventanas de su edificio preguntándome si ella estaría ahí, se había convertido para mí en una necesidad imperiosa.

–Ve tú –dijo Mahmut Usta–. Y de paso me compras un paquete de Maltepe. No te dará miedo la oscuridad, ¿no?

El cielo estaba despejado y luminoso. Contemplé las estrellas mientras me dirigía a paso veloz rumbo a las luces del pueblecito de Öngören. Antes de llegar al cementerio, vi pasar dos estrellas fugaces a la vez, y entonces sentí una extraña emoción, como si fuera a encontrarme con la Mujer del Pelo Rojo.

Pero al llegar a la plaza de la Estación descubrí que todas las luces del edificio estaban apagadas. Fui a ver al estanquero de gafas y compré el tabaco para mi jefe. Procedentes del cine de verano Güneş, situado un poco más allá, llegaban sonidos de una escena de persecución. Atisé a través de un hueco que había en el muro del recinto del cine, buscando entre los espectadores a la Mujer del Pelo Rojo y a su familia, pero no estaban allí.

A las afueras del pueblo, al principio del camino que conducía al cuartel militar, habían montado una carpa con carteles teatrales colgados por todas partes. En un letrero ponía: TEATRO DE LEYEDAS EJEMPLARES.

Una vez cuando era pequeño, no muy lejos de la feria que montaban en verano en el descampado de detrás del palacete de Ihlamur, instalaron una carpa teatral parecida, pero no funcionó muy bien y acabaron cerrándola. Y aquel teatro debía de ser algo así. Deambulé un poco más por las calles. El recinto del cine se despejó, la última emisión televisiva finalizó y las calles se quedaron desiertas, pero las ventanas del edificio que daba a la estación siguieron apagadas.

Regresé corriendo a la explanada, invadido por un sentimiento de culpa. Subí la cuesta que conducía al cementerio con el corazón latiéndome desbocado. Podía sentir que un búho me observaba en silencio, posado sobre las ramas de un ciprés.

Tal vez la Mujer del Pelo Rojo y su familia se hubieran marchado de Öngören. O tal vez seguían en el pueblo, y yo me había angustiado sin

motivo y había decidido acortar mi expedición por temor a Mahmut Usta. ¿Por qué le tenía tanto miedo?

–¿Dónde te habías metido? Estaba preocupado –me dijo.

Se había echado una cabezadita y estaba de mejor humor. Me arrancó de la mano el paquete de tabaco y se encendió rápidamente un cigarrillo.

–¿Qué hay de nuevo en el pueblo?

–Nada –dije–. Han puesto una de esas carpas de teatro.

–Esos sinvergüenzas ya estaban cuando llegamos nosotros –dijo Mahmut Usta–. Hacen numeritos de danza del vientre y cuentan chistes guarros para los soldados. Igualito que una casa de putas. ¡Tú ni te acerques! Venga, que hoy has bajado tú al pueblo y has visto gente. ¡Esta noche te toca a ti contarme una historia, señorito!

No me esperaba aquella petición. ¿Y por qué me habría vuelto a llamar «señorito»? Traté de pensar en alguna historia que pudiera desazonarlo. ¿No estaba siempre Mahmut Usta queriendo educarme con sus cuentos? Pues ahora me tocaba a mí turbarlo con alguno de los míos. Solo se me ocurrían cosas como la ceguera y el teatro. Y al final empecé a contarle la historia de Edipo, el rey griego. No había leído la obra original, pero el verano anterior, en la librería de Deniz, había encontrado un resumen de la historia que se me había quedado grabado en la memoria.

El texto aparecía en una antología titulada *Nuestros sueños, nuestra vida*, y desde que lo leí el año anterior llevaba acechando en algún rincón de mi mente como el genio de la lámpara de Aladino. Y ahora traté de contar la historia no como algo de lo que tuviera un conocimiento resumido o de oídas, sino con la intensidad de una experiencia vivida:

Hijo de Layo, rey de la ciudad griega de Tebas, Edipo era el príncipe heredero. Tal era su importancia que, estando todavía en el vientre de su madre, le preguntaron al oráculo por su porvenir. Y este vaticinó una terrible profecía... Tras pronunciar esta frase, recuerdo haber hecho una pausa y, al igual que hacía Mahmut Usta, quedarme mirando las sombras inciertas de la pantalla del televisor.

Según el funesto augurio, el destino del príncipe Edipo era matar a su padre, casarse con su madre y usurpar el trono. Y Layo, por temor a la profecía, había mandado que raptaran a su hijo recién nacido y lo

abandonaran en el bosque para que muriera.

Una dama de la corte del reino vecino encontró al bebé Edipo entre los árboles y le salvó la vida. Todo en aquel pequeño revelaba su estirpe real, así que recibió también educación de príncipe en aquel otro reino. Pero, conforme iba creciendo, empezó a sentir un extraño desapego por esa tierra y, preocupado por cuál podría ser la razón, fue a consultar al oráculo. Al preguntarle por su futuro, le respondió con la misma funesta profecía: Dios tenía destinado para él matar a su padre y acostarse con su madre. Y para huir de este terrible sino, Edipo abandonó el reino inmediatamente.

El griego puso rumbo a Tebas sin saber que aquella era en verdad su patria, y al cruzar por un puente empezó una discusión sin sentido con un anciano. Y este resultó ser su verdadero padre, el rey Layo. (Me explayé describiendo la escena en la que padre e hijo no se reconocen y se enzarzan en una pelea, contándola como si fuera una de esas secuencias dramáticas de las películas de Yeşilçam.)

Pelearon con saña, pero al final Edipo se impuso y mató a su padre con un furioso golpe de espada.

—Por supuesto, él no sabía que a quien acababa de matar era a su propio padre —le dije a Mahmut Usta mirándolo fijamente a los ojos.

Mi jefe me escuchaba con el ceño fruncido, no como quien oye un cuento, sino con el gesto triste de quien recibe una mala noticia.

Nadie había visto a Edipo matar a su padre, y por eso nadie lo acusó cuando entró en la ciudad de Tebas. (Mientras me escuchaba a mí mismo contar aquello, me preguntaba cómo sería eso de cometer un crimen tan terrible como el de matar a tu propio padre sin que nadie te pillara.) Por si fuera poco, más adelante logró desentrañar el enigma del monstruo con cabeza de mujer, cuerpo de león y enormes alas que estaba asolando el reino y que nadie había conseguido resolver hasta entonces. Así pues, Edipo se convirtió en un héroe, fue proclamado nuevo rey de Tebas y acabó casándose con la reina, con su propia madre, que ignoraba que aquel fuera su hijo.

Esta última parte la conté deprisa y en voz baja, como si no quisiera que nadie la oyera.

—Edipo se casó con su madre —repetí—. Y tuvieron cuatro hijos... Aunque en verdad esta historia la leí en un libro —añadí para que mi jefe no creyera

que todas esas atrocidades me las había inventado yo.

Y proseguí mi narración contemplando la brasa incandescente del cigarrillo de Mahmut Usta:

–Al cabo de los años, cuando Edipo vivía feliz con su esposa y sus hijos, la peste invadió la ciudad y empezó a diezmar a la población. Los aterrados ciudadanos enviaron un emisario para consultar a los dioses, desesperados por conocer su voluntad. «Si queréis libraros de la peste», dijeron los dioses, «deberéis encontrar al asesino del anterior rey y expulsarlo de la ciudad. ¡Ese día la peste desaparecerá!»

Desconocedor de que el anciano con quien se había peleado y matado en el puente era su propio padre, así como el antiguo rey de Tebas, Edipo ordenó apresarse inmediatamente al asesino. De hecho, él mismo fue quien más se volcó en averiguar su identidad. Pero a medida que avanzaba en su búsqueda, fue entendiendo poco a poco que en realidad era él quien había matado a su padre. Y aún peor fue descubrir que se había casado con su propia madre.

En este punto me quedé callado. Cuando por las noches Mahmut Usta me contaba historias religiosas, solía guardar silencio en el momento culminante. Y en su actitud yo presentía una vaga advertencia, algo así como: «Fíjate bien, así también podrías acabar tú». Ahora estaba tratando de hacer lo mismo que él, aunque tampoco tenía muy clara cuál podría ser la moraleja de mi historia. Así que narré el desenlace casi con ternura, compadeciéndome del protagonista:

–Al comprender que se había acostado con su madre, Edipo se sacó los ojos con sus propias manos –dije–. Luego abandonó la ciudad y puso rumbo a otros mundos.

–Así que al final ocurrió lo que Dios había anunciado –concluyó Mahmut Usta–. Nadie puede escapar a su destino.

Me quedé pasmado ante la moraleja que había extraído de mi historia. Quise olvidar todo aquel asunto del destino.

–Sí, y en cuanto Edipo se infligió su castigo, se terminó la peste y la ciudad volvió a quedar a salvo.

–¿Y se puede saber por qué me has contado esta historia?

–No lo sé –respondí, y me entraron remordimientos.

–No me ha gustado tu relato, señorito –dijo Mahmut Usta–. ¿Qué clase de

libro era ese que leíste?

–Era un libro sobre los sueños.

Comprendí que mi jefe no volvería a pedirme nunca más: «¿Por qué no me cuentas una historia?».

10

Las noches en el pueblo con Mahmut Usta seguían siempre un orden preciso: primero íbamos a comprar tabaco al local del estanquero de gafas, o al colmado, donde la tele estaba siempre encendida. Después nos pasábamos por la ferretería o por la carpintería, que seguían abiertas. Mahmut Usta había hecho buenas migas con el carpintero, un tipo de Samsun; a veces plantaba una silla delante de la puerta y se sentaba allí a fumarse un cigarrillo. Y entonces, sin que él se diera cuenta, yo me escapaba un momento a la plaza de la Estación para echar un vistazo a las ventanas de la Mujer del Pelo Rojo. En ocasiones, cuando la carpintería estaba cerrada, mi jefe me decía: «Venga, que te invito a un té», y nos sentábamos a alguna de las mesas situadas ante la puerta de dos hojas del café Rumelia, en la calle que desembocaba en la plaza. Esta se veía desde nuestra mesa, pero no así la casa de la Mujer del Pelo Rojo. De tanto en tanto me levantaba con alguna excusa, me asomaba hasta que conseguía ver las ventanas del inmueble y, tras comprobar que las luces seguían apagadas, regresaba a mi sitio.

En la media hora que pasábamos sentados tomando té en la terraza del café Rumelia, Mahmut Usta hacía sin falta alguna rápida valoración sobre nuestro trabajo y sobre los progresos que hubiéramos realizado ese día. «La roca es muy dura, pero no te preocupes, que de eso me encargo yo», me dijo una noche. «¡El ayudante debe aprender a confiar en su maestro!», exclamó a la siguiente, al ver que empezaba a impacientarme. «Si tuviéramos dinamita, como antes del golpe de Estado, el trabajo estaría chupado –me dijo la tercera noche—. Pero los militares la prohibieron.»

Otra noche me llevó al cine Güneş, como haría un padre bondadoso, y

estuvimos viendo la película sentados en la parte baja del muro, rodeados de niños. Cuando regresamos a nuestra tienda dijo:

–Mañana llamas a tu madre y le dices que dentro de una semana habré encontrado agua, que no se preocupe.

Pero la roca no se rompía.

Una noche que Mahmut Usta no bajó al pueblo, me acerqué al teatro ambulante y leí lo que ponía en los carteles y en la gran pancarta extendida en la entrada: «La venganza del poeta; Rostam y Sohrab; Ferhat, el perforador de montañas. Aventuras nunca vistas en televisión». Esto último fue lo que más me llamó la atención, lo de las cosas que no se veían en la tele.

La entrada costaba más o menos una quinta parte del jornal diario que Mahmut Usta me pagaba, y no había nada que indicara descuentos para niños o estudiantes. Sin embargo, en el cartel más grande sí que ponía: «Gran descuento para soldados. Sábados y domingos: 13.30 y 15.00».

Después de todas las pestes que había echado Mahmut Usta, me habían entrado aún más ganas de ir un día al Teatro de Leyendas Ejemplares. Las noches que bajábamos a Öngören, tanto si iba con mi jefe como si no, me inventaba alguna excusa para pasar por allí y contemplar, aunque fuera de lejos, aquella carpa amarilla tan agradable.

Una noche que Mahmut Usta estaba sentado tomándose su té, me acerqué a la plaza de la Estación para otear de nuevo las ventanas de la Mujer del Pelo Rojo, que parecían estar siempre apagadas. Después, para matar el tiempo, fui dando un paseo por la Calle de los Restaurantes. Y, de pronto, divisé a aquel chico que pensaba que era el hermano de la Mujer del Pelo Rojo. Empecé a seguirlo.

Debía de tener cinco o seis años más que yo. Poco después llegó a la plaza de la Estación, abrió el portal del edificio cuyas ventanas yo vigilaba, y desapareció en su interior. Durante un instante el corazón me latió a toda velocidad. ¿En qué piso iban a encenderse las luces? ¿Estaría allí la Mujer del Pelo Rojo? Cuando se encendieron las del último piso, sentí una gran excitación. Pero en ese preciso instante, el joven, el hermano de la Mujer del Pelo Rojo, salió del edificio y se puso a caminar hacia donde yo me encontraba. Aquello me dejó totalmente perplejo. ¿Cómo podía haber encendido las luces de arriba y estar saliendo por el portal al mismo tiempo?

Venía directo hacia mí. Quizá hubiera descubierto que lo estaba siguiendo, o tal vez incluso la obsesión que sentía por su hermana. Presa del pánico, me metí a toda prisa en el edificio de la estación y me senté en uno de los bancos laterales. Allí dentro estaba fresco y silencioso.

Sin embargo, en vez de entrar en la estación, el hermano de la Mujer del Pelo Rojo prosiguió su camino hacia la calle del café Rumelia. Si hubiera ido tras él en ese momento, Mahmut Usta, que estaría todavía tomándose su té, me habría visto, así que subí a la carrera por la calle paralela y me quedé esperando detrás de un plátano que había un poco más allá. Cuando el joven pasó junto a mí, abstraído en sus pensamientos, volví a seguirlo.

Pasamos por la calle del carpintero, por detrás del cine Güneş, junto al carro del herrero. A medida que se aparecían en mi camino el colmado todavía abierto, los ventanales de la barbería y la oficina de correos desde donde llamaba a mi madre, comprendí que en apenas dos semanas de deambular ociosamente por Öngören me había recorrido prácticamente todas las calles del pueblo.

Cuando vi al hermano de la Mujer del Pelo Rojo entrando en la carpa de un amarillo resplandeciente instalada a las afueras del pueblo, regresé corriendo con Mahmut Usta.

–¿Dónde te habías metido?

–He ido a llamar a mi madre.

–¿La echas mucho de menos?

–Sí.

–¿Y qué cuenta la mujer? ¿Le has dicho que, en cuanto consigamos atravesar la roca, vamos a encontrar agua y podrás volver a casa como mucho dentro de una semana?

–Se lo he dicho.

Solía llamar a mi madre a cobro revertido desde la oficina de correos, que estaba abierta hasta las nueve. La operadora preguntaba primero el nombre de mi madre, y luego decía:

–¿Señora Asuman Çelik? Cem Çelik, desde Öngören, desea comunicarse con usted. ¿Acepta la llamada?

–¡Acepto! –exclamaba mi madre con voz exaltada.

Que la operadora estuviera escuchando la conversación y que la

conferencia a cobro revertido fuera tan cara hacía que a los dos nos costara comportarnos con naturalidad, y al final siempre acabábamos contándonos las mismas cosas y guardando silencio.

Esa misma sensación de reserva y distanciamiento entre mi madre y yo se interpuso también en mi trato con Mahmut Usta aquella noche durante el camino de vuelta. Mientras subíamos nuestra cuesta con los ojos puestos en el firmamento, no cruzamos una sola palabra. Caminábamos mirando al frente y en silencio, como si se hubiera cometido un crimen y los innumerables grillos y estrellas hubieran sido testigos. El búho del cementerio nos saludó desde la copa de un ciprés sombrío.

Antes de meterse en la tienda a dormir, Mahmut Usta se encendió un último cigarrillo.

—¿Te acuerdas de la historia con moraleja que me contaste anoche sobre ese príncipe? —dijo iniciando la conversación—. Hoy he estado dándole vueltas. Y tengo otra historia del mismo estilo sobre el destino.

Al principio no caí en que estaba hablando del mito de Edipo. Pero enseguida respondí:

—Cuéntamela, jefe.

—Hace mucho tiempo, hubo un príncipe como el tuyo —arrancó Mahmut Usta su historia.

El príncipe era el hijo mayor y más querido de su padre, el sultán. Este se desvivía por él, le concedía todos sus deseos, organizaba en su honor fiestas y banquetes... Un día, en una de esas fiestas, vio junto a su padre a un hombre de barba negra y rostro sombrío, y el príncipe cayó en la cuenta de que se trataba de Azrael, el ángel de la muerte. Ambos cruzaron la mirada y se contemplaron el uno al otro con asombro. Al terminar el banquete, el príncipe le dijo angustiado a su padre que uno de los invitados era Azrael, y que por su forma extraña de mirarlo había comprendido que había venido para llevarse su alma.

El sultán se quedó conmocionado.

—No le digas nada a nadie. Márchate al palacio de Tabriz, en Irán, y escóndete allí —le ordenó a su hijo—. Las relaciones con el sha de Tabriz son buenas y no te entregará a nadie.

Y envió allí de inmediato a su hijo. Después organizó otro banquete e

invitó de nuevo a Azrael, el de rostro sombrío, como si nada hubiera pasado.

–Su majestad, su hijo el príncipe no se encuentra aquí esta noche –dijo Azrael con gesto preocupado.

–Mi hijo es un muchacho joven –respondió el sultán–. Dios quiera que viva aún muchos años. ¿Por qué lo preguntas?

–Hace tres días, Dios todopoderoso me ordenó ir a Irán, al palacio del sha de Tabriz, para llevarme el alma de vuestro hijo, ¡el príncipe! –dijo Azrael–. Por eso me quedé tan sorprendido, y complacido, cuando lo vi ayer ante mí, aquí en Estambul. Tu hijo vio cómo lo estaba mirando, y creo que adivinó cuáles eran mis intenciones.

Y, acto seguido, Azrael abandonó el palacio a toda prisa.

11

Al mediodía del día siguiente, con el sol de julio abrasándonos la nuca, la roca con la que Mahmut Usta había estado luchando a brazo partido a diez metros bajo tierra por fin se agrietó y se quebró. Al principio nos alegramos mucho, aunque enseguida comprendimos que aquello no iba a acelerar necesariamente el trabajo. A Ali y a mí nos llevaba mucho tiempo y esfuerzo extraer los pesados fragmentos de roca que nuestro jefe iba partiendo abajo.

A media tarde, Mahmut Usta nos mandó que lo subiéramos.

–Vaciaremos antes el pozo si yo me quedo aquí con uno de vosotros girando el torno –propuso–. Que baje uno y yo me quedaré arriba. ¿Algún voluntario?

Ni Ali ni yo dijimos nada.

–Venga, baja tú, Ali –ordenó el jefe.

Me emocionó que Mahmut Usta me protegiera de aquel modo. Ali metió un pie en el cubo y lo bajamos desenrollando lentamente el torno. Ahora, allí fuera, estábamos el jefe y yo. Me preguntaba angustiado si mis palabras y mis miradas sabrían transmitirle apropiadamente lo muy agradecido que le estaba. En realidad, tampoco me gustaba esa necesidad imperiosa de complacerle y acatar sus órdenes. Pero sabía que, actuando así, encontraríamos antes el agua y eso haría mi vida más sencilla. Mientras esperábamos a que Ali nos diera la señal para subir el cubo, guardábamos silencio y escuchábamos los sonidos a nuestro alrededor.

Primero estaba el crepitar incesante de las cigarras, que percibíamos como uno solo. Por debajo de ese sonido agudo, se distinguía un zumbido sordo e impreciso: el murmullo de Estambul, a treinta kilómetros de distancia. Al

principio, cuando llegamos, ni siquiera lo había notado. Sobre ese rumor sordo se superponían otros ruidos: el parloteo de los cuervos, las golondrinas y otros muchos pájaros que no conocía, graznando y chillando con aire quejumbroso; el traqueteo de un larguísimo tren de carga que iba de Estambul en dirección a Europa; y los soldados entonando canciones populares: «Las mesetas, las mesetas...», corriendo pertrechados con sus armas bajo el calor.

De vez en cuando nuestras miradas se cruzaban. ¿Qué pensaba en realidad Mahmut Usta de mí? Yo anhelaba más afecto y más protección por su parte. Pero, cuando nuestros ojos se encontraban, yo apartaba rápidamente la vista.

A veces él decía «Está pasando otro avión», y ambos levantábamos la cabeza tratando de avistarlo. Los aviones que despegaban del aeropuerto de Yeşilköy tomaban altura durante un par de minutos y luego cambiaban de rumbo justo por encima de nosotros. De pronto se oía a Ali gritar desde abajo «¡Tiraaa!», y entonces girábamos muy despacio el estruendoso torno y subíamos el cubo con los trocitos de roca compuesta de hierro y níquel (que Mahmut Usta me había enseñado a reconocer), y a continuación los volcábamos en la carretilla.

Cada vez que el cubo llegaba arriba, Mahmut Usta le gritaba a Ali que no lo llenara tanto, que por el momento no tocara los trozos grandes, y que vigilara que el cubo estuviera bien amarrado al gancho.

Yo me encargaba de llevar a vaciar la carretilla. Y en poco tiempo se formó una montañita de trozos de roca, veteadas de hierro, níquel y texturas extrañas. El color, la dureza y la densidad de aquellas rocas eran tan diferentes de los de la tierra que habíamos extraído durante los siete u ocho primeros días que a uno le daba la impresión de que procedían de otro planeta.

La siguiente vez que se presentó Hayri Bey, Mahmut Usta le explicó que no había forma de ir más deprisa, que no iba a ser fácil acabar con aquella roca tan dura, pero que no pensaba abrir un pozo en ningún otro lado. El agua brotaría de allí.

El empresario textil Hayri Bey pagaba a Mahmut Usta por metro cavado. Aparte, estaba el gran estipendio final cuando se encontrara agua, así como los regalos y propinas habituales. Esas tradicionales reglas de pago llevaban

siglos asentadas entre los maestros poceros y los propietarios de las tierras. El pocero tendrá mucho cuidado en elegir el lugar donde cavar, ya que si lo hace de forma poco racional o caprichosa, podría poner en peligro la recompensa final. Del mismo modo, si el dueño del terreno se emperraba en abrir un pozo donde difícilmente habría agua, el pocero iba a cobrarle igual por metro cavado. Ante el riesgo de no encontrar agua, algunos poceros se curaban en salud: «Si así lo quieres, yo abro aquí el pozo, pero tengo que cobrarte tanto más por metro». Y algunos subían el precio una vez superado el umbral de los diez metros.

Teniendo en cuenta que tanto el pocero como el dueño del terreno dependían de encontrar agua para obtener beneficios, no era inusual que ambos decidieran conjuntamente que resultaría inútil seguir cavando en un punto y empezar en otro nuevo. Sin embargo, un propietario podía a veces mostrarse arrogante y testarudo y empeñarse en un punto donde las probabilidades de encontrar agua eran escasas (como, por ejemplo, un terreno demasiado rocoso, o demasiado arenoso, o muy seco y de color pálido), y entonces el pocero cedía y seguía adelante, porque al fin y al cabo iba a cobrar por metro cavado. Y cuando daba con un estrato rocoso y la obra se ralentizaba, el pocero podía solicitar cobrar por días en lugar de por metros. Y en ocasiones ocurría que el dueño de un terreno decidía que de una excavación en marcha no iba a salir agua. Entonces el pocero, confiando en su intuición de que el agua no quedaba lejos, pedía unos días más para acabar la obra. Y, por lo que podía ver, el caso de Mahmut Usta recordaba bastante a este.

A la noche siguiente, cuando bajé con mi jefe al pueblo, me dirigí a la Calle de los Restaurantes a las ocho y cuarto, es decir, unos treinta minutos antes de la hora a la que había visto al hermano de la Mujer del Pelo Rojo cuatro días atrás. Me asomé por el ventanal del restaurante Kurtuluş, de donde había visto salir al joven la vez anterior. A través de la cortina de tul medio corrida, no vi a nadie que me sonara. Aun así quise asegurarme, de modo que abrí la puerta y recorrí con la mirada el local medio vacío. En efecto, ni caras conocidas ni melenas pelirrojas en aquella atmósfera perfumada de *raki*.

Al día siguiente encontramos tierra blanda debajo del estrato rocoso. Pero

esa misma tarde, antes de que pudiéramos recuperar el ritmo, Mahmut Usta se topó con una nueva capa de roca. Por la noche, sentados en el café Rumelia, estábamos callados y preocupados. Al cabo de un rato me levanté sin dar explicaciones y me dirigí a la plaza. Los almendros que había plantados en la acera de enfrente no me dejaron ver bien las ventanas del edificio, así que enfilé hacia la Calle de los Restaurantes. Eché un vistazo por la cortina de tul medio corrida del Kurtuluş y, sentados a una de las mesas junto al ventanal, vi a la Mujer del Pelo Rojo, a su hermano y a su madre, con otras cuatro o cinco personas.

De pronto me puse nervioso y, sin saber muy bien lo que hacía, entré en el restaurante. Ellos estaban riendo y bromeando, y no repararon en mi presencia. Había vasos de *rakı* y botellines de cerveza por toda la mesa. Y la Mujer del Pelo Rojo estaba fumándose un cigarrillo, atenta a algo que estaban hablando.

–¿Buscas a alguien? –me preguntó uno de los camareros.

De repente todos se volvieron para mirarme, la imagen del grupo reflejada en un espejo enorme que había en la pared junto a su mesa. La Mujer del Pelo Rojo y yo nos miramos a los ojos. Tenía aquella misma expresión cariñosa, aunque en esta ocasión también parecía alegre. Me observaba con la misma atención que yo a ella. Tal vez se estaba burlando de mí. Sus pequeñas manos se movían ligeras sobre la mesa.

Aún no había respondido al camarero.

–Los soldados tenéis prohibido venir por aquí después de las seis de la tarde –dijo.

–Yo no soy militar.

–Los menores de dieciocho también. Si conoces a alguien, adelante. Y si no, será mejor que te marches.

–¡Viene con nosotros, deja que se siente! –le gritó la Mujer del Pelo Rojo al camarero.

De repente se hizo el silencio. Ella me miraba como si me conociera muy bien, como si me conociera desde hacía años. Sus ojos eran tan dulces y acogedores que me colmaron de alegría por dentro. Y yo le devolví una mirada llena de amor. Pero para entonces ella ya había apartado la vista.

Salí a toda prisa sin responder al camarero y me encaminé de vuelta al café

Rumelia.

–¿Dónde te habías metido? –dijo Mahmut Usta–. ¿Dónde vas todas las noches cuando me dejas aquí solo?

–Jefe, lo de esa roca nueva me tiene también muy intranquilo –dije–. ¿Y si no conseguimos atravesarla?

–Tú confía en tu maestro. Haz lo que te digo y no te preocupes. Voy a encontrar esa agua.

Las bromas y las charlas de mi padre me entretenían y me hacían pensar, ponían a prueba mi inteligencia. Pero no siempre creía todo lo que me decía. En cambio, las palabras de Mahmut Usta me infundían siempre seguridad y consuelo. Y durante un tiempo, yo también creí que íbamos a encontrar agua.

12

Durante los tres días que siguieron, no logramos atravesar la nueva roca ni volví a ver a la Mujer del Pelo Rojo. Una y otra vez acudían a mi mente las imágenes de ella defendiéndome del camarero que quería echarme del Kurtuluş, su expresión cariñosa, la bonita forma de sus labios curvados cuando me sonreía burlona. Era alta, elegante y muy atractiva. Mahmut Usta y Ali bajaban al pozo por turnos, picando y desmenuzando lentamente la roca. Todo avanzaba muy despacio, y el sol abrasador nos consumía. Sin embargo, ya no me resultaba tan fatigoso sacar los trozos de piedra con el torno ni llenar la carretilla para ir a vaciarla. Solo con pensar en aquella mirada llena de cariño y ternura, en la manera en que la Mujer del Pelo Rojo me daba a entender que me reconocía, me bastaba para seguir trabajando sin quejarme, confiado en que pronto encontraríamos agua.

Una noche en que Mahmut Usta no bajó al pueblo, fui paseando hasta el teatro ambulante e hice cola para comprar una entrada. Pero un hombre al que no había visto nunca y que estaba sentado a la mesa que servía a modo de taquilla me negó el acceso.

—¡Esto no es para ti!

Al principio pensé que lo decía por mi edad. Pero en los pueblos reinaba una indiferencia general respecto a esos temas, y hasta los críos más pequeños solían colarse en los lugares más vergonzosos sin que nadie dijera ni pío. Además, yo tenía prácticamente diecisiete años y todo el mundo coincidía en que aparentaba más edad. Tal vez, con lo de «¡Esto no es para ti!», el hombre de la entrada había querido decir que las vulgaridades y escenas sórdidas que aparecían en la función no eran dignas de un señorito

educado de ciudad como yo. ¿Acaso la Mujer del Pelo Rojo tendría algo que ver con las bromas ordinarias y las obscenidades que se representaban allí para diversión de los soldados?

En el camino de vuelta, mientras contemplaba las estrellas, pensé otra vez en que iba a ser escritor. Mahmut Usta estaba esperándome, viendo la televisión. Volvió a preguntarme si había ido esa noche al teatro; yo respondí que no. Y por su mirada comprendí que no me creía. Un gesto de desprecio se dibujó en la comisura de sus labios.

A veces, cuando estábamos juntos girando el torno con aquel calor, ponía también esa misma mueca de desdén, y cuando eso pasaba me entraba un sentimiento terrible de culpa y pensaba que había hecho algo mal o le había decepcionado sin darme cuenta. ¿Qué había hecho como no debía? A lo mejor no había girado la manivela con la fuerza suficiente, o no había prestado atención a la hora de enganchar el cubo, o cualquier otra cosa. Conforme iba pasando el tiempo y seguíamos sin encontrar agua, esa mirada acusadora, despectiva e incluso desconfiada se volvió algo habitual en el rostro de Mahmut Usta. Y eso hacía que me enfadara conmigo mismo, pero también con él.

Mi padre jamás se había preocupado tanto por mí. Yo nunca había sido capaz de pasar todo el día con él como lo hacía con Mahmut Usta. Pero mi padre jamás me había mirado con desprecio. Y la única vez que me sentí culpable por él, fue cuando estuvo encerrado en prisión. Así que ¿por qué razón Mahmut Usta despertaba en mí esos sentimientos? ¿Por qué tenía esa necesidad de obedecerle y agradarle constantemente? En ocasiones, cuando girábamos las manivelas a ambos extremos del torno, intentaba armarme de valor para hacerme esas preguntas, pero ni siquiera era capaz de eso. En su lugar, apartaba la vista y me reconcomía en mi propia ira.

Cuando más disfrutaba con Mahmut Usta era cuando escuchaba las historias que me contaba. Aquella noche, mientras contemplaba las imágenes borrosas del televisor, me explicó su particular visión de las capas del subsuelo terrestre. Algunos de ellas eran tan gruesas y profundas que el pocero inexperto podía pensar que nunca se terminarían. Pero había que perseverar, hasta encontrar una nueva veta. Esas capas podían compararse con los vasos sanguíneos de nuestro cuerpo. Al igual que estos transportaban

la sangre que daba vida al ser humano, las enormes vetas subterráneas transportaban el hierro, el zinc, la caliza y demás sustancias que nutrían al planeta. Y entre esas vetas se formaban arroyos, canales y lagos subterráneos de todas las formas y tamaños.

Mahmut Usta también contaba muchas historias sobre excavaciones en las que el agua brotaba de repente en el momento y el lugar más inesperados. Una vez, por ejemplo, hacía cinco años, un empresario de Sivas lo había contratado para abrir un pozo en un terreno a las afueras de Sariyer, cerca del mar Negro. Pero, al ver que después de varios días del hoyo no habían salido más que cubos y cubos de tierra arenosa y ni una sola gota de agua, al hombre le habían entrado las dudas y había querido parar la obra. Sin embargo, tras analizar la arena, Mahmut Usta le había dicho que no se dejara engañar, que los diferentes estratos del subsuelo podían enredarse entre sí como ocurría a veces con los órganos del cuerpo humano. Y, en efecto, al poco había brotado el agua.

Mahmut Usta también solía alardear de que lo llamaban para supervisar el estado de los pozos de las mezquitas históricas de Estambul. «No hay ni una sola mezquita antigua en esta ciudad que no tenga pozo», proclamó una vez orgulloso. Le gustaba salpicar la narración de sus recuerdos con algunos datos, como que el pozo de la mezquita de Yahya Efendi estaba en la entrada, o que el de la mezquita de Mahmutpaşa se encontraba en el patio, en lo alto de una cuesta, y que tenía una profundidad de treinta y cinco metros. Antes de adentrarse en un pozo antiguo, colocaba una vela en el cubo, encendía la mecha y lo iba descolgando. Si al llegar al fondo la vela seguía encendida, descartaba que hubiera gas en el interior y entonces podía entrar en el sagrado foso.

Mahmut Usta también disfrutaba mucho enumerando las cosas que los estambulitas llevaban siglos arrojando o escondiendo en los pozos. En aquellos viejos hoyos había encontrado espadas, cucharas, botellas, chapas de botellas, lámparas, bombas, fusiles, pistolas, muñecas, calaveras, peines, herraduras y los objetos más inimaginables. Y también monedas de plata. Era evidente que algunas de esas cosas las habían tirado a pozos secos y agotados con intención de esconderlas, pero luego, con el paso de los años y los siglos, se habían olvidado de ellas. Qué curioso, ¿verdad? ¿Qué significaba que una

persona hubiera depositado algo valioso y querido en un pozo para después olvidarse de ello?

13

En uno de aquellos asfixiantes días de julio, Hayri Bey se presentó de nuevo al mediodía en su camioneta y, al ver aquel panorama tan desalentador, anunció algo que nos dejó a todos muy abatidos: si en tres días no habíamos hecho ningún progreso, daría ese punto del terreno por imposible y detendría la obra. Mahmut Usta podía seguir cavando por su cuenta si así lo deseaba, pero Hayri Bey dejaría de pagar nuestros jornales. Ahora bien, si Mahmut Usta persistía y resultaba que al final encontraba agua, naturalmente le pagaría su justa recompensa y le honraría anunciando a todo el mundo que él había hecho posible que pudiera instalar allí su fábrica. Sin embargo, por el momento no podía permitir que un pocero habilidoso, trabajador y honrado como Mahmut Usta malgastara sus fuerzas y su talento en aquel inútil agujero de un terreno tan ingrato.

–Tienes razón, no vamos a encontrar agua en tres días: lo haremos en solo dos –dijo Mahmut Usta con aparente tranquilidad–. No te preocupes, jefe.

Después de que la camioneta de Hayri Bey se alejara entre el canto chirriante de las cigarras, permanecimos un buen rato en silencio. Poco después nos llegó el sonido traqueteante del tren de pasajeros de las doce y media que se dirigía a Estambul. Me tumbé a la sombra del nogal, pero no conseguí dormirme. Ni siquiera pensar en la Mujer del Pelo Rojo y en el teatro me sirvió esta vez de consuelo.

A unos quinientos metros del nogal, fuera de los límites de la finca de Hayri Bey, había una casamata de hormigón de la Segunda Guerra Mundial. Una vez fuimos a echar un vistazo, y Mahmut Usta dijo que debían de haberla construido para defenderse con ametralladoras de los ataques de la

infantería y los tanques. Movido por una curiosidad infantil, traté de abrirme paso a través de la maleza espinosa y las zarzas que bloqueaban la entrada, pero me fue imposible y me tumbé en la hierba a pensar. Si en tres días no conseguíamos sacar agua del pozo, no me llevaría la recompensa final. Pero había echado cuentas, y desde que estábamos allí ya había ahorrado más dinero del que necesitaba. Así que, si al cabo de tres días no obteníamos resultados, lo mejor sería renunciar a la propina de Hayri Bey y volver a casa.

Esa noche en Öngören, sentados en el café Rumelia disfrutando de una suave brisa, Mahmut Usta dijo de pronto:

–¿Cuánto tiempo hace que empezamos a cavar?

Le gustaba preguntármelo cada dos o tres días, a pesar de que sabía muy bien la respuesta.

–Veinticuatro días –contesté con prudencia.

–¿Has incluido el día de hoy?

–Sí, hoy ya hemos terminado la jornada. Así que también lo he contado.

–En total hemos debido de construir unos trece o catorce metros de muro – dijo Mahmut Usta, y me miró fijamente un instante como si yo fuera la causa de todas sus decepciones.

Últimamente, cuando hacíamos girar el torno juntos, había notado que me dirigía esa mirada más a menudo. Una mirada que me hacía sentir culpable pero al mismo tiempo despertaba en mí un ansia tremenda de rebelarme y marcharme, aunque esos pensamientos de rebelión acababan por asustarme.

De repente, el corazón empezó a latirme desbocado. Me quedé paralizado, totalmente petrificado. La Mujer del Pelo Rojo y su familia estaban pasando por la plaza.

Si los seguía en ese momento, me arriesgaba a que Mahmut Usta se enterara de mi obsesión. Antes de que mi cabeza pudiera decidir nada, mis pies ya se habían puesto en marcha. Me levanté de la mesa sin dar ninguna explicación. Procurando no perderlos de vista, caminé en dirección a la esquina opuesta para que Mahmut Usta se pensara que me dirigía a la oficina de correos para llamar a mi madre.

La Mujer del Pelo Rojo era mucho más alta de lo que recordaba. ¿Por qué los estaba siguiendo? Ni siquiera conocía a esa gente, pero me sentía bien yendo tras ellos. Anhelaba que ella volviera a lanzarme otra de esas cariñosas

miradas de reconocimiento. Era como si las miradas tiernas y burlonas de esa mujer me hubieran revelado lo maravilloso que podía ser este mundo. Eso era lo que sentía, aunque en el fondo sabía que todo aquello no eran más que fantasías.

En esos momentos me daba por pensar: «Soy más yo mismo cuando nadie me ve». Era una idea que había descubierto recientemente. Cuando no hay nadie que te observe, ese otro ser que llevas oculto en tu interior puede emerger y actuar a su antojo. Pero cuando tienes cerca a un padre que te vigila, esa otra persona permanece encerrada dentro de ti.

Junto a la Mujer del Pelo Rojo caminaba un señor que podría ser su padre. Ellos dos iban delante. Su madre y su hermano iban detrás. Me acerqué para intentar escuchar la conversación de estos últimos, pero no logré entender nada.

Al llegar al cine Güneş, se detuvieron en el hueco del muro donde cualquier transeúnte que pasara por allí se paraba para echar un vistazo gratis a la película. Unos cinco o seis pasos más allá encontré otro agujero más pequeño y sin gente, situado más cerca de la pantalla. Me planté allí, entre ellos y la película, aunque estaba tan concentrado en el grupito que no podría decir lo que estaba sucediendo en la pantalla.

A esa distancia, me di cuenta de que el rostro de la Mujer del Pelo Rojo no era tan hermoso como lo recordaba. Quizá fuera por la luz azulada de la pantalla que se reflejaba en su cara. Aun así, sus ojos y sus hermosos labios curvados conservaban esa expresión tierna y burlona tan deliciosa. Esa encantadora mirada que me había ayudado a soportar más de tres semanas deslomándome como aprendiz de pocero.

¿Tal vez sonreía porque la película le resultaba divertida o bonita? ¿O acaso había algo más? Entonces, al volver la cabeza, me di cuenta de que la Mujer del Pelo Rojo no estaba mirando la pantalla, sino a mí. Me estaba mirando de nuevo con aquella expresión.

De pronto empecé a sudar profusamente. Quería acercarme y hablar con ella. Debía de ser por lo menos diez años mayor que yo.

–Venga, vamos, que llegamos tarde –dijo el hombre que pensaba que era su padre.

No recuerdo exactamente lo que hice en ese momento, pero imagino que

me aparté de donde estaba y me planté ante ellos.

–Pero ¿qué es esto? ¿Es que nos estás siguiendo? –exclamó el hermano de la Mujer del Pelo Rojo.

–¿Quién es, Turgay? –le preguntó la madre.

–¿Es que no haces otra cosa en todo el día? –me preguntó Turgay, el hermano.

–¿Es un soldado? –intervino el padre.

–Qué va a ser un soldado, este es... un señorito –respondió la madre.

Al oír las palabras de su madre, la Mujer del Pelo Rojo sonrió, sin perder ese gesto afable y jocosos que lucía cuando reparé en que me estaba mirando.

–Estudio bachillerato en Estambul –dije–. Pero ahora estoy ayudando a mi maestro a cavar un pozo allí arriba.

La Mujer del Pelo Rojo seguía mirándome a los ojos, con una expresión intensa, cargada de intención.

–Vente una noche de estas con tu maestro a nuestro teatro... –dijo antes de marcharse con los demás.

Allí era donde se dirigían, a la carpa del teatro. No los seguí. Pero mientras contemplaba cómo se alejaban hasta desaparecer tras un recodo del camino, comprendí que en realidad no eran una familia sino un grupo de actores, y empecé a soñar y dejar volar mi imaginación.

Cuando volvía con Mahmut Usta, divisé a aquel caballo viejo y cansado que tres semanas atrás tiraba de nuestro carro cuando vi por primera vez a la Mujer del Pelo Rojo. Estaba atado a un poste, mordisqueando la hierba que había al borde del camino, y sus ojos parecían todavía más tristes.

14

Al día siguiente, justo antes de la pausa del almuerzo, Ali se puso a pegar gritos de alegría dentro del pozo. Dijo que había alcanzado el final de la roca y que estaba viendo tierra blanda. Mahmut Usta le hizo subir y bajó él a toda prisa para comprobarlo. Al poco regresó a la superficie y nos anunció que, en efecto, habíamos atravesado la roca y que seguro que en breve encontraríamos tierra oscura y agua. Se fumó un cigarrillo, paseándose de un lado a otro junto al pozo sumido en fantasías de felicidad, lo cual hizo que a nosotros también nos invadiera una alegría inmensa.

Ese día trabajamos sin parar hasta bien tarde, y por la noche estábamos tan cansados que no bajamos al pueblo. Nos despertamos con las primeras luces del alba y retomamos la faena. Pero pronto nos dimos cuenta de que del pozo no salía más que una tierra reseca de color amarillo grisáceo. Estaba tan blanda que a veces no hacía falta ni usar el pico. Mahmut Usta la sacaba directamente con la pala y la echaba en el cubo. Ali y yo lo subíamos deprisa, pues tampoco pesaba mucho, y lo vaciábamos. No tardé en volver a perder la esperanza.

Todavía no eran las once cuando Mahmut Usta salió a la superficie y mandó a Ali que tomara el relevo abajo.

–Cava lento, sin levantar polvo –le dijo–. Como vayas rápido, se formará una nube de polvo que no te dejará ver ni la luz de arriba.

Ni Ali ni yo dijimos nada, pero por el tipo de tierra que estábamos sacando, los dos sabíamos que allí abajo no había ni una gota de agua. Por la mañana, Ali había visto que esa tierra arenosa era muy diferente de la tierra híbrida y oscura que habíamos extraído al principio de debajo de la roca, y

empezó a amontonarla en otro lugar. Yo seguí vaciando esa tierra arenosa en el nuevo montón.

Después de cenar, bajamos a Öngören. Sentados en el café Rumelia, seguí dándole vueltas a lo que llevaba ya dos días rumiando, hasta que al final me decidí: no pensaba decirle a Mahmut Usta que la Mujer del Pelo Rojo lo había invitado a él también al teatro. Quería ver la función yo solo. Además, temía que si descubría mi interés por ella, tratara de meterse en mi vida y acabáramos peleándonos. En la vida me había infundido mi padre el miedo que sentía ahora hacia mi jefe. Ignoraba cómo se había engendrado ese temor en mi alma, pero lo que tenía claro era que, debido a la Mujer del Pelo Rojo, ese sentimiento se había exacerbado.

Antes siquiera de terminarme el té, me puse en pie y dije: «Voy a llamar a mi madre». Doblé la esquina y me dirigí corriendo al teatro con la sensación de quien corre en sueños.

Al divisar el amarillo resplandeciente de la carpa, me invadió la misma emoción que sentía cuando, de pequeño, veía las carpas de circo que venían de Europa a Dolmabahçe. Volví a leer lo que ponía en los carteles, ya que apenas me acordaba de lo que decían, y, de pronto, descubrí un nuevo letrero, un papel basto de color marrón con grandes letras en negro, cuyo contenido cayó sobre mí como una losa:

DIEZ ÚLTIMOS DÍAS

Deambulé por las calles como un sonámbulo. No vi al tipo que vendía las entradas, ni a Turgay (que debía de ser, pensé, el hijo del taquillero), ni a la Mujer del Pelo Rojo, ni a su madre. Todavía quedaba un rato para que empezara la función, así que me dirigí a la Calle de los Restaurantes, donde, a través de uno de los ventanales, distinguí a Turgay sentado a una mesa llena de gente. Entré.

La Mujer del Pelo Rojo no estaba, pero al verme Turgay me hizo una señal con la mano para que me acercara. Nadie me prestó atención cuando me senté a su lado.

–Ayúdame a conseguir una entrada para el teatro –dije–. Pagaré lo que sea.

–No te preocupes por el dinero. La noche que quieras ir, ven a buscarme aquí antes de la función.

–Pero no venís aquí todas las noches.

–¿Es que has estado espiándonos o qué? –Levantó las cejas y sonrió con aire socarrón. Agarró las pinzas, echó un par de hielos en un vaso vacío y lo llenó de *rakı* Kulüp–. ¡Tómate esto, venga! –dijo plantándome el alto y estrecho vaso en la mano–. Si te lo bebes de un trago, te dejo entrar al teatro por la puerta de atrás.

–Esta noche, imposible –dije, pero aun así me tomé el *rakı* de un trago como un tipo duro de los bajos fondos.

Y, sin perder más tiempo, regresé corriendo con Mahmut Usta.

De vuelta en el café Romelia, empecé a intuir que iba a resultarme muy difícil desobedecerle. Me sentía atado a Mahmut Usta y al pozo no solo por el deber de encontrar agua, sino también por el enorme esfuerzo que llevábamos realizando hasta entonces. La única manera posible de enfrentarme a él era pedirle mi dinero y decirle que había decidido volver a casa. Pero eso sería como admitir la derrota ante el miedo a no encontrar agua. Como un cobarde que arroja la toalla en cuanto las cosas se complican.

El *rakı* hacía que la cabeza me diera vueltas. En el camino de regreso, mientras subíamos la cuesta del cementerio, sentía como si cada una de las estrellas del cielo fuera un pensamiento, un momento, un hecho, un recuerdo en mi cabeza. Uno podía verlos en su conjunto, pero no podía pensar en todos ellos a la vez. Era como si las palabras que almacenaba en mi mente no alcanzaran para describir todas las imágenes que acumulaba. Las palabras se quedaban cortas para expresar todo lo que sentía.

Es decir, los sentimientos eran más bien como imágenes, al igual que el cielo resplandeciente que tenía ante mí. Podía percibir el universo entero, pero resultaba mucho más difícil pensar en él. Por eso quería ser escritor. Podría contemplar y reflexionar sobre las imágenes y sentimientos que yo mismo era incapaz de expresar, y al final verterlos en palabras. Y, lo que es más, lo haría mucho mejor que los amigos del librero Deniz que se pasaban por su tienda.

Mahmut Usta, que caminaba más deprisa por delante de mí, se paraba de vez en cuando, se giraba en medio de la negrura y gritaba:

–¿Por dónde andas?

Íbamos atajando a través de los campos, y cuando a veces se me

enganchaba el pie en algo, me detenía aturdido y me quedaba contemplando maravillado la belleza del cielo. El frescor de la noche ya podía sentirse entre las altas hierbas.

–¡Jefe! –grité en la oscuridad–. ¿Y si los fragmentos de hierro y níquel que hemos encontrado en el pozo son estrellas fugaces que han caído del cielo?

No tres, sino cinco días enteros, pasaron antes de que Hayri Bey regresara en su camioneta. Sabía que todavía no habíamos encontrado agua, pero actuó como si no le preocupara. Se trajo consigo a su mujer y a su hijo, unos años menor que yo. Mientras paseaba por la finca, fue mostrándoles el emplazamiento donde levantarían los talleres de teñido y lavado en cuanto consiguiéramos sacar agua del pozo. A continuación consultó el plano que tenía en la mano y fue enseñándoles uno tras otro, midiendo con pasos, dónde se construirían el almacén, el edificio de administración y los comedores de los obreros. El hijo de Hayri Bey llevaba unas botas de fútbol nuevas y escuchaba a su padre sujetando contra el pecho un balón de plástico que sacó de la camioneta.

Más tarde, padre e hijo se pusieron a jugar al fútbol en un extremo del terreno. Montaron una portería con piedras y se dedicaron a lanzarse penaltis. La madre extendió un mantel a la sombra de mi nogal y fue sacando de una cesta la comida que ella misma había preparado. La mujer mandó a Ali a anunciarnos que estábamos todos invitados al almuerzo, lo cual irritó bastante a Mahmut Usta, ya que entendía que, para Hayri Bey, aquel pícnic tan elaborado e innecesario era como un anticipo de las grandes celebraciones que solían acompañar al hallazgo de agua. Estaba claro que el empresario llevaba mucho tiempo fantaseando con el día en que eso ocurriera. Al final se unió a nosotros, sentándose de mala gana en el borde del mantel, y probó un solo bocado de huevo cocido, otro de ensalada de tomate y cebolla y otro de empanada de carne.

Después de comer, el hijo de Hayri Bey se tumbó junto a su madre y se

quedó dormido. La mujer, gorda, fortachona y risueña, se fumó un cigarrillo mientras leía la revista *Günaydın*, sus hojas aleteando bajo una ligera brisa.

Me fijé en que Mahmut Usta se llevaba a Hayri Bey al lugar donde amontonábamos la tierra extraída y me acerqué. Por la expresión desmoralizada del empresario, vi que entendía que de aquel pozo no había salido agua ni tampoco iba a salir pronto... tal vez nunca.

–Hayri Bey, te lo ruego, concédenos tres días más... –suplicó Mahmut Usta.

Lo dijo muy bajito, en tono sumiso. Me avergonzó ver a mi jefe rebajarse de aquel modo, y me puse furioso con Hayri Bey. Este volvió caminando hasta el nogal, estuvo hablando un rato con su mujer y su hijo y luego regresó.

–La última vez que vine, Mahmut Usta, me pediste tres días –dijo–. Y yo te he dado más de tres días. Pero aquí no hay agua. Y la tierra en este punto del terreno es pésima. Yo renuncio a seguir con este pozo. Tampoco seremos los primeros que tienen que abandonar un pozo porque lo han abierto en el sitio equivocado. Busca otro lugar; tú sabrás mejor dónde cavar.

–Pero las vetas del subsuelo pueden cambiar cuando menos nos lo esperemos –dijo Mahmut Usta–. Yo quiero seguir cavando aquí.

–Muy bien, pues si sale agua me avisas. Yo agarro la camioneta y me planto aquí en un santiamén. Y te prometo una recompensa todavía mayor. Pero yo soy un hombre de negocios. No puedo pasarme la vida echando hormigón en un agujero del que no sale agua. A partir de ahora, no voy a pagaros ni suministraros material. Y, desde hoy mismo, Ali también deja la obra. Si decides ponerte a cavar en otro sitio, te lo vuelvo a mandar.

–Yo voy a encontrar agua aquí –insistió Mahmut Usta.

Hayri Bey y él se apartaron a un lado para hacer la última cuenta de los jornales y demás costes. Observé cómo el propietario del terreno le pagaba todo lo que le debía sin que se produjera ninguna desavenencia, y la cuenta quedó zanjada.

La esposa de Hayri Bey envió a Ali para hacernos entrega de los huevos cocidos, la empanada y los tomates que habían sobrado, junto con la sandía que había traído. Se sentía tan mal por nosotros como por el negocio de su marido.

–Venga, que te dejamos en casa –le dijeron a Ali, y cuando se montó en la camioneta, mi jefe y yo nos quedamos de pronto solos.

Durante un buen rato contemplamos cómo se alejaban, con Ali despidiéndose con la mano desde la caja del vehículo. Entonces volví a tomar conciencia de cuán silencioso era el mundo. El único sonido perceptible era el incesante canto de las cigarras; ni siquiera se oía el murmullo de Estambul.

Esa tarde ya no trabajamos. Me tumbé debajo del nogal y me perdí en fantasías ociosas. Pensé en la Mujer del Pelo Rojo, en convertirme en dramaturgo, en el momento de regresar a casa, o en ver a mis amigos de Beşiktaş. A última hora de la tarde, cuando estaba matando el tiempo examinando un hormiguero junto a la entrada cubierta de zarzas de la casamata, se me acercó Mahmut Usta.

–Hijo, vamos a seguir una semana más –me dijo–. Todavía te debo unos cuantos jornales... El próximo miércoles, Dios mediante, te lo pagaré todo y zanjamos cuentas. Y además recibiremos por fin nuestra gran recompensa.

–Pero, jefe, ¿qué pasa si esa tierra mala no se acaba nunca y no encontramos agua?

–Tú confía en tu maestro, haz lo que te digo, y lo demás déjame a mí –me dijo mirándome a los ojos. Me acarició el pelo, me agarró por el hombro y me dio un abrazo–. Un día tú también serás un gran hombre, lo sé.

No conseguí reunir fuerzas para contradecirle. Y, en mi fuero interno, eso hizo que me sintiera triste y furioso. Al final recuerdo que pensé: «Solo queda una semana». Y durante esa última semana tenía planeado volver a ver a la Mujer del Pelo Rojo y asistir a la función de teatro.

16

El color de aquella tierra tan mala no cambió en los tres días que siguieron. Como me costaba tanto girar el torno yo solo, Mahmut Usta no llenaba el cubo hasta el borde, lo cual ralentizaba aún más el ritmo de trabajo. La tierra era tan blanda que a mi jefe no le llevaba demasiado tiempo cavarla. Y luego, en solo tres o cuatro paladas, ya había vuelto a llenar el cubo que acababa de mandarle, y enseguida gritaba «¡Tiraaa!».

Subir el cubo medio lleno haciendo girar un solo brazo del torno, volcarlo en la carretilla y llevármela para descargarla me mantenía ocupado un buen rato, por lo que Mahmut Usta se impacientaba, refunfuñaba y en ocasiones me gritaba. A veces me sentía tan agobiado volcando la tierra polvorienta y correteando con la carretilla que de pronto me quedaba sin fuerzas y me sentaba en el suelo a descansar. Y al regresar junto a la boca del pozo, oía a Mahmut Usta protestando aún más fuerte. En ocasiones tardaba tanto tiempo en volver que insistía en que lo sacara para poder ver por sí mismo por qué iba tan lento. Pero, como subirlo a él con el torno suponía la tarea más dura de todas, al llegar arriba me encontraba totalmente exhausto y ya no me regañaba. «Hijo, se te ve muy cansado», decía, e iba a sentarse a la sombra del olivo y esperaba a que me recuperara fumando en silencio. Que me llamara «hijo» me llegaba muy hondo, pero también me dejaba enormemente desconcertado. Entonces iba a tumbarme bajo el nogal. Y no había pasado mucho tiempo cuando oía de nuevo su voz, entre tierna y autoritaria, para que volviéramos al trabajo.

Ahora bajábamos todas las noches juntos a Öngören. Y después de un rato sentados en la terraza del café Rumelia, yo me levantaba sin necesidad de

poner excusas y me iba a deambular por las calles del pueblo con la esperanza de encontrarme con la Mujer del Pelo Rojo o de colarme en el teatro. Las dos primeras noches no hubo suerte, pero al menos la carpa amarilla seguía plantada en su sitio.

La tercera noche iba caminando por la calle, cerca de donde estaba el taller del carpintero, cuando Turgay, el hermano de la Mujer del Pelo Rojo, me alcanzó por detrás.

–¡Eh, aprendiz de pocero, que vas pensando en las musarañas!

–Déjame entrar al teatro –dije–. Puedo pagarme la entrada.

–Vente al restaurante.

Fuimos caminando juntos hasta el Kurtuluş, con su ventanal de cortinas de tul, y nos sentamos a la mesa de los comediantes.

–Antes de poder ir al teatro, tienes que aprender a tomar *rakı* como es debido –dijo Turgay.

Parecía unos cinco o seis años mayor que yo. Mientras volvía a apurar de un trago el vaso de *rakı* que me había servido jocosamente, Turgay se puso a cuchichear con la gente que tenía al lado. ¿Qué hora sería ya? ¿Me estaría esperando impaciente Mahmut Usta? No me importaba: si esa noche me dejaban entrar al teatro, pensaba ir.

–Pásate por aquí pasado mañana a esta misma hora –dijo Turgay–. Y tráete también a tu jefe.

–A Mahmut Usta no le gustan las tabernas ni los teatros.

–Ya le convenceremos. Tú vente aquí el domingo a esta misma hora. Mi padre te recogerá y te llevará al teatro. Sin necesidad de entrada ni dinero.

No me quedé mucho tiempo más, y pronto estuve de vuelta con Mahmut Usta. En el camino de regreso a nuestra tienda, empezó a rememorar días felices del pasado en los que había encontrado agua. En una ocasión, el propietario del terreno que lo había contratado celebró el feliz hallazgo asando cuatro corderos y organizando un banquete para cien personas. El agua podía brotar del subsuelo en el momento más inesperado, pillándote por sorpresa. Como si el propio Dios hiciera manar el agua ante la misma cara del pocero concienzudo. Al principio, el líquido salía con la misma fuerza que el pis de un recién nacido. Y, ante ese primer chorrillo, el pocero sonreía igual que un padre contemplando dichoso a su hijo. Una vez, un pocero estalló en

tales manifestaciones de júbilo al ver brotar el agua que la gente de arriba, al acercarse corriendo a la boca del pozo, arrojó accidentalmente una piedra que le dejó el hombro lisiado. Hubo también un anciano terrateniente que se emocionaba tanto con el descubrimiento del agua que todos los días visitaba el pozo y les pedía a los aprendices que le contaran la historia de cuando había manado el preciado líquido. En cada visita les plantaba un par de billetes grandes de los antiguos a los dos aprendices que le narraban una y otra vez el feliz momento. Pero ya no quedaban señores así; en épocas pasadas, el propietario de un terreno jamás le soltaría a un maestro entregado en cuerpo y alma a su pozo cosas como: «Hasta aquí hemos llegado; pero, si así lo quieres, tú puedes seguir cavando con tus propios medios y tu propio dinero». El dueño de un terreno se sentiría como un infame si no asumía con afán paternal todos los gastos, la recompensa y la propina del pocero que estaba cavando en sus tierras, tanto si salía agua como si no. Pero no debía hacerme mala sangre: Hayri Bey era una buena persona, y en cuanto brotara agua del pozo, seguro que nos colmaba de obsequios como hacían los señores de antaño. ¡Y encima nos daría la razón!

Al día siguiente, la tierra del pozo salió aún menos compacta, más amarillenta. Mientras subía el cubo, tenía la impresión de que aquel material seco y quebradizo se había vuelto ligero como la paja. Aquella arena polvorienta contenía trocitos membranosos de pellejo animal, escamas frágiles y nacaradas como los soldaditos de mica con los que jugaba de pequeño, guijarros de hacía millones de años del mismo color que mi piel, caparazones translúcidos, extraños fragmentos rocosos del tamaño de un huevo de avestruz, y trozos de roca tan liviana que, como la piedra pómez, flotarían si los arrojáramos a una fuente. Teníamos la sensación de que, cuanto más cavábamos, más nos alejábamos del agua, así que trabajábamos en un silencio sombrío.

Pero, en mi fuero interno, estaba tan contento de saber que a la noche siguiente entraría por fin en el teatro que ese día no me importó nada. Trabajé incluso con más ahínco del que me pedía mi jefe, así que al final de la jornada apenas me tenía en pie de cansancio. En realidad, esa noche no hacía falta bajar a Öngören. Poco después de la cena, me recosté un segundo en un lateral de la tienda y, contemplando las estrellas, me quedé dormido.

Pasada la medianoche, me desperté con un sobresalto. Mahmut Usta no estaba en la tienda. Me adentré cautelosamente en la oscuridad de la noche. Parecía como si el mundo entero se hubiera quedado vacío y yo fuera el último ser vivo en el universo. La idea me hizo estremecerme, al igual que el viento que soplaba intangible. Aun así, todo parecía imbuido de una belleza mágica. Sentía que las estrellas colgaban más cerca sobre mi cabeza, y que tenía por delante una vida llena de felicidad. ¿Podía ser que fuera la Mujer

del Pelo Rojo quien le había pedido a Turgay que me dejara entrar en el teatro a la noche siguiente? ¿Y por dónde andaría Mahmut Usta a esas horas?

El viento empezó a soplar más fuerte, así que volví a la tienda.

Cuando me desperté por la mañana, Mahmut Usta ya había regresado. También vi un paquete de tabaco nuevo en un rincón de la tienda. Ese día trabajamos muy duro, pero no conseguimos avanzar demasiado. El pozo era ya mucho más profundo, y el polvo que se acumulaba en el fondo hacía que el aire resultara asfixiante. Al terminar la jornada, Mahmut Usta y yo nos lavamos echándonos agua por encima. Para entonces ya me sentía más cómodo viendo su torso desnudo. Me fijé en los abundantes moratones y heridas que cubrían su cuerpo, en lo flaco y huesudo que era pese a su ancha constitución, en lo pálida y arrugada que tenía la piel, y pensé que nunca encontraríamos agua.

Deseaba que Mahmut Usta decidiera no bajar esa noche a Öngören, para poder ir yo solo tranquilamente al teatro. Pero, al llegar la hora, saltó: «Venga, vamos a comprar tabaco», y emprendió la marcha. Cuando nos sentamos en nuestro sitio de siempre en el café Rumelia, yo ya estaba muy nervioso. A las ocho y media me levanté sin mediar palabra y me dirigí a la Calle de los Restaurantes. Había pensado que sería estupendo poder hablar con la Mujer del Pelo Rojo antes de que empezara la función, pero en el restaurante no estaban ni ella ni su hermano. Uno de los que solían sentarse a su mesa me hizo un gesto para que me acercara.

–Tienes que presentarte a las nueve y cinco en la parte de atrás de la carpa –dijo–. Ellos no están esta noche.

Al principio entendí que ellos no iban a estar en el teatro esa noche, y eso me dejó completamente destrozado. Agarré el vaso que tenía delante como si estuviera cenando con mis amigos, le eché hielo, lo llené de *rakı* hasta arriba y, con aire furtivo, me lo bebí de un trago.

Salí del restaurante y me dirigí hacia el teatro por callejuelas laterales para evitar que Mahmut Usta me viera. A las nueve y cinco estaba como un clavo en la parte de atrás de la carpa amarilla. Entonces salió un tipo y me hizo pasar rápidamente al interior.

La función había empezado, y en el recinto habría unas veinticinco o treinta personas, quizá más. No alcanzaba a distinguir lo que había en las

sombras de los rincones a oscuras. El alto espacio central estaba iluminado fuertemente con bombillas desnudas, otorgando a la carpa del Teatro de Leyendas Ejemplares una atmósfera mágica. El interior de la lona era de color azul oscuro, como el cielo nocturno, y tenía pintadas unas estrellas amarillas enormes. Algunas llevaban cola, otras se veían minúsculas y lejanas. Durante años, el recuerdo del firmamento estrellado sobre nuestra tienda se confundiría en mi memoria con el cielo interior del Teatro de Leyendas Ejemplares.

El *raki* se me había subido a la cabeza y estaba bastante achispado. Pero nunca habría pensado que algunas de las cosas que iba a ver esa noche durante la hora que pasé en el teatro fueran a determinar tanto mi vida, del mismo modo que lo había hecho la historia de Edipo, que había leído como de pasada y que ya nunca más olvidé. No obstante, en aquel momento no estaba tan interesado en la función que se estaba representando como en volver a ver a la Mujer del Pelo Rojo. Así que voy a intentar contar lo que presencié medio borracho aquella noche, llenando las lagunas con otros datos que conocería años después leyendo e investigando:

El Teatro de Leyendas Ejemplares aspiraba a continuar con la tradición de las compañías de teatro ambulantes que, desde mediados de los setenta hasta el golpe militar de 1980, representaban por toda Anatolia obras populares de carácter revolucionario. Sin embargo, el repertorio de aquella noche se componía no tanto de propaganda anticapitalista como de episodios extraídos de las antiguas historias de enamorados, cuentos y epopeyas tradicionales y parábolas sufíes y del islam. En aquel momento no alcancé a entender muchos de ellos. Lo primero que presencié al entrar en la carpa fueron dos parodias breves en las que se burlaban de algunos de los anuncios más populares de la televisión. En la primera, un chaval con pantalones cortos y con bigote salía a escena con una hucha en la mano y le preguntaba a su abuela jorobada qué debía hacer con el dinero que tenía ahorrado. La señora (que pensé que era la madre de la Mujer del Pelo Rojo) respondió con una broma picante que ridiculizaba los anuncios de bancos y que hizo que todo el mundo se partiera de risa.

No sabría decir muy bien de qué iba la segunda parodia, ya que quien salió al escenario fue la Mujer del Pelo Rojo, luciendo una minifalda: sus piernas

eran largas, preciosas; llevaba el cuello y los brazos al aire, y su presencia resultaba mágica, perturbadora. Se había pintado una gruesa raya alrededor de los ojos y los hinchidos labios curvados de rojo, con un pintalabios que parecía brillar bajo las luces. De pronto agarró un paquete de detergente y dijo algo como burlándose de los anuncios de televisión. En escena había también un loro de plumas verdes y amarillas, que le respondió. No era más que un animal disecado, pero alguien le ponía voz desde detrás del escenario. El decorado representaba una especie de colmado, y el loro les gastaba bromas a los clientes que iban llegando, mientras contaba cosas sobre la vida, el amor y el dinero que hacían reír a todo el mundo. En cierto momento, me pareció que la Mujer del Pelo Rojo me estaba mirando y el corazón se me aceleró. Su sonrisa era muy dulce; sus pequeñas manos se movían con ligereza. Estaba tan enamorado de ella, y el *raki* me tenía tan aturdido, que no conseguí entender del todo lo que ocurría en escena.

Las parodias apenas duraban unos minutos y se iban sucediendo rápidamente una tras otra. Años más tarde, investigué en libros y películas tratando de averiguar el origen de algunas de esas piezas. En una de las historias, por ejemplo, el hombre que tomé por el padre de la Mujer del Pelo Rojo salió al escenario con una nariz tan larga como una zanahoria. Al principio pensé que se trataba de Pinocho, pero entonces soltó un extenso discurso que con el tiempo descubrí que había sido extraído de *Cyrano de Bergerac*. La moraleja de aquella pieza venía a ser: «Lo importante no es la apariencia, sino la belleza interior».

Después de una escena sacada de *Hamlet*, con su calavera, su libro y su «ser o no ser», los comediantes entonaron todos juntos una canción popular. La letra decía que el amor no es más que una ilusión, pero que el dinero es real. En ese instante, noté que los ojos de la Mujer del Pelo Rojo buscaban intencionadamente los míos, y aquello me dejó como hechizado. Bajo los efectos del amor y del *raki*, era incapaz de seguir los diálogos y las escenas que se estaban representando en escena, pero todas aquellas imágenes se me quedaron grabadas para siempre en la memoria, al igual que las miradas de la Mujer del Pelo Rojo.

De todos los números que vi, el único que logré entender bien fue la historia del profeta Abraham, porque en el colegio nos la enseñaban por la

fiesta del sacrificio y porque mi padre también me la había contado una vez. El profeta sin descendencia estaba encarnado por aquel tipo que me había echado en la entrada del teatro. Abraham llevaba mucho tiempo rogándole a Dios que le diera un hijo, y al final le concedió su deseo (en forma de muñeco). Cuando el hijo creció (interpretado ahora por un niño actor), Abraham lo tumbó en el suelo, desenfundó su cuchillo y se lo plantó en el cuello. Entonces pronunció un conmovedor y profundo discurso sobre los padres, los hijos y la obediencia. Sus palabras dejaron a todo el público impresionado.

El silencio que siguió se vio roto por la entrada en escena de la Mujer del Pelo Rojo, acompañada de un carnero de juguete y ataviada con un disfraz diferente. Ahora iba de ángel, con unas alas de cartón y un maquillaje nuevo que le sentaban fenomenal. Todo el mundo aplaudió entusiasmado, y yo con ellos.

El último número fue el más impactante de todos, una escena que nunca olvidaría. Lo supe ya cuando la estaba presenciando, aunque una vez más no llegué a comprender del todo la historia.

Dos guerreros antiguos, con sus espadas y sus escudos, sus armaduras y sus máscaras de hierro, salieron al centro del escenario. Desenfundaron las armas y se pusieron a luchar, mientras por los altavoces se oían sonidos grabados de metales entrechocando. Pararon brevemente para cruzar unas palabras, y luego prosiguieron el duelo. Tenía la impresión de que, debajo de las armaduras, estaban Turgay y el padre de la Mujer del Pelo Rojo. De pronto empezaron a pelear cuerpo a cuerpo con mucha mayor violencia, rodaron por el suelo, volvieron a separarse.

Yo tenía el alma encogida, igual que el resto del público. De repente, el guerrero mayor derribó de un golpe a su joven oponente, se subió a horcajadas sobre él y le clavó con fuerza la espada en el corazón. Todo sucedió muy deprisa y todos nos quedamos aterrados, olvidando por un instante que las espadas eran de plástico y que estábamos en el teatro.

El joven guerrero soltó un terrible alarido, pero no murió en el acto. Antes tenía algo que decir. El mayor se inclinó sobre el agonizante para escucharle mejor. Se quitó la máscara de hierro con el aplomo de un luchador que ha vencido a su rival (se trataba, en efecto, del que pensaba que era el padre de

la Mujer del Pelo Rojo), pero entonces reparó en el brazalete que el joven moribundo llevaba en la muñeca y se quedó horrorizado. Le quitó rápidamente la máscara a su oponente (no era Turgay, sino otro actor) y se estremeció de un modo desgarrador. Sus exagerados aspavientos dejaban claro que se había cometido un tremendo error. Se vio arrebatado por un dolor inmenso. Hacía solo un rato, los espectadores nos habíamos desternillado con las parodias de anuncios de televisión, pero ahora contemplábamos esa escena sumidos en un respetuoso silencio. Porque incluso la Mujer del Pelo Rojo estaba llorando por ellos.

El guerrero mayor se derrumbó en el suelo, abrazó al joven agonizante apretándolo contra su pecho y se echó a llorar. Sus lágrimas eran tan sinceras que todos nos sentimos inesperadamente conmovidos. Lloraba con un arrepentimiento absoluto.

Yo también empecé a sentir esa emoción. Jamás había visto a nadie, ni en las novelas ilustradas ni en el cine, expresar de un modo tan claro el arrepentimiento. Hasta entonces, para mí era algo que solo se podía manifestar con palabras. Pero ahora me bastaba con mirar lo que ocurría en el escenario para experimentar yo también todo ese dolor y sufrimiento. Era como revivir de algún modo el recuerdo de algo vivido y olvidado.

La Mujer del Pelo Rojo estaba profundamente consternada por la escena que tenía ante sus ojos. Se mostraba tan arrepentida como los dos guerreros que habían querido matarse entre sí. Comenzó a llorar con más fuerza. Tal vez aquellos dos hombres estuvieran emparentados, al igual que ella y sus compañeros actores. No se oía un solo ruido en toda la carpa. El llanto de la Mujer del Pelo Rojo se convirtió en un lamento, y después en un poema. Un largo y estremecedor poema, a modo de discurso final, en el que hablaba furiosa de los hombres, de lo que le habían hecho sufrir y de la vida misma. Escuché atento, tratando de captar su mirada, pero desde donde estaba le sería difícil distinguirme en la oscuridad. Sentía como si, por no poder mirarnos a los ojos, me costara mucho más entender o recordar lo que estaba diciendo. Me acometió un deseo irrefrenable de hablar con ella, de tenerla cerca. Su largo discurso poético puso fin a la función, y la pequeña muchedumbre de espectadores se dispersó rápidamente.

Al salir de la carpa del teatro, eché a andar con desgana. Y entonces vi a la Mujer del Pelo Rojo, cerca de la mesa que utilizaban a modo de taquilla.

Se había quitado ya el disfraz de la actuación y llevaba ropa de calle, una falda larga de color celeste.

Envuelto en la bruma de mi amor primitivo, lo que acababa de presenciar en el escenario y el *rakı* que había bebido, la cabeza me daba vueltas, haciéndome imposible centrarme en el presente. En vez de eso, creía estar inmerso en algún momento del pasado. Todo resultaba inconexo, como un recuerdo.

–¿Te ha gustado la función? –preguntó la Mujer del Pelo Rojo sonriéndome–. Gracias por los aplausos.

–Me ha encantado –respondí, sacando fuerzas de su sonrisa.

Hoy por hoy, después de tantos años, los celos me impelen a no revelar su nombre, ni siquiera a mis lectores. Pero debo contar fielmente lo que ocurrió a continuación. Porque nos presentamos como en las películas americanas, diciendo nuestros nombres:

–Cem.

–Gülcihan.

–Has estado genial –dije–. He estado mirándote atentamente durante toda la obra.

Tuve que hacer un esfuerzo para hablarle de tú. Porque era mayor de lo que me había parecido al verla de lejos.

–¿Cómo va el pozo?

–A veces pienso que nunca va a salir agua –dije.

«¡La única razón por la que sigo aquí es para poder verte!», quise añadir, pero temí que eso pudiera espantarla.

–Tu jefe vino ayer a la carpa –dijo la Mujer del Pelo Rojo.

–¿Quién?

–Mahmut Usta. Él sí está convencido de que va a encontrar agua. Le gustó mucho el teatro, y le encantó la función. Se pagó la entrada.

–No creo que Mahmut Usta haya pisado un teatro en su vida –dije, celoso–. Una vez empecé a hablarle de Edipo y de Sófocles y se enfadó conmigo. ¿Cómo lo convencisteis?

–Tiene razón. Las obras griegas no funcionan en Turquía.

¿Acaso intentaba darme celos con Mahmut Usta?

–Le indigna que en la obra la madre se acueste con su hijo.

–Pues no pareció molestarle mucho cuando el padre mata a su hijo al final de nuestra función... –dijo la Mujer del Pelo Rojo–. Y las historias y las leyendas antiguas le gustaron mucho.

¿Es que Mahmut Usta y ella se habían visto después del espectáculo y habían estado hablando? Me costaba creer que mi jefe, mientras yo dormía, hubiera bajado a Öngören para ir al teatro, como un soldado que sale de permiso de fin de semana.

–Mahmut Usta es muy duro conmigo –dije–. No piensa en otra cosa que en encontrar agua. Y tampoco quiere que vaya al teatro. Más vale que no se entere de que he estado aquí esta noche, porque se pondrá furioso conmigo.

–No te preocupes, ya hablaré yo con él –dijo ella.

Estaba tan celoso que apenas podía articular palabra. ¿Ahora resultaba que Mahmut Usta y la Mujer del Pelo Rojo se habían hecho amigos?

–¿Y tu jefe es muy mandón? ¿Es muy estricto? –me preguntó.

–La verdad es que es un hombre afectuoso, que me cuida y me protege como un padre. Pero también espera que cumpla absolutamente todas sus órdenes, que lo obedezca en todo momento.

–¡Pues obedécelo! ¿Cuál es el problema? –replicó ella sonriendo con dulzura–. Tampoco es que te obligue a trabajar con él... ¿Es que no tenéis dinero en tu familia?

¿Le habría contado Mahmut Usta que yo era un señorito? ¿Habrían hablado de mí?

–¡Mi padre nos abandonó! –exclamé.

–Entonces no era un padre ni nada –dijo la Mujer del Pelo Rojo–. Búscate otro. En este país tenemos muchos padres. El padre Estado, Dios padre, el padre ejército, el padrino de la mafia... Aquí no se puede vivir sin padre.

En ese momento, la mujer me pareció inteligente a la par que hermosa.

–Mi padre era marxista –dije. (¿Por qué no habría dicho que mi padre «es» marxista?)–. Lo interrogaron y lo torturaron. Se pasó años en la cárcel cuando yo era pequeño.

–¿Cómo se llama tu padre?

–Akın Çelik. Pero nuestra farmacia no se llamaba Çelik, sino Hayat.

Al oír esto, la Mujer del Pelo Rojo se sumió en sus pensamientos. Pareció retirarse a su propio mundo y no dijo nada durante un buen rato. ¿En qué podía afectarla a ella que mi padre fuera marxista? Seguramente yo lo había malinterpretado: tan solo estaría cansada y pensativa. Así que seguí hablándole de mi padre, de las guardias en la farmacia Hayat, de cuando le llevaba la cena, y también del mercado de Beşiktaş. Escuchó con atención cuanto le contaba. Pero, del mismo modo que no me gustaba hablar de Mahmut Usta, tampoco me gustaba hacerlo de mi padre. Seguimos andando un rato en silencio.

–Mi marido y yo vivimos aquí –dijo ella al fin, señalando el edificio frente al que había pasado tantísimas veces y cuyas ventanas me quedaba siempre mirando.

Sentí que se me partía el corazón. Me puse furioso, como si ella me hubiera engañado. Pero, a pesar de mi estado ebrio, podía entender que una mujer de su edad, que viajaba por toda Turquía con una compañía de teatro político de medio pelo, tenía por fuerza que estar casada. No sé por qué no había pensado en ello antes.

–¿En qué piso estáis vosotros?

–Nuestras ventanas no se ven desde la calle. Aquí vive un antiguo maoísta, el que nos invitó a Öngören. Nosotros estamos en la planta baja. Y los padres de Turgay, en la de arriba. Nuestras ventanas dan al patio trasero. Turgay me ha contado que siempre te quedas mirando las ventanas cuando pasas por aquí.

Me dio una vergüenza terrible que se hubiera descubierto mi secreto. Pero

la Mujer del Pelo Rojo seguía sonriéndome con dulzura, con aquella bonita boca redonda de labios hinchidos.

–En fin, buenas noches –dije–. El espectáculo ha estado muy bien.

–Espera, vamos a pasear un poco. Siento curiosidad por tu padre.

Una nota para las inquietas almas que estén leyendo esta historia en el futuro: por desgracia, en aquella época, cuando una atractiva mujer pelirroja de unos treinta y tantos años, maquillada (aunque fuera para el escenario) y con una bonita falda azul celeste te proponía dar un paseo a las diez y media de la noche, la mayoría de los hombres solo lo interpretaban de una manera. Claro que yo no era uno de esos hombres, sino un estudiante de bachillerato incapaz de ocultar su amor infantil. Además, la mujer estaba casada, y nos encontrábamos en Rumelia, por tanto en Europa, y no en las conservadoras tierras asiáticas de Anatolia Central. Y, encima, me sentía imbuido de cierta moralidad política de izquierdas: la moralidad de mi padre.

Caminamos un rato en silencio, y solo pensé en que íbamos caminando en silencio. Los rincones oscuros no lo parecían tanto, pero en el cielo sobre Öngören no había estrellas. En la plaza de la Estación, alguien había dejado una bicicleta apoyada en la estatua de Atatürk.

–¿Y te hablaba de política? –preguntó la Mujer del Pelo Rojo.

–¿Quién?

–¿Los compañeros de política de tu padre iban alguna vez a tu casa?

–Mi padre no solía parar mucho por casa. Y tanto él como mi madre no querían que me metiera en política.

–¿Y por qué tu padre no te hizo ser de izquierdas?

–Yo voy a ser escritor...

–Pues entonces podrías escribirnos una obra –dijo sonriendo con una expresión llena de magia. Su rostro, ahora más alegre, proyectaba una luz atractiva y seductora–. Me encantaría que alguien escribiera una obra o un libro sobre mi vida, algo a la manera de los monólogos con que se cierra la función.

–No he entendido muy bien ese último monólogo. ¿Tienes el texto?

–No, esos discursos suelo improvisarlos llevada por la inspiración del momento. Una copita de *rakı* ayuda.

–La verdad es que he estado pensando en escribir obras de teatro –dije con

un aire estúpido de colegial pedante—. Pero antes tendré que leer muchas obras. Y el primer clásico que leeré será *Edipo Rey*.

Aquella noche de julio, la plaza de la Estación me resultaba familiar como un recuerdo. La oscuridad disimulaba la pobreza y el abandono de Öngören, y las farolas proyectaban una pálida luz anaranjada que convertían la plaza y el edificio de la estación en un enclave digno de una postal. Los potentes faros del jeep militar que patrullaba lentamente la plaza alumbraron un grupo de perros callejeros que andaba por allí cerca.

—Esos son los que buscan a los indisciplinados y los camorristas —dijo la Mujer del Pelo Rojo—. No sé muy bien por qué, pero los soldados de aquí son bastante desvergonzados.

—Pero ¿no hacéis una función especial para ellos los sábados y los domingos?

—Habrà que ganar dinero de algùn modo... —dijo miràndome fijamente a los ojos—. Nosotros somos un grupo de teatro popular, no una compaõía nacional con el respaldo econòmico del gobierno.

Se inclinó para quitarme una brizna de paja del cuello de la camisa. Sentí muy cerca su cuerpo, sus largas piernas, sus pechos.

Regresamos caminando en silencio. Cuando pasamos por debajo de los almendros, sus ojos negros parecieron tornarse verdes. Me sentía tremendamente inquieto. A lo lejos se distinguía ya el inmueble cuyas ventanas me había quedado mirando tantas veces durante el último mes.

—Mi marido dice que, para tu edad, no se te da mal beber *raki* —dijo de pronto—. ¿Tu padre también bebía?

Asentí con la cabeza. Me esforcé tratando de pensar cuándo y cómo había estado sentado a una mesa bebiendo con su marido. No conseguí recordarlo, pero tampoco tuve ánimos para preguntar. Tenía el corazón destrozado y solo quería olvidarme de ellos. Ya estaba sufriendo como un niño solo de pensar que, en cuanto termináramos el pozo, no volvería a verla. Y, después de que se supiera de mi obsesión por quedarme contemplando aquellas ventanas (que si siquiera eran las suyas), el dolor resultaba aún peor.

Cuando quedaban unos cien metros para llegar a la casa, nos detuvimos debajo de un almendro. Ahora ya no recuerdo quién de los dos se paró primero. Seguía pareciéndome tan inteligente, tan tierna. Me sonrió con

dulzura y cariño, y con ese mismo aire resuelto y optimista con que me había mirado a los ojos desde el escenario. Y en ese momento volví a experimentar la misma sensación de arrepentimiento que había sentido al ver al padre guerrero llorando ante su hijo.

–Turgay está en Estambul esta noche –dijo–. Si te gusta el *rakı* tanto como a tu padre, podrías tomarte un poco del suyo.

–Me encantaría. Además, así podré conocer a tu marido.

–Turgay es mi marido –dijo–. El otro día os tomasteis una copa juntos y le pediste que te dejara entrar a ver la obra, ¿no es así?

Hizo una pausa para dejar que asimilara la inmensa sorpresa que me acababa de llevar.

–A Turgay a veces le da vergüenza que su mujer sea siete años mayor que él, y por eso olvida mencionar que estamos casados –explicó–. Puede que sea joven, pero es muy inteligente y un buen marido.

Reanudamos la marcha.

–Estaba intentando recordar dónde podría haber estado bebiendo con tu marido...

–Turgay me contó que esa noche estuvisteis tomando *rakı* Kulüp en el restaurante. Queda media botella en casa. Y nuestro amigo, el viejo maoísta, tiene también algo de coñac local. Volverá pronto, y entonces nos marcharemos. ¡Voy a echarte de menos, señorito!

–¿Cómo?

–Ya sabes, nuestros días aquí se están acabando.

–Yo también te echaré mucho de menos.

Al llegar a la entrada del edificio, nuestros cuerpos se acercaron. En ese instante me pareció especialmente embriagadora.

–Hay hielo y garbanzos secos para el *rakı* –dijo mientras sacaba la llave del portal y abría.

–Los garbanzos no harán falta –respondí, como insinuando que tenía prisa y que no me quedaría mucho rato.

Se abrió la puerta de la calle y cruzamos el angosto portal completamente a oscuras. Pude oír el tintineo del llavero mientras rebuscaba la otra llave en la oscuridad. Entonces encendió un mechero y, envueltos en las aterradoras sombras que producía la llama, dio con la llave y con el cerrojo, abrió la

puerta y entró en el piso.

Encendió la luz del recibidor y se volvió hacia mí.

–No tengas miedo –dijo sonriendo–. Pero si podría ser tu madre.

Aquella noche me acosté con una mujer por primera vez en mi vida. Fue un momento trascendental, maravilloso. Todo lo que pensaba sobre la vida, sobre las mujeres y sobre mí mismo dio un vuelco en cuestión de segundos. La Mujer del Pelo Rojo me descubrió quién era yo, qué era la felicidad.

Tenía treinta y tres años, así que había vivido exactamente el doble que yo, aunque se diría que había vivido diez veces más. Ese día no me detuve mucho a pensar en la diferencia de edad, algo por lo que, estaba seguro, mis compañeros de clase y mis amigos del barrio habrían mostrado un gran interés y admiración. Pero incluso mientras estaba viviendo esos momentos, tenía claro que nunca le contaría nada de aquello a nadie. Ni siquiera ahora pienso entrar en detalles, unos detalles que, si se los hubiera revelado a mis amigos, sin duda habrían tachado de «fanfarronada». Bastará con decir que la Mujer del Pelo Rojo tenía un cuerpo formidable, mejor de lo que podría haber imaginado, y que su forma de hacer el amor, tranquila, audaz e incluso un tanto lasciva, convirtió aquella noche en una experiencia increíble.

Me había bebido todo el *raki* de Turgay, y en el último momento también había tomado una copa del coñac del viejo maoísta, que se dedicaba a hacer carteles usando su casa como taller, así que al marcharme de Öngören, bien pasada la medianoche, era incapaz de caminar recto y sentía como si estuviera en un sueño, como si viera cada uno de aquellos instantes desde fuera. Incluso experimentaba mi felicidad como si estuviera siendo observada por alguien ajeno a mí mismo.

Mientras subía la cuesta del cementerio, empecé a sentir miedo de Mahmut Usta. Estaba viviendo algo poético, vertiginoso, y deseaba protegerlo de sus

reprimendas. Hasta puede que sintiera envidia de mi felicidad. Una vez pasado el cementerio (donde hasta el búho estaba ya dormido), al atajar por un campo, me tropecé con un montículo de tierra y caí suavemente sobre la hierba, desde donde me quedé mirando el cielo titilante sobre mi cabeza.

En ese momento, me di cuenta de lo maravilloso que era el universo y todo lo que había en él. ¿Qué prisa tenía? ¿Por qué tenía tanto miedo de Mahmut Usta? Si la Mujer del Pelo Rojo había dicho la verdad, él también había acudido a la carpa amarilla para ver la función. Y, por algún motivo, eso me ponía celoso. No podía creerme que se hubieran visto después del teatro, que hubieran estado charlando, y quería borrar aquello de mi mente. Pero, en el fondo, no me importaba: acostarme con alguien como la Mujer del Pelo Rojo había reforzado mi autoestima de tal manera que me sentía capaz de cualquier cosa. Del pozo no iba a salir agua, pero yo cobraría mi dinero, volvería a casa, ingresaría en la academia, sacaría buena nota en el examen de acceso a la universidad, me convertiría en escritor y disfrutaría de una vida eternamente rutilante como las estrellas que tenía ante mis ojos. Comprendí que había un destino para mí, en ese momento lo vi claro. Y hasta puede que escribiera una novela sobre la Mujer del Pelo Rojo.

Pasó una estrella fugaz. Miré intensamente aquel cielo de julio, y sentí con todo mi ser cómo el mundo que percibía mediante la vista coincidía a la perfección con el que tenía en mi cabeza. Intuía que si lograba descifrar el orden de las estrellas, podrían revelarme todos los secretos de mi vida. Todo era tan hermoso, como las propias estrellas. Y aquella noche entendí con total claridad que iba a ser escritor. Para ello solo tenía que mirar y ver, comprender lo que estabas viendo y expresarlo mediante palabras. Me sentía lleno de gratitud hacia la Mujer del Pelo Rojo. Todo, en el universo y en mi cabeza, se había alineado con un único propósito.

Pasó otra estrella fugaz. Quizá yo fuera el único que la había visto. Pensé: «¡Existo! Qué agradable sensación. Puedo contar las estrellas igual que los cri-cri de los grillos. Aquí estoy yo: 1, 2, 3, 5, 7, 11, 13, 17, 19, 23, 29, 31...».

Sentía la hierba en la espalda, en la nuca, y recordaba las caricias de la Mujer del Pelo Rojo sobre mi piel. Habíamos hecho el amor en el sofá del salón, sin apagar del todo las luces. No podía sacarme de la cabeza su cuerpo,

sus pechos enormes, la forma en que la luz se reflejaba en su piel cobriza; pensé en los besos de sus preciosos labios, en la manera en que sus manos acariciaban todo mi cuerpo, y quise hacer de nuevo el amor con ella. Pero Turgay, su marido, regresaría de Estambul al día siguiente, así que, naturalmente, era imposible.

En mis noches solitarias en Öngören, Turgay se había acercado a mí y me había brindado su amistad sincera. Y, a cambio, yo lo había traicionado acostándome con su mujer la noche en que él se había marchado a Estambul. Rebusqué entre mis pensamientos de borracho excusas que justificaran mi crimen, a fin de demostrarme que no era un traidor ni una mala persona: era cierto que, para cuando me enteré de que la Mujer del Pelo Rojo y Turgay estaban casados, las cosas ya habían llegado demasiado lejos. Además, tampoco era que Turgay y yo fuéramos amigos desde hacía cuarenta años; en total, solo lo habría visto unas tres o cuatro veces. Por otro lado, suponía que los actores nómadas que bailaban danzas insinuantes y contaban historias obscenas para entretener a los soldados tampoco es que creyeran mucho en los valores familiares. Y puede que Turgay engañase a su mujer con otras. Quizá hasta se explicaban sus aventuras. Tal vez ella le contase a su marido cuando regresara los momentos que había pasado conmigo. O a lo mejor ni eso, y se hubiera olvidado de mí directamente.

Mi ánimo se ensombreció y volvió a invadirme el mismo remordimiento que había experimentado hacía unas horas en la carpa del teatro. No conseguía comprender cómo la escena que había visto me hubiera hecho sentir de ese modo. Además, no podía soportar la idea de que Mahmut Usta hubiera asistido al mismo espectáculo. ¿Acaso él y la Mujer del Pelo Rojo se habían visto antes, aparte de esa vez en el teatro?

La hierba seca crujía bajo mis pies conforme me acercaba a nuestra tienda de campaña, nuestro pequeño y lastimoso refugio de poceros. El cielo era tan inmenso, el universo infinito, y yo tenía que apretujarme otra vez en ese agujero minúsculo.

Mahmut Usta dormía. Estaba acostándome silenciosamente cuando de pronto le oí decir:

—¿Dónde te habías metido?

—Me he quedado dormido.

–Me has dejado tirado en el café. ¿Has ido al teatro?

–No.

–Son las cuatro. ¿Cómo pretendes trabajar mañana con todo el calor si no has descansado?

–Estaba aburrido y me invitaron a *raki* –dije–. Hacía mucho calor. En el camino de vuelta me he tumbado a mirar las estrellas y me he quedado traspuesto. Ya he dormido mucho, jefe.

–¡Hijo, no me mientas! El pozo hay que tomárselo en serio. Estamos ya muy cerca de encontrar agua.

No respondí. Mahmut Usta salió fuera. Pensé que si contemplaba las estrellas que se veían por el faldón de la tienda podría olvidarme de mi jefe y quedarme dormido, pero no dejaba de darle vueltas a la cabeza.

¿Por qué me había preguntado si había ido a ver la función? ¿Puede que tuviera celos de mí? Estaba claro que una actriz de teatro culta como la Mujer del Pelo Rojo no se fijaría en un paleta como Mahmut Usta. Aunque con ella nunca podía saberse. Tal vez por eso me había enamorado tan rápido de ella.

Salí de la tienda para ver dónde estaba Mahmut Usta. Y de forma increíble, a esas horas de la noche, vi a mi jefe encaminándose hacia el pueblo. Me invadieron unos celos y una rabia incontrolables. En medio de la noche infinita, solo con el brillo de las estrellas, apenas podía distinguir la sombra oscura de Mahmut Usta.

Pero entonces se apartó del camino y se dirigió hacia mi nogal. Lo vi sentarse bajo el árbol y encenderse un cigarrillo. Me tumbé un rato en la hierba a contemplar cómo Mahmut Usta fumaba en la lejanía. Solo se distinguía la brasa anaranjada de la punta del cigarrillo.

Cuando estuve seguro de que no se marchaba a Öngören, regresé a la tienda antes que él y me acosté. Sin embargo, la imagen de mí mismo acechándolo aquella noche no se borraría en años de mi memoria. A veces en mis sueños aparecía un tercer ojo, y de forma simultánea yo observaba a Mahmut Usta y a mí de joven observándolo.

20

Por la mañana me desperté temprano, como de costumbre, cuando el sol penetraba por el pequeño hueco de la tienda como una larguísima espada amarilla. Habría dormido tres horas como mucho, pero de algún modo me encontraba bastante descansado, revigorizado por la experiencia de la noche anterior con la Mujer del Pelo Rojo.

–¿Has podido dormir bastante? ¿Tienes la mente despejada? –preguntó Mahmut Usta mientras se tomaba el té.

–Sí, jefe, estoy como un león.

No dijimos nada de lo tarde que había regresado la noche anterior. Mahmut Usta bajó al pozo, como llevaba haciendo los últimos cuatro días, convirtiéndose allá al fondo en una mancha oscura y pequeña que rellenaba con la pala un cubo todavía más pequeño y que cada dos por tres gritaba: «¡Tiraaa!».

Veinticinco metros lo separaban de la superficie, aunque a través de aquella especie de tubo de hormigón parecía estar mucho más lejos. A veces, cuando el sol me cegaba y lo perdía de vista allá abajo, me angustiaba y asomaba la cabeza por la boca del pozo para tratar de divisarlo, temeroso ante la posibilidad de caerme.

Subir el cubo lleno se había vuelto bastante más complicado. La cuerda no se mantenía recta, y al ascender el cubo se balanceaba de un lado a otro y golpeaba contra el muro, como impulsado por algún viento de origen desconocido. No entendíamos el porqué de ese vaivén. Y como estaba yo solo manejando el torno, no me daba cuenta de si el cubo oscilaba hasta que Mahmut Usta, temiendo que le cayera algo en la cabeza, empezaba a berrear

como un loco.

Cuanto más se alejaba de la boca del pozo y se volvía más pequeño, Mahmut Usta empezó a gritar más a menudo y en un tono más severo. Me gritaba porque subía el cubo demasiado despacio; o porque tardaba demasiado en vaciarlo; o, simplemente, porque el polvo que levantaba la arena reseca le hacía perder los nervios. Me hacía sentir culpable constantemente. Sus gritos reverberaban en las paredes de hormigón y emergían a la superficie como un eco misterioso.

Me confortaba perdiéndome en ensoñaciones con la Mujer del Pelo Rojo, su dulce sonrisa, su hermoso cuerpo, su apasionada manera de hacer el amor. Me sentía tan bien pensando en ella... ¿Y si en el descanso del mediodía bajaba corriendo a Öngören para verla aunque fuera un momento?

Daba gracias a Dios por estar en la superficie, aunque debido al calor mi tarea era mucho más ardua que la de Mahmut Usta. Desde que Ali se había ido, me había acostumbrado más o menos a manejar yo solo el torno, pero aun así a veces me fallaban las fuerzas.

Para pasar el cubo lleno que acababa de izar a la mesa de apoyo que había a un lado, me las veía negras. Incluso cuando estaba Ali, esta tarea nos exigía especial cuidado y esfuerzo. Había que levantar unos milímetros el cubo y desplazarlo ligeramente hacia un lado soltando un poco de cuerda, sin desengancharlo en ningún momento, y posarlo enseguida sobre el tablero, así que encargarme ahora yo solo de todo el trabajo se me hacía verdaderamente cuesta arriba.

Durante este proceso tenía que ladear un poco el cubo, por lo que a veces se derramaban pequeños terrones de arena, mejillones o conchas petrificadas, y caían al hoyo.

Al cabo de unos segundos, los gritos furiosos de Mahmut Usta llegaban desde el fondo del pozo. Mi jefe repetía a menudo que, si caían desde la suficiente altura, hasta las más pequeñas conchas o guijarros podían abrirte una buena brecha, y si te daban de pleno en la cabeza, hasta podían matarte. Por eso nunca llenaba el cubo del todo, aunque eso retrasara aún más el trabajo.

También me resultaba agotador volcar en la carretilla toda aquella tierra reseca y arenosa, llena de piedras y conchas, y llevármela para volcarla en

algún rincón del terreno. Cuando volvía, siempre podía oír la voz llena de reproche de Mahmut Usta llegando como un zumbido desde el fondo del pozo. No entendía bien lo que decía, pero sus quejas parecían más bien los gritos airados de algún anciano chamán o de alguna criatura del inframundo, mezcla de gigante y demonio.

A una profundidad equivalente a un edificio de diez plantas, era imposible ver si el cubo había tocado fondo o si seguía suspendido en el aire, por lo que al llegar a los últimos metros solía parar y bloquear el torno y esperaba a que mi jefe me gritara: «¡Un poco más!». ¡Qué pequeño, qué indefenso parecía Mahmut Usta allá en el fondo del pozo!

Ese día llevábamos más o menos una hora trabajando cuando, de pronto, me sentí mareado. Por un momento pensé que me iba a caer al pozo. Y al cabo de un rato, mientras vaciaba la carretilla, me paré y me tumbé en el suelo. Debí de quedarme traspuesto no más de un minuto.

Pero cuando volví a la boca del pozo, oí a Mahmut Usta rezongando abajo. Descolgué el cubo, pero los gritos de reproche no cesaron.

—¿Qué pasa, jefe? —grité hacia el fondo.

—¡Súbeme!

—¿Qué?

—¡Que me subas!

Noté el súbito peso del cubo, y comprendí que ya había metido un pie dentro.

Subir a mi jefe a la superficie era lo más cansado. Terminaba totalmente exhausto. Mientras me colgaba de la manivela del torno con las escasas fuerzas que me quedaban, medio mareado, fantaseé con que Mahmut Usta acababa dando aquel pozo por imposible, que me pagaba y me liberaba. En cuanto recogiera mi dinero y mis pertenencias, lo primero que haría sería ir a ver a la Mujer del Pelo Rojo, le declarararía mi amor y le propondría que dejara a Turgay y se casara conmigo. ¿Qué pensaría mi madre de aquello? Seguro que la Mujer del Pelo Rojo se reiría de mí y me diría: «¡Pero si podría ser tu madre!». Tal vez me tumbase a dormir diez minutos a la sombra del nogal antes del descanso del mediodía. Había leído en alguna parte que, cuando uno está muy cansado, una siesta de diez minutos puede resultar tan reparadora como un sueño de varias horas. Ya iría a ver a la Mujer del Pelo Rojo más

tarde.

En cuanto Mahmut Usta asomó la cabeza por la boca del pozo, me recompuse un poco y traté de disimular mi agotamiento.

–Hijo, hoy estás yendo muy lento –dijo–. Mira, yo voy a encontrar agua aquí, y hasta entonces tú harás lo que te diga tu maestro. No retrases la faena.

–Entendido, jefe.

–No estoy de broma.

–Claro, jefe.

–Donde existe la civilización, donde hay pueblos y ciudades, es porque hay pozos. No puede haber civilización sin pozos, ni puede haber pozos sin poceros. Y tampoco puede haber un aprendiz de pocero que no obedezca a su maestro. En cuanto encontremos agua vamos a hacernos ricos.

–Y aunque no nos hagamos ricos, yo estaré contigo, jefe.

Como si fuera un profesor, Mahmut Usta se pasó un buen rato advirtiéndome sobre la necesidad de estar alerta y con los ojos bien abiertos. Me pregunté si se le ocurriría también sermonearme de ese modo mientras estaba en el teatro viendo a la Mujer del Pelo Rojo. Oía las palabras de mi jefe como si me hallara en un estado de duermevela, sin verme en la obligación de responderle. La imagen de la Mujer del Pelo Rojo volvió a aparecerse ante mis ojos. Me sentí avergonzado.

–Ve a cambiarte esa camisa sudada –dijo Mahmut Usta–. Ahora bajarás tú al pozo. El trabajo es más fácil ahí abajo.

–De acuerdo, jefe.

21

Todo lo que había que hacer en el fondo del pozo era agarrar la pala y rellenar el cubo con aquella tierra hedionda sembrada de valvas de mejillón, caracolas y raspas de pescado. El trabajo era mucho menos fatigoso que el que se hacía allí arriba. La dificultad no radicaba en palear la tierra, llenar el cubo y hacer que lo subieran, sino en el hecho de estar allí abajo a veinticinco metros de profundidad.

Ya mientras bajaba, empezó a entrarme miedo. Conforme me acercaba al fondo cada vez más negro, con un pie metido en el cubo y agarrado fuerte con las dos manos a la cuerda, iba descubriendo que las paredes de hormigón ya estaban llenas de grietas, telarañas y manchas misteriosas. Pude ver una lagartija huyendo nerviosamente en dirección a la luz. Era como si el mundo subterráneo estuviera advirtiéndonos por haberle clavado un tubo de hormigón en el corazón. En cualquier momento podía producirse un terremoto y quedarme atrapado para siempre allí, en el interior de la tierra. Del subsuelo me llegaban sonidos sordos, extraños.

–¡Vaaa! –me gritaba Mahmut Usta mientras el cubo vacío iba descendiendo hacia el fondo.

Cuando alzaba la cabeza y miraba hacia arriba, la boca del pozo me resultaba tan lejana y minúscula que me invadía el miedo y quería escapar de allí cuanto antes. Pero Mahmut Usta perdía rápido la paciencia, así que al final me resignaba a rellenar el cubo a golpe de pala y le gritaba: «¡Tiraaa!».

Mahmut Usta era mucho más fuerte que yo y no le llevaba mucho tiempo izar el cubo girando el torno a toda velocidad, colocarlo cuidadosamente a un lado, vaciarlo en la carretilla y hacerlo bajar de nuevo.

Yo seguía todo el proceso desde el fondo del pozo sin apenas moverme, mirando constantemente hacia arriba. Mientras veía a Mahmut Usta, no me sentía tan solo allá abajo, en el subsuelo. Y cuando se retiraba para vaciar el cubo, aparecía en la boca del pozo un pedazo de cielo pequeñito, perfectamente redondo. ¡Qué azul tan maravilloso! Estaba lejísimos, igual que cuando ves el mundo por unos prismáticos colocados del revés, pero era precioso.

Hasta que Mahmut Usta no aparecía de nuevo en la boca del pozo y descolgaba el cubo vacío, yo permanecía inmóvil en el fondo, contemplando el cielo al final de aquellos prismáticos de hormigón.

Al cabo de un buen rato, cuando por fin divisaba a mi jefe allá arriba como una pequeña hormiguita, volvía a tranquilizarme. Después llegaba el cubo, lo posaba en el suelo, lo llenaba y gritaba: «¡Vale!».

Pero cada vez que la diminuta sombra de Mahmut Usta desaparecía para llevarse a vaciar la carretilla, volvía a atenazarme el miedo. ¿Y si tropezaba con algo o sufría algún percance? ¿Y si decidía no aparecer en un rato por la boca del pozo para darme una lección o bajarme los humos...? ¿Querría castigarme si se enterase de que había pasado la noche con la Mujer del Pelo Rojo?

En diez o doce paladas llenaba el cubo y lo enviaba hacia arriba, y entonces, presa de los nervios, me ponía a cavar con el pico para llegar más hondo. Pero, en cuestión de segundos, se levantaba tal polvareda que me dejaba cegado y hacía que el fondo del pozo se volviera todavía más negro. La tierra arenosa que salía era muy clara e inconsistente. Resultaba más que evidente que de allí nunca iba a brotar agua. ¡Toda aquella angustia, todo aquel tiempo perdido... y todo para nada!

En cuanto saliera del pozo, me iría directo a Öngören para ver a la Mujer del Pelo Rojo. Me traía sin cuidado lo que pudiera decir Turgay. Ella me amaba a mí. Pensaba contárselo todo a su marido. Podía pegarme, podía incluso dispararme. ¿Cómo reaccionaría ella cuando se encontrara frente a mí a plena luz del día?

Aquellos pensamientos me ayudaron a rellenar y enviar el cubo arriba tres veces (sí, llevaba la cuenta), pero después regresó de nuevo el pánico. Mahmut Usta tardaba cada vez más en volver a la boca del pozo, y no paraba

de oír extraños ruidos procedentes del subsuelo.

–¡Jefe, jefeee! –grité hacia el exterior.

El cielo azul tenía el tamaño de una moneda. ¿Dónde se había metido Mahmut Usta? Empecé a gritar con todas mis fuerzas.

Finalmente apareció en la boca del pozo.

–¡Jefe, sácame de aquí! –grité.

Pero él no contestó. Agarró la manivela del torno y empezó a izar el cubo lleno. ¿Es que no me había oído? Durante el lento ascenso hacia la superficie, no dejé de mirar ni un momento hacia arriba.

Cuando el cubo llegó a su destino, apareció de nuevo Mahmut Usta en la boca del pozo. Qué lejos estaba. Grité con todas mis fuerzas. Pero, como sucede en los sueños, mi voz no parecía alcanzarle. Cuando hubo descargado la tierra, volvió a accionar el torno e hizo bajar el balde vacío.

Continué gritando, pero no me oía.

El tiempo que transcurrió se hizo insoportablemente largo. Yo pensaba: «Ahora Mahmut Usta estará llevando la carretilla hasta el montón, ahora estará volcándola para vaciar la tierra arenosa, ahora ya estará volviendo, ya tendría que haber vuelto...». Pero no apareció. Tal vez hubiera parado un rato para fumarse un cigarrillo.

Cuando Mahmut Usta se asomó por fin al pozo, volví a gritar con todas mis fuerzas. Pero al parecer no me oía. Así que tomé rápidamente una decisión: metí un pie en el cubo vacío, me agarré con fuerza a la cuerda y grité: «¡Tiraaa!».

Me estremecí mientras mi jefe me subía a la superficie haciendo girar el torno fatigosamente, pero aun así me sentía feliz.

–¿Qué pasa? –me preguntó cuando afortunadamente llegué arriba y planté el pie sobre el tablero de madera.

–Jefe, ya no pienso volver ahí abajo.

–Eso lo decidiré yo.

–Sí, jefe –cedí–, eso lo decides tú.

–Así me gusta. Si te hubieras portado así desde el primer día, puede que hoy ya hubiéramos encontrado agua.

–Pero, jefe, el primer día era un novato. ¿Acaso tengo yo la culpa de que no haya salido agua?

Enarcó una ceja, tratando de conferir a su gesto un aire receloso. Advertí que mis palabras no le habían hecho ninguna gracia.

–Mahmut Usta, no voy a olvidarte mientras viva. Trabajar a tu lado me ha enseñado mucho acerca de la vida. Pero te lo ruego, vamos a olvidarnos ya de este pozo. Y ahora déjame que bese tu mano.

Mahmut Usta no la tendió.

–Ni se te ocurra volver a mencionar lo de dejar la obra hasta que no hayamos encontrado agua. ¿Entendido?

–Entendido.

–Y ahora baja a tu maestro al pozo. Queda más de una hora para el descanso del mediodía. Hoy haremos una pausa larga. Así podrás echarte un buen rato bajo el nogal y descansar tranquilamente.

–Que Dios te lo pague, jefe.

–Venga, dale al torno y bájame.

Agarré la manivela y Mahmut Usta descendió lentamente por el pozo hasta desaparecer de la vista.

Yo vaciaba rápidamente el cubo, me esforzaba por escuchar la voz de mi jefe desde abajo, y giraba el torno empleando todas mis fuerzas. Estaba empapado en sudor, y de vez en cuando corría hasta la tienda para beber un poco de agua. Una vez me demoré unos instantes contemplando una cabeza de pez fosilizada que había aparecido entre la arena del cubo. Ese pequeño retraso bastó para que mi jefe volviera a rezongar desde el fondo del pozo. En los momentos más duros, cuando sentía que ya no podía más, la imagen de la Mujer del Pelo Rojo, sus pechos, el color de su piel, me daban fuerzas para continuar.

Una mariposa moteada de amarillo y blanco se acercó revoloteando alegre y despreocupada, curioseando entre la hierba, pasando junto a nuestra tienda, por delante del torno y por encima del pozo, antes de proseguir su camino.

¿Qué podía significar aquello? Recuerdo que todas las mañanas, cuando a las once y media veía pasar el tren de pasajeros que cubría la ruta entre Estambul y Edirne con dirección a Europa, lo interpretaba como una señal de que al final todo iba a salir bien. Una hora más tarde, cuando el tren pasaba en la dirección contraria, desde Edirne a Estambul, era nuestra señal para parar a almorzar.

Pensé: «En la pausa bajo a Öngören para ver a la Mujer del Pelo Rojo». Quería preguntarle también por Mahmut Usta. Bloqueé el torno para que la cuerda no se desenrollara. Agarré el asa del cubo que acababa de aparecer por la boca del pozo, y mientras lo acercaba al borde oí de nuevo a mi jefe gritándome desde el fondo.

Yo seguía con el cubo agarrado. Mis manos se movieron con pericia y como por sí solas para inclinarlo ligeramente y apoyarlo en la mesa de madera, cuando de pronto el cubo aún lleno se soltó del gancho y cayó al interior del pozo.

Me quedé petrificado una fracción de segundo.

Luego chillé:

—¡Jefeee!

Hacía solo unos instantes Mahmut Usta me estaba gritando. Ahora, en cambio, se había callado.

Entonces, desde el fondo del pozo, llegó un profundo alarido de dolor. Luego el silencio lo envolvió todo. Nunca olvidaría aquel grito.

Me eché hacia atrás. No se oía ningún ruido procedente del pozo, y yo era incapaz de asomarme a mirar. Quizá ni siquiera había sido un grito, sino tan solo Mahmut Usta blasfemando.

De pronto, el mundo entero guardaba un silencio tan profundo como el del interior del pozo. Me temblaban las piernas. No sabía qué hacer.

Una avispa enorme pasó zumbando alrededor del torno, después se acercó a la boca del pozo y se lanzó adentro.

Fui corriendo a la tienda. Me cambié la camisa y el pantalón empapados en sudor. Cuando me di cuenta de cómo temblaba mi cuerpo desnudo, sollocé un poco, pero al momento paré. Y aunque me echara a temblar delante de la Mujer del Pelo Rojo, no me avergonzaría. Ella me comprendería y me ayudaría. Y puede que Turgay también. Quizá pidieran ayuda a la gente del cuartel militar o del Ayuntamiento; quizá enviaran a los bomberos.

Salí corriendo hacia Öngören atajando a través de los campos. Las cigarras escondidas en la hierba amarillenta se callaban cuando pasaba por su lado. A veces regresaba al camino para volver enseguida a correr campo a través. Mientras bajaba la cuesta del cementerio, un impulso extraño me hizo mirar hacia atrás y allá a lo lejos, en dirección a Estambul, divisé unos negros

nubarrones.

Si Mahmut Usta estaba herido y sangrando, debía recibir ayuda cuanto antes. Pero no sabía a quién podía pedírsela.

Cuando entré en el pueblo, corrí directo hacia el edificio donde vivían Turgay y la Mujer del Pelo Rojo. Llamé a la puerta del piso de atrás de la planta baja y me abrió una mujer a la que no reconocí. Supuse que era la esposa del viejo maoísta, el cartelista.

–Se han marchado –dijo incluso antes de que llegara a preguntar nada.

Y me dieron en las narices con la puerta de la casa en la que me había acostado con mi amada por primera vez en la vida.

Crucé la plaza. El café Rumelia estaba desierto, y en la oficina de correos solo había algunos soldados llamando por teléfono. Por las aceras, vi a lugareños que venían al mercado procedentes de las localidades aledañas, gente a la que no veía de noche por las calles.

La carpa del Teatro de Leyendas Ejemplares había desaparecido. Al principio no pude ver nada que indicara que hasta la noche anterior había habido allí un teatro ambulante, pero después distinguí algunas entradas cortadas y las estacas que amarraban la carpa al suelo. En efecto: se habían marchado.

Salí corriendo de Öngören sin saber qué hacer exactamente. Era como si mi sistema nervioso hubiera tomado el control de mi cuerpo y no fuera yo, sino otra persona, la que iba corriendo y se detenía a mirar el cielo cada vez más nublado tratando de encontrar algún sentido a todo aquello. El sudor me resbalaba por la frente, por el cuello, por todo mi cuerpo. En la cuesta del cementerio, donde por las noches un viento fresco agitaba los árboles, reinaba ahora un calor infernal. Vi algunas ovejas pastando alegremente entre las lápidas.

Cuando alcancé la explanada, dejé de correr y continué caminando. Tenía clarísimo que lo que hiciera en la próxima media hora determinaría el resto de mi vida, pero aun así seguía sin poder decidir lo que debía hacer. Tampoco sabía con certeza si Mahmut Usta simplemente se habría desmayado, si estaría herido o tal vez muerto. Puede que fuera por culpa del calor extremo de julio. El sol me caía directamente sobre la cabeza, abrasándome la nuca y la punta de la nariz.

Cuando cruzaba por el último atajo del camino, oí primero un sonido de roce en la hierba y luego vi un poco más adelante a una tortuga que se agitaba tratando de apartarse de mi camino. Si se echara a un lado, si se desviara del sendero que Mahmut Usta y yo habíamos trazado a base de pasar una y otra vez por ahí, la tortuga conseguiría esconderse entre las altas hierbas. Pero eso era algo que ella no podía entender, había elegido mi mismo camino como una especie de destino y trataba de escapar angustiada a él. ¿Quizá estaba haciendo yo lo mismo, caminando inútilmente por la vía equivocada cuando lo que realmente deseaba era escapar a mi destino?

Cuando era pequeño, en Beşiktaş, había niños que les daban la vuelta a las tortugas y las dejaban secándose al sol hasta que murieran. Al verme, el animal se había escondido en su caparazón. Lo agarré con cuidado por ambos lados y lo deposité al borde del camino, entre las hierbas.

Conforme me acercaba al pozo, traté de calmar mi respiración jadeante. Deseé profundamente volver a oír la voz de Mahmut Usta, ya fuera gritando o quejándose. No paraba de decirme que aquel no era más que otro de aquellos momentos ordinarios que habíamos vivido durante el último mes. El cubo no se había caído, Mahmut Usta estaba bien. Me llevaría la botella de agua a la boca y, mientras bebía, oiría los furiosos gruñidos de Mahmut Usta desde el fondo del pozo.

Sin embargo, de allí abajo no llegaba ningún ruido. Solo se oía el canto de las cigarras. El silencio llenaba mi alma de remordimiento. Vi a dos lagartijas correteando por encima del torno. Avancé un paso hacia la boca del pozo. Pero me paralizó el miedo, no fui capaz de acercarme más. Como si, en caso de mirar al fondo, pudiera quedarme ciego.

De todas formas, no podía bajar yo solo al pozo. Hacía falta otra persona para manejar el torno. Por esa razón había ido corriendo a Öngören a buscar a la Mujer del Pelo Rojo. Pero había regresado sin avisar a nadie. No sabía por qué había hecho aquello. Tal vez pensé que no conseguiría encontrar a nadie que me ayudara y que a él le alegraría que volviera cuanto antes a su lado.

O tal vez decidí que Mahmut Usta ya estaba muerto y que no había vuelta atrás en mi crimen. «¡Dios mío, ten piedad de mí!», imploré. ¿Qué debía hacer?

Cuando regresé a la tienda, me eché a llorar otra vez. Mirar todo cuanto

habíamos compartido en aquel lugar durante el último mes me producía una tristeza insoportable. La tetera, el viejo periódico que yo había leído cientos de veces, sus chanclas con las tiras de plástico azul por encima, el cinturón de los pantalones que se ponía cuando bajaba al pueblo, su despertador...

Sin apenas pensar, mis manos empezaron a recoger mis cosas. No me llevó más de tres minutos apretujarlo todo en mi vieja maleta, incluidas las zapatillas de goma que no me había llegado a poner.

Si me quedaba allí, me arrestarían cuando menos por homicidio imprudente. El proceso duraría años, así que ya podía olvidarme de la academia y de la universidad, mi vida entera se iría al garete, y mientras estuviera en la prisión de menores mi madre moriría de pena.

Rogué a Dios que no dejara morir a Mahmut Usta. Me acerqué de nuevo a la boca del pozo esperando oír alguna voz, algún gemido. Pero de abajo no llegaba ningún sonido, absolutamente nada.

Cuando apenas faltaba un cuarto de hora para que pasara el tren de Estambul de las doce y media, salí de la tienda con la vieja maleta de mi padre en la mano y, en medio del asfixiante calor, bajé corriendo a Öngören sin volver la vista atrás. Sabía que, si me volvía a mirar, me echaría a llorar de nuevo. Los negros nubarrones casi habían llegado al pueblo y todo había adquirido una inquietante tonalidad púrpura.

La multitud de lugareños que habían acudido al mercado atestaban el vestíbulo de la estación. El tren venía con retraso, y mientras esperaba entre cestas, sacos, paquetes, campesinos y soldados, planeé que, cuando subiera al vagón, me sentaría junto a una ventana de la izquierda para contemplar por última vez, antes de que las vías giraran en el cruce, el lugar donde Mahmut Usta y yo habíamos estado cavando. Era lo que llevaba pensando todo aquel mes que haría el día que regresara a Estambul. Solo que, en mis fantasías, siempre había imaginado que ese día llevaría conmigo las propinas y recompensas que Hayri Bey nos habría dado por encontrar agua.

Mientras aguardaba a que el tren llegara, traté de fijarme en todo el mundo que entraba en el vestíbulo, aunque el lugar estaba demasiado abarrotado. Tal vez la Mujer del Pelo Rojo y su compañía regresaran a Estambul en ese mismo tren. Cuando finalmente hizo su entrada en la estación, eché un último vistazo a la plaza y al pueblo de Öngören antes de dar media vuelta

rápidamente y subir al vagón presa de la angustia. Para cuando me instalé en mi asiento, ya me había olvidado de toda la humillación que me había supuesto obedecer a Mahmut Usta, y solo quedaba en mí un sentimiento infinito de culpa.

SEGUNDA PARTE

Cuando miré por la ventana del vagón, con los ojos anegados en lágrimas, apenas logré distinguir el pozo ni nuestra «explanada de arriba», pero todo cuanto veía –el cementerio a medio camino del pueblo, los cipreses– formaba una imagen que sabía que no olvidaría en la vida: parecía como si el cielo negro estuviera a punto de tragarse el lugar donde Mahmut Usta y yo habíamos estado cavando. Cayó un relámpago a lo lejos. Pero antes de que llegara el sonido del trueno, el tren ya había enfilado la curva, haciendo que el pozo, nuestra explanada y todo lo demás desapareciera de la vista en cuestión de segundos. Una sensación de libertad recorrió todo mi cuerpo. Y una mareante mezcla de alivio y culpabilidad fue inundándome al compás del traqueteo del tren sobre las vías.

Pasé mucho tiempo sin hablar ni relacionarme con nadie. Me encerré en mí mismo, deseando tomar distancia respecto al exterior. El mundo era hermoso, y yo quería que mi mundo interior también lo fuera. Pensé que, si ignoraba la culpa, todo el mal que había en mí, al final acabaría olvidando que estaba allí. Así que empecé a actuar como si todo estuviera bien. Si finges que no ha ocurrido nada, y realmente no pasa nada por ello, al final no ocurre nada.

El tren de Estambul avanzó entre viejas fábricas, almacenes y campos de cultivo. Pasó por encima de arroyos, junto a mezquitas, entre cafeterías y talleres. Unos chavales jugaban al fútbol en el patio vacío de un colegio y, cuando comenzó a llover, agarraron las camisas y mochilas que habían colocado a modo de postes y se dispersaron a toda velocidad.

Rápidamente se formaron charcos, arroyuelos y pequeñas cascadas sobre

la tierra dura que divisaba desde la ventana del vagón. A menos que cayera una gran tromba, no representaría ninguna diferencia para un hombre que se encontrara en el fondo de un pozo. ¿Seguiría Mahmut Usta allí dentro? ¿Estaría llamándome a gritos?

Me bajé en la estación de Sirkeci. Caminé por Estambul bajo la lluvia y compré un billete para el ferry que iba a Harem. El barco no acababa de llenarse, así que permanecimos un buen rato atracados; conductores, familias, niños llorando, recipientes de yogur azucarado, el ronroneo amplificado de los motores de los camiones... Se me había olvidado por completo lo agradable que resultaba compartir espacio con la gente. Me sentía como un salvaje que hubiera regresado a la civilización. Gotas de agua me resbalaban por el pelo, la nuca y la espalda, pero yo seguía sentado inmóvil, contemplando por la ventana salpicada de lluvia el lento fluir de Estambul a ambas orillas del Bósforo.

Después de desembarcar y antes de tomar el autobús, compré en un quiosco un paquete de pañuelos de papel y me sequé un poco. Hacía horas que no comía nada, pero ni los bollos ni los bocadillos de carne me atraían lo más mínimo. «Así es como debe de sentirse un asesino», me dije.

Y entonces volví a escuchar esa segunda voz dentro de mí, la voz que me permitía conversar en silencio conmigo mismo y abordar temas de los que no quería hablar con nadie más. Pero que no se piense nadie que estaba perdiendo la cabeza. A las tres me monté en el autobús de Gebze. Me sentía tremendamente emocionado por volver a ver a mi querida madre. En cuanto el sol de verano entró por la ventanilla derecha y empezó a calentarme, me quedé dormido. Soñé que me encontraba en un paraíso cálido y soleado, libre de culpa y de castigos.

De forma inconsciente había pensado que, al verme, mi madre me diría: «Me miras con ojos de asesino, ¿qué te ha pasado?». Pero como no dijo nada por el estilo, comprendí hasta qué punto había estado preocupado por cómo me recibiría, y tan pronto como la abracé me sentí mucho mejor. Mi madre olía a mi madre. Al principio lloró un poco y después se puso a hablar, a contarme que, después de todo, estaba encantada con la vida que llevaba en Gebze, y que iba a hacerme patatas fritas y albóndigas. Pero cuando dijo que su único motivo de preocupación había sido lo mucho que me había echado

de menos, rompió a llorar otra vez. Nos abrazamos todavía más fuerte.

—¡Cómo has crecido en un mes! Tus manos y tus brazos parecen enormes, menudo estirón has dado —dijo mi madre—. Se te ve más maduro, te has convertido en todo un hombre. ¿Te pico algunos tomates para la ensalada?

Estuve un largo rato deambulando por las colinas de los alrededores de Gebze, contemplando Estambul en la distancia. A veces me parecía divisar algún terreno lejano parecido a nuestra explanada, y entonces me ponía muy nervioso, como si fuera a toparme inesperadamente con Mahmut Usta.

Evité mencionarle a mi madre que, a pesar de lo que le había prometido una y otra vez, había terminado bajando al pozo. Estaba de vuelta con ella, sano y salvo, así que ese detalle carecía ya de importancia.

No hablamos de mi padre. Entendí que no había vuelto a llamarla. Pero ¿por qué no me había llamado a mí? A menudo se aparecía ante mis ojos, con la nitidez de una pintura, la imagen del último momento en que había visto a Mahmut Usta descendiendo a las profundidades del pozo. Estaba convencido de que el hombre seguía allí abajo cavando obstinadamente, como un persistente gusano de la fruta abriéndose camino a través de una naranja gigantesca.

Con el dinero de mi madre, compramos en los bazares de Gebze una televisión nueva y un despertador. El que había estado ahorrando trabajando con Mahmut Usta lo ingresamos directamente en el banco. Me pasé tres días enteros en casa sin hacer otra cosa que descansar y recuperarme todo lo que pude. Soñaba con Mahmut Usta, con hombres malvados que me perseguían. Sin embargo, nadie vino a buscarme a Gebze; nadie iba tras mis pasos. Al cuarto día fui a Estambul, me matriculé en la academia de acceso a la universidad en Beşiktaş y empecé a asistir diligentemente a las clases.

Cuando estaba solo, no podía sacarme de la cabeza a Mahmut Usta ni el pozo. Así que decidí frecuentar a mis antiguos amigos del barrio y a mis compañeros de clase en Beşiktaş, íbamos juntos al cine y buscaba su compañía. También fuimos un par de veces a las tabernas que había dentro del bazar, aunque, a diferencia de ellos, yo no estaba tan acostumbrado a fumar ni a tomar *rakı*. Se burlaban de mí porque me lo bebía de un trago, como un principiante que quisiera emborracharse deprisa. Eso no me molestaba mucho, pero lo que sí me ponía furioso era que se metieran

conmigo diciendo que apenas tenía barba ni bigote, dando a entender que aún no era lo bastante hombre.

–Si el pelo fuera algo tan milagroso, las curtidurías serían lugares sagrados –dije en una ocasión–. Y hasta los gatos tienen bigotes.

¡Todos se echaron a reír! Sacaba aquellas frases floridas de los libros que leía hasta que me dolían los ojos cuando me quedaba por las noches en la librería de Deniz.

Pero ¿podría llegar a ser escritor alguien sin escrúpulos que había dejado morir a su maestro en el fondo de un pozo? ¿Hasta qué punto la caída del cubo había sido un accidente? A menudo me repetía que no había pasado nada malo allá en la explanada. Tan solo me había visto sobrepasado por el exceso de trabajo, las reprimendas y la falta de sueño. Lo había dejado todo, había cogido mi dinero y había vuelto a casa, como habría hecho cualquier persona normal. Aunque ya no estaba muy seguro de que me gustara esa expresión de «persona normal».

De mis amigos del barrio mayores que yo, de apenas dos o tres años más, había algunos que iban a la Universidad de Estambul. Llevaban bigote y barba, y participaban en protestas políticas en las que se enfrentaban a la policía por las callejuelas del barrio. Contaban esas historias con orgullo, y sabía que respetaban a mi padre. Pero la noche en que les hablé de la Mujer del Pelo Rojo, comprendí que en el fondo estaba lleno de resentimiento hacia ellos.

–Cem, ¿a que nunca has cogido a una chica de la mano? –me preguntó uno para picarme.

Algunos de ellos hablaban abiertamente de que estaban colados por alguna chica, de las cartas de amor que les escribían y de cómo esperaban con anhelo su respuesta. Así que yo les conté que, un par de meses atrás, mi tío me había encontrado un trabajo en una obra («obra» impresionaba más que «pozo») cerca de Edirne, y que allí, en el pueblo de Öngören, había tenido un romance con una mujer.

–¿Alguno de vosotros conoce Öngören? –pregunté a los de la mesa.

No se esperaban que yo pudiera decir algo semejante, y todos se habían quedado estupefactos por un momento. Al final uno de ellos comentó que había ido con sus padres a visitar a su hermano, que estaba haciendo el

servicio militar en Öngören, y que el pueblo le había parecido muy pequeño y aburrido.

–Pues allí me he enamorado de una mujer maravillosa, una actriz de teatro que me dobla la edad. No la conocía de nada. Tan solo la vi por la calle. Y acabó llevándome a su casa.

Me miraban todos con expresiones de incredulidad. Les dije que era la primera vez que había estado con una mujer.

–¿Cómo era? –preguntó uno–. ¿Estaba buena?

–¿Cómo se llamaba?

–¿Y por qué no os habéis casado? –quiso saber otro, dando una calada a su cigarrillo.

El que había ido a visitar a su hermano al cuartel dijo:

–Allí hay de todo para los soldados que salen de permiso los fines de semana: teatros ambulantes con espectáculos de danza del vientre, clubes con fulanas que cantan, y todo lo que puedas imaginar.

Aquella noche comprendí que, si quería librarme del dolor y la culpa que me atenazaban, tendría que distanciarme de mis amigos de la infancia. Y empecé también a intuir que lo que había ocurrido en el pozo me privaría para siempre de la felicidad de llevar una vida normal y corriente. Y no paraba de repetirme: «Lo mejor es hacer como si no hubiera pasado nada».

Pero ¿de verdad era posible fingir que no había pasado nada? Tenía la sensación de que mi cabeza era también como un pozo donde Mahmut Usta, pico en mano, seguía cavando sin cesar. Eso podía significar que mi antiguo jefe seguía vivo, o que la policía aún no había emprendido la investigación del crimen.

Me imaginaba que alguien –quizá Ali– encontraría el cadáver de Mahmut Usta, y entonces el fiscal procedería a abrir el caso; informaría primero a la policía de Gebze (lo cual, en Turquía, podía tardar días o semanas), mi madre lloraría hasta perder el conocimiento, y después de que las autoridades locales se pusieran en contacto con sus homólogos de Estambul (lo cual también podría llevar meses), la policía se presentaría un día en la academia o en la librería para arrestarme. Me planteé que tal vez debería localizar a mi padre y contárselo todo. Pero él nunca me llamaba, de lo cual deduje que, aunque lo encontrara, tampoco me serviría de mucha ayuda. Además, contárselo podría hacer que el asunto pareciera más grave de lo que en realidad era. Cada día que pasaba sin que la policía viniera a arrestarme suponía para mí una señal alentadora de que era inocente e igual que el resto de la gente, aunque también podía representar que aquel era el último día que podría llevar una vida simple y rutinaria como la de todo el mundo. A veces, cuando en la librería de Deniz algún cliente me abordaba con especial brusquedad, me convencía de que era en realidad un policía de paisano y me entraban unas ganas terribles de confesar mi crimen. Otras veces me confortaba pensando que Mahmut Usta había conseguido salvarse y que seguramente, de puro odio, ya se habría olvidado de mí.

En la librería trabajaba de forma rápida y eficiente, ocupándome prácticamente de todo. El jefe Deniz apreciaba mis originales propuestas para organizar el escaparate, así como mis ideas sobre descuentos y selección de libros, y me dijo que, si quería, en invierno también podía quedarme a dormir en el sofá, e incluso instalarme de forma permanente en aquel pequeño cuarto como si fuera un piso de estudiante. Mi madre se puso triste porque yo iba a vivir otra vez lejos de Gebze y de ella, pero también estaba segura de que, si continuaba asistiendo al instituto de Kabataş y a la academia preparatoria de Beşiktaş, obtendría muy buenos resultados en el examen de acceso a la universidad.

Como no quería decepcionarla, y como también sabía que ese examen representaría un trascendental punto de inflexión en mi vida, hincué los codos como un auténtico empollón tanto en el instituto como en la academia, y no hubo fórmula alguna que dejase sin memorizar. En los momentos de dedicación más intensa, la imagen de la Mujer del Pelo Rojo se me aparecía de improviso como un cálido sol, y fantaseaba con el color de su piel, su vientre, sus pechos, su mirada. Los estudios eran lo que más me ayudaba a comportarme como si no hubiera pasado nada.

Cuando llegó el momento de rellenar los papeles para el examen de la universidad y hubo que anotar el orden de prioridad de las carreras que quería estudiar, me encontraba en Gebze con mi madre. Naturalmente ella quería que pusiera medicina como primera opción. Mis sueños de convertirme en escritor la aterraban; creía que me moriría de hambre o, peor aún, que acabaría metiéndome en asuntos de política como los que habían causado tantos problemas a mi padre.

Sin embargo, mis aspiraciones literarias se habían marchitado rápidamente después de dejar tirado a Mahmut Usta en el fondo del pozo. Mi madre también quería que fuera ingeniero. Así que al final anoté «ingeniería geológica». La mujer había notado que la experiencia de aprendiz de pocero me había dejado una profunda marca. Y me pregunté si al hablar de aquella nueva «madurez» que veía en mí no se referiría, en realidad, a una mancha negra en mi alma.

A finales del verano de 1987 se publicaron las listas y obtuve la quinta nota más alta para acceder a la facultad de ingeniería geológica, situada en el

campus de Maçka de la Universidad Técnica de Estambul. El edificio de ciento diez años de antigüedad había sido un cuartel militar y un arsenal durante el último período del Imperio otomano, y en 1908, cuando el ejército de los Jóvenes Turcos que acabaría derrocando a Abdul Hamid II avanzó desde Salónica hasta Estambul, las fuerzas que permanecían leales al sultán se atrincheraron entre sus muros y lucharon en las mismas aulas donde estábamos dando clase. Me enteraba de ese tipo de curiosidades leyendo libros de historia y luego se las contaba a mis compañeros de la facultad. Estaba fascinado por aquel vetusto edificio, con sus altísimos techos, sus interminables escaleras y aquellos pasillos donde reverberaba todo. Además, se encontraba a solo diez minutos de Beşiktaş y de la tienda de Deniz colina abajo.

En la librería me habían ascendido a encargado. A mi jefe le había costado admitir que renunciara a mi idea de ser escritor, pero había recibido de buen grado el hecho de que estudiara geología, ya que aseguraba que nada impedía a un ingeniero ser un gran autor. Por mi parte, yo me devoraba un libro casi todas las noches en la residencia de estudiantes.

Una de las premisas para actuar como si no hubiera pasado nada consistía en olvidarme de todo lo relacionado con Edipo y la obra de Sófocles. Conseguí reprimir mi curiosidad durante los tres primeros años de carrera, hasta que un día, en la librería de Deniz, volvió a caer en mis manos aquella vieja antología sobre los sueños. Ahí era donde había leído el resumen de la historia de Edipo, un texto que, me enteré no hace mucho, había sido escrito por Sigmund Freud y tenía menos que ver con Sófocles que con el deseo de asesinar al padre, un deseo que, según sostenía, todo hijo varón alberga en su interior.

Al cabo de unos meses, me topé en la sección de libros de segunda mano con una traducción al turco de la obra de Sófocles publicada en 1941 por el Ministerio de Educación Nacional. Me estremecí al ver el título de *Edipo Rey* sobre la cubierta blanca que el tiempo había amarilleado. Las ediciones turcas de la obra eran casi imposibles de encontrar. Lo devoré con ansiedad, como esperando que me desvelara algún misterio sobre mi propia vida.

A diferencia del resumen de Freud, la obra de Sófocles no empezaba con el nacimiento de Edipo, sino años después: desconocedor de sus orígenes, el

príncipe Edipo ya había matado a su padre, había ocupado el trono y había tenido cuatro hijos con su propia madre. El texto teatral eludía el tema del hijo que se acostaba con su madre, una mujer que tenía por lo menos dieciséis años más que él. Yo traté de imaginármelo pero no pude, del mismo modo que no lograba concebir que los hijos de Edipo fueran también sus hermanos y que su madre se hubiera convertido en su esposa. Sin embargo, al principio de la obra, ni Edipo ni los demás actores, ni siquiera los espectadores, estaban al corriente de tales infamias. Tal vez fuera ese desconocimiento el que provocó que estallara la peste en la ciudad y que, a fin de librarse de la desgracia, tuvieran que encontrar a quien mató al antiguo rey. El bienintencionado rey Edipo encabezó la búsqueda del asesino, sin saber que él era el culpable. Y así, poco a poco y con gran dolor, acabaría descubriendo la terrible verdad y arrancándose los ojos con sus propias manos, presa de la culpa y el remordimiento.

Ese no era exactamente el orden en que le había contado la historia a Mahmut Usta una noche de hacía tres años junto al pozo. Pero, mientras leía la obra, sentí de algún modo que era así como se la había narrado. Y también noté que me sentía menos culpable por haberle causado la muerte. Después de tres años, ya había dejado de temer que la policía irrumpiera un día en clase y me llevara arrestado. De hecho, podía ser que Mahmut Usta ni siquiera hubiera muerto y que, como en las antiguas alegorías religiosas, alguien lo hubiera rescatado del fondo del pozo.

Mahmut Usta solía contarme historias y parábolas extraídas del Corán para enseñarme lecciones de moral, lo cual me enojaba. Para devolvérsela, yo había decidido contarle la historia del príncipe Edipo, pero al final, de algún modo, había terminado actuando como el protagonista del relato que había escogido. Por eso Mahmut Usta había acabado en el fondo del pozo: todo había sido culpa de una historia, de un mito.

Edipo había matado a su padre en un intento de frustrar la historia que vaticinaba una profecía. Si se hubiera limitado a reírse de las predicciones del oráculo, quizá nunca habría abandonado su casa ni su país, ni se habría encontrado en el camino con su padre el rey ni lo habría matado de forma azarosa ignorando quién era. Y lo mismo podía decirse del padre de Edipo. Si el hombre no hubiera tomado medidas para intentar apartarlo de su aciago

destino, se habrían ahorrado todas esas tragedias. Así que yo debía comprender que, si quería llevar una vida ordinaria y «normal» como la de todo el mundo, entonces debía hacer justo lo contrario que Edipo, es decir, actuar como si no hubiera pasado nada. Edipo, que quería tanto ser una buena persona, se convirtió en un asesino precisamente porque estaba desesperado por no serlo; y había descubierto que él mismo había matado a su padre porque necesitaba con todas sus fuerzas saber quién lo había hecho. La obra de Sófocles no giraba tanto en torno a los actos infames en sí mismos como a las pesquisas de un héroe que al final descubre que él es el asesino.

Sin embargo, en lo que a mí concernía, no solo dudaba de que yo mismo fuera un homicida, sino incluso de que se hubiera cometido algún crimen. Yo no tenía ninguna intención de convertirme en un asesino, ni de morir a manos de mi hijo. Y bien pudiera ser que Mahmut Usta hubiera salido del pozo y hubiera continuado con su vida. De lo contrario, ¿no habría llamado ya la policía a mi puerta? Si quería ser como los demás, debía olvidarme de todo y actuar como si no hubiera pasado nada.

Durante mucho tiempo traté de mentalizarme diciéndome: «En realidad, no ha pasado nada». Recorría los pasillos de la facultad, que olían a humedad polvorienta y a detergente; iba al cine con mis compañeros, que alegaban la inestabilidad política y sus enfrentamientos con la policía como excusas para saltarse las clases de metalurgia; me quedaba en la residencia, viendo distraídamente las series que echaban por la tele; y durante todo ese tiempo me reconfortaba pensando que por fin había logrado convertirme en uno más. También me abstraía viendo partidos de fútbol por televisión, las últimas películas de arte y ensayo que empezaban a circular en cintas de vídeo, y los barcos que surcaban el Bósforo. Miraba en los escaparates los aparatos y electrodomésticos más novedosos, me mezclaba entre la muchedumbre de la zona de Beyoğlu, y los domingos por la tarde volvía a entrarme la melancolía porque acababa otro fin de semana.

Había muy pocas chicas estudiando ingeniería en el edificio de Maçka de la Universidad Técnica, el antiguo arsenal reconvertido. Y las pocas que había eran cortejadas por todos los chicos de la facultad. Yo apenas conocía a chicas de mi edad en la universidad. Por eso mostré gran interés cuando, un fin de semana en Gebze, mi madre me contó que mi tío tenía un pariente de Gördes cuya hija había sido admitida en la facultad de farmacia de la Universidad de Estambul; iba a vivir en la residencia, pero la asustaba el gentío de la ciudad y mi tío agradecería mucho que le echara una mano.

Aunque el cabello de Ayşe era castaño claro, se daba un aire a la Mujer del Pelo Rojo. Sobre todo, en la curvatura de su henchido labio superior y en su fino mentón. Ya desde el primer día intuí que me enamoraría de ella y que

ella tampoco se mostraría indiferente a mis sentimientos. Los sábados por la tarde solíamos ir juntos al cine o a algún teatro municipal a ver obras de Chéjov y Shakespeare, o íbamos en autobús a Emirgân para tomar té. Entablar amistad –o, como decían algunos de mis amigos, «salir»– con una chica que podría calificarse de decente y más bien guapa era una sensación muy agradable, y la vida me parecía tan hermosa que creí que por fin había olvidado a Mahmut Usta y el pozo.

Para poder seguir llevando aquella vida, solicité el ingreso en el ciclo superior de ingeniería geológica, y como era uno de los mejores de mi promoción, me admitieron. Al segundo año de conocernos, Ayşe y yo empezamos a tomarnos de la mano e incluso a besarnos en el cine, en parques y en calles desiertas, aunque desde los primeros días de nuestra relación ya había asumido que Ayşe, hija de una familia conservadora, jamás se acostaría conmigo hasta que estuviéramos casados.

Un amigo mío de Beşiktaş, un tipo un tanto canalla que frecuentaba los burdeles y estaba convencido de que era posible llevarse a cualquier chica a la cama, acabó convenciéndome y me dejó las llaves de un pisito de soltero para que pasara una tarde a solas con Ayşe. Aquello fue un auténtico desastre. Ya de entrada le ofrecí una copa de *rakı* como si fuera algo que tomáramos a diario, y después de dos horas haciendo frente a mi perseverancia, se marchó llorando del piso y se pasó una buena temporada sin responder siquiera cuando la llamaba a la residencia.

Entonces entré en un período en el que fantaseé con que volvía a encontrar a la Mujer del Pelo Rojo, y me masturbaba con el recuerdo de nuestra noche de amor. Pero al final Ayşe y yo nos reconciamos, retomamos la relación donde la habíamos dejado y decidimos prometernos. Después de la fiesta de compromiso –para la cual mi madre lució un vestido nuevo que ella y la modista cosieron juntas–, Ayşe empezó a venir algunos sábados por la tarde a buscarme a la librería de Deniz. Era algo que me encantaba, y también oír comentar a mi jefe y a otros jóvenes vendedores lo guapa que era «la chica de Gördes». Me gustaba hablarle de los libros que leía o de la historia de la geología, así como de mis preferencias políticas y futbolísticas, temas en los que en realidad no me diferenciaba mucho del resto de los mortales. Cuando en verano iba a hacer prácticas a Kozlu o a Soma, le escribía cartas llenas de

rabia y pasión juvenil en las que le relataba las precarias condiciones en las que trabajaban los mineros del carbón de la zona. Más tarde me emocionó enterarme de que Ayşe aún las conservaba, y que incluso las releía de vez en cuando. Yo también guardaba las suyas.

Pero a veces, en medio de aquellos días de tranquila felicidad, de pronto surgía algo que hacía aflorar las tinieblas que encerraba mi alma. Durante un verano muy seco en que Estambul sufrió una severa escasez de agua, una época en que el ministro de Agricultura llegó incluso a pedir a la población que rezara para que lloviera, mi prometida propuso con cierta vehemencia que, si se abrieran pozos en todos los patios de la ciudad, se acabarían los problemas de abastecimiento. Aquellas palabras me sumieron en un prolongado silencio. (Nunca le había contado que hacía años había trabajado durante un mes como ayudante de un pocero.) Asimismo, cuando leí en el periódico que la fábrica de frigoríficos que el primer ministro había inaugurado oficialmente cerca de Öngören era la mayor instalación de su clase en los Balcanes y Oriente Próximo, me acordé de Mahmut Usta y las historias religiosas que me contaba. En cierta ocasión pensé en regalarle a mi prometida por su cumpleaños una nueva traducción de *Los hermanos Karamázov*, pero cuando vi que incluía un texto introductorio de Freud sobre Dostoievski y el parricidio, donde hablaba también de *Edipo Rey* y *Hamlet*, decidí, tras leer allí mismo el perturbador ensayo, comprar en su lugar *El idiota*, cuyo protagonista era al menos cándido e inocente.

Algunas noches soñaba con Mahmut Usta. Seguía trabajando sin cesar en algún lugar del espacio sideral, cavando en el subsuelo de una inmensa naranja de tonos azulados que giraba lentamente entre las estrellas. Eso debía de significar que no había muerto y que no tenía necesidad de seguir sintiéndome culpable. Pero aun así me dolía contemplar de cerca ese planeta en el que el hombre seguía cavando.

En ocasiones quería contarle a mi prometida que Mahmut Usta era el motivo de que hubiera decidido estudiar ingeniería geológica, aunque al final siempre me contenía. Sentía esa necesidad sobre todo cuando estábamos juntos hablando de libros. Pero, en lugar de confesárselo, le contaba a mi amada secretos y curiosidades sobre la geología: por ejemplo, que un sabio chino llamado Shen Kuo ya había resuelto en el siglo XI el misterio de las

conchas, las cabezas de pescado y los mejillones que se encontraban en las hendiduras, grietas y huecos de las cimas de las montañas más altas. Ciento cincuenta años después de Sófocles, Teofrasto escribió una obra llamada *Sobre las piedras*, llena de afirmaciones y teorías sobre los minerales en las que la gente seguía creyendo miles de años después. Tal vez no había conseguido convertirme en un novelista, ¡pero cómo me habría gustado escribir un libro como ese, en cuyas palabras creyera todo el mundo! Soñaba con ser el autor de una obra llamada *La estructura geológica de Turquía*, en la que lo abarcaría todo, desde la altura de los montes Tauro hasta el misterio de las tierras arcillosas y de grano fino de Tracia, donde cavamos nuestro pozo, desde las formaciones tectónicas del sur hasta la ubicación de las reservas de gas y petróleo del país.

Sabía que mi padre se encontraba en algún lugar en Estambul. Estaba enfadado con él porque no me había llamado, pero yo tampoco lo había llamado a él. Finalmente volvimos a vernos poco después de casarme con Ayşe, justo antes de marcharme para hacer el servicio militar. Una noche, después de la boda, quedamos los tres en el restaurante de un hotel que acababan de abrir en Taksim. Me sorprendió lo feliz que me sentí cuando lo tuve delante. «Parece que has encontrado una chica igualita a tu madre», me dijo cuando nos quedamos a solas. Ayşe y él congeniaron rápidamente durante la cena; es más, no tardaron en empezar a burlarse y hacer bromitas sobre una de mis manías de ingeniero: mi tendencia a memorizar cifras de forma casi automática.

Mi padre había envejecido, pero tenía buen aspecto. Notaba que se sentía un tanto avergonzado porque las cosas parecían irle bien y por haber empezado una nueva vida sin nosotros. Yo me sentía mal por haberme obsesionado tanto con historias de parricidios. Pero, gracias a que había tenido que crecer sin él todos estos años, a que había tenido que lidiar con mi propia persona, me había convertido en «yo mismo».

Cuando mi padre estaba aún a mi lado me costaba mucho ser yo mismo, aunque nunca se metiera en mi vida y siempre me alentara. En cambio con Mahmut Usta, aunque solo hubiéramos pasado un mes juntos, tenía la sensación de haber sido yo mismo, porque había conseguido rebelarme. No estaba seguro de si mi razonamiento era acertado, pero conocía bien mis sentimientos. Seguía anhelando la aprobación de mi padre y quería creer que había conseguido llevar la vida honrosa que él esperaba de mí, pero también

estaba furioso con él.

–Eres muy afortunado, es una chica maravillosa –dijo mi padre al despedirse, mirando a Ayşe–. No podría dejarte en mejores manos.

De regreso a casa, paseando con mi esposa desde Taksim hasta Pangaltı bajo los altísimos castaños, me sentí aliviado por haber dejado atrás a mi padre. Vivíamos en un apartamento de una sola habitación por el que pagábamos un alquiler muy bajo, en la cuesta que descendía de Feriköy a Dolapdere. Como recién casados, la mayoría de los días Ayşe y yo hacíamos el amor durante horas, reíamos y charlábamos, y me sentía feliz. A veces me acordaba de Mahmut Usta y me preguntaba qué habría sido de él. Pero también sabía que hurgar en un crimen del pasado, como había hecho Edipo, sería un error que solo me supondría más remordimientos.

Cuando terminé el servicio militar, encontré un trabajo mal pagado como funcionario en la sede de Estambul de la Dirección de Investigación y Exploración de Minas. Mis compañeros de carrera solían bromear diciendo que, en Turquía, un ingeniero geólogo de ciclo superior solo podía ganar dinero trabajando en la construcción o abriendo un quiosco de bocadillos. Así que debería sentirme agradecido por haber encontrado ese puesto, aunque fuera tan modesto.

Algunas empresas turcas de contratas estaban construyendo puentes y embalses en los países árabes, Ucrania o Rumanía, y buscaban geólogos e ingenieros para inspeccionar los terrenos. Así que acabé aceptando un trabajo mejor pagado en Libia, que nos exigía vivir allí durante al menos seis meses al año. Sin embargo, por aquel entonces Ayşe y yo estábamos preocupados porque aún no habíamos conseguido tener hijos. Así pues, decidimos regresar a Estambul, donde estaban los doctores que conocíamos y en quienes confiábamos.

En 1997, entré en una compañía cuyos proyectos quedaban más cerca de casa, en lugares como Kazajistán y Azerbaiyán. Así pues, me pasé los siguientes quince años volando por trabajo desde Estambul a países próximos, y conseguí ganar dinero suficiente para llevar una vida más acomodada.

Nos mudamos a un apartamento mejor, situado también en Pangaltı. Los fines de semana en que me encontraba en casa, íbamos a algún centro

comercial, veíamos una película y picábamos algo en algún restaurante. Por las noches, cenábamos escuchando las arengas de los altos dignatarios y los militares en la televisión. Entretanto, nos planteábamos acudir a algún profesor excéntrico que asegurara haber descubierto alguna fórmula mágica para tener descendencia, o a algún brillante doctor que hubiera regresado recientemente de Estados Unidos. Hablábamos mucho entre nosotros para que la falta de hijos no emponzoñara nuestra felicidad conyugal ni empañara nuestra alegría de vivir.

De vez en cuando iba a Beşiktaş y me pasaba por la librería de Deniz Bey. Después de aceptar finalmente que no iba a ser escritor, me había propuesto convertirme en su socio. En general, mi vida era como la de todo el mundo, quizá un poco mejor que la de la media. En ocasiones se me ocurría pensar lo bien que se me daba actuar como si no hubiera pasado nada. Pero, aun así, seguía pensando en Mahmut Usta y en mi crimen de juventud, sobre todo durante los vuelos largos. A veces incluso me preguntaba si el verdadero motivo para hacer esos largos viajes a Bengasi, Astaná o Bakú no sería precisamente tener la oportunidad para recordar. Cuando miraba por la ventanilla del avión, pensaba en Mahmut Usta y cavilaba sobre el hecho de no tener hijos.

Poco después de despegar del aeropuerto Atatürk-Yeşilköy, cuando los aviones giraban el morro rumbo al oeste como las bandadas de aves migratorias que sobrevolaban la ciudad todos los años, divisaba el pueblo de Öngören allá abajo. No estaba demasiado lejos del mar Negro ni del mar de Mármara, ni de las playas y los nuevos complejos vacacionales próximos a la costa, ni de los depósitos de petróleo y gasolina que se veían inmensos desde arriba. Pero se veía muy alejado de los árboles y la frondosa vegetación cercanos al mar, aislado de los fértiles campos de cultivo de tonos dorados y rojizos: el pueblo seguía estando rodeado por tierras áridas de tonos ocres, con el cuartel militar plantado allí en medio.

La vista desaparecía de repente cuando el avión se inclinaba ligeramente para cambiar de rumbo o atravesaba algunas nubes, pero todavía podía sentir la extensión de tierra que teníamos debajo.

Nos estábamos haciendo viejos, seguíamos sin tener hijos, y mientras tanto los campos de cultivo entre Öngören y Estambul se habían cubierto de

fábricas, almacenes y plantas industriales, todos ellos negros y anodinos desde el aire. Algunas de esas compañías colocaban su nombre en los tejados de sus edificios con enormes letras de colores, para que pudieran leerlos los pasajeros de los aviones. Esas grandes edificaciones estaban rodeadas por pequeños talleres, empresas menores de producción de suministros y construcciones desvencijadas y mediocres. A medida que el avión ascendía, empezaban a verse también los barrios de chabolas que habían cercado rápidamente esas zonas. Resultaba inquietante descubrir cómo crecían y se expandían esas poblaciones grandes y pequeñas en torno a Estambul, tan rápido como la propia ciudad. En cada nuevo viaje comprobaba cómo los tentáculos de la urbe llegaban a rincones cada vez más remotos, cómo cientos de miles de vehículos avanzaban decididos cual pacientes hormiguitas a lo largo de carreteras cada vez más anchas, y reflexionaba sobre cómo el negocio de Mahmut Usta debía de haber sucumbido hacía ya mucho al implacable progreso de los avances tecnológicos.

Desde mediados de los ochenta, en Estambul ya no se utilizaban los antiguos métodos de excavación de pozos, perpetuados durante siglos a golpe de pico y pala, haciendo girar tornos, subiendo y bajando cubos y erigiendo muros. Durante unas vacaciones de verano en que Ayşe y yo fuimos a Gebze para visitar a mi madre, pude presenciar las primeras excavaciones de pozos artesianos que se estaban haciendo en algunos terrenos aledaños a la finca de mi tío. Aquellas primeras máquinas de perforación, que todavía se operaban manualmente, como un destornillador, serían más tarde reemplazadas por otras más potentes que funcionaban ya con motor. Estas ruidosas máquinas, que recordaban a torres petrolíferas instaladas en la caja de camiones de grandes ruedas embarradas, perforaban unos cincuenta metros al día en los mismos terrenos en los que Mahmut Usta y sus dos ayudantes se pasarían semanas trabajando, y además de localizar el agua, permitían instalar de forma rápida y barata los conductos para bombearla desde las profundidades de la tierra a la superficie.

Desde principios de los noventa, estos avances técnicos propiciaron que, durante un tiempo, los barrios con más zonas verdes de Estambul dispusieran de agua en abundancia, pero también provocaron que los lagos subterráneos y acuíferos más próximos a la superficie se agotaran rápidamente. En los

inicios del nuevo milenio, la capa freática en algunas zonas de Estambul se encontraba a unos setenta u ochenta metros de profundidad, haciendo prácticamente imposible extraer agua en los patios de la ciudad cavando según el método tradicional de un metro por día con un maestro y dos aprendices de Mahmut Usta. Estambul y la tierra sobre la que se asentaba habían perdido su esencia y su pureza.

Veinte años después de aquellos días vividos en Öngören, un compañero de la Universidad Técnica me pidió que lo acompañara a Teherán para entrevistarnos con una compañía petrolera. Unos minutos después de despegar, cuando nuestro avión empezó a inclinarse ligeramente desde el oeste para emprender rumbo al sudeste, descubrí que Öngören y Estambul se habían expandido hasta acabar encontrándose. Ahora conformaban un único mar de calles, casas, tejados, mezquitas y fábricas. Las futuras generaciones de Öngören se describirían a sí mismas como habitantes de Estambul.

¿Por qué era tan importante para la gente que se supiera el nombre de su ciudad y tener muy presente dónde vivían? Veinticinco años después de la revolución de Jomeini, Irán era un país aislado del mundo. Murat, mi compañero de facultad, estaba convencido de que podría brindar grandes y lucrativas oportunidades empresariales a una compañía turca, un optimismo que yo entendía pero no compartía.

Mi amigo Murat decía que, en un país productor de petróleo como Irán, era posible conseguir grandes contratos y vender equipos de perforación, aprovechando la conflictiva situación que mantenía con Occidente. Quizá tuviese razón, aunque yo sospechaba que, si incumplíamos el embargo occidental como hacían otras muchas empresas turcas, pronto tendríamos detrás de nosotros a la CIA y demás agencias. Murat, que venía de una familia conservadora de Malatya, disfrutaba con aquel doble juego y con las pequeñas argucias legales como en nuestros años de facultad, y no se tomaba esos riesgos en serio. Y, al contrario que a mí, no parecía molestarle que las mujeres en Teherán tuvieran que cubrirse para salir a la calle.

En aquella época, los periódicos occidentales debatían sobre la conveniencia de bombardear Irán, y la prensa laica y nacionalista de Estambul se hacía preguntas del tipo «¿Va camino Turquía de convertirse en otro Irán?». Evité entrar en discusiones políticas, y muy pronto llegué a la conclusión de que no podríamos hacer negocios con Teherán.

Aun así, me quedé fascinado cuando reparé en lo mucho que nos parecíamos los iraníes y los turcos. No tenía ninguna prisa por volver a Estambul, lleno de interés y curiosidad por los mercados, las librerías (¡había traducciones de Nietzsche por doquier!) y todo lo que iba descubriendo paseando por las aceras de Teherán. Los aspavientos que hacían los hombres por la calle, sus expresiones faciales, su lenguaje corporal, cómo se demoraban en los umbrales de las puertas para cederse el paso unos a otros, cómo mataban ociosamente el tiempo sentados en las cafeterías fumando... todo ello me recordaba muchísimo a las costumbres turcas. Además, el tráfico de Teherán era tan terrible como el de Estambul. En Turquía nos habíamos olvidado de Irán en cuanto nos dimos la vuelta hacia Occidente. Y también rebusqué en las librerías de la avenida de la Revolución, maravillado ante la variedad de su oferta.

No tardé en descubrir la existencia de una clase moderna, laica e indignada, que vivía de puertas adentro. Mi amigo de Malatya me llevó a fiestas en las que se mezclaban hombres y mujeres y donde todo el mundo bebía alcohol. En esas casas, las mujeres no se cubrían la cabeza y el alcohol lo destilaban ellos mismos. En Turquía, el laicismo llevaba existiendo desde hacía tiempo, aun cuando tuviera que ser apuntalado por el mismo ejército, y se consideraba un valor que debía protegerse celosamente; sin embargo, en Irán el laicismo directamente no existía, lo cual lo convertía en una necesidad todavía más fundamental.

Una noche fui a otra velada en una casa repleta de niños, en medio de una algarabía de ruidosas conversaciones y risotadas de una multitud de familiares, mujeres y empresarios. Todo el mundo se mostraba muy simpático y amable cuando se enteraban de que era turco. Les encantaba Estambul, donde solían ir de turismo y de compras. Algunos me pedían que les hablara en turco, y cuando lo hacía sonreían de repente, como si hubiera dicho algo divertido. Una de las familias nos invitó a la casa de verano que

tenían a orillas del mar Caspio. Murat, que había bebido mucho más que yo, aceptó enseguida sin pensárselo dos veces.

Mientras contemplaba por la ventana las luces de Teherán bajo el oscuro azul nocturno, me invadió la sospecha de que la determinación de mi viejo amigo de promover las relaciones entre Irán y Turquía iba más allá del enriquecimiento personal, y que quizá estuviera implicado en alguna misión secreta. ¿Acaso se trataba de un espía que trabajaba para apartar a Turquía de la OTAN y de Occidente, o tal vez intentaba rescatar a Irán de su aislamiento? Quizá solo se había metido en aquello para aprovechar la coyuntura y lucrarse con el embargo del país, pero no podía estar seguro.

El licor afrutado que había tomado se me subió ligeramente a la cabeza. Estaba pensando en Ayşe y en Estambul, añorándolos, cuando de repente, de forma totalmente inesperada, acudieron a mi mente aquellas caminatas nocturnas con Mahmut Usta hasta Öngören. Me asaltó una extraña nostalgia, una furiosa sensación de haberme quedado sin «padre», y mi cabeza se convirtió en un auténtico caos.

Estaba seguro de que la culpa de ese torbellino de emociones la tenía una imagen que había en la pared frente a mí. Me resultaba vagamente familiar, pero no conseguía recordar cuándo ni dónde la había visto, si siquiera comprender de qué trataba. Una parte de mí parecía saberlo, mientras que otra parecía ansiosa por olvidarlo. En la imagen, sin duda sacada de algún libro antiguo y reproducida en el calendario que tenía ante mí, se veía a un padre abrazando a su hijo y llorando. Hacía años había presenciado una emotiva escena similar a aquella en Öngören, en la carpa amarilla del teatro ambulante. Parecía que el hombre acunara a su hijo entre sus brazos, llorando de pena por él. Sin embargo, ambos estaban cubiertos de sangre...

Al verme contemplando tanto rato el calendario, el anfitrión, un hombre mayor con aspecto de tener mucha vida a sus espaldas, se me acercó. Me preguntó si sabía qué representaba aquella imagen. Ante mi negativa, me dijo que era la escena del *Shahnameh* en la que Rostam llora por su hijo Sohrab, al que acaba de matar. Su orgullosa expresión parecía decir: «¿Cómo puedes no saberlo?». En ese momento pensé que los iraníes no eran como nosotros los turcos, que con la occidentalización habíamos relegado al olvido nuestras leyendas y a los poetas antiguos. Ellos no los habían olvidado, sobre todo a

sus poetas.

–Si le interesan este tipo de cosas, mañana podemos llevarle al palacio de Golestán –me dijo el hombre, ahora con un aire de evidente satisfacción–. Allí es donde se encuentra esa imagen, junto con otros muchos libros antiguos y manuscritos ilustrados.

No fue el anfitrión de la fiesta, sino Murat, quien me llevó al palacio de Golestán la última tarde de mi estancia en Teherán. En sus inmensos jardines de exuberante vegetación había diseminados varios palacetes. Entramos en el Negarjane, que me recordaba al palacete de Ihlamur que estaba cerca de la farmacia de mi padre. Aquel sombrío edificio estaba dedicado a la pintura antigua iraní y, aparte de nosotros, no había nadie. Los desabridos guardianes nos miraban recelosos, como preguntándonos: «¿Por qué habéis venido?».

No tardamos en encontrar más imágenes que representaban a aquel padre, ya fuera tratando de salvar a su hijo herido, o bien llorando sobre su cadáver. El padre era Rostam, el héroe del *Shahnameh*, la epopeya nacional iraní. A pesar de mi gran pasión por la lectura, desconocía el *Shahnameh* y la historia de Rostam y Sohrab, como la gran mayoría de los turcos. Sin embargo, cuando miraba aquella imagen, tenía la sensación de estar contemplando al padre que habitaba en las profundidades de mi alma.

En la tienda del museo no había postales ni libros: no pude encontrar reproducciones de esa imagen ni de ningún otro cuadro que representara a Rostam y Sohrab. Me sentí frustrado y lleno de desasosiego, como si un temido recuerdo del que no quería ser consciente se me pudiera aparecer de pronto sumiéndome en una profunda tristeza. Esa imagen era como uno de esos pensamientos malignos que no dejan de asaltarnos por mucho que queramos librarnos de ellos. Deseaba enterrar y olvidar aquella historia legendaria pero no había forma, del mismo modo que no conseguía olvidar a Mahmut Usta, a quien había dejado tirado en el fondo de un pozo.

–¿Te importaría contarme qué tiene ese cuadro que lo hace tan especial? – me preguntó Murat.

Evité darle explicaciones, aunque al final me prometió que recortaría la foto del calendario que había en la casa donde habíamos estado la noche anterior y me la enviaría a Estambul.

En el trayecto de vuelta, cuando el avión empezó a descender, me asomé

por la ventanilla para tratar de divisar Öngören, pero lo único que conseguí distinguir entre las nubes fue la inmensa y continua extensión de Estambul. Fue entonces, después de veinte años, cuando empecé a sentir la necesidad imperiosa de regresar a Öngören y al lugar donde había visto a Mahmut Usta por última vez.

No obstante, me resistía a mi deseo de regresar a Öngören. Durante los siguientes fines de semana me sentaba ociosamente con mi mujer frente al televisor o íbamos a Beyoğlu al cine, tratando de olvidarme de mis preocupaciones. Pero ¿podía utilizar con propiedad esa palabra? Porque en mi vida no había en verdad grandes preocupaciones, aparte del hecho de no poder tener hijos. Después de incontables días y meses desperdiciados consultando a médicos que consideraban que el problema no era mío sino de Ayşe, y todo para al final no obtener ningún resultado, decidí que, si empezábamos a actuar como si todo estuviera bien, entonces todo estaría bien.

En las librerías de Estambul no era fácil encontrar traducciones del gran poema épico compuesto por Ferdousí hacía ya mil años. En la época otomana, la mayoría de los eruditos debían de estar familiarizados con el *Shahnameh*, o al menos conocer algunas de sus historias. Pero en Turquía, después de doscientos años de esfuerzos por occidentalizarse, esos prodigios de profusión narrativa ya no interesaban a nadie. Desde los años cuarenta circulaba una traducción al turco de la obra en verso libre, que el Ministerio de Educación Nacional publicaría en cuatro volúmenes durante la década siguiente. Logré hacerme con esa edición del *Shahnameh*, incluida en una serie de clásicos universales y con sus tapas ya amarilleadas, y lo devoré con avidez.

Me gustó que el relato tuviera una parte legendaria y otra histórica, que empezara como una fábula inquietante para acabar convirtiéndose en una especie de historia moral sobre el Estado, la ética y la familia. Me

impresionaba también que Ferdousí hubiera consagrado toda su vida a la escritura de aquella gran crónica nacional, que en la traducción alcanzaba las mil quinientas páginas. El poeta, gran erudito y amante de la literatura, leyó las historias, epopeyas y sagas de otros pueblos; buscó ideas en libros en árabe, avéstico y pelvi; y combinó mitos con crónicas heroicas, parábolas religiosas con acontecimientos históricos y recuerdos propios, para componer su gran epopeya nacional.

El *Shahnameh* era una especie de compendio de historias olvidadas, de las vidas de los grandes reyes, sultanes y héroes del pasado. En ciertos momentos, me sentía al mismo tiempo como el protagonista y el autor de algunos de esos relatos. El propio Ferdousí había sufrido la muerte de su hijo, lo cual explicaba la sensibilidad tan profunda y sincera con que abordaba el tema del padre que pierde a su vástago. Me imaginaba contándole aquellas historias a Mahmut Usta en la oscuridad de medianoche, y también pensaba en la Mujer del Pelo Rojo. De haberme convertido en escritor, me habría gustado componer algo como esta obra monumental e intemporal que todo lo abarcaba, donde cada detalle estaba justificado, que unas veces conseguía emocionarme o entristecerme con su humanidad, y otras veces me sorprendía y me dejaba anonadado. *La estructura geológica de Turquía* que tenía en mente sería una obra épica y enciclopédica de ese tipo, que a través de diferentes relatos describiría los mundos subterráneos bajo los océanos, las grandes cordilleras y los estratos y vetas del subsuelo terrestre.

Leyendo el *Shahnameh* me sentía totalmente identificado e inmerso en historias que me resultaban familiares, sobre todo una vez pasadas las primeras narraciones legendarias de gigantes, monstruos, duendes y demonios, cuando la obra empezaba a tratar de las aventuras de reyes mortales y valientes guerreros, y de conceptos como la paternidad, la familia –el Estado– y la vida de gente como nosotros. Conforme iba leyendo, no dejaba de acordarme de mi padre, y con cierta reluctancia empecé a estar cada vez más convencido de que, después de todo, sí había matado a Mahmut Usta. Esa sensación se volvió mucho más intensa después de leer la historia de Sohrab y, a continuación, la de Afrasiyab, que me provocó tal angustia que pensé incluso en dejar el libro. Pero, de algún modo, en mi fuero interno creía que si seguía explorando ese inagotable mar de relatos acabaría

resolviendo el enigma de mi vida y alcanzando las orillas de la calma.

Después de que mi mujer se durmiera, me leí tantas veces una de aquellas historias que supe que ya nunca más la olvidaría, como un cuento infantil, un sueño aterrador o alguna experiencia indeleble:

Hace mucho tiempo había un hombre llamado Rostam, un héroe excepcional, un guerrero infatigable. Era conocido y querido por todo el mundo. Un día salió a cazar y se extravió, y mientras dormía por la noche perdió también a su caballo, Rajsh. Cuando buscaba al animal, se adentró en las tierras enemigas de Turán. Pero su fama lo precedía, y fue reconocido y tratado como merecía. El sha de Turán acogió solícito a su inesperado huésped, organizó un banquete en su honor y bebieron licores juntos.

Cuando Rostam se retiró a su aposento después del ágape, alguien llamó a su puerta. Era Tahmine, hija del sha de Turán, que había visto al apuesto Rostam en el banquete y había venido a confesarle su amor. Le dijo que quería llevar en su vientre un hijo del célebre y astuto héroe. La hija del sha, alta y esbelta como un ciprés, tenía las cejas arqueadas, una boca pequeña y una abundante melena. (Que, por cierto, en mi mente era pelirroja.) Rostam no pudo resistirse a la tentación de aquella joven bella, inteligente, sensible y encantadora que se había molestado en ir hasta su habitación, y acabaron haciendo el amor. Por la mañana Rostam regresó a su país, no sin antes dejar algo suyo, un brazalete, para su futuro hijo.

Tahmine llamó Sohrab a su hijo huérfano de padre. Al cabo de los años, cuando el muchacho se enteró de que su progenitor era el célebre Rostam, exclamó: «Me marcharé a Irán, derrocaré al despiadado sha Kay Kavus y pondré a mi padre en su lugar. Después regresaré a Turán, derrocaré al despiadado sha Afrasiyab como habré hecho con Kay Kavus y ocuparé su trono. De este modo, mi padre Rostam y yo unificaremos Turán e Irán, Oriente y Occidente, y gobernaremos con justicia sobre el mundo entero».

Así habló el bondadoso y compasivo Sohrab. Pero no había previsto lo astutos y ladinos que eran sus enemigos. Afrasiyab, el sha de Turán, conocía sus intenciones, pero como iba a la guerra contra Irán le ofreció el apoyo de su ejército. No obstante, infiltró espías en sus tropas para evitar que Sohrab reconociera a Rostam cuando se encontraran cara a cara. Desde la retaguardia de sus respectivas líneas, padre e hijo contemplaron cómo batallaban sus

ejércitos. Finalmente, una serie de sucias tretas y ardidés conspiró con los caprichos del destino para enfrentar al legendario guerrero Rostam y a su hijo Sohrab en el campo de batalla. Pero como ambos llevaban las armaduras puestas, no se reconocieron, tal como les había pasado a Edipo y a su padre. De hecho, Rostam tenía la costumbre de ocultar celosamente su identidad durante el combate para evitar que sus adversarios, motivados por su fama de gran guerrero, se entregaran a la lucha con mayor ahínco. Y el ingenuo Sohrab, que solo aspiraba a que su padre ocupara el trono de Irán, ni siquiera se fijó en quién era la persona contra la que iba a luchar. Así fue como aquellos dos poderosos y valientes guerreros, padre e hijo, se plantaron frente a frente y desenfundaron sus espadas bajo la atenta mirada de sus tropas.

Ferdousí describió extensamente en sus versos cómo ambos se enzarzaron en una terrible lucha cuerpo a cuerpo, los largos días que duró la pelea, y cómo el padre acabó matando al hijo. Más que la violencia o la emotividad de la historia, lo que más me perturbaba era la sensación de estar leyendo algo que me había sucedido a mí. Era una sensación que me provocaba desazón, pero que también anhelaba. Cuando hojeaba las páginas de aquellos viejos tomos y me sumergía en sus historias, sentía como si estuviera de nuevo en el teatro ambulante de Öngören. Y cuando leía la historia de Sohrab y Rostam, me parecía estar reviviendo mis propios recuerdos.

Si lo contemplaba con perspectiva y lo pensaba racionalmente, podía entender qué hacía que la historia de Sohrab y Rostam me resultara tan familiar, y también por qué se parecía tanto a la de Edipo. En las vidas de Edipo y Sohrab había sorprendentes paralelismos. Pero, ante todo, había una gran diferencia: Edipo mata a su padre, mientras que Sohrab muere a manos del suyo. En el primero hay un hijo parricida, y en el segundo, un padre filicida.

Pese a todo, esa gran diferencia venía a recalcar aún más las similitudes. Al igual que en la historia de Edipo, en la de Sohrab se le recuerda al lector reiteradamente que él tampoco conocía a su padre, que no lo había visto en su vida. Y así uno podía llegar a la conclusión de que Sohrab no tenía ninguna culpa, ya que no sabía que la persona que se disponía a matar es su padre. Y aun así, el momento fatal de la muerte se demoraba continuamente.

Del mismo modo que las pesquisas de Edipo sobre la identidad del asesino se prolongaban indefinidamente, la lucha entre padre e hijo parecía no terminar nunca: el primer día, Rostam y Sohrab se atacaban primero con lanzas cortas, y cuando las partían en la armadura del otro, desenvainaban sus espadas y proseguían la lucha. Los soldados de ambos ejércitos podían ver la lluvia de chispas que caía sobre los guerreros cada vez que hacían chocar sus armas.

Cuando las espadas también se hacían añicos, echaban mano de las mazas. Tanto estas como los escudos acababan doblados y abollados por la violencia de los golpes, y los exhaustos caballos ya habían perdido todo el brío. La escena representada en el teatro ambulante de Öngören escenificaba los

momentos finales de esta batalla.

El primer día, Sohrab fue capaz de herir a su padre asestándole un mazazo en el hombro, pero el segundo la lucha terminó antes. Cuando llegué a la parte en que el joven Sohrab agarraba a Rostam del cinturón y lo derribaba al suelo, me estremecí. Se sentaba a horcajadas sobre él, sacaba una daga de color aguamarina y, justo cuando el hijo iba a cortarle la cabeza a su padre, este tomaba la palabra y, luchando por salvar su vida, engañaba al joven guerrero:

–No puedes matarme ahora, tienes que derribarme una segunda vez –dijo Rostam a su hijo Sohrab–. Solo entonces te habrás ganado el derecho a matarme. Esta es nuestra tradición. ¡Si la respetas, serás considerado un hombre realmente valeroso!

Sohrab obedeció a la voz interior que le decía que perdonara la vida a su provento adversario. Sin embargo, esa noche sus camaradas le dijeron que había cometido un grave error, que no debía subestimar a ningún enemigo, pero el fuerte y joven guerrero no les hizo demasiado caso.

Al tercer día, poco después de retomar la lucha, Rostam se abalanzó sobre su hijo y lo derribó al suelo. Y antes de que como lector pudiera darme tiempo a comprender lo que estaba pasando, Rostam hundió rápidamente la espada en el torso de Sohrab y le desgarró el pecho, acabando con la vida de su hijo. Me quedé conmocionado, con la misma sensación que había experimentado tantos años atrás en el teatro ambulante de Öngören.

Edipo mataba a su desconocido padre de forma igualmente rápida e inesperada, presa de un arrebato de cólera absurda. Podría decirse que, en esos momentos, ni Edipo ni Rostam estaban del todo en sus cabales. Era como si Dios anulara de forma temporal el juicio de padres e hijos para que pudieran matarse tranquilamente entre ellos y así poder cumplir sus designios divinos.

Teniendo en cuenta su estado de enajenación mental, ¿podríamos considerar inocentes al parricida Edipo y al filicida Rostam? Cuando veían la obra de Sófocles, los antiguos griegos no recriminaban a Edipo que hubiera matado a su padre, sino que hubiera intentado escapar al destino que Dios había trazado para él... tal como me había advertido Mahmut Usta tantos años atrás. Del mismo modo, el pecado de Rostam no había sido matar a su

hijo, sino haberlo concebido en una noche de pasión y dejarlo más tarde sin padre.

Corroído por la culpa, Edipo se había castigado arrancándose los ojos. Los espectadores de la Grecia antigua debieron de sentirse satisfechos con este desenlace, un acto de justicia a su intento de oponerse al destino asignado por Dios. Aplicando la misma lógica, Rostam también merecería un castigo por haber matado a su hijo. Pero al final de esta historia de procedencia oriental, el padre quedaba completamente impune, y los únicos que lo lamentábamos éramos los lectores. ¿Acaso nadie iba a hacer que el padre de Oriente pagara por su crimen?

A veces me despertaba en plena noche, con mi esposa durmiendo a mi lado, y me ponía a reflexionar sobre todas estas cosas. Las luces de neón de la calle entraban por las cortinas medio abiertas e iluminaban la preciosa frente y los expresivos labios de Ayşe, y pensaba en lo felices que éramos a pesar de no tener hijos. Me levantaba de la cama y me quedaba mirando por la ventana que daba a la calle, preguntándome por qué no paraba de darles vueltas a los mismos pensamientos una y otra vez. Fuera, la noche de Estambul estaba envuelta en la nieve o la lluvia, las cañerías de nuestro viejo edificio murmuraban con tristeza, y un coche de policía pasaba presuroso por la calle oscura con sus trémulas luces azules destellando intermitentes. En aquellos años, los partidarios de que Turquía ingresara en la Unión Europea andaban a la gresca con los nacionalistas y los islamistas. Todas las facciones enarbolaban la bandera patria como insignia y como arma contra las demás, y por todas partes se veían enormes banderas turcas ondeando en los cuarteles militares y en los puntos más altos de Estambul.

Algunas noches, el ruido de un avión sobrevolando la ciudad me devolvía a Mahmut Usta a la memoria. Todo Estambul dormía, así que tenía la impresión de que ese avión que surcaba el cielo sobre mi cabeza me estaba enviando algún tipo de mensaje especial. Si tomara un avión a primera hora de la mañana, buscaría desde la ventanilla el pozo de Mahmut Usta, aunque seguramente no lograría divisarlo. Porque Estambul se había expandido hasta acabar engullendo Öngören, y Mahmut Usta y su pozo estaban perdidos en algún lugar de esa jungla metropolitana. Pensé de nuevo que, si quería saber de una vez por todas si era culpable o no, y librarme por fin de aquella

angustia, debía regresar a Öngören. Pero seguía resistiéndome, y en vez de eso me dedicaba a leer y releer el *Shahnameh* y *Edipo Rey* y a comparar la tragedia de Rostam y Sohrab con la de Edipo y otras historias.

Por aquella época comencé a desarrollar un hábito consistente en comparar con Edipo y Rostam a todos los padres e hijos que iba encontrándome en el transcurso de mi vida cotidiana. Por ejemplo, una noche en que volvía andando distraído del trabajo a casa, tuve la impresión de que aquel tabernero que regañaba a gritos a su ayudante nunca podría ser un Rostam, pero que al indignado mozo de ojos verdes ya se le había pasado alguna vez por la cabeza agarrar el cuchillo trinchante y cargarse a su jefe. Y mientras íbamos a casa de la mejor amiga de Ayşe para celebrar el cumpleaños de su hijo, me planteé si su marido, un padre estricto e intolerante, podría ser un buen candidato a convertirse en un Rostam enajenado.

Durante esa temporada leía periódicos que se centraban en las noticias de escándalos y crímenes, porque en ellos siempre encontraba historias que me recordaban a las de Edipo y Rostam. En Estambul había dos tipos de sucesos que eran especialmente populares entre los lectores y que salían a menudo en esa prensa sensacionalista. En el primero, un padre se acostaba con su joven y bella nuera mientras el hijo estaba en la mili o en prisión, y cuando el hijo regresaba y se enteraba, lo mataba. El segundo tipo de crimen, que ocurría frecuentemente y con numerosas variantes, se producía cuando un hijo frustrado sexualmente forzaba a su madre en un momento de enajenación. Y cuando el padre trataba de impedirlo o de castigarlo, el hijo acababa matándolo. El público aborrecía especialmente a estos últimos, e incluso evitaba mencionar sus nombres. Y el odio de la gente se debía no tanto a que hubieran matado a su padre, sino a que hubieran violado a su madre. Algunos de estos hijos parricidas acababan siendo asesinados en la cárcel a manos de

jefes mafiosos, matones o sicarios que trataban de hacerse un nombre eliminando a tales degenerados. Eran crímenes a los que nadie se oponía: ni el Estado, ni las autoridades de la prisión, ni, sobre todo, la opinión pública.

Veinte años después de que Mahmut Usta y yo caváramos aquel pozo, empecé a hablarle a Ayşe de mi interés por Edipo y Sohrab. Nunca le mencioné al maestro pocero, pero ella empezó a compartir mi fascinación por la obra de Sófocles y la epopeya de Ferdousí como un juego especulativo sobre el hijo que no teníamos. Entre nosotros, clasificábamos a la gente como tipo Rostam o tipo Edipo. Los padres que atemorizaban a sus hijos pese a amarlos y tener las mejores intenciones eran como Rostam, aunque este hubiera abandonado al suyo. Tal vez los hijos rebeldes que despreciaban a sus padres fueran del tipo Edipo, pero entonces ¿quiénes eran los Sohrab abandonados? A veces hablábamos de lo que deberíamos hacer para que un hipotético hijo nuestro no sufriera complejo de Edipo ni de Sohrab. Cuando íbamos a visitar a amigos, estábamos deseando volver a casa para debatir acerca de sus hijos. Teníamos ideas bastante simplistas acerca de padres represores e hijos rebeldes, o de hijos oprimidos y padres permisivos. Todas estas especulaciones convertían el dolor de no tener hijos en algo más profundo y nos acercaban más como pareja.

La empresa para la que trabajaba mantenía buenas relaciones con el Ayuntamiento y con el partido en el poder, así que conocía de antemano cuáles eran las zonas elegidas para aplicar el nuevo plan de desarrollo urbanístico y adquiriría terrenos en las áreas donde se iban a construir rascacielos, carreteras nuevas y demás, además de beneficiarse de los créditos gubernamentales para las viviendas colectivas. En mi opinión, no estábamos haciendo nada deshonesto. Pero a veces me preguntaba qué diría mi padre si se enterara de que las actividades empresariales de su hijo implicaban estar a buenas con los dirigentes del partido del gobierno, que asistía a sus ostentosos eventos culturales y benéficos y escuchaba los pomposos discursos que pronunciaban en sus actos ceremoniales. Me había pasado años profundamente enojado con mi padre por habernos abandonado. En cambio ahora no me importaba demasiado, porque sospechaba que no le habría gustado saber a lo que me dedicaba.

Todos queremos un padre fuerte, resuelto, que nos diga lo que podemos y

no podemos hacer. ¿Por qué? ¿Quizá porque nos cuesta tanto decidir precisamente qué podemos y no podemos hacer, diferenciar qué es ético y justo de lo que es pecado y está mal? ¿O porque necesitamos en todo momento que nos tranquilicen diciéndonos que no somos culpables ni pecadores? ¿Necesitamos siempre que ese padre esté ahí, o solo lo queremos cuando estamos confusos o angustiados, cuando todo se desmorona a nuestro alrededor?

A partir de los cuarenta, comencé a sufrir un leve insomnio, al igual que le había sucedido a mi padre. Me despertaba en plena noche y me quedaba tumbado en la cama hasta que finalmente decidía que al menos podría hacer algo provechoso y me iba al despacho, donde trabajaba un poco leyendo los informes que me hubiera llevado a casa, los catálogos de materiales y los detalles de los contratos. Pero al final me agobiaba con tanto trabajo y se me quitaba aún más el sueño. Así fue como descubrí que cuando leía el *Shahnameh* y *Edipo Rey* mi mente se despejaba de dinero y de cifras y dormía mucho mejor, como si leyera un viejo cuento infantil. Y aunque ambas historias trataban sobre el remordimiento y la culpa, su lectura continuada acabó convirtiéndose para mí en una forma de mitigar esos sentimientos.

Releer los mismos textos una y otra vez como si de una plegaria se tratara me ayudaba a relajarme, pero con el tiempo me di cuenta de que solo conseguía centrarme en algunos aspectos de lo que leía. Porque, por mucho que me sumergiera en esas historias fundamentales de sus respectivas culturas –la griega, en Occidente, y la iraní, en Oriente–, en realidad no conseguía implicarme más que en una parte muy pequeña de los problemas que sufrían sus protagonistas y de las grandes cuestiones éticas y existenciales que se planteaban. Un buen ejemplo de esto era la relación sexual de Edipo con su madre, Yocasta: era algo que no lograba siquiera imaginar, y mi mente lo obviaba concibiéndolo simplemente como «una grave falta» antes de apresurarse a pasar a otros temas. Podría decirse que era incapaz de visualizarlo en mi cabeza.

Otro ejemplo de esto era el tema de la ausencia del padre y el afán por encontrar uno, algo que compartían Edipo y Sohrab y les hacía parecer casi hermanos. Nunca me había detenido mucho a pensar en el hecho de que tanto Edipo como Sohrab habían crecido lejos de sus verdaderos padres. Tal vez porque, si lo hacía, no podría negar la evidencia de que yo mismo había estado buscando un sustituto para mi padre. Cuando mi padre me abandonó (como Rostam había hecho con Sohrab), primero porque lo encerraron en prisión y después para labrarse una vida nueva, había buscado figuras paternas que lo reemplazaran y me guiaran con sus consejos. Y todavía pensaba a menudo en Mahmut Usta: en algún rincón de mi mente había un hombrecito que se iba haciendo cada vez más pequeño a medida que cavaba un pozo que parecía atravesar el planeta de una punta a otra, y que también se aparecía en mis sueños con distintas vestimentas y me contaba historias.

Fikriye Hanım, la directora de la biblioteca del palacio de Topkapı, fue quien me dijo una sombría tarde de otoño, mientras estábamos sentados charlando en el pabellón de Abdülmecit situado en los grandes jardines palaciegos, que la búsqueda desesperada de un padre implicaba una serie de consecuencias que yo ni siquiera me había planteado. Un profesor de literatura que conocía de la librería de Deniz, Haşim Hoca, sabedor de mi interés por el relato de Rostam y Sohrab, le había hablado de mí a Fikriye Hanım, quien le propuso: «Dile que venga un día por aquí y le enseñaré unas ediciones antiguas ilustradas del *Shahnameh*». (Aún queda mucha gente buena en Estambul.)

Aunque los directores del museo nunca la exhiben en público, la biblioteca del palacio de Topkapı cuenta con una de las mejores colecciones del mundo de manuscritos iraníes ilustrados y bordados, y su inventario de obras de los siglos XV y XVI es comparable al de la galería Negarjane del palacio de Golestán, en Teherán. Los orígenes de esta colección se remontan al año 1514, cuando el sultán Selim I, tras derrotar al sha Ismail I en la batalla de Çaldıran, al sur del lago Van, saqueó Tabriz y regresó a Estambul con un gran número de libros y manuscritos. Los tesoros del sha incluían una serie de volúmenes ilustrados y ornamentados del *Shahnameh* de extraordinaria belleza, de los que se había apoderado tras vencer a los turcomanos Ak Koyunlu y a la dinastía uzbeca de los shaybánidas. Durante los dos siglos que

siguieron, los safávidas y los otomanos se enfrentaron en numerosas ocasiones, y Tabriz llegó a cambiar de manos hasta en diez ocasiones. Pero después de cada batalla, cuando los safávidas enviaban a sus emisarios de paz a los otomanos, siempre les obsequiaban con ediciones ilustradas y ornamentadas del *Shahnameh*, de cuya belleza se sentían tan orgullosos, y esos manuscritos no tardaron en formar parte de los tesoros del palacio de Topkapı.

Fikriye Hanım me abrió generosamente las hermosas páginas de aquellos *Shahnameh* de hasta cuatro y cinco siglos de antigüedad, y juntos contemplamos minuciosamente aquellas ilustraciones que retrataban a Rostam después de haber matado a Sohrab, llorando de dolor y golpeándose desesperadamente ante el cadáver ensangrentado de su hijo. El primer sentimiento que suscitaba la visión de esas imágenes era un intenso remordimiento, idéntico al que me había estremecido en aquel teatro ambulante de Öngören. Era el arrepentimiento de un padre por haber matado a su hijo. ¡El insoportable sentimiento de culpa y vergüenza que nos arrebataría en el mismo momento de descubrir que habíamos destruido algo tan bello y tan valioso! Las mejores imágenes permitían leer en los desesperados ojos del padre la impotencia por no poder retroceder unos minutos en el tiempo.

Ese día Fikriye Hanım me enseñó una gran cantidad de ilustraciones.

–Gracias por venir –me dijo cuando ya empezaba a anochecer–. Aquí estamos siempre muy solos. Estas viejas historias ya no le importan a nadie. Me alegra ver el interés que muestra usted por Rostam y Sohrab. ¿Qué tiene de especial esa historia para usted?

–Me llega muy hondo la manera en que el padre mata a su hijo y luego se arrepiente –respondí–. Hace años vi una escena parecida en un teatro ambulante de fuera de Estambul.

–¿Se lleva usted mal con su padre? –preguntó Fikriye Hanım. Y, al ver que no respondía, continuó–: Los turcos hemos dado de lado al *Shahnameh*. Vivimos en un mundo donde ya no gustan las viejas historias protagonizadas por héroes guerreros y personajes como Rostam. Pero aunque la obra de Ferdousí haya caído en el olvido, no ha sucedido lo mismo con los relatos del *Shahnameh*. Siguen muy vivos, y continúan entre nosotros bajo distintos

disfraces.

–¿Cómo?

–La otra noche estaba con mi ayudante viendo una película antigua de İbrahim Tatlıses en el Canal 7 –dijo la directora de la biblioteca–. Era una adaptación de la historia de amor de Ardashir y la odalisca Golnar, que aparece en el *Shahnameh*. Mi asistente Tuğba y yo solemos ver películas de la vieja época de Yeşilçam para recordar lo hermoso que era Estambul entonces, pero también para identificar relatos extraídos del *Shahnameh* o de otras obras antiguas. Cuánto ha cambiado Estambul, ¿verdad, Cem Bey? Sin embargo, uno todavía puede reconocer las viejas calles y plazas. Pues lo mismo pasa con los relatos del *Shahnameh*. Hace poco estuvimos viendo otra película y, aunque estaba totalmente ambientada en nuestros días, pudimos identificar uno a uno elementos sacados del relato de «Hüsrev y Şirin». En mi opinión, aunque estos grandes libros hayan quedado relegados al olvido, sus historias se han contado tantas veces que de algún modo siguen vivas. Y cuando vemos esos viejos melodramas de Yeşilçam, recordamos esas historias. Supongo que usted es un poco como esa gente que se pasa el día relejendo el *Shahnameh* buscando inspiración para escribir guiones de películas turcas o iraníes. Sucede lo mismo en Pakistán, en India, en Asia Central; en esos lugares les encantan este tipo de relatos y siguen haciendo películas como las nuestras de la época de Yeşilçam.

Le expliqué a Fikriye Hanım que yo no era guionista sino ingeniero geólogo, y que mi interés por esos viejos relatos se debía a un viaje que había hecho a Irán. ¿Sabía ella que el actual gobierno iraní estaba tratando de recuperar una ilustración en la que aparecía Rostam llorando por su hijo? Le conté que, para conseguir la devolución de esa miniatura que se encontraba en el Museo Metropolitano de Nueva York, Irán había recurrido como intermediarios a una serie de habilidosos tratantes de arte que estaban dispuestos a pagar auténticas fortunas.

–Ya veo que Haşim Hoca ha estado poniéndole al día sobre los últimos cotilleos de los círculos de coleccionistas de libros islámicos –dijo Fikriye Hanım–. Ese famoso libro al que acaba de referirse estaba aquí, en Topkapı. Lo robaron y se lo llevaron a Occidente cuando los sultanes otomanos abandonaron el palacio, dejando todas sus posesiones atrás. Primero cayó en

manos de los Rothschild, y después fue vendido a Estados Unidos. Al igual que sus desdichados héroes, el libro ha pasado toda su vida en el exilio, en países extranjeros, en manos ajenas. Por eso siempre se invoca como instrumento político nacionalista.

–¿A qué se refiere?

–¿Nunca se ha parado a pensar que los pueblos de Turán y Rumelia que aparecen frecuentemente en el *Shahnameh*, casi siempre descritos en términos hostiles y despectivos, son en realidad turcos?

–En el año 1000, cuando se escribió el *Shahnameh*, los turcos todavía no habían abandonado Asia y por tanto no habían llegado a esas tierras –dije sonriendo.

–Puede que tenga usted más conocimientos e interés que muchísimos académicos, pero sigue siendo un aficionado –dijo Fikriye Hanım para ponerme en mi sitio, y siguió mostrándome libros e ilustraciones y contándome sus historias.

No me dolió especialmente que me llamara aficionado, pero sí me recordó el aspecto emocional de mis investigaciones. En muchas de esas ilustraciones había también mujeres que contemplaban a su marido peleando a muerte con su hijo, que lloraban al descubrir el cadáver ensangrentado de su hijo en los brazos del hombre que lo había engendrado y matado. A veces, cuando las veía, me imaginaba que les pintaba el pelo de rojo, como en un cuaderno infantil de colorear. Todo lo que había vivido durante los días en que Mahmut Usta y yo habíamos cavado el pozo se había ido atenuando en los veinticinco años transcurridos desde entonces. Sin embargo, había despertado en mí ciertas inquietudes que, aunque habían desplazado mi entusiasmo por convertirme en escritor, me proporcionaban un sentido de profundidad que no encontraba en mi vida profesional.

Di repetidas veces las gracias a Fikriye Hanım por haberme abierto generosamente las puertas del museo y por todas las horas que me había concedido para compartir sus conocimientos de gran experta. Aquella tarde de otoño estuvimos hablando hasta que se hizo de noche. Ya no quedaban turistas a nuestro alrededor; el museo estaba cerrado a las visitas. Más tarde, mientras recorría las galerías y los patios sombríos del palacio de Topkapı alfombrados con las amarillentas hojas caídas de los castaños y los plátanos,

sentí algo que tal vez pudiera rebajar a niveles tolerables la culpa que aún me atormentaba y convertirla en el divertimento literario de un ingeniero: ¡un sentido de la historia!

Fikriye Hanım, que no parecía mostrar excesivo interés por la política actual, había establecido una relación entre el ejemplar más magnificente del *Shahnameh* y el nacionalismo. Eso me hizo pensar en otro rasgo común a Edipo y a Sohrab al que no había prestado antes atención: ambos eran exiliados políticos, vivían alejados de su patria... Un tema que siempre había interesado a mi padre de forma muy emocional. Después del golpe militar, algunos de sus compañeros de militancia huyeron a Alemania, conscientes de lo que les esperaba si no lo hacían. Otros, como mi padre, se quedaron, ya fuera por falta de medios o porque no sentían que hubieran hecho algo tan malo. O, simplemente, porque no creían que los apresaran. Pero, al final, fueron capturados y torturados por la policía.

La búsqueda de sus padres perdidos llevó a Edipo y a Sohrab lejos de las ciudades y las tierras a las que en realidad pertenecían, hasta unos lugares donde, manipulados por los intereses de los enemigos de sus países, pasaron a convertirse en traidores a su patria. En ambas historias, la lealtad a la familia, al rey, al padre y a la dinastía primaba por encima de la lealtad a la nación, y no se hacía especial hincapié en los dilemas sobre la traición de sus protagonistas. Pero, en la búsqueda de sus progenitores, tanto el príncipe Edipo como Sohrab acabaron colaborando con los enemigos de su patria.

31

Después de que Ayşe cumpliera treinta y ocho años y yo cuarenta, mi esposa empezó a resignarse a la idea de que nuestro sueño de tener hijos nunca se haría realidad, y yo no tardé en pensar como ella. Podría decirse que, ante la insensibilidad de los médicos turcos y la interminable y extenuante serie de intentos que hicimos en los hospitales alemán y estadounidense de Estambul, simplemente nos dimos por vencidos.

Lo único bueno que sacamos de todo aquello fue que el hastío y la decepción nos acercaron aún más. Nuestra relación se fortaleció. Comprender por fin que no íbamos a tener hijos nos apartó de las demás familias y nos encaminó hacia metas más intelectuales. Ayşe se hartó de las muestras de compasión, e incluso de crueldad intencionada, de sus amigas amas de casa y madres de numerosas criaturas. Dejó de quedar con ellas y empezó a buscar trabajo. No tardé en proponerle que dirigiera la empresa que había decidido crear para aprovechar los pequeños proyectos de construcción que a mi compañía no le interesaban. Aprendería a dirigir a los ingenieros y a tratar con los jefes de obra. Además, yo me encargaría de supervisarlos todo. Llamamos a nuestra empresa Sohrab. A partir de ahora, sería nuestro hijo.

También empezamos a hacer viajes juntos, como una joven pareja de luna de miel. Cada vez que nuestro avión despegaba de Estambul, me inclinaba sobre el regazo de Ayşe para mirar por la ventanilla y tratar de divisar Öngören. (A ella le parecía un gesto muy entrañable.) Durante el primer año de nuestros viajes, descubrí que «nuestra explanada de arriba» estaba ahora cubierta de fábricas y edificios, una visión que me resultó extrañamente tranquilizadora.

A principios de verano, nos mudamos al barrio de Gümüşsuyu, a un costoso apartamento de cuatro habitaciones con vistas al mar. Cuando viajábamos, nos alojábamos en los mejores hoteles, hacíamos turismo y, entre excursiones y museos, solíamos encontrar un hueco para acudir a alguna clínica de fertilidad en Londres o en Viena. Al principio, esas visitas siempre nos hacían albergar ciertas esperanzas, pero la frustración resultaba más dolorosa con cada nuevo fracaso.

Tratábamos de ir a museos que tuvieran manuscritos iraníes en sus bibliotecas, como la Chester Beatty de Dublín (donde entramos gracias al enchufe de un amigo diplomático) y, al año siguiente, los fondos bibliográficos del Museo Británico (gracias a la intercesión de Fikriye Hanım), y en ambos casos saboreamos la felicidad de contemplar las ilustraciones de sus magníficos ejemplares del *Shahnameh*. El visitante rara vez puede disfrutar de esas maravillas, ya que apenas se exponen al público. Sentí que la contemplación de aquellos dibujos y miniaturas era como una especie de recordatorio convulso de mis años de adolescencia y de la Mujer del Pelo Rojo, lo cual despertó en mi interior cierto remordimiento. Los jóvenes ayudantes de los conservadores bibliográficos, competentes y excesivamente amables, los guantes blancos que a veces se ponían, el olor a madera y polvo de aquellas salas iluminadas con un suave color limón... todo ello bastaba para recordarnos lo antiquísimo, lo vivo y lo frágil que era cuanto estábamos viendo en aquellas páginas.

A decir verdad, ninguna de esas visitas tan especiales nos sirvió para profundizar en la pintura islámica, en los relatos del *Shahnameh* o en cuestiones elevadas como Oriente y Occidente. En cambio, lo que sí aprendimos de aquellas miniaturas trazadas con tanta minuciosidad fue lo efímeras que habían sido todas aquellas vidas del pasado, lo rápido que todo se había olvidado, y lo vano que es pensar que podemos captar el sentido de la vida y de la historia simplemente aprendiendo un montón de datos. Cuando salíamos de los pasillos sombríos de aquellas bibliotecas museísticas a las calles de alguna gran ciudad europea, sentíamos que éramos personas más sabias y profundas simplemente por el hecho de haber podido admirar aquellas ilustraciones.

Al igual que todos los turcos cultos de la generación de mi padre, lo que yo

esperaba encontrar en aquellos viajes, deambulando por las tiendas, los cines y los museos del mundo occidental, era alguna idea, un objeto, una pintura, lo que fuera, que transformara y diera sentido a mi vida. Uno de estos cuadros catárticos fue el célebre óleo de Iliá Repin *Iván el Terrible y su hijo*, que Ayşe y yo contemplamos con asombro maravillado en la galería Tretyakov de Moscú. El lienzo muestra a un padre que, como Rostam, abraza el cadáver ensangrentado del hijo al que acaba de matar. Parecía la obra de algún pintor iraní que se hubiera inspirado en las mejores miniaturas persas de Rostam matando a Sohrab, pero que también conociera las técnicas de la perspectiva y el claroscuro posrenacentistas. La manera en que el padre rey abrazaba el cuerpo ensangrentado del hijo al que acababa de matar en un arrebato de furia, con todo el horror y el arrepentimiento reflejado en su rostro; y la postura en que el hijo príncipe yacía sobre el regazo de su padre: todos ellos eran rasgos muy familiares. El padre asesino era el despiadado zar Iván, fundador del Estado ruso, personaje central de la película de Eisenstein *Iván el Terrible*, y una de las figuras históricas favoritas de Stalin. La violencia y arrepentimiento que transmitía el cuadro, su cruda simplicidad y su absoluta determinación al abordar el tema me hizo sentir de un modo extraño la implacable autoridad del Estado.

Más tarde, mientras contemplaba la oscuridad sin estrellas de la noche moscovita, volví a sentir ese miedo al Estado tan familiar como intimidatorio. Iván el Terrible no solo inspiraba arrepentimiento por lo que había hecho, sino también un amor y un cariño infinitos por su hijo. Aquello me recordó un aforismo atroz que me había enseñado mi padre y que expresaba la ambivalencia de los hombres de Estado hacia los artistas y escritores críticos con el régimen: «Primero cuelga al poeta, después llora bajo su horca».

Hubo una época en que lo primero que hacían los sultanes otomanos al ascender al trono era ejecutar a los demás príncipes (cuyas muertes lloraban después ya que, al fin y al cabo, eran sus hermanos), una matanza que legitimaban apelando a una lógica de «crueldad necesaria por el bien del Estado». Añoraba tratar con mi padre de estos temas, pero, aunque lo echaba de menos, siempre me mostraba reticente a buscarlo pensando que quizá no aprobaría mi vida.

Nuestros viajes a los museos europeos tenían como finalidad olvidar el

dolor de la falta de hijos, y también, como nos repetíamos con cierta ligereza, «encontrar el cuadro de Edipo». Pero al margen de un par de pinturas históricas y académicas que aludían a la obra de Sófocles, no conseguimos encontrar gran cosa. En el Louvre estaba el cuadro de Ingres *Edipo y la Esfinge*, pero su capacidad para impresionar resultaba más bien baja. Lo único que recuerdo sobre el cuadro es que me pregunté si la pálida colina que se veía al fondo a través de la entrada de la cueva era siquiera una reproducción realista de la ciudad de Tebas.

En el Museo Gustave Moreau de París vimos otra versión de *Edipo y la Esfinge* que Moreau había pintado cuarenta años después del de Ingres. También se centraba el triunfo de Edipo al descifrar el enigma irresoluble de la Esfinge, y no en la representación de su culpa y sus pecados. Había una copia de este cuadro en el Museo Metropolitano de Nueva York, y solo cuarenta pasos más allá, en la galería de arte islámico, nos quedamos totalmente perplejos al ver una representación de la escena en que Rostam mataba a su hijo Sohrab. La sección tenuemente iluminada del Metropolitano dedicada al arte islámico estaba prácticamente vacía, y tuvimos la sensación de estar adentrándonos en un lugar largo tiempo olvidado. Mientras que la obra de Moreau podía apreciarse aunque se desconociera la historia que había detrás de ella, aquella ilustración del *Shahnameh* nos impresionaba precisamente porque conocíamos el relato, aunque el placer estético que pudiera provocar resultara mucho más limitado.

Aún más desconcertante era el hecho de que en Europa, con una cultura y una tradición pictórica mucho más rica y extensa a la hora de plasmar los temas humanos, nunca se hubieran pintado escenas fundamentales del mito de Edipo, como cuando este mata a su padre o cuando se acuesta con su madre. Los pintores europeos tal vez fueran capaces de describir esas escenas con palabras y comprender su significado. Pero eran incapaces de visualizar esos actos que concebían con palabras y plasmarlos en el lienzo. Por eso solo se habían limitado a representar el momento en que Edipo resolvía el enigma de la Esfinge. Por el contrario, en los países islámicos, donde la tradición iconográfica era escasa y en muchos casos incluso estaba prohibida, los artistas se habían dedicado con fervor a retratar miles de veces el momento en que Rostam mataba a su hijo Sohrab.

Solo Pier Paolo Pasolini, el director de cine, novelista y pintor italiano, se atrevió a romper esa norma con su película *Edipo Rey*, una perturbadora adaptación que descubrí en la retrospectiva de una semana sobre su obra cinematográfica patrocinada por el consulado italiano en Estambul. En la película, el joven actor que encarnaba a Edipo abrazaba, besaba y se acostaba con su madre, interpretada por la madura pero de una belleza arrebatadora Silvana Mangano. Durante la escena de pasión entre madre e hijo, los cinéfilos e intelectuales de Estambul que habían acudido a la sala con paneles de madera de la Casa d'Italia se sumieron en un silencio sepulcral.

Pasolini había rodado la película en Marruecos, con el fondo de sus paisajes locales, sus tierras rojizas y una antigua y fantasmagórica fortaleza de color rojo.

–Me gustaría volver a ver esta película tan roja –dije–. ¿Tú crees que podremos encontrar el vídeo o el DVD?

–Qué guapa estaba Silvana Mangano... –dijo mi mujer–. Hasta el pelo lo tenía rojo.

Que el lector no nos imagine a Ayşe y a mí como una pareja de culturitas que se pasaba todo el día viendo películas intelectuales y mirando viejos manuscritos y cuadros, porque estaría en un error. Por las mañanas, Ayşe salía conmigo de casa para ponerse al frente de nuestra empresa de construcción, Sohrab, que crecía a una velocidad sorprendente. Y cuando yo terminaba por la tarde de trabajar en mi compañía, me pasaba por las cada vez más atareadas oficinas de Sohrab en Nişantaşı. Marido y mujer nos quedábamos hasta tarde trabajando con los ingenieros, después cenábamos en algún restaurante y volvíamos a casa.

A finales de 2011, un año después de ver el *Edipo Rey* de Pasolini, dejé la compañía para la que trabajaba y mi sueldo fijo para dedicarme enteramente a Sohrab. Seguía pasándome la jornada supervisando obras por todo Estambul, solo que ahora lo hacía para mi propio negocio, y mientras el conductor de la empresa, un tipo de Samsun, avanzaba lentamente entre el congestionado tráfico de la ciudad, yo no paraba de hacer llamadas por el móvil. Muchos de los proveedores, jefes de obra y agentes inmobiliarios con los que hablaba durante aquellos penosos trayectos solían estar también atascados en otro caos circulatorio en cualquier otro punto de la ciudad. A veces interrumpían nuestras conversaciones sobre temas inmobiliarios o márgenes de beneficios para discutir con el conductor o para parar a algún transeúnte y preguntarle dónde se encontraban. Entonces me daba cuenta de que estaban perdidos entre el tráfico de algún barrio nuevo del que nadie había oído hablar pero que ya rebosaba de gente. Todo el mundo estaba construyendo, comprando terrenos allá donde estaba permitido hacerlo, y la ciudad no paraba de crecer

a un ritmo pasmoso.

Cuando veía a los pobres, los jóvenes, los vendedores ambulantes y los aparcacoches por las calles bulliciosas, debía admitir que yo era ahora un hombre rico de mediana edad, y, lo más importante, que me había acostumbrado a ello. Y me preguntaba: «¿Qué otras alegrías hay en mi vida, aparte de la compañía de mi esposa y mi entusiasmo lego por las historias antiguas de Sohrab y Edipo?». Pensaba en mi padre, llamaba a mi mujer, y trataba de convencerme de que era feliz en medio del gentío de la ciudad. La falta de descendencia me había enseñado a ser melancólico y humilde. A veces me paraba a pensar que, si hubiera tenido un hijo, ahora tendría ya unos veinte años.

Al principio nos gastábamos todo el dinero que ganábamos adquiriendo ropa cara, figuritas de porcelana, antigüedades otomanas, edictos reales originales, alfombras suntuosas y muebles importados de Italia, pero aquel consumismo ostentoso no nos hacía felices, al contrario, nos hacía sentirnos vacuos y superficiales. Una parte de mí se resentía amargamente contra los mismos amigos a los que queríamos enseñar todos aquellos lujos, precisamente porque su existencia era la que nos llevaba a comprarlos. Probablemente aquello se debía al influjo de las ideas izquierdistas de mi padre. Y, aunque nuestra fortuna no paraba de crecer, seguíamos apañándonos con nuestro modesto Renault Megane.

Empezamos a invertir la mayor parte del dinero en adquirir solares para edificar o edificios antiguos en zonas que pronto se encarecerían. Cuando comprábamos aquellos terrenos vacíos a las afueras de la ciudad, me sentía como un sultán que trata de mitigar el dolor por la falta de descendencia anexionando nuevos países a su imperio. Al igual que Estambul, Sohrab crecía a una velocidad asombrosa.

Instalamos en el coche uno de esos sistemas de navegación por satélite que nos indicaba en qué punto de la ciudad estábamos en todo momento. Seguíamos la ruta que marcaba la pantallita y que nos llevaba hasta barrios nuevos que no conocíamos y hasta las colinas desde las que se divisaban las islas Príncipe, y contemplábamos impresionados el crecimiento vertiginoso de Estambul. Pero, a diferencia de otros muchos, en lugar de quejarnos constantemente acerca de la destrucción y desaparición de la ciudad vieja,

nosotros veíamos aquellos barrios nuevos como oportunidades de negocio. Todos los días en la oficina, Ayşe repasaba minuciosamente los avisos de subastas judiciales publicados en el *Boletín Oficial* del gobierno y rastreaba los anuncios del *Hürriyet* y otras páginas inmobiliarias.

Un día, Ayşe me plantó delante el aviso de una subasta que le había parecido muy prometedora. Antes siquiera de darme tiempo a leerlo, ya había localizado la ubicación del sitio en Google Maps y había ampliado la imagen. Cuando vi la palabra «Öngören» en la pantalla, el corazón me dio un vuelco. Pero, como un experto asesino, logré mantener la sangre fría. Agarré el ratón para arrastrar el cursor y me acerqué en silencio al pueblo más importante de mi vida.

El nombre «Öngören» aparecía escrito sobre la plaza de la Estación. Solo conseguí reconocer vagamente algunas calles de los alrededores, ya que Google Maps utilizaba los nombres oficiales y no aquellos que empleaba habitualmente la gente del lugar hacía treinta años (como la «Calle de los Restaurantes»). Localicé primero la estación, a continuación el cementerio, y traté de determinar dónde se encontraba nuestra explanada en el mapa, pero resultaba imposible leyendo los nombres de las calles. Porque ahora toda aquella zona estaba llena de calles.

—Murat dice que van a construir una nueva autopista que pasará por aquí, y también que hay una zona con muy buenas vistas que sería perfecta para edificar una urbanización. ¿Vamos el domingo por la mañana a echar un vistazo, antes de ir a casa de tu madre?

Murat era el mismo amigo de la facultad que me había llevado a Teherán. Él también había dejado sus otros negocios para subirse al frenético carro del boom inmobiliario. Gracias a sus contactos con el partido conservador en el poder estaba consiguiendo proyectos mucho mayores que los nuestros, aunque en virtud de nuestra amistad seguía informándonos de los lugares donde se preveía que se disparasen los precios del terreno.

—Tengo la impresión de que hay algo de mal agüero en ese pueblo de Öngören —le dije a Ayşe—, como en esos cuentos que solían contarnos de pequeños... De momento será mejor que nos olvidemos. Además, estoy convencido de que las mejores vistas que se pueden disfrutar allí son las resplandecientes estrellas que brillan en el cielo por la noche.

Una terrible sequía golpeó Estambul ese verano. Apenas había llovido durante la primavera y, con los embalses en niveles mínimos, la vieja red de abastecimiento que alimentaba la ciudad solo podía suministrar la mitad de su volumen habitual. En algunos barrios, tal como sucedía durante nuestra infancia, los padres se levantaban en plena noche para escuchar el sonido de las cañerías, a la espera de que llegara el agua a fin de poder llenar la bañera donde se lavaría toda la familia. El racionamiento del suministro y las prioridades de abastecimiento según los barrios suscitaron acalorados debates políticos e incluso algún que otro disturbio.

El final del verano vino acompañado de fuertes tormentas eléctricas que provocaron graves inundaciones en algunas zonas. Cuando pasaron aquellos días tempestuosos, mi padre nos invitó una noche a cenar. Su nueva esposa le había mandado un correo electrónico a Ayşe. «¿Es que mi padre ya ni siquiera es capaz de escribir cuatro líneas él mismo?», pensé.

Vivían en un apartamento alquilado a las afueras de Sarıyer, en una de las urbanizaciones de reciente construcción situadas en las colinas que daban al mar Negro. Tardamos dos horas de coche en llegar hasta allí. Las vistas al mar eran apenas un borrón oscuro en la lejanía, y aunque el diminuto apartamento era nuevo, se veía tan viejo y descuidado que parecía que hubiera sobrevivido a una guerra. Estaba abarrotado por las pertenencias que mi padre había acumulado durante cuarenta años, algunas de las cuales aún recordaba de mi infancia. Las lluvias habían dejado manchas de humedad en los techos. Y, tras las cortesías preliminares, las bromitas algo tensas y los cumplidos de rigor, me llegó al alma descubrir que mi padre se había

convertido en un viejo, cansado y pobre.

De niño, yo idolatraba a aquel hombre y ansiaba desesperadamente que se quedara un rato más conmigo, que me hablara, que me tomara en brazos y me gastara bromas. Pero ahora había perdido su antiguo esplendor, se le veía débil y encorvado, y, lo peor de todo, había aceptado su derrota ante la vida. El dandi mujeriego de antaño ya no parecía preocuparse por su aspecto ni por su salud, aunque maquillaba su lamentable estado bromeando sin demasiada convicción: «La gente de izquierdas no nos preocupamos de la apariencia, sino de la esencia».

Sin embargo, no paraba de flirtear pícaramente con su dentada, risueña y pechugona esposa, y ambos hacían bromas que daban a entender que aún disfrutaban de una intensa vida sexual. Ayşe no tardó en sumarse a la jocosa charla, y la cosa derivó en una conversación sobre nuestras experiencias vitales en cuestiones como el amor, el matrimonio y la juventud. No me sentía cómodo abordando temas tan personales en presencia de mi padre, así que cogí mi vaso de *raki* y me acerqué a la librería del rincón, donde eché un vistazo a los lomos de sus viejos libros de izquierdas que aún recordaba de cuando era niño. No obstante, seguí pendiente de lo que se estaba hablando en la mesa, y cuando la mujer de mi padre mencionó la terrible escasez de agua de ese verano, me vino Mahmut Usta a la cabeza.

—Apuesto a que aquí en Sarıyer se podría aún cavar un pozo siguiendo el método tradicional —dije entusiasmado—. Tan solo se necesitaría un encofrado de madera y un sistema de deslizamiento para verter el hormigón.

—¿Y tú cómo sabes de esas cosas? —preguntó mi padre.

—En 1986, el verano después de que nos abandonaras, me pasé un mes trabajando como aprendiz de un maestro pocero para poder pagarme la academia preparatoria. Es algo que ni siquiera le había contado a Ayşe.

—¿Y eso por qué? ¿Es que te avergüenzas de tu experiencia como obrero? —me dijo.

Me alegré de haberle hablado por fin a mi padre de la temporada que pasé como proletario, aunque podía ver que al hombre tampoco le disgustaba que disfrutáramos de una posición tan acomodada. Mi error fue no dejarlo ahí; en vez de eso, me dejé llevar por la emoción y seguí hablándole a mi padre de Edipo, de Sohrab y Rostam, de todas mis lecturas y de los museos europeos

que Ayşe y yo habíamos visitado, tratando de impresionarle con mis conocimientos en materia de historia social y cultural.

–La principal autoridad en esos temas es Wittfogel –soltó mi padre en tono tajante–. Tenía su libro por ahí. Ahora que ya nadie lo lee, que se han olvidado de él... ¿Qué diría si se enterara de que en Estambul un viejo de izquierdas tiene en su biblioteca la versión francesa de un libro suyo?

Había empleado la misma fórmula que yo utilizaba a menudo cuando pensaba en él («¿Qué diría mi padre si se enterara de tal cosa?»), y sus palabras despertaron mi curiosidad. Repasé con la mirada los libros llenos de polvo que ocupaban aquellas viejas estanterías.

Mientras me tomaba otra copa de *rakı* y las mujeres charlaban entre ellas, mi padre permanecía sentado en silencio al otro extremo de la mesa.

–Papá... –dije de pronto–. Aquel grupo político que había en tu época, los Nacionalistas Revolucionarios Maoístas... ¿Cómo eran?

–Conocí a mucha gente de aquel grupo –respondió mi padre–. Y también a muchas mujeres –añadió en tono pícaro, como un chaval de instituto borracho.

–¿Qué clase de mujeres? –preguntó su esposa, como alardeando de los devaneos juveniles de su marido.

Todos aquellos años había albergado una vaga sospecha, que muy hábilmente había conseguido ocultarme incluso a mí mismo: era muy posible que, en su época de militancia juvenil, mi padre hubiera conocido a la gente de la compañía del Teatro de Leyendas Ejemplares, y hasta puede que hubiera visto actuar a la Mujer del Pelo Rojo en alguna de sus obras revolucionarias. ¿Qué pensaría mi padre de la primera mujer con la que me había acostado en la vida?

Ahora volvía a estar bastante sobrio y me observaba con la expresión precavida y distante que adoptaba cuando quería ocultarme algo de su vida política o privada. Aproveché un instante que nos quedamos a solas para preguntarme por mi madre con gesto muy serio. Le conté que le había comprado una casa en Gebze, que no quería mudarse a Estambul, y que Ayşe y yo íbamos a verla cada dos domingos.

–¡Me alegro de que tu madre esté bien! –dijo zanjando el tema.

Yo había bebido bastante, así que a la vuelta condujo Ayşe. «¿Por qué no

me habías contado que trabajaste de aprendiz de pocero?»», me preguntó como una madre que reprendiera suavemente a su hijo. Era más de medianoche, y mientras el coche serpenteaba a través del bosque de Belgrado y sus embalses, me adormilé en el asiento delantero del coche, acunado por el canto de las cigarras y sintiendo una ligera brisa perfumada de tomillo.

Un ejemplar de *El despotismo oriental*, la obra ya olvidada y un tanto obsoleta de Wittfogel, descansaba en mi regazo. Pero cuando llegué a casa, lo primero que hice no fue ponerme a leer el libro, sino entrar en internet. Encontré Öngören en el Google Maps y me fui acercando silenciosamente desde el cielo. Vi los letreros de una pastelería y de un banco en la plaza de la Estación, y una gasolinera en la carretera de Estambul. Me esforcé por recordar cada uno de esos rincones y visualicé los lugares por los que había pasado mientras perseguía a la Mujer del Pelo Rojo.

Si no me había mentido cuando nos conocimos, ahora debía de tener unos sesenta años. La nueva mujer de mi padre era más o menos de la misma edad, así que no me costaba imaginármelo viviendo con la Mujer del Pelo Rojo en aquel pequeño apartamento con vistas al mar Negro.

Me había prohibido tratar de averiguar dónde podría estar o a qué se dedicaría, y gracias a ello no había tenido ni rastro de noticias tuyas en los treinta años que habían transcurrido desde entonces. Naturalmente, a veces me preguntaba por ella, sobre todo cuando veía anuncios de televisión de detergentes, tarjetas de crédito o planes de jubilación interpretados por alguna actriz de su generación, algunas de las cuales sin duda se habrían curtido también en algún grupo de teatro popular encarnando a madres o, más recientemente, a abuelas. Algunas noches veía los culebrones ambientados en los palacios otomanos de hacía varios siglos y, mirando la pantalla con los ojos entornados y el pensamiento enturbiado por efecto del *rakı*, me preguntaba si no sería Ella la cortesana alta y de labios carnosos que instruía a la última y joven consorte del sultán acerca de las intrigas del harén y de cómo seguir siendo la favorita, o si simplemente había olvidado el rostro de la primera mujer con la que me había acostado en mi vida. Otras veces tenía la impresión de que la voz que doblaba al turco a algún personaje femenino de una serie extranjera se parecía a la suya, y entonces me esforzaba por recordar el impetuoso monólogo final que le había oído recitar una noche de

hacía treinta años en aquella carpa amarilla, o la voz que había escuchado embelesado mientras paseábamos juntos por la plaza de la Estación.

Nuestra empresa no paraba de crecer, pero me sentía un tanto saturado por el exceso de trabajo, y una noche en que me desvelé por el estrés me quedé atónito al ver el correo electrónico que me había reenviado el veterano ingeniero que ahora gestionaba las inversiones inmobiliarias de Sohrab. Se trataba del anuncio de la venta de un viejo depósito y un taller en Öngören, próximos al lugar donde Mahmut Usta y yo habíamos cavado el pozo. El anuncio no se centraba en la rentabilidad de esas viejas construcciones ya prácticamente inservibles hacía treinta años, sino en las posibilidades de desarrollo urbanístico que ofrecía el terreno que ocupaban. Sin consultar con Ayşe, que seguía durmiendo, respondí a nuestro hombre que estábamos interesados en la compra.

Así de entrada, mientras Ayşe y yo leíamos *El despotismo oriental* de Karl A. Wittfogel, no entendíamos por qué mi padre nos lo había recomendado. No tocaba para nada el tema de los padres y los hijos ni nada de lo que hubiéramos hablado durante nuestra conversación. Estaba claro que mi padre no se había leído entero aquel grueso volumen, y que tan solo lo habría hojeado por encima porque estaba considerado un clásico del pensamiento de izquierdas sobre las sociedades asiáticas. ¿Por qué habría pensado en esta obra cuando le hablé de Edipo y Sohrab?

Publicado en 1957, en pleno auge de la Guerra Fría, el libro hablaba mucho sobre sequías e inundaciones. Wittfogel prestaba especial atención a la vasta red de canales, diques, acequias y acueductos necesarios para sustentar la agricultura en algunos países asiáticos de difícil orografía, como China, así como al gran aparato burocrático requerido para construir tales infraestructuras. Sostenía que esa ingente maquinaria organizativa solo podía darse bajo regímenes estrictos y autoritarios, con dirigentes que no toleraran la resistencia ni la oposición. Por esta razón, concluía Wittfogel, esos gobernantes no llenaban sus harenes ni sus cuadros oficiales con mujeres ni personas de pensamiento independiente, sino con burócratas y esclavos que les obedecieran a pies juntillas.

—Cuando un rey trata así a sus mujeres y oficiales, no es de extrañar que acabe matando a su propio hijo —dijo Ayşe—. No tiene nada de sorprendente. Ya sabemos cómo es esa gente. Pero ¿y los pintores de la corte? ¿Por qué ponen tanta pasión en plasmar ese instante?

—Porque tienen la oportunidad de pintar a un rey llorando —dije—. En

aparición el cuadro habla de arrepentimiento y dolor... Pero, en el fondo, pretende realzar el despiadado poder del sultán. De hecho, son estos los que encargan que se hagan esos cuadros. Y no los pobres e insensatos Sohrab de este mundo.

–Puede que Sohrab fuera un insensato, pero ¿acaso era Edipo más sensato?
–replicó Ayşe.

Nuestro interés por la obra de Wittfogel decayó pronto, pero gracias a aquel libro recomendado por mi padre conseguimos establecer un vínculo entre la naturaleza de una civilización y su enfoque de las nociones de parricidio y filicidio.

Ese invierno decidí comprar el terreno de Öngören. El excedente de población de Estambul estaba trasladándose en sucesivas oleadas hacia esas zonas. De hecho, Murat ya nos había informado hacía tiempo que la carretera de circunvalación y las rampas de acceso al tercer puente del Bósforo, que se construirían pronto en el lado del mar Negro, desplazarían la vida hacia esos barrios. Tenía que dejar de excusarme con viejos cuentos, malos agüeros y antiguos recuerdos, y anteponer los intereses de Sohrab.

Dedicábamos todas nuestras energías a la empresa, pero cuando me paraba a pensar en el futuro me entristecía no tener un hijo a quien legar todo lo que habíamos conseguido. De todos modos, si lo hubiera tenido, probablemente habría hecho lo mismo que yo: no seguir los pasos de su padre y elegir una vida completamente distinta. ¡Pero aun así sería mi hijo! Incluso puede que hubiera sido escritor. En comparación, las historias de Edipo y Sohrab me parecían carentes de toda importancia.

Un día, a última hora de la tarde, la mujer de mi padre llamó a Ayşe al móvil para decirnos que mi padre no se encontraba bien. Nos montamos a toda prisa en el coche, aunque tardamos exactamente tres horas y quince minutos en llegar a su casa desde la oficina. Me extrañó bastante, e incluso me irritó un poco, no ver ninguna luz encendida, y cuando la mujer de mi padre nos abrió la puerta llorando lo primero que pensé era que habían discutido. Pero en cuanto entré en la casa comprendí que mi padre había muerto. Alguien encendió las luces y entonces me sentí lleno de arrepentimiento al contemplar lo que no habría querido ver: mi padre yaciendo en el mismo sofá donde nos había estado entreteniéndome con sus

historias durante nuestra última visita.

¿Cuándo había muerto? Si había ocurrido mientras estábamos de camino, de algún modo podría haber sido culpa mía. Aunque quizá ya estuviera muerto cuando su mujer nos llamó. Me sentía incapaz de mirar a mi padre, pero, como si fuera un detective, no dejaba de repetirle la pregunta una y otra vez a su sollozante viuda, que no tenía fuerzas para responder.

Tan pronto como entendí que pasaríamos la noche en casa de mi padre, me serví un *rakı* Kulüp de una botella que encontré en la nevera. Cuando llegó el doctor, confirmó lo que ya todos sospechábamos, que la causa de la muerte había sido una insuficiencia cardíaca. Al leer el certificado de defunción, me sentí al borde de las lágrimas, y luego una vez más, cuando entre los tres cargamos el cuerpo de mi padre y lo acostamos sobre las sábanas limpias de la cama de su dormitorio. Puede que sí llorara, pero el llanto de su mujer era tan fuerte que tal vez ahogara mis sollozos.

Pasaba bastante de la medianoche cuando Ayşe se echó a dormir en el sofá y la mujer de mi padre en otra cama que había en la casa, y yo me tendí en la misma cama en que lo habíamos acostado a él, a su lado. Todo en mi pobre padre –el pelo, las mejillas, los brazos, la camisa arrugada, incluso su olor– era exactamente igual a cuando yo era un crío.

Clavé la mirada en la piel de su cuello. Una vez, cuando tenía siete años, mis padres me llevaron a la playa de Heybeli. Querían enseñarme a nadar: mi madre me depositaba sobre la barriga en el agua, y entonces yo empezaba a agitar los brazos y las piernas tratando de llegar hasta mi padre, que estaba de pie tres pasos más allá. Cada vez que me acercaba, él retrocedía un paso para que nadara un poco más y aprendiera más deprisa, y yo, en mi desesperación por alcanzarlo, gritaba: «¡Papá, no te vayas!». Al verme angustiado y chillando como un loco, él no podía evitar sonreír, extendía sus fuertes brazos para sacarme del agua como a un gato y apoyaba mi cabeza contra su pecho o contra el hueco de su cuello, el mismo punto que ahora estaba mirando, y que incluso allá en el mar desprendía un olor muy particular (a jabón barato y a galletas). Luego fruncía el ceño y decía:

–No debes tener miedo, hijo. Estoy aquí, ¿vale?

–Vale –respondía yo jadeando, con la alegría de encontrarme seguro entre sus brazos.

Enterramos a mi padre en el cementerio de Feriköy. Había tres tipos de dolientes en el funeral: en las primeras filas, todos sus parientes cercanos y lejanos, incluida su desconsolada y llorosa viuda; por detrás, una multitud de contratistas, ingenieros y empresarios que, más que por mi padre, habían acudido por mí; y al fondo, fumando de pie en grupitos de dos o tres, sus viejos compañeros de militancia, que aguardaban la llamada a la oración.

Me encantaría demorarme en los detalles del entierro, pero me contendré porque no tienen mayor relevancia para esta historia. Mientras la multitud reunida en el cementerio de Feriköy se dispersaba, un tipo corpulento y simpático se me acercó y me abrazó con todas sus fuerzas.

–Puede que tú no me conozcas, Cem Bey, pero yo a ti te conozco desde hace años –dijo.

Y al ver que no conseguía reconocerlo, se disculpó y me metió una tarjeta de visita en el bolsillo de la chaqueta.

No volví a acordarme de aquello hasta que regresé al trabajo un par de semanas más tarde. Intenté recordar los nombres y las caras de toda la gente con la que me había encontrado en Öngören durante aquel verano de mis dieciséis años, tratando de averiguar quién podría ser aquel tal Sırrı Siyahoğlu que aseguraba conocerme de aquella época y que en la actualidad se dedicaba a «servicios de impresión para tarjetas de visita, invitaciones y publicidad». A mi mente acudía continuamente la imagen de Ali, el otro aprendiz de pocero. Después de la Mujer del Pelo Rojo y de Mahmut Usta, era la persona por quien más curiosidad sentía.

Seguía sin identificar a Sırrı Bey, así que terminé escribiéndole a la

dirección de correo electrónico que aparecía en la tarjeta que él mismo había imprimido. Pensé que si quedábamos podría preguntarle qué había sido de los antiguos habitantes de Öngören y también sondearle acerca de las posibilidades de aquel terreno. Y además, ¿qué mejor manera de actuar como si no hubiera pasado nada que regresar años después al lugar de los hechos como contratista?

El encuentro que mantuvimos diez días después en la pastelería Saray de Nişantaşı resultó tan breve como desconcertante. No nos andamos por las ramas, algo que seguramente fue culpa mía. En todo momento tuve la sensación de que no tenía más que preguntarle para enterarme de todo cuanto siempre había querido saber, aunque al mismo tiempo sentía cierto temor a hacerlo.

Sırrı Bey era más corpulento y gordo de lo que me había parecido en el funeral. Seguía sin ubicarlo entre las caras que recordaba del mes que había pasado en Öngören. Sin embargo, antes de que me preocupara en exceso, él mismo me tranquilizó: admitió que sabía quién era yo, pero que nunca nos habíamos visto en persona hasta el día del entierro.

El hombre había conocido personalmente a mi padre; sentía por él una profunda estima y se alegraba de haber podido acudir al funeral para presentarle sus respetos. Nada más verme en el cementerio me había reconocido, ya que gracias a Dios me parecía mucho a mi progenitor: era igual de apuesto y tenía su misma expresión amable y honesta. Mi padre se había sacrificado por su país con toda la bondad y generosidad de su corazón. Lo habían torturado, pero no habían conseguido quebrar su voluntad; había sufrido mucho en la cárcel, pero, a diferencia de otros, había mantenido sus creencias. Por desgracia, sus propios compañeros lo calumniaron, causándole toda aquella mortificación.

—¿Qué quiere decir con eso de que lo calumniaron, Sırrı Bey?

—Eso ya es agua pasada, viejos rumores políticos, Cem Bey, y no quiero malgastar su valioso tiempo con unos disparates tan lamentables. Pero hay una cosa que me gustaría pedirle. Su empresa Sohrab está interesada en mi humilde terreno, pero sus agentes inmobiliarios y sus ingenieros están tratando de engañarme. Su padre era un hombre que no toleraba la injusticia, así que he pensado que debería ponerle al corriente de lo que está pasando.

Según me contó, no le habían tasado el metro cuadrado igual que al resto porque había aparecido una gente que reclamaba parte del terreno. Sin embargo, la propiedad era solo suya.

–Sirri Bey, ¿podría decirme la ubicación exacta del terreno y la referencia catastral?

–He traído una copia de la escritura. Como verá, pone que también hay otros propietarios, pero no haga mucho caso.

Mientras examinaba el documento y trataba de ubicar el lugar donde estaba el terreno, dije con fingida indiferencia:

–¿Sabe, Sirri Bey? Yo también estuve en Öngören hace muchos años. Conozco un poco todo aquello.

–Claro que lo sé, Cem Bey. Aquel verano de 1986 usted fue al teatro ambulante de nuestros amigos. Durante aquel mes, Turgay Bey y su mujer se quedaron en mi piso, el que da a la parte de atrás, mientras que sus padres se alojaron en el de arriba, el que da a la plaza de la Estación.

¡Era el cartelista, el dueño de la casa en la que había hecho el amor con la Mujer del Pelo Rojo! Su esposa era quien me había abierto la puerta para anunciarme que los comediantes se habían marchado. ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

–Usted estaba en la explanada de arriba cavando un pozo con Mahmut Usta –prosiguió. Señaló la escritura–. Y mi pequeña parcela queda justo delante de ese pozo. Después de que Mahmut Usta por fin encontrara agua, todos los dueños de fábricas de los alrededores se apresuraron a disputarse aquellas tierras. Yo no ganaba mucho con mi oficio de cartelista... Pero al final mi mujer y yo conseguimos ahorrar un poquito, y al cabo de un par de años pudimos comprar un trocito de terreno. Y esa tierra es lo único con que cuenta ahora mi familia.

Acababa de descubrir algo que una parte de mí, si no todo mi ser, había sabido durante todo este tiempo pero que en el fondo nunca había querido creer: que Mahmut Usta no solo había sobrevivido, sino que había seguido cavando hasta encontrar agua. Traté de asimilar la noticia mirando abstraído al gentío que abarrotaba la pastelería, formado por estudiantes que tomaban un bocado rápido, mujeres de compras y hombres trajeados. Pero mi mente seguía irremediabilmente atrapada en el pasado.

¿Por qué llevaba treinta años pensando que podía haber matado a Mahmut Usta por accidente?

Seguramente porque había leído *Edipo Rey* y había acabado creyéndome la historia. Al menos eso era lo que había querido pensar. Además, era Mahmut Usta quien me había enseñado a creer en la fuerza de aquellos viejos relatos. Y, al igual que Edipo, no pude resistirme a seguir investigando mi crimen del pasado.

–Sirri Bey, ¿cómo conoció usted a Mahmut Usta?

Cuando el maestro encontró agua después de que yo me marchara, Hayri Bey lo colmó de obsequios y le ofreció nuevos trabajos. Además, se ganó un profundo respeto por parte de todos, ya que se había quedado impedido de un hombro después de que un cubo le cayera encima mientras cavaba. Hayri Bey le encargó dos pozos más, que conectaría después mediante túneles y depósitos subterráneos. Otras fábricas y talleres de lavado y teñido empezaron a solicitar sus servicios para diseñar sus sistemas de almacenaje de agua y para supervisar los trabajos de perforación, encofrado y hormigonado. Cuando el oficio de pocero empezó a languidecer, Mahmut Usta se asentó con su hombro destrozado en Öngören, donde permaneció hasta el día de su muerte.

–¿Cuándo murió Mahmut Usta?

–Hace más de cinco años –respondió Sirri Bey.

Estaba enterrado en el cementerio de la cuesta. Al funeral había acudido todo el mundo, sus aprendices de Öngören, los demás maestros poceros, y muchos dueños de fábricas.

–Yo quería a Mahmut Usta como si fuera un padre –dije con gesto de consternación.

Por la manera en que me miró, comprendí que Sirri Bey sabía que yo le había fallado de algún modo al maestro, quien había muerto guardándome rencor por algo. Pero como necesitaba mi ayuda, estaba claro que no iba a sacar a relucir el tema. ¿Sabría aquel hombre que treinta años atrás, presa del pánico, había abandonado a mi jefe en el fondo del pozo porque pensaba que lo había matado?

¿Cómo habría conseguido Mahmut Usta salir del pozo? Estaba ansioso por preguntárselo, y también todo aquello que tuviera que ver con la Mujer del

Pelo Rojo, pero me contuve.

–Mahmut Usta solía referirse a usted como «el más leído de mis aprendices» –dijo Sirri Bey, en un esfuerzo por apuntar algo positivo.

Sospechaba que aquello no era todo lo que Mahmut Usta decía de mí, que seguramente completaría la frase añadiendo algo como: «Y es a los más leídos a los que más hay que temer». Y lo diría con toda la razón. Después de todo, yo tenía la culpa de que se hubiera lesionado el hombro.

Sirri Bey no sabía que la primera vez que me había acostado con una mujer había sido en su casa. Y aunque no llegué a preguntarle directamente lo que de verdad quería saber, a fuerza de estirar la conversación logré obtener la siguiente información: Sirri Bey y su mujer ya no vivían en el edificio que daba a la plaza de la Estación. Aquel espantoso inmueble de enormes ventanas había sido derribado y en su lugar habían construido un centro comercial. Allí era donde se reunían ahora los jóvenes. Si algún día iba a Öngören para inspeccionar *in situ* el terreno, me enseñaría primero todo aquello y después me llevaría a su casa a cenar tanto si quería como si no. Había dejado la militancia política, pero no estaba resentido con sus antiguos compañeros. De vez en cuando compraba el periódico *Patria Revolucionaria*, pero ya no lo leía con el fervor de antaño, debido a la deriva extremista que había tomado.

–En lugar de tanta perorata contra el imperialismo americano, deberían escribir sobre los fraudes y las injusticias de las empresas constructoras –dijo. ¿Habría una amenaza oculta en sus palabras?

–No se preocupe, Sirri Bey. Hablaré con mi gente y me aseguraré de que recibe un trato justo. Pero ahora me gustaría pedirle una cosa. Esos rumores que ha mencionado acerca de mi padre...

El caso de mi padre no era algo excepcional. En aquella época, Turquía era una nación muy atrasada. Incluso los militantes marxistas más bienintencionados seguían teniendo una mentalidad muy «feudal», sobre todo los procedentes de las regiones orientales de Anatolia. No les hacía ninguna gracia que se mezclaran hombres y mujeres dentro del grupo, los flirteos explícitos ni las relaciones amorosas. La cúpula dirigente no permitía esas cosas porque consideraba que solo podían dar lugar a celos y disputas. Y por eso el grupo revolucionario no vio con buenos ojos la historia de amor de mi

padre.

–La chica era muy guapa, pero uno de los dirigentes de Patria Revolucionaria también le había echado el ojo –dijo Sirri Bey.

El asunto acabó yéndose de las manos, hasta que al final mi padre dejó el grupo e ingresó en otro. El hombre que andaba detrás de la chica se casó con ella, pero después de que un guardia lo matara de un disparo, ella, incapaz de dejar el grupo, terminó contrayendo matrimonio con el hermano pequeño de aquel. En el fondo, Sirri Bey no lamentaba que el amor de mi padre por aquella joven veleidosa no hubiera triunfado, ya que eso le había permitido hacer lo más sensato y casarse con alguien de fuera del movimiento, a resultas de lo cual había nacido yo. Esperaba que aquellas viejas historias no me turbaran demasiado, ahora que mi padre ya no estaba con nosotros.

–Es agua pasada, Sirri Bey. Nada de aquello puede afectarme ya. No son más que viejas historias de amor.

–En realidad, Cem Bey, usted también los conoce.

–¿A quiénes?

–El hermano pequeño con el que acabó casándose la chica era Turgay Bey. Y la novia de su padre era aquella actriz que se quedó en mi piso.

–¿Cómo?

–Gülcihan Hanım, la del pelo rojo. Aunque por aquel entonces lo llevaba castaño. Ella era la joven amada de su difunto padre.

–¿En serio? ¿Y cómo les va la vida últimamente?

–Al final todos nos distanciamos... Durante otros dos veranos siguieron viniendo y plantando su carpa para actuar ante los soldados, pero luego ya no volvieron. Yo también me desvinculé del movimiento, como todos esos militantes que acaban renunciando a sus ideales y se cambian de ciudad cuando empiezan a tener hijos... Ella también tuvo un hijo. Es contable y se encarga de gestionar mis asuntos. Pero aún quedamos algunos de los de aquella época en Öngören, y estaríamos encantados de que viniera a visitarnos.

Ese día no le pregunté nada más acerca de la Mujer del Pelo Rojo. Sirri Bey había tratado de suavizar un poco la historia para que no me afectara demasiado, haciendo avanzar el relato seis o siete años hasta el momento anterior a que mis padres se conocieran. No obstante, recuerdo que cuando yo

tenía unos ocho o nueve años, mi padre estuvo un par de años desaparecido. Durante esa ausencia, mi madre se había mostrado mucho menos considerada con él, mucho más enojada. Su desaparición tenía claramente una razón política, pero también parecía haber otro elemento con una dimensión más secreta, furtiva. Lo deduje de los cuchicheos que pude oír y de la rabia que sentía mi madre no tanto hacia el Estado como hacia los compañeros de política de mi padre.

Cuando salimos de la pastelería, me sentía aturdido por toda la información que había recibido del viejo cartelista y por el esfuerzo realizado para tratar de ocultarle mi conmoción. Durante largo rato estuve caminando por las calles como un fantasma sin padre y sin hijos.

Esa noche le conté a Ayşe que había quedado con un hombre para hablar de un terreno que quizá nos interesara comprar, y que durante nuestro encuentro me había contado viejas historias de Öngören. Más que arrepentido o culpable, me sentía traicionado, denigrado. ¿Qué habría dicho mi padre si estuviera vivo? ¿Qué habría dicho si supiera que padre e hijo nos habíamos acostado con la misma mujer en un intervalo de siete u ocho años? Traté de no pensar demasiado en ello. Me habría gustado confiárselo a mi esposa, pero no quería que viera lo mucho que me había afectado lo que había descubierto. Tenía miedo de la Mujer del Pelo Rojo.

La necesidad de saber más me carcomía por dentro, pero temía lo que pudiera descubrir. Pese a todos mis esfuerzos por convertirme en una buena persona, seguía atormentándome la misma sensación insondable de remordimiento. El terror a que nos consideren culpables cuando ni siquiera hemos hecho nada malo es uno de esos miedos que solo se manifiestan en sueños. Pero aun así era algo que yo experimentaba muy a menudo.

La constructora Sohrab seguía prosperando y ya no dábamos abasto nosotros solos. Pusimos a un primo de Ayşe a cargo del departamento de compraventa de terrenos. Incluso empezamos a hablar como Murat, soltando frases del tipo: «Hemos comprado todas esas tierras cerca de Beykoz, pero ni siquiera hemos tenido tiempo de ir a verlas». Y cuando les decíamos a nuestros amigos «No tenemos ni idea de qué puede haber a las afueras de Şile, pero Sohrab ha comprado una gran cantidad de terreno en esa zona», lo decíamos con una expresión exultante de orgullo paternal... porque Sohrab era nuestro hijo. Crecía más rápido que los demás niños, era mejor que ellos

en todo, y nos deshacíamos en elogios por sus inteligentes decisiones.

A veces me preguntaba ingenuamente qué sentido tenía mi vida, y entonces me deprimía mucho. ¿Podía deberse al hecho de que no tuviéramos hijos, de que nadie heredaría todo aquello cuando yo ya no estuviera? Cuanto más me desanimaba, más me refugiaba en la compañía de Ayşe. Mi mujer era consciente de que dependía de ella, de que necesitaba a una mujer fuerte e inteligente a mi lado. También sabía que nunca la engañaría. Estaba segura de que no podría mantener una doble vida emocional, guardar secretos o tener una aventura sin que ella se enterara. En el trabajo, si llevábamos más de una hora sin vernos o hablarnos, uno de nosotros llamaba al otro por el móvil y le preguntaba: «¿Dónde estás?». De hecho, nuestra estrecha intimidad comportaba cierta vanidad autocomplaciente que, en la primavera de 2013, nos llevaría a cometer un error que perjudicó gravemente a Sohrab.

En aquel momento, las compañías constructoras como la nuestra estaban creciendo muy deprisa aprovechando las reformas de las leyes de urbanismo que permitían erigir altísimas torres de viviendas, y promocionando la venta de sus apartamentos mediante grandes campañas publicitarias a nivel nacional tanto en prensa como en televisión. Nosotros también sucumbimos a aquella tendencia y llegamos a un acuerdo con una ostentosa agencia de publicidad especializada en estos temas.

Los grandes contratistas solían aparecer en sus propios anuncios para inspirar confianza y atestiguar la calidad de los edificios que construían. Era una estrategia publicitaria muy popular desde que empezaron a levantarse los primeros bloques residenciales: allí estaba el venerable y trajeado contratista junto a su gran obra, ¡y no el tipejo que solo buscaba engañarte vendiéndote una casa barata y miserable que se derrumbaría ante el más leve temblor de tierra!

Los publicistas de la agencia señalaron que, en comparación con los contratistas de mayor edad que salían habitualmente en los anuncios, Ayşe y yo éramos jóvenes, cultos y modernos, y que una campaña publicitaria en la que apareciéramos los dos haría que Sohrab destacara rápidamente frente a sus rivales más provincianos. Al principio nos mostramos reacios a la idea, pero, obnubilados ante la conjunción de las palabras «Sohrab» y «moderno», no tardamos en aceptar su propuesta.

Ya durante el rodaje empezaron a asaltarnos las dudas sobre si no estaríamos cometiendo un grave error. En los anuncios encarnábamos un estilo de vida afectado, ostentoso y occidentalizado que no tenía nada que ver con el nuestro. Nuestra imagen empezó a aparecer en prensa y vallas publicitarias, y en cuanto la campaña llegó a la televisión nos convertimos en pequeñas celebridades, lo cual nos causó un gran embarazo ante nuestros amigos y allegados, tal y como habíamos temido. Sohrab vendió rápidamente los pisos relativamente caros y aún por terminar de los tres complejos residenciales que estaba construyendo en diferentes rincones de la ciudad (Kavacık, Kartal y Öngören), al tiempo que la ropa que lucíamos y la actitud que adoptábamos en los anuncios provocaban las burlas de todos nuestros conocidos. Nuestros amigos más indulgentes nos advertían con comentarios como «¿Es conveniente toda esa exposición pública?». En el imperio otomano, o en los actuales Rusia, Irán y China, los ricos no hacían ostentación de su fortuna por miedo al despiadado Estado.

Así fue como terminamos encerrándonos en casa sin salir apenas ni encender la televisión, a la espera de que la pesadilla del anuncio se olvidara. Durante esa temporada nos sentimos como si Sohrab hubiera dejado de ser nuestro hijo para convertirse en nuestro carcelero.

Por aquella época empezamos a recibir en nuestras oficinas algunas cartas en relación con la campaña publicitaria, algunas de ellas con críticas muy duras. No nos llegarían más de ocho o diez por semana, y yo me encargaba de deshacerme de ellas en cuanto las leía. Pero hubo una que sí guardé:

Cem Bey:

Me gustaría poder respetarte; tú eres mi padre. Sohrab está actuando con falsedad en Öngören. Como hijo tuyo, quería advertirte. Escíbeme a esta dirección y te lo explicaré todo. No tengas miedo de tu hijo.

ENVER

Debajo figuraba una dirección de correo electrónico. Pensé que sería alguien de Öngören intentando sacar tajada de nuestra empresa mediante rumores y amenazas, como Sirri Bey. Me gustó el respeto que mostraba al decir «tú eres mi padre». Pero me intrigaba a qué podía referirse con aquello de «actuar con falsedad», así que consulté con nuestro abogado, Necati Bey.

–Todo el mundo en Öngören sabe que usted trabajó allí como aprendiz de pocero cuando aquello no era más que un pueblecito militar dejado de la mano de Dios –me explicó–. Pero, a raíz de la última campaña publicitaria, lo que antes eran simples habladurías ahora ha alcanzado dimensiones legendarias. A la gente de Öngören le encanta saber que ese hombre que de joven vivió y trabajó entre ellos cavando pozos es ahora un rico contratista que sale por la tele con su mujer alardeando de su moderno estilo de vida. Pero ese mismo orgullo les ha hecho albergar unas expectativas poco realistas acerca del valor de sus terrenos, y ya durante las primeras negociaciones, al considerar que los precios que les pagamos son injustos, la admiración que sentían por usted se ha transformado en una profunda aversión. Ese rechazo está motivado en parte por su imagen televisiva, que le hace parecer esnob e incluso un ateo, pero también por la creencia de que hace años algo malo ocurrió entre usted y su adorado Mahmut Usta. Al ser quien llevó el agua al pueblo, ¡ese hombre es considerado prácticamente un santo! Es ese el malentendido que debería aclarar. Si se toma la molestia de ir en persona a contarles a los actuales vecinos de Öngören cómo pasó allí aquel verano de hace treinta años buscando agua junto a su maestro, comprenderán que usted es uno más de ellos y no pondrán a Sohrab en más aprietos.

Aun así, seguía indeciso sobre lo de ir a Öngören. Tal vez me había pasado tantos años dándoles vueltas a las historias de Edipo y Sohrab que mi alma se veía constantemente asediada por oscuros presagios.

Cinco semanas más tarde, Necati Bey me dijo que quería hablar conmigo en privado.

–Cem Bey, hay una persona que asegura ser su hijo.

–¿Quién?

–Enver. El que le escribió aquella carta.

–Pero ¿es una persona real?

–Sí. Tiene veintiséis años. Sostiene que usted se acostó con su madre en Öngören en el verano de 1986.

Unas nubes bajas y plomizas se cernían sobre Estambul. Estábamos en mi despacho, en la sede central de Sohrab, que ocupaba las tres últimas plantas del complejo de centro comercial y torre de oficinas situado al final de la calle Valikonağı en Nişantaşı.

–En la época de la que él habla, debía de tener usted unos dieciséis años –prosiguió Necati Bey al ver que yo no decía nada–. De aquello hace ya casi tres décadas. Por aquel entonces, un juez ni siquiera habría aceptado una demanda de paternidad después de pasado tanto tiempo. Hasta hacía muy poco había en Turquía unos estatutos muy estrictos sobre las limitaciones para presentar tales demandas: generalmente, un año después del nacimiento del hijo... O, en el caso de que no se hubiera solicitado entonces, en el transcurso del año en que cumplía los dieciocho. Este chico hace ya ocho años que los cumplió.

–¿Y si está diciendo la verdad?

–Según hemos averiguado, la madre era una actriz de teatro que estaba casada con otro actor en el momento de quedarse embarazada. Para proteger la institución de la familia y preservar la autoridad y honorabilidad del padre, las leyes turcas estipulan que el hijo nacido de una mujer casada debe registrarse como hijo de su marido, independientemente de quién pueda reclamar su paternidad. Lo contrario sería imposible. Imagínese lo que pasaría si una mujer dijera: «Me he acostado con otro hombre y este hijo es suyo, no de mi marido». Si el marido o su familia no la mataban antes, acabaría en prisión por adulterio.

–Pero las leyes han cambiado, ¿no?

–Más bien es la medicina la que ha cambiado, Cem Bey. Antiguamente, un juez particularmente diligente hacía comparecer al presunto padre y al hijo ante el tribunal, los ponía uno junto al otro y buscaba parecidos. «¿Conoce a la madre de este crío?», le preguntaba al hombre. «¿Hay fotos o testigos?» Pero ahora lo único que se necesita es tomar muestras de sangre y comparar el ADN de ambos para determinar con exactitud quién es el padre o el hijo de quién. En el pasado esto resultaría inadmisibile, se habría considerado un intento de dinamitar los mismísimos cimientos de la sociedad.

–Pero ¿cómo podría perjudicar a la sociedad que un hijo averigüe quién es su verdadero padre?

–No se creería las cosas que me ha contado un colega amigo mío que lleva demandas de este tipo, Cem Bey. Hay hombres a los que les gusta acostarse con chicas pobres y, si estas se quedan embarazadas, utilizan sus mayores conocimientos en leyes para engañarlas con falsas promesas de matrimonio, hasta que, al final, acaban casándolas con alguno de sus subordinados, como hacían los bajás otomanos... También hay muchos casos que ocurren en el seno de las grandes familias que viven bajo el mismo techo: el sobrino que seduce a la joven esposa de su tío; el pariente recién llegado del pueblo al que acogen en la casa y que deja embarazada a la mujer del vecino, o a su cuñada, o incluso a su propia hermana... Todo se encubre para salvar las apariencias, para evitar derramamientos de sangre, para salvaguardar la institución familiar. Pero la gente no se olvida de estas cosas tan fácilmente... Así pues, Cem Bey, ¿se acostó con la madre de ese chico, Gülcihan Hanım, en 1986,

cuando usted tenía dieciséis años?

–Solo una vez –dije–. Pero me cuesta creer que fuera suficiente para engendrar un hijo.

–El abogado que han contratado es implacable y muy competente. Es uno de esos tipos jóvenes muy comprometidos con su trabajo. Él mismo se pasó su infancia convencido de que su padre era otra persona, así que nunca acepta un caso de este tipo si no cree que su cliente tiene la razón.

–¿Y cómo puede estar seguro de que tiene la razón? –dije–. ¿Gülcihan Hanım sigue viva?

–Sí.

–Cuando yo tenía dieciséis años, era pelirroja.

–Todavía lo es, y sigue siendo muy hermosa. El suyo no fue un matrimonio feliz, y su marido, Turgay, falleció después de que se separaran. Pero ella aún está llena de vida y de pasión por el teatro. Y está claro que el tema de la demanda no tiene como objeto mancillar la memoria de su difunto marido, sino proporcionar alguna fuente de ingresos a su hijo, que ha vivido en condiciones muy duras. Supongo que la mujer se habrá enterado de lo de las pruebas de ADN y de la derogación de las viejas leyes de presentación de demandas...

–¿Y a qué se ha dedicado el hijo todo este tiempo?

–El tal Enver, el joven que asegura ser su hijo, estudió contabilidad en no recuerdo qué universidad. Está soltero y regenta un pequeño despacho de contable en Öngören... Ha estado metido en algunas organizaciones de juventudes nacionalistas, y odia a los kurdos y a los izquierdistas. Y parece que está enfadado con su padre y con la vida.

–Con lo de «su padre», ¿se refiere a Turgay Bey?

–Sí.

–Necati Bey, ¿qué haría usted si estuviera en mi lugar?

–Usted sabe mejor que yo lo que pasó hace treinta años, Cem Bey, así que no puedo ponerme en su lugar. Pero teniendo en cuenta que recuerda haber estado con la mujer en cuestión, lo mejor será someterse a las pruebas de ADN... Le propongo que haga frente a la demanda. En la primera vista, nosotros reclamaremos también las pruebas de la otra parte. Asimismo pediremos el secreto de sumario, para que el nombre del presidente de Sohrab

no aparezca en titulares escandalosos en la prensa sensacionalista.

–De momento, no le digamos nada a Ayşe Hanım. Si se enterara de esto, la destrozaría. ¿Por qué no concertamos un encuentro antes con Enver? ¿No podríamos encontrar una solución amistosa al margen de los tribunales?

–El abogado dice que su cliente no quiere verle.

Me sorprendió lo mucho que me afectaron aquellas palabras, y comprendí que, en el fondo, quería averiguar más cosas acerca de aquel «hijo» mío.

¿Nos pareceríamos físicamente, en las manos, la cara, los gestos? ¿Cómo me sentiría si llegábamos a encontrarnos un día? ¿Sería cierto que se relacionaba con una panda de nacionalistas de orientación fascista? ¿Por qué se había ido a vivir a Öngören? ¿Qué pensaría de todo esto la Mujer del Pelo Rojo?

Dos meses más tarde, me tomaron una muestra de sangre en el hospital universitario de Çapa. Necati Bey recibió los resultados con antelación, y me los comunicó antes de que el juez los leyera ante el tribunal. Y a la semana siguiente, el juez sentenció que Enver fuera inscrito oficialmente como hijo mío a todos los efectos legales. Durante cada una de las fases de este proceso –los procedimientos preliminares, la extracción de sangre, el fallo judicial y, finalmente, la inscripción en el registro civil–, albergué la secreta esperanza de encontrarme con él en alguna sala de los juzgados o pasillo del hospital. ¿Cuál sería nuestra reacción cuando nos viéramos por primera vez?

Según nuestro abogado Necati Bey, el rechazo de mi hijo a verme debía interpretarse como una buena señal. Independientemente de su edad, los hijos que se encontraban en esta situación solían guardar mucho rencor a sus padres. Y en cuanto se certificaba oficialmente la paternidad, los hijos y sus madres adquirirían el derecho legal a demandarlos por los perjuicios sufridos durante años de penurias económicas. Y debíamos considerar una buena noticia que madre e hijo no hubieran emprendido aún ninguna acción en ese sentido. Tal vez, después de todo, no buscaran sacar nada más. Aunque, al ver lo aliviado que me sentí al escuchar esas palabras, el abogado se apresuró a advertirme: todas las demandas de paternidad se presentaban, siempre, por dinero. Jamás en la historia había acudido un hijo a los tribunales para reclamar si su padre era un pobre don nadie en lugar de un caballero rico y distinguido. Y, pensando en las inversiones de Sohrab, Necati Bey insistió en que sería conveniente no postergar más el acto de presentación de la empresa en Öngören.

Pero antes debía abordar el tema de mi paternidad con Ayşe, así que una noche le dije:

–Hay algo muy importante que necesito contarte. Algo de lo que me gustaría hablar con calma y mirándote a los ojos.

–¿Qué ocurre? –preguntó mi mujer, temiéndose ya lo peor.

Yo era consciente de que aquel era un secreto que no podría ocultarle a ella y al resto del mundo, como había hecho todos aquellos años tras dejar a Mahmut Usta abandonado en el fondo del pozo.

–Tengo un hijo –le solté en la cena, después de haberme tomado un par de copas de *raki*.

Le conté todo tal y como había ocurrido, sin ocultarle nada. Y en cuanto me liberé de aquella carga, recayó sobre mi mujer.

–Supongo que ahora tienes una responsabilidad hacia ese chico –dijo Ayşe después de un largo silencio–. Realmente es una noticia muy dolorosa... ¿Quieres conocerle?

Al ver que no respondía, mi mujer siguió haciéndome preguntas: ¿quería volver a ver a la Mujer del Pelo Rojo? ¿Quería tener relación con mi hijo? Es más, ¿esperaba que ella también la tuviera? ¿Era esta la razón por la que llevábamos años recorriendo el mundo en busca de distintas versiones e interpretaciones de *Edipo Rey* y de la historia de Rostam y Sohrab?

Aquella noche bebimos hasta emborracharnos y no tardamos en abordar la cuestión fundamental que ya no podíamos pasar más por alto: como no teníamos otros descendientes y la ley turca no reconocía los testamentos, ese hijo mío recibiría dos tercios de Sohrab a mi muerte. Y si Ayşe moría antes (lo cual era también muy probable, ya que no era mucho más joven que yo), ese hijo al que ni siquiera le había visto la cara recibiría la totalidad de la empresa cuando yo ya no estuviera.

–He soñado que mataban a tu hijo –dijo Ayşe a la mañana siguiente.

Y otro día, después de pasarnos toda la noche discutiendo sobre leyes hereditarias, abogados y fideicomisos, llegó incluso más lejos:

–No puedo creer lo que voy a decir, pero a veces me dan ganas de matarlo. Solo nos habría faltado que ese bastardo se llamara Sohrab.

–No utilices esa palabra tan fea –le dije–. El chico no tiene la culpa. Además, ahora ya sabemos quién es el padre.

A Ayşe le dolía que me pusiera de parte del chico, y se quedaba callada. Durante un tiempo estuvo tratando de sonsacarme si me veía con él a sus espaldas.

–Él ni siquiera quiere verme –le dije para tranquilizarla–. Me parece que es un tipo un tanto extraño.

–¿Y tú? ¿Quieres verle? ¿No te gustaría saber cómo es?

–No –le mentí.

Y comprendí que debía seguir mintiéndole acerca de él, porque en realidad había empezado a sentir por mi hijo una curiosidad y un apego imposibles de refrenar.

Habían pasado ya tres meses cuando Murat me llamó un día desde Atenas. Tras recordarme la gran experiencia que habíamos compartido hacía unos años durante nuestro viaje a Teherán, me propuso que fuera a la capital griega y me reuniera con él en el hotel Grande Bretagne. Dos días más tarde, cuando por fin nos encontramos en Atenas, me anunció exultante que el gobierno de Grecia estaba al borde de la quiebra. En el elegante vestíbulo de aquel hotel donde los ingleses instalaran su cuartel general durante la contienda civil que siguió a la Segunda Guerra Mundial, Murat me explicó que los precios del mercado inmobiliario en Atenas habían caído a la mitad, y que muchos de los huéspedes que se alojaban en el hotel eran empresarios extranjeros, la mayoría alemanes, que habían venido a comprar edificios a precios ridículos. Después se puso a enseñarme fotografías espectaculares de los inmuebles del centro que estaban a la venta.

Pasé los dos días siguientes visitando propiedades con Murat y su agente inmobiliario en Atenas. Unatarde alquilé un taxi para ir con mi amigo a la ciudad de Tebas, situada a una hora de distancia. Allí vimos vías de ferrocarril abandonadas, viejos vagones envueltos en hiedra y telarañas, fábricas y almacenes vacíos. La ciudad donde viviera el rey Edipo se hallaba en la cima de una colina escarpada, tal y como aparecía en los cuadros de Ingres y Gustave Moreau. Mientras tomábamos un café, Murat me confesó que necesitaba dinero en efectivo y que quería venderme los terrenos que había comprado en Öngören.

Mis abogados en Estambul, cuyas mentes trabajaban a mayor velocidad y con más minuciosidad que la mía, confirmaron que la transacción era viable y

que el precio que pedía Murat Bey era bastante razonable. Aquella adquisición reportaría grandes beneficios a Sohrab, pero antes de seguir adelante con la operación convendría organizar cuanto antes la reunión con los habitantes de Öngören para recordarles los días que pasé en el pueblo, para demostrarles la buena disposición de la empresa y, sobre todo, para dejar constancia del respeto que yo también sentía por Mahmut Usta.

A espaldas de Ayşe, le pedí a Necati Bey que averiguara, si era preciso contratando a un detective privado, cómo reaccionarían Gülcihan Hanım y Enver Bey al anuncio del famoso acto de conciliación.

Al cabo de dos semanas, Necati Bey me presentó la información que había recabado: la Mujer del Pelo Rojo y su hijo, que siempre habían estado muy unidos, se habían distanciado a raíz de la demanda de paternidad. Cuando Necati Bey le preguntó a la pelirroja Gülcihan Hanım si asistiría al encuentro, ella respondió primero que no, después dudó brevemente poniendo la condición de que «nadie se entere», pero al final volvió a cambiar de opinión y reiteró su negativa. Vivía en Estambul, en un piso que su difunto marido Turgay Bey le había dejado en el distrito de Bakırköy, y se ganaba la vida doblando series de televisión.

Según el abogado, mi hijo Enver tampoco acudiría al encuentro, en parte por su rechazo a la campaña publicitaria, pero también porque de momento no quería que nadie más supiera que yo era su padre. Tal vez no fuera un gran contable, pero los comerciantes locales confiaban en él y le encargaban la gestión de sus cuentas y el pago de sus impuestos. Algunos pensaban que aún no se había casado porque estaba demasiado pegado a las faldas de su madre, mientras que otros lo atribuían a su carácter arisco y nervioso. Se juntaba con un grupo de jóvenes actores que compartían la pasión de su madre por el teatro, y escribía poemas que se publicaban en revistas literarias conservadoras como *El cuarto creciente* o *El manantial*. Necati Bey me trajo algunos ejemplares, y mientras leía aquellos poemas en casa sin que mi mujer se enterara, me preguntaba qué habría pensado mi padre si supiera que su nieto escribía poesía para revistas religiosas.

Por aquellos días, pedí al departamento de marketing de Sohrab que organizara el encuentro en Öngören. Le dije a Ayşe que yo no asistiría: primero, porque me aterrorizaba la idea de regresar al pueblo; y segundo,

porque no quería enojarla, ya que ella ni siquiera estaba a favor de que se celebrara el acto.

Planeé un viaje a Ankara para el mismo día del encuentro. Pero ese sábado, cuando llegué al despacho hacia el mediodía, decidí inesperadamente cancelar el plan. Me contagié del entusiasmo del equipo de Sohrab que estaba preparando la salida a Öngören para esa tarde. Le pedí a Necati Bey que no le dijera nada a Ayşe de que finalmente iba a unirme a la comitiva de Sohrab. Después les dije a mis empleados que quería hacer el viaje en tren, algo que, en algún lugar del fondo de mi mente, llevaba treinta años planeando hacer. Antes de salir del despacho, cogí mi pistola Kırıkkale y el permiso de armas que el gobierno concedía a los magnates del petróleo y los grandes contratistas que lo solicitaban. Dos semanas atrás había estado probando el arma en un solar vacío de Sohrab, disparando contra unas botellas colocadas sobre sacos de cemento. Naturalmente, me preocupaba que pudieran producirse incidentes.

Sentía una angustiosa sensación de malestar a medida que el tren avanzaba traqueteante a lo largo de las murallas y el mar de Mármara, pasando junto a decrepitos edificios centenarios, parques y hoteles nuevos de hormigón, restaurantes, barcos y coches. Necati Bey me había asegurado esa misma tarde que Enver no asistiría al acto, que ni siquiera se encontraba en Öngören. Aun así, yo no podía evitar pensar que tal vez mi hijo acabara presentándose con la intención de conocer a su padre. Treinta años después, el temor a enfrentarme al sentimiento de culpa por lo ocurrido con Mahmut Usta había dado paso a la angustia de encontrarme con mi hijo. Mientras el tren entraba lentamente en Öngören, los incontables edificios de hormigón me impedían ver nuestra explanada. Pero tenía la sensación de que había alguien allí con quien debía encontrarme.

En cuanto salí de la estación, comprendí que el viejo Öngören ya era historia: habían derribado aquel inmueble cuyas ventanas yo espiaba tratando de averiguar en qué piso vivía la Mujer del Pelo Rojo, y en su lugar habían levantado un bullicioso centro comercial que llenaba toda la plaza de una muchedumbre de jóvenes que comían hamburguesas y bebían cerveza y *ayran*. Bancos, puestos de kebab y locales de bocadillos ocupaban los bajos de los edificios que delimitaban el perímetro del lugar. Recorriendo los mismos pasos que seguía tan a menudo en mis recuerdos, fui caminando desde la plaza de la Estación hasta el rincón donde antaño se encontraba el café Rumelia, y más concretamente hasta el lugar de la acera donde estaba la mesa a la que Mahmut Usta y yo solíamos sentarnos, pero no conseguí ver nada que me recordara aquellas horas que pasamos tomando té por las

noches. Toda la gente que había estado allí, las casas donde habían vivido, habían desaparecido y habían sido reemplazadas por edificios nuevos poblados por gente nueva, ruidosa, alegre, curiosa, que buscaba maneras de divertirse un sábado por la tarde.

Mientras paseaba por la Calle de los Restaurantes, me sorprendió no cruzarme con ningún soldado ni con ninguno de los gendarmes que solían controlarlos, a pesar de que era fin de semana. La ferretería, la herrería y el colmado en el que Mahmut Usta compraba tabaco todas las noches tampoco estaban donde solían estar, aunque a veces no estaba seguro de estar buscándolos en los lugares apropiados, ya que no tenía la referencia de las antiguas casas de dos o tres pisos con sus patios privados, que habían sido derribadas y sustituidas por bloques de cinco o seis plantas prácticamente indistinguibles entre sí.

No tardé en admitir que me había mostrado demasiado aprensivo respecto a mi regreso a Öngören. El viejo pueblo que había conocido simplemente se había transformado en otro barrio estambulita más, abarrotado de altos edificios de hormigón. No obstante, al final conseguí reconocer a algunos de sus viejos habitantes: me encontré con Ali, mi antiguo compañero como aprendiz de pocero, que me saludó con una afable sonrisa; también fui a visitar a Sırrı Siyahoğlu, y tomamos el té en su casa en compañía de su muy rolliza esposa. Después nos reunimos con Necati Bey y el resto del equipo de Sohrab. Me presentaron al dueño de una pastelería que decían que había mantenido una estrecha relación con Mahmut Usta, y, presionados por la multitud de curiosos que nos rodeaba, acabamos estrechándonos la mano con cierto apuro por parte de ambos. Y, mientras subíamos la cuesta que llevaba al cementerio donde Mahmut Usta estaba enterrado, llegué a la conclusión de que, aparte de aquellos que tenían intereses en la venta de sus terrenos, apenas quedaba nadie en Öngören que me conociera y por tanto no había mucho que temer.

Nuestra explanada en lo alto de la colina, que hacía treinta años no era más que un descampado desierto, se había transformado en una jungla de hormigón llena de edificios de seis y siete plantas, con los bajos ocupados por restaurantes, locales de bocadillos y supermercados, y otras construcciones como almacenes, talleres y gasolineras. Aquellas torres de viviendas ya no

permitían distinguir el serpenteante camino que a menudo evitábamos atajando a través de los campos, lo que aún me dificultaba más dar con la ubicación exacta del pozo.

Los diligentes miembros del equipo de marketing de Sohrab me condujeron por diversas callejuelas hasta el amplio salón de banquetes que habían alquilado para la ocasión. Mirando por los grandes ventanales del local, traté de discernir en qué punto de nuestra explanada nos hallábamos, en qué dirección estarían el cuartel militar y las montañas azuladas que enmarcaban nuestras vistas allá arriba. Nuestro pozo debía de estar como a medio kilómetro en dirección al cuartel. En ese momento, lo único que me apetecía era olvidarme de todo e ir hasta allí.

Estaba previsto que la nueva carretera asfaltada de cuatro carriles que conectaría Öngören con las autopistas que llevaban al aeropuerto y al puente del Bósforo llegara hasta el pueblo no por la parte de la estación, sino por la del pozo, gracias a lo cual el valor de los pisos y solares de nuestra explanada se había disparado. La mayoría de los asistentes a la reunión no era gente de Öngören, sino nuevos ricos con vehículo propio que estaban considerando la posibilidad de comprarse un piso en aquella zona de rápido crecimiento. Yo estaba tan ansioso e inquieto que apenas me enteraba de si los posibles clientes se quedaban debidamente impresionados por las diversas maquetas que los agentes de Sohrab les enseñaban, por la amplitud de las vistas que se garantizaban desde los últimos pisos o por el tamaño de las futuras piscinas y parques infantiles. Asimismo, nuestro equipo había invitado a algunas parejas para que contaran lo encantadas que estaban con sus nuevos apartamentos construidos por Sohrab en Beykoz, Kartal y otras zonas. Cuando hablaron de lo que llamaban «el estilo de vida Sohrab», los asistentes congregados en las últimas filas, que hasta entonces no habían mostrado excesivo interés por lo que se estaba contando, parecieron despertar de su letargo. Tras escuchar un par de preguntas mordaces, pensé que aquella gente del fondo podría tener otros motivos para estar allí; tal vez intentaban ponerme en apuros, incluso humillarme, con el fin de boicotear las ventas de Sohrab.

Aunque no se había anunciado mi asistencia, los viejos habitantes de Öngören me estaban esperando. Así que di un breve discurso, hablando de cómo hacía treinta años había llegado a aquel bonito rincón de Estambul para

cavar un pozo junto a mi maestro. Rendí tributo a Mahmut Usta, cuya infatigable búsqueda de agua había permitido que aquellas áridas tierras prosperaran, y había posibilitado la afluencia a la zona de nuevos habitantes e industrias. Los futuros edificios cuyas maquetas ahora exponíamos supondrían una continuación de aquel impulso civilizador emprendido hacía tres décadas.

La asistencia sería de unas cien o ciento veinte personas. Los alborotadores del fondo ya no se esforzaban por ocultar su desdén, aunque sospechaba que no eran peligrosos y que estaban allí solo para divertirse. Recorrí con la mirada a la multitud, pensando que cualquier posibilidad de peligro real podría venir más bien de aquellos que permanecían sentados en silencio.

Como les había ocurrido a los oradores anteriores, empezaron a asaltarme con preguntas antes de que me diera tiempo siquiera a decir: «¿Alguna pregunta?». Dejé que el responsable del proyecto contestara a una cuestión referente a las condiciones de pago. Cuando estaba respondiendo también a una pareja que quería saber cuánto tardarían en entregarles el piso si lo compraban ese mismo día, me fijé en que, hacia el centro de la sala, había una mujer de cierta edad con la mano levantada. El corazón se me aceleró.

Por algún motivo, mi mente tardó un poco en asimilar lo que mis ojos habían reconocido al instante: por el color de su cabello, era evidente que la señora que estaba allí sentada era la Mujer del Pelo Rojo. Nuestras miradas se cruzaron mientras levantaba la mano con insistencia en medio del murmullo de los asistentes. Su sonrisa no parecía hostil sino afable, y le hice un gesto para que hablara.

—Le felicitamos por el gran éxito de Sohrab, Cem Bey —dijo—. Y esperamos que considere la posibilidad de construir un teatro en alguno de sus edificios.

Algunos de los que estaban sentados a su alrededor aplaudieron educadamente. Sin embargo, no vi a nadie inusualmente interesado en aquel intercambio entre la Mujer del Pelo Rojo y yo, o que buscara algún doble sentido o una posible indirecta en sus palabras.

Cuando terminaron las preguntas y la multitud empezó a dispersarse para ir a examinar las maquetas, me acerqué a ella.

Era la primera vez en treinta años que tenía ante mí a la Mujer del Pelo Rojo. El tiempo la había tratado bien, resaltando la hermosa e indescifrable

expresión de su rostro, la forma de su nariz y su boca, esos labios carnosos y curvados tan singulares. No se la veía cansada ni enojada; al contrario, parecía tranquila y alegre. O tal vez eso era lo que quería aparentar.

–Debe de estar sorprendido de verme aquí, Cem Bey. Estoy ayudando a organizar un grupo de teatro juvenil con algunos de los amigos de mi hijo... Me gustaría que los conociera. No habían anunciado su presencia, pero estaba segura de que vendría.

–¿Enver Bey no ha venido?

–No.

Los jóvenes del grupo de teatro a los que se había referido estaban en un rincón, charlando entre ellos. Necati Bey nos condujo discretamente a los dos a una parte del salón más tranquila, donde, después de tomar asiento, hizo que nos trajeran té y nos dejó solos.

–Cem Bey, durante años no había estado segura de si el padre de nuestro hijo Enver era Turgay o usted, pero tampoco le di demasiadas vueltas... Siempre había tenido la duda, claro. Pero si recurría a los tribunales no iba a conseguir demostrar nada, tan solo disgustar a todo el mundo y agraviarlo a usted y a mí misma. Y yo nunca habría querido que sucediera eso.

Saboreaba cada una de las palabras que salían de sus labios, sin dejar de prestar atención a los curiosos que merodeaban por el salón, por si alguno se mostraba demasiado interesado en nosotros. Me sentía aturdido por cuanto decía. No podía creer que se encontrara en ese momento ante mí, que sus pequeñas manos siguieran agitándose tan ligeras, que llevara un vestido del mismo color celeste que la falda larga que lucía cuando paseamos treinta años atrás por la plaza de la Estación, que su rostro y sus uñas parecieran tan maravillosamente suaves.

–Por supuesto, nunca les conté a Turgay ni a Enver que tenía dudas sobre quién era el verdadero padre –prosiguió–. Él ya nos trataba mal a mi hijo y a mí, seguramente porque antes había estado casada con su hermano. Turgay murió cuando ya llevábamos un tiempo separados, y no me resultó fácil explicarle a Enver que su padre biológico podía ser en realidad otra persona, una persona brillante y triunfadora como usted. Me costó mucho convencerlo para que presentara la demanda. Nuestro hijo aún no ha hecho grandes cosas en la vida, pero es un chico orgulloso, sensible y muy creativo. Escribe

poemas.

–Me enteré por Necati Bey, y sé que algunos han sido publicados. Incluso conseguí las revistas donde aparecen y los he leído. Son buenos poemas. Pero no sé muy bien qué pensar acerca de sus ideas políticas y de esas revistas. Por desgracia, no han incluido ninguna foto del joven poeta.

–¡Oh, claro! Tengo que mandarle una fotografía de nuestro hijo –dijo la Mujer del Pelo Rojo–. En cuanto a lo de sus ideas políticas, yo no me preocuparía mucho. Hoy escribe para revistas religiosas, y mañana puede que componga odas al ejército y a la bandera... Es muy terco y tiene mucha personalidad, pero es todo pura bravuconería juvenil. Lo que necesita es un padre que lo oriente. –Varias personas se estaban acercando hacia nosotros–. Enver necesita conocer y querer a su padre –prosiguió–. Hoy le he pedido que viniera, pero se ha negado. Soy yo quien ha despertado el interés por el teatro a esos jóvenes de ahí. Los domingos nos juntamos para ir a Estambul a ver obras. Algunos de ellos son amigos de Enver.

A medida que la gente se nos iba aproximando, la Mujer del Pelo Rojo adoptó el aire serio y formal de una potencial compradora que solicitara minuciosamente más información sobre los pisos, mientras seguía bebiendo su té con gestos delicados. Me levanté y me paseé brevemente entre los asistentes antes de acercarme a Necati Bey. Le pedí que invitara a la Mujer del Pelo Rojo y a sus jóvenes amantes del teatro a la cena que íbamos a celebrar esa noche.

–Todo ha salido a pedir de boca –dijo el abogado, entre eufórico y aliviado–. No creo que Sohrab encuentre ya muchas trabas en Öngören.

–Yo no estaría tan seguro –dije–. Esto ya no es Öngören. Es Estambul.

La idea de organizar una cena en el salón de banquetes después de la presentación había sido del departamento de marketing. Del servicio de comida y bebidas se encargaba el Kurtuluş, que aún seguía abierto en la Calle de los Restaurantes. Mientras charlaba con el anciano dueño de Samsun, evocando recuerdos de hacía treinta años, me vino a la memoria la noche en que estuve sentado en una mesa de su local con la Mujer del Pelo Rojo. Decidí evitarlos a ella y a su joven grupo de comediantes y volver a Estambul en cuanto acabara la cena. Lo único que quería hacer antes de marcharme era ir a ver el pozo que Mahmut Usta y yo habíamos cavado. «Eso será fácil», dijo Necati Bey, pero me desconcertó que, en lugar de pedirle a alguno de los lugareños, como mi compañero Ali, que me enseñara el camino, me enviara a la Mujer del Pelo Rojo.

–Serhat es el más inteligente y maduro de nuestros jóvenes actores –dijo ella cuando se me acercó–. Su sueño es representar a Sófocles en Öngören algún día.

–¿Y cómo sabes tú dónde está el pozo? –le pregunté a Serhat Bey.

–Ese pozo se hizo muy famoso cuando por fin salió agua –respondió el joven actor–. Y cuando éramos pequeños, Mahmut Usta nos contaba cuentos sobre aquello, y también viejas historias.

–¿Y todavía te acuerdas de ellas?

–Sí, de la mayoría.

–Siéntate aquí conmigo, Serhat Bey –le dije–. Puede que más tarde interrumpamos la cena para que me lleves a ver ese pozo.

–Claro...

Tenía ante mí un vaso de *rakı* Kulüp, queso blanco y raciones variadas, y a la Mujer del Pelo Rojo sentada en la otra punta de la mesa, igual que aquella noche de hacía treinta años. Desde aquel entonces, había aprendido a amar el *rakı* tanto como mi padre. Rellenaba el vaso del joven sentado a mi vera, apuraba el mío deprisa, y evitaba mirar hacia donde estaban la Mujer del Pelo Rojo y sus jóvenes actores.

En cierto momento, le pregunté a aquel gentil amante del *rakı* qué historias de las que había oído contar a Mahmut Usta de pequeño recordaba mejor.

—La que mejor recuerdo es la de Rostam, el guerrero que mata a su hijo sin saber que lo es —dijo el sensible joven.

¿Dónde había oído Mahmut Usta esa historia? Aunque hubiese ido a la carpa amarilla del teatro antes que yo, le habría resultado imposible descifrar toda la trama a partir de aquella escena tan fragmentaria. Debió de contársela la Mujer del Pelo Rojo. O quizá la conociera de cuando era niño.

—¿Y te afectó mucho la historia de Rostam? ¿Te dio miedo?

—Mahmut Usta no era mi padre —dijo Serhat Bey en tono racional—. ¿Por qué iba a darme miedo?

—Un verano de hace treinta años, él fue como un padre para mí... —dije—. El mío nos había abandonado. Y allí, cavando junto a él, sentía como si él fuera mi padre. ¿Qué relación tiene usted con el suyo?

—Distante —respondió Serhat Bey, mirando al frente.

¿Estaría deseando volver con la Mujer del Pelo Rojo y sus amigos del teatro? ¿Me habría entrometido demasiado en la vida de aquel joven callado? El resto de los comensales empezaban a animarse con la bebida. En el salón se oía ese murmullo constante de las reuniones de pueblo regadas con *rakı* y del ambiente de taberna después de un partido.

—¿Cómo conociste a Mahmut Usta?

—Solía sentarnos a todos los críos del pueblo a su alrededor y nos contaba cuentos. Un día, por casualidad, fui a su casa. Me asusté mucho cuando le vi aquel hombro tullido...

—Después de ir al pozo, ¿podrás enseñarme también la casa de Mahmut Usta?

—Claro... Se mudaron varias veces, algunas de las casas en las que vivió ya han sido demolidas. ¿Cuál quiere que le enseñe?

–A mí las historias de Mahmut Usta me daban mucho miedo... –dije–. Porque al final acababan haciéndose realidad...

–¿Qué quiere decir con que se hacían realidad?

–Que las cosas que contaba en esas historias luego me ocurrían a mí en la vida real. Y el pozo de Mahmut Usta también me daba mucho miedo. Me daba tanto miedo que un día lo dejé allí abandonado y hui. ¿Conocías esa historia?

–Sí –respondió, incapaz de mirarme a los ojos.

–¿Y cómo es eso?

–Me la contó Enver, el hijo de Gülcihan Hanım. Trabaja aquí como contable. Mahmut Usta era realmente como *su* padre. Estuvieron muy unidos.

No había indicio de cinismo o malicia en su expresión. Comprendí que no estaba al tanto de la verdad y guardé silencio un instante. La noche olía a *rakı* y a tabaco, y sentí que se me clavaba muy hondo en mi cabeza. Al cabo de un rato, pregunté:

–¿Y Enver Bey no ha venido esta noche?

–¿Cómo? –dijo Serhat.

Me miró estupefacto, como si hubiera hecho una pregunta absurda o incluso insolente. A decir verdad, en todo ese día no había visto a nadie, ni durante la presentación ni durante la cena, que hubiera querido que fuese mi hijo.

–Enver no está aquí –dijo Serhat–. ¿Le ha dicho él que vendría?

Me quedé callado, pero el joven percibió mi agitación.

–¡Él nunca vendría aquí! –añadió.

–¿Por qué?

Ahora fue Serhat quien guardó silencio.

Durante un buen rato no pude dejar de darle vueltas a las razones que habría tenido mi hijo para no presentarse allí. Tal vez no le gustara cómo era su padre. Solo de pensar en ello me puse furioso. Pero, tras admitir que quizá mi rabia resultara injustificada, me entraron aún más ganas de conocerlo, aun cuando sabía que lo mejor sería marcharme inmediatamente de Öngören, antes de meterme en problemas.

–Se está haciendo tarde, Serhat Bey. ¿Podemos ir a echar un vistazo a ese pozo?

–Claro.

–Pero no quiero llamar demasiado la atención. Sal tú primero y espérame al pie de la cuesta. Yo iré a buscarte dentro de cinco minutos.

Engulló el último bocado y se marchó a toda prisa. La Mujer del Pelo Rojo me observaba desde el otro extremo de la mesa. Tras tomarme unos tragos más de *rakı* y un trozo de queso blanco, salí a reunirme con Serhat al pie de la tenebrosa pendiente.

Caminamos en silencio a través de las sombras, la oscuridad y los ecos del pasado. No conseguía determinar en qué parte de nuestra vieja explanada desembocaría aquella cuesta, ni en qué dirección se encontraría el pozo, pero en lugar de achacárselo a los muros, almacenes y demás estructuras de hormigón que se alzaban por doquier, le eché la culpa al *rakı* que enturbiaba mi mente. Pero si mi mente estaba enturbiada, era por el hecho de que mi hijo no quería conocerme.

Caminamos a lo largo de un desvaído muro, pasamos junto a un patio grisáceo salpicado de árboles que brillaban en tonos rosados bajo los neones,

y después junto a un almacén. Vi mi silueta y la de mi joven guía reflejadas en el oscuro escaparate de una barbería cerrada, y me fijé en que medíamos lo mismo.

–¿Cuánto hace que conoces a Enver? –le pregunté de pronto al joven amante del teatro.

–Desde que tengo uso de razón. Siempre he vivido en Öngören.

–¿Y cómo es?

–¿Por qué lo pregunta?

–Conocí a su padre, Turgay Bey –dije–. Vivió aquí durante un tiempo, hace treinta años.

–El problema de Enver no es su padre, sino la falta de él –dijo Serhat con mucha agudeza–. Enver es un tipo retraído y lleno de rabia, y muy distinto del resto.

–Yo también he sufrido la falta de un padre, y no soy una persona retraída ni llena de rabia. Ni tampoco soy muy distinto del resto –dije con la sabiduría que me concedía el *raki*.

–Claro que es usted distinto, porque usted es rico –replicó Serhat, ingenioso–. Quizá sea eso lo que le molesta a Enver.

Me quedé callado un rato. ¿Qué había querido decir aquel joven en tono tan arrogante? ¿Que Enver lo había pasado mal porque era pobre? ¿O que no le gustaba la gente cuya vida estaba tan centrada en el dinero, y por eso no había acudido al acto?

Mientras me torturaba pensando que podría tratarse de la segunda opción, deduje por lo llano del terreno que debíamos de estar cada vez más cerca de nuestro pozo. Vi los mismos abrojos y hierbajos que crecían hacía treinta años en las grietas de las aceras y en los descampados. Por un momento pensé en que me encontraría de nuevo con aquella vieja tortuga de cuello arrugado para sumergirme, como antaño, en cavilaciones sobre el tiempo y la vida. «¡Míranos aquí, treinta años después! –diría la tortuga–. Para ti, toda una vida absurda y sin sentido. Para mí, una pequeña fracción de tiempo que ha pasado sin apenas darme cuenta.»

¿Le habría contado la Mujer del Pelo Rojo a nuestro hijo Enver que su abuelo había sido un idealista romántico que había estado en la cárcel por sus convicciones políticas? Me atormentaba la idea de que mi hijo pudiera pensar

en mí como una versión peor, más superficial y corrupta, de su abuelo. Me sentía cada vez más furioso con Serhat Bey por haberme sumido en aquel estado de ánimo, cuando de pronto un recodo del camino me resultó familiar.

–Ya casi estamos –exclamé–. Esta es la última curva antes de llegar a nuestro pozo.

–¿En serio? –dijo Serhat, perspicaz–. Qué casualidad. Porque Mahmut Usta estuvo viviendo justo ahí durante un tiempo.

–¿Dónde?

Observé cómo el contorno de su mano en sombras señalaba hacia un grupo de almacenes, fábricas y bloques de pisos que apenas se veían en la oscuridad. No obstante, pude vislumbrar el nogal a cuya sombra solía echarme la siesta. Había crecido en estos treinta años, aunque ahora estaba confinado entre los muros de una fábrica. Un poco más allá vi las tenues luces de una vieja casa.

–Mahmut Usta y su familia vivieron ahí mucho tiempo –dijo Serhat–. Enver y su madre Gülcihan Hanım solían venir a visitarlos durante las fiestas. Aquí es donde conocí a Enver, en el jardín de Mahmut Usta.

Debería haberme extrañado que el joven hubiera vuelto a sacar el tema de Enver, pero estaba demasiado ocupado tratando de asimilar que el terreno desierto y baldío donde estuve hacía treinta años hubiera sido invadido por todo aquel hormigón y aquellos muros, por toda aquella cantidad de gente y de animales (como el perro callejero de color pardo que se acercó a olisquearnos con aspecto amenazador); mi principal prioridad en ese momento era tratar de aceptar cuanto antes aquella nueva realidad, verla como algo normal. ¿Sería capaz de encontrar alguna piedra o alguna ventana, o de reconocer algún olor que me trajera a la memoria un recuerdo de aquellos días?

–Esta es la casa donde Mahmut Usta nos contó aquella historia del Corán en la que el príncipe dejaba morir a su padre en el fondo de un pozo –dijo Serhat Bey en tono insistente.

–No hay ninguna historia parecida en el Corán, ni tampoco en el *Shahnameh* –dije.

–¿Cómo lo sabe? –replicó Serhat–. ¿Acaso es usted creyente? ¿Ha leído el Corán?

Guardé silencio ante la actitud agresiva del joven, que atribuí a lo que le habría contado Enver acerca de mí. Me sentí desolado, y empecé a comprender que quizá no hubiera sido tan buena idea ir hasta allí.

–Yo quería mucho a Mahmut Usta –dije–. Durante aquel verano que pasé aquí, fue como un padre para mí.

–Si quiere, también puedo enseñarle dónde vive Enver –sugirió mi guía.

–¿Está cerca?

Seguí a Serhat por una callejuela; mientras pasábamos junto a bloques de apartamentos con los portales a oscuras, furgonetas y minibuses aparcados de cualquier manera a ambos lados, una pequeña clínica de primeros auxilios y una farmacia, un garaje y varios almacenes con sus adustos vigilantes fumando en la puerta, me pregunté cómo era posible que todo aquello pudiera caber, aunque apretujado, en nuestra explanada.

–Aquí es donde vive Enver –anunció Serhat–. Segundo piso, las ventanas de la izquierda.

Mi corazón empezó a latir de un modo suave, extraño. Sentí que nunca podría reprimir las ansias de conocer a mi hijo.

–Las luces están encendidas –dije con la desinhibición que daba la ebriedad–. ¿Llamamos al timbre?

–Que las luces estén encendidas no significa que esté en casa –replicó Serhat, pensando con rapidez–. Enver ha elegido estar solo en la vida. Cuando sale de noche deja las luces encendidas para que los ladrones y demás gente mala piensen que hay alguien en casa, pero también para que, al volver, no le dé por pensar en lo solo que está.

–Parece que conoces muy bien a tu amigo. Seguro que cuando vea que eres tú no le importará.

–Con Enver nunca se sabe.

¿Significaba eso que mi hijo era una persona valiente y audaz? ¿Que debía sentirme orgulloso de él? Me dirigí hacia la puerta.

–Además, ¿por qué iba a estar solo cuando tiene una madre que lo quiere tanto y cuenta con amigos tan cercanos como tú?

–Enver ya no se siente cerca de nadie...

–¿Porque ha crecido sin padre?

–Puede ser, pero si fuera usted me lo pensaría dos veces antes de llamar a

la puerta... –dijo prudente el amigo de mi hijo.

Pero yo ya no lo estaba escuchando, y mientras repasaba de prisa los nombres que aparecían junto a los timbres, cada uno escrito con caligrafías de estilos y tamaños distintos, me quedé petrificado, como hechizado, cuando leí:

6: ENVER YENIER
(CONTABLE AUTÓNOMO)

Llamé tres veces al timbre.

–La casa de Enver siempre está abierta a las visitas imprevistas que se presentan en plena noche –dijo Serhat–. Si está en casa, abrirá.

Pero la puerta permaneció cerrada. Yo estaba convencido de que mi hijo se encontraba dentro y se negaba a dejarme entrar por puro despecho, aun cuando yo había hecho todo aquel camino solo para verlo. Cada vez me sentía más frustrado con él y con las insinuaciones de Serhat.

–¿Por qué tiene tantas ganas de ver a Enver? –preguntó Serhat incisivo, provocador.

Puede que, después de todo, sí estuviera al tanto de los rumores.

–Venga, enséñame ese pozo, que quiero volver a casa antes de que se haga más tarde –dije.

Supuse que podría volver otro día para encontrarme con Enver sin que nadie se enterara.

–Cuando creces sin padre, piensas que el mundo no tiene centro ni fin, y te crees que puedes hacer cualquier cosa... –dijo Serhat–. Pero al final te das cuenta de que no sabes lo que quieres, intentas encontrar algo en lo que centrarte, un sentido a tu vida: alguien que te diga no.

No respondí. Presentía que estábamos llegando al pozo, que la búsqueda que me había llevado toda una vida estaba tocando a su fin.

–Su pozo está ahí dentro –anunció Serhat, mirándome fijamente a la cara.

Nos hallábamos ante la verja oxidada de una vieja fábrica.

–Después de la muerte de Hayri Bey, su hijo se llevó todos los talleres textiles de lavado y teñido a Bangladesh. Desde hace cinco años el lugar se ha utilizado como almacén, pero lógicamente están esperando llegar a un acuerdo con algún contratista como usted para derribarlo y levantar bloques de viviendas.

–No he venido hasta aquí buscando terrenos para nuevas construcciones, he venido por mis recuerdos.

Mientras Serhat se dirigía a la garita del vigilante, me fijé en un panel de plexiglás que colgaba de una pared desnuda y donde se leía: AZIM TEKSTIL T.A.Ş. Miré alrededor tratando de recordar cómo había sido aquel lugar hacía treinta años. Los únicos indicios de que aquel fuera en efecto el terreno de Hayri Bey era la manera en que los muros parecían extenderse hasta el infinito, y aquella sensación que ya experimentara a los dieciséis años de que el cielo estaba más cerca de lo habitual.

Oí el ladrido furioso de un perro. Serhat regresó.

–No hay nadie en la garita, pero conozco al vigilante –dijo–. El perro está atado, así que supongo que no tardará en volver.

–Se está haciendo tarde.

–Creo que hay una parte en que el muro es más bajo. Voy a ver –dijo Serhat antes de desaparecer en la noche.

Más allá del muro no estaba completamente oscuro y, a pesar de los

incansables ladridos del perro, las luces de neón de los tejados bajos y los postes metálicos al otro lado me daban cierta tranquilidad. Así pues, decidí que echaría un rápido vistazo al pozo y nos marcharíamos enseguida. Pero Serhat tardaba en regresar. Estaba empezando a perder la paciencia con mi joven guía cuando me sonó el móvil. Era Ayşe.

–Me han dicho en la oficina que estás en Öngören –dijo.

–Sí.

–Me has mentado, Cem, estoy muy decepcionada. Y estás cometiendo una terrible equivocación.

–No hay nada que temer. Todo ha ido muy bien.

–Sí que hay mucho que temer. ¿Dónde estás ahora?

–Mi guía me ha llevado a ver el pozo que cavé con Mahmut Usta.

–¿Y quién es?

–Un joven de Öngören. Un poco arrogante, pero muy servicial.

–¿Y cómo lo has conocido?

–Me lo ha presentado la Mujer del Pelo Rojo –dije, y por un momento fui capaz de pensar con claridad a través de la bruma del *rakı*.

–¿Está ahí contigo? –preguntó Ayşe, casi susurrando al teléfono.

–¿La Mujer del Pelo Rojo?

–No, ese joven. ¿Está contigo ahora?

–No, está buscando una entrada en el muro. Va a ayudarme a colarme en una fábrica abandonada.

–¡Cem, vuelve inmediatamente!

–¿Por qué?

–Aléjate de ese chico y asegúrate de que no te encuentra.

–¿Por qué estás tan asustada? –pregunté, dejándome llevar también por el miedo que me llegaba a través del teléfono.

–¿Ya has olvidado las historias que hemos leído todos estos años? –dijo Ayşe–. Has ido a Öngören a conocer a tu hijo, ¿no? Por eso no has querido que te acompañara. ¿Y quién te ha presentado a ese guía? ¡La Mujer del Pelo Rojo! ¿Comprendes ahora quién es?

–¿Quién? ¿Serhat?

–¡Es muy probable que sea Enver, tu hijo! ¡Vete ahora mismo de ahí!

–Cálmate. La gente de aquí está muy tranquila. Apenas se ha hablado de

Mahmut Usta.

–Escúchame con atención –dijo Ayşe–. ¿Qué pasaría si alguien te apuñala con el pretexto de alguna disputa política? ¿Qué pasaría si alguien te dispara y luego dice que fue en una pelea de borrachos?

–Pues que me moriría –respondí riéndome.

–Entonces todo Sohrab pasaría a manos de la Mujer del Pelo Rojo y su hijo –dijo Ayşe–. Esa gente no dudaría en matar por algo así.

–¿Estás diciendo que alguien va a matarme esta noche para quedarse con todos mis bienes? –pregunté–. Pero si nadie sabía que iba a venir, ni siquiera yo mismo.

–¿Está ese chico contigo?

–¡Ya te he dicho que no!

–Cem, te lo suplico. Vete de ahí y escóndete en algún sitio donde no pueda encontrarte.

Hice lo que mi mujer me dijo. Crucé la calle y me oculté bajo el soportal a oscuras de una tienda que había a la vuelta de la esquina.

–Ahora escúchame –dijo Ayşe–. Si es cierto todo lo que siempre hemos pensado sobre Edipo y su padre, sobre Rostam y Sohrab... Si ese chico es tu hijo, ¡entonces va a matarte! Es un caso típico de rebelión individualista contra lo occidental...

–Si intenta algo semejante, seré un padre oriental autoritario como Rostam, y antes de que pueda hacer nada yo mismo mataré a ese descastado –dije sonriendo.

–Tú nunca harías algo así –replicó Ayşe, tomándose en serio a su marido borracho–. Quédate donde estás. Voy a coger el coche y estaré allí en un momento.

En la oscura y opresiva noche de Öngören, los antiguos libros, leyendas, cuadros y civilizaciones me parecían tan remotos que no conseguía entender por qué mi mujer estaba tan angustiada. Aun así, no me moví de donde estaba. Y, al ver que mi guía seguía sin aparecer, yo también empecé a inquietarme. ¿De verdad que Serhat podía ser mi hijo? El silencio se prolongaba, y yo me iba poniendo cada vez más nervioso por culpa de aquel joven que me había dejado allí tirado.

–Cem Bey, Cem Bey –le oí gritar por fin desde el otro lado del muro.

Me quedé callado, sintiéndome cada vez más tenso. El chico siguió llamándome.

Poco después volví a verlo aparecer por el mismo lugar donde lo había perdido de vista hacía un rato. Empezó a caminar lentamente en mi dirección. Tendría más o menos mi misma altura, y había algo en su forma de andar, en la manera de oscilar los brazos y las manos, que me recordaba a mi padre. Eso me asustó.

Cuando llegó a donde me había dejado antes, gritó de nuevo:

–¡Cem Bey!

Desde donde me encontraba no conseguía vislumbrar su cara, y sentí un profundo anhelo de poder verlo de cerca una vez más. Había algo de onírico en aquella situación, en esconderme de aquel chico, después de tantos años, pensando que podría ser mi hijo. Envalentonado por la pistola que llevaba en el bolsillo, salí de mi escondite y me acerqué a él.

–¿Dónde se había metido? –dijo–. Si quiere entrar, sígame.

Dio media vuelta y empezó a caminar a lo largo del muro. Ahora la calle estaba todavía más oscura. Se me ocurrió pensar que quizá me llevara a algún rincón solitario y tenebroso para degollarme. ¡Cómo me gustaría poder volver a mirar de cerca su cara! Me adentré en la oscuridad siguiendo el sonido de sus pasos.

Cuando llegó a la parte baja del muro, Serhat saltó como un gato y desapareció al otro lado. Agarré a tientas la mano caliente y húmeda que me tendía (preguntándome por un momento si aquella podría ser en verdad la mano de mi hijo), y me encaramé también por encima del muro. Sí, aquella era nuestra explanada. El perro guardián de la fábrica tiraba con fuerza de la cadena, ladrando como un poseso.

Pensé que si conseguía soltarse le dispararía con la pistola, así que no perdí la calma y seguí caminando entre los edificios del complejo industrial. Era evidente que, cuando por fin había salido agua, Hayry Bey y su hijo –aquel que llevaba unas botas nuevas de fútbol el día que lo conocí– habían construido unos talleres de lavado y teñido mucho más grandes y ambiciosos de lo previsto en un principio. Diseminadas por el recinto había otras estructuras más rudimentarias, que debieron de construirse antes de que la industria textil se trasladara a China, Bangladesh y el Lejano Oriente durante

los últimos diez años. Estas naves –al igual que el edificio de administración con sus escaleras de mármol– llevaban abandonadas desde entonces y ahora se utilizaban como almacenes donde amontonar excedentes de materiales de construcción, contenedores vacíos y chatarra oxidada y polvorienta. Algunas se encontraban en estado ruinoso.

Nuestro pozo había sido engullido por el comedor para obreros que Hayri Bey prometía construir cada vez que venía al lugar de la excavación. El edificio tenía todas las ventanas rotas, por lo que ni siquiera se utilizaba como almacén. Seguí a mi guía bajo la tenue luz de una farola de neón que había al otro lado del muro, pasando entre telarañas, hierros oxidados, cañerías sueltas y siluetas informes de mobiliario de cafetería, hasta que llegamos por fin a la boca de hormigón de lo que había sido nuestro pozo.

–El candado no cierra muy bien –dijo mi guía, agachándose para trajinar con el cerrojo que sujetaba la tapa del pozo.

–Te conoces muy bien todo esto –dije.

–Enver solía traerme mucho por aquí.

–¿Y eso por qué?

–No lo sé –dijo sin dejar de forcejear con el candado–. ¿Por qué quería venir usted?

–Nunca me he olvidado de cuando trabajé aquí con Mahmut Usta –respondí.

–Créame, él tampoco lo olvidó.

¿Era una indirecta por haber dejado lisiado a Mahmut Usta?

En un momento en que mi joven guía se incorporó para recuperar fuerzas y emprenderla de nuevo con el candado, un haz de intensa luz alumbró su cara y aproveché para observar con atención al que podría ser mi hijo. Sentí una extraña sed dentro de mi corazón, un amor que ansiaba florecer.

Pero me llevé una desilusión. Si bien era cierto que las facciones, los gestos y la complexión del chico eran similares a los míos, no me gustaba su personalidad, eso que podríamos llamar el carácter. Ayşe se equivocaba. Ese no podía ser mi hijo.

Mi astuto guía percibió al instante que había algo en él que me disgustaba. Se hizo el silencio. Ahora era él quien me miraba con franca hostilidad.

–Déjame intentarlo a mí –dije, arrodillándome en la penumbra para

intentar forzar el candado.

Arrodillarme para abrir el candado sirvió para aligerar momentáneamente los remordimientos que inflamaban mi conciencia. ¿Qué estaba haciendo yo allí? De repente, el mecanismo cedió.

Me incorporé y le tendí al joven el candado que acababa de sacar de su argolla.

–Y ahora abre la tapa –dije, como un turista alemán ordenándole a un aldeano que le enseñara el pozo bizantino que había en su patio trasero.

Estaba decepcionado con mi guía y frustrado por su actitud displicente.

Hizo fuerza contra la tapa de metal oxidado, pero apenas logró moverla. Lo observé forcejar un poco más y, cuando ya no me pude contener, la agarré yo también. Tiramos los dos juntos, y la tapa del pozo cedió chirriando como la puerta de una mazmorra bizantina.

Bajo la luz pálida del lejano neón, vislumbré una telaraña y el destello nervioso de una lagartija. Un intenso olor a humedad me abrasó las fosas nasales, y de las profundidades de mi memoria emergieron las palabras «Viaje al centro de la Tierra».

El fondo del pozo estaba tan abajo que al principio ni siquiera se veía. Pero al cabo de un rato mis ojos se acostumbraron a la oscuridad. Al final pude ver cómo la luz se reflejaba en un charco de agua o de fango allá abajo. La distancia resultaba estremecedora.

Serhat y yo contemplamos el abismo sobrecogidos. El pozo era tan profundo que no solo provocaba pavor, sino también admiración por la persona que había abierto aquel agujero a golpe de pico y pala. Se me apareció ante los ojos la imagen de Mahmut Usta, regañándome desde el

fondo del pozo treinta años atrás.

–Me estoy mareando –dijo mi joven guía–. Sería tan fácil caerse ahí dentro... Esa profundidad parece atraerte.

–No sé por qué, pero me acaba de venir Dios a la cabeza –dije susurrando a su oído, como si le revelara un secreto, y por un momento me sentí muy cercano a él–. Mahmut Usta no era de esa gente que reza cinco veces al día. Aun así, cuando estábamos cavando este pozo hace ya treinta años, sentía que no nos adentrábamos en la tierra, sino que ascendíamos hacia el cielo y las estrellas, al nivel de Dios y de los ángeles.

–Dios está en todas partes –dijo Serhat en tono arrogante–. Arriba y abajo, en el norte y en el sur. En todas partes.

–Así es.

–Entonces ¿por qué no crees en Él?

–¿En quién?

–En Dios todopoderoso –respondió–. En Dios creador del universo.

–¿Y tú qué sabes si yo creo en Dios o no?

–Resulta bastante evidente...

Nos miramos fijamente sin decir palabra. El joven desprendía tal furia que pensé que sí podría ser mi hijo, y sentí cierta complacencia al descubrir su naturaleza fuerte y combativa. Pero también me asusté de lo que podría pasar si volvía su rabia contra mí, allí junto al pozo.

–Para defender su laicismo, los turcos ricos occidentales siempre alegan cosas como «¡Mi relación con Dios no es asunto tuyo!» –prosiguió Serhat–. Pero en el fondo Dios no podría importarles menos; utilizan su laicismo para enmascarar de modernidad cualquier atrocidad que quieran cometer.

–¿Y qué tienes tú contra la modernidad?

–¡Yo no tengo nada contra nada ni contra nadie! –dijo, sonando más tranquilo–. He querido ser yo mismo sin dejar que mis enemigos me definan, ni me obliguen a escoger entre falsas dicotomías como de derechas o de izquierdas, religioso o progresista. Así que evito a la gente y me concentro en mi poesía. Hace un rato alguien llamó a mi puerta, pero estaba escribiendo un poema y no le he abierto.

No entendí muy bien lo que dijo. Pero intuí que la rabia del joven podría diluirse si la conversación tomaba un cariz más académico.

–¿Tú crees que la modernidad es algo malo? –pregunté con la candidez de un borracho.

–El hombre moderno está perdido en la jungla de la ciudad. En cierto modo, se ha quedado sin padre. Pero su búsqueda del padre es totalmente inútil. Porque si es un individuo en el sentido moderno, nunca lo encontrará en el tumulto de la ciudad. Y si lo encuentra, dejará de ser un individuo. Jean-Jacques Rousseau, el inventor francés de la modernidad, lo sabía muy bien, y por eso renunció a su papel de padre y abandonó a sus cuatro hijos para que pudieran ser modernos. Nunca mostró el menor interés por ellos, ni siquiera intentó buscarlos. ¿Y tú? ¿También me dejaste abandonado aquí para que fuera moderno? Si fue así, entonces tenías razón.

–¿Cómo?

–¿Por qué no respondiste a mi carta? –preguntó, acercándose más a mí.

–¿Qué carta?

–Sabes perfectamente de lo que te hablo.

–Lo siento, pero con el *rakı* no me acuerdo de muchas cosas. ¿Por qué no volvemos a la cena y me lo recuerdas por el camino?

–¿Por qué no contestaste a la carta que te mandé firmando como «tu hijo»? Abajo te puse mi dirección de correo electrónico.

–Perdóname, por favor, pero ¿qué dices que firmaste?

–No hace falta que finjas tanta formalidad ahora –dijo Serhat–. Ya hace un buen rato que sabes quién soy.

–No estoy seguro de entender, Serhat Bey.

–Mi nombre no es Serhat. Soy Enver, tu hijo.

Nos quedamos callados durante un buen rato. Incluso el perro guardián de la fábrica dejó de ladrar inexplicablemente. Reinaba un silencio absoluto, y entonces me acordé de aquella época en que mi padre nos abandonó y no conseguía recordar su cara. Era una sensación parecida a cuando saltaban los plomos, a una ceguera repentina.

Miraba a Enver, y él me miraba a mí, tratando de leer mis pensamientos. Sentí cómo la decepción crecía lentamente en mi interior. Era consciente de que nuestro encuentro no sería como en esos melodramas turcos, que no iba a abrazarlo gritando entre lágrimas: «¡Hijo mío!».

–Al parecer eres tú el que ha estado fingiendo –dije al fin–. ¿Por qué

querría mi hijo Enver hacerse pasar por Serhat?

–Para saber si le gustaría su padre... si podría sentir afecto por él. La paternidad es algo muy importante para mí.

–¿Y qué es para ti un padre?

–Un padre es la persona fuerte y cariñosa que hasta el final de sus días acepta y cuida al hijo que ha engendrado. Él es el origen y el centro del universo. Cuando eres consciente de que tienes un padre, te sientes bien aunque no puedas verlo, porque sabes que siempre estará ahí, dispuesto a amarte y protegerte. Yo no he tenido un padre así.

–Por desgracia, yo tampoco –dije impasible–. ¡Pero si lo hubiera tenido, él habría esperado de mí que lo obedeciera, y habría reprimido mi individualidad con su cariño y su fuerte personalidad!

Los ojos de Enver se abrieron al comprender que su padre había estado meditando mucho sobre esos temas. Ahora me escuchaba con un interés sincero, incluso respetuoso, lo cual me animó a seguir:

–¿Habría sido feliz si me hubiera sometido a la voluntad de mi padre? –me pregunté en voz alta–. Quizá habría sido un buen hijo, pero no habría podido ser un verdadero individuo.

Interrumpió mi reflexión bruscamente:

–Los ricos turcos occidentalizados están tan obsesionados con el individualismo que no solo se han olvidado de ser individuos, sino incluso de ser ellos mismos –dijo–. Están demasiado pagados de sí mismos como para creer en Dios. Su individualidad es lo único que les importa. Y la mayoría elige no creer en Dios para demostrar que son distintos del resto, aunque ni siquiera son capaces de admitirlo. Pero la fe consiste precisamente en ser como todo el mundo. La religión es el paraíso y el consuelo de los humildes.

–Estoy de acuerdo.

–Así que estás diciendo que crees en Dios. Debe de ser algo muy difícil de admitir para un turco rico occidentalizado.

–Lo es.

–Pues si realmente crees en Dios y lees el Corán, ¿por qué dejaste abandonado a Mahmut Usta en este pozo sin fondo? ¿Cómo pudiste hacerlo? El verdadero creyente tiene conciencia.

–He estado pensando mucho en ello. Yo por entonces no era más que un

crío.

–No, no lo eras. Por entonces ya eras lo bastante mayor como para acostarte con mujeres y dejarlas embarazadas.

La agudeza de su réplica me dejó aturdido.

–Lo sabes todo –murmuré.

–Sí, Mahmut Usta me lo contó todo –espetó Enver con hostilidad–. Dejaste al maestro en el fondo del pozo porque eres demasiado engreído, porque creíste que como individuo valías mucho más que él. Tu escuela, la universidad, tu vida era mucho más importante que la de aquel pobre hombre.

–Así es como suele pensar todo el mundo.

–¡Todo el mundo no!

–Tienes razón –dije apartándome de la boca del pozo.

Se hizo un largo silencio. El perro empezó a ladrar de nuevo.

–¿Tienes miedo? –preguntó mi hijo.

–¿De qué?

–De caerte al pozo.

–No lo sé –dije–. La gente debe de estar preguntándose dónde estamos. Venga, volvamos ya... Esta forma irreverente de hablarme no es para nada lo que habría esperado de un hijo...

–¿Y cómo debería haberme dirigido a usted, querido padre? –preguntó sarcástico–. Si quiere que sea un hijo obediente, no podré ser un individuo occidental, ¿no es así? Y si quiere que sea un individuo occidental, entonces no podré ser un hijo obediente. Tendrá que ayudarme con esto, padre.

–Mi hijo debería ser capaz de obedecer a su padre por voluntad propia, y a la vez seguir siendo un individuo pleno –dije–. Nuestra personalidad no solo se forja mediante el uso de las libertades, sino también mediante el influjo del pasado y los recuerdos. Este pozo para mí supone un pasado real, un recuerdo real... Enver Bey, te agradezco que me hayas traído hasta aquí. Pero esta conversación ya ha terminado.

–¿Por qué quieres volver? ¿Tienes miedo?

–¡De qué iba yo a tener miedo!

–Puede que no tengas miedo de caerte al pozo por accidente, pero sí de que yo pueda empujarte y arrojarte al fondo –dijo mirándome a los ojos.

Le sostuve la mirada.

–¿Y por qué ibas a hacerle algo así a tu propio padre? –pregunté al fin.

–Para vengarme de Mahmut Usta... –empezó a enumerar–. Para hacerte pagar por haberme dejado abandonado, por haber seducido a mi madre, que era una mujer casada. Porque después de tantos años ni siquiera te has dignado contestar a la carta de tu hijo... O quizá para ser el individuo occidentalizado que tú querías que fuera. Y, naturalmente, para heredar toda tu fortuna...

Me asusté al escuchar aquella larga lista de razones. Traté de disuadir a mi hijo haciéndole entrar en razón.

–Pasarás por un calvario en los tribunales y acabarás pudriéndote en prisión –le advertí con prudencia y ternura–. Te consumirás en la cárcel esperando la próxima visita de tu madre. Matar a un padre o rebelarse contra el Estado puede verse como algo honorable en Occidente, pero aquí en Turquía no. Aquí todo el mundo, excepto tu madre, te odiará por lo que has hecho. Y el Estado te desposeerá de la herencia por haber matado a tu padre.

–Uno no hace estas cosas pensando en las consecuencias –dijo él–. Si piensas en las consecuencias, no puedes ser libre. La libertad consiste en olvidarse de la historia y de la moral. ¿No has leído nunca a Nietzsche?

Opté por guardar silencio.

–Además, si ahora te agarrara del brazo y te arrojara al pozo... y dijera que mi padre se cayó por accidente, nadie podría demostrar lo contrario.

–Cierto.

–A veces me siento tan furioso contigo que lo que realmente me gustaría es arrancarte los ojos –añadió mi hijo con aire meditativo–. ¡La cosa más insoportable de un padre es que siempre pueda verte!

–La mirada de un padre debería ser algo hermoso.

–¡Solo si es un padre de verdad! Un padre de verdad es un padre justo. Y tú ni siquiera eres un padre de verdad. Así que empezaré dejándote ciego.

–¿Y eso por qué?

–Soy poeta; lo que hago es jugar con las palabras. Pero también sé que lo que pensamos realmente no puede expresarse con palabras, sino con imágenes. Nunca podré expresar lo que pienso de verdad con palabras, pero sí que puedo visualizarlo como una imagen. Y la única manera de convertirme en un individuo tal y como tú querías que fuera es dejándote

ciego. ¿Y sabes por qué? Porque al hacerlo seré por fin yo mismo; habré contado mi propia historia y forjado mi propia leyenda.

Resultaba muy doloroso verlo descargar toda su arrogancia y hostilidad contra mí. Debería haberle besado y abrazado con fuerza contra mi pecho como habría hecho un verdadero padre. Pero me dejé arrastrar por la decepción y el remordimiento, y dije algo que no debería haber dicho:

–Tú tampoco eres un verdadero hijo –dije–. Estás lleno de resentimiento y eres demasiado sumiso.

–¿Sumiso? ¡Dime tú cómo puedo ser sumiso!

Retrocedí un paso ante el aspaviento furioso con que recalcó sus palabras. Él avanzó hacia mí.

Entonces cometí un nuevo error y saqué la pistola Kırikkale del bolsillo interior de mi chaqueta, mostrándole con gesto teatral, medio en broma, cómo le quitaba el seguro.

–No te acerques más, hijo. No me obligues a hacer esto. ¡Podría dispararse! –exclamé.

–Ni siquiera sabes usarla –dijo antes de abalanzarse sobre mí para tratar de arrebatarme el arma.

Caímos en medio de la oscuridad, padre e hijo, y luchamos encarnizadamente sobre la tierra enmohecida junto al pozo. Rodamos varias veces por el suelo, hasta que al final consiguió ponerse a horcajadas sobre mí, me agarró la mano y empezó a golpearla contra el hormigón del pozo para obligarme a soltar la pistola...

TERCERA PARTE

LA MUJER DEL PELO ROJO

Una noche de hará unos treinta o treinta y cinco años, hacia la primera mitad de la década de los ochenta, algunos miembros de nuestra compañía de teatro estábamos cenando y bebiendo con un grupo de activistas políticos de la ciudad de provincias donde habíamos ido a actuar, cuando vimos que había una mujer pelirroja en la otra punta de la larga mesa. Enseguida todos se pusieron a comentar la extraordinaria coincidencia de tener a dos pelirrojas sentadas a la misma mesa, preguntándose qué probabilidades había de que ocurriera algo así, de si aquello sería un augurio de buena suerte o de cualquier otro tipo, cuando la mujer que estaba en el otro extremo dijo de pronto:

–Yo soy pelirroja natural. –Lo dijo como si se disculpara, pero también orgullosa–. Fijaos, tengo la cara y los brazos llenos de pecas. Y también tengo la piel blanca y los ojos verdes.

Toda la mesa se volvió hacia mí, preguntándose cómo iba a responder a aquello.

–Tú eres pelirroja de nacimiento, y yo lo soy por voluntad propia –me apresuré a contestar.

Que conste que no soy una persona de réplicas ingeniosas, pero era un tema al que ya le había dado muchas vueltas.

–Dios te bendijo con una melena pelirroja; lo que a ti se te concedió por destino, para mí es una elección consciente.

No quise extenderme más para no parecer arrogante ante aquella reunión de bebedores. Porque ya empezaban a oírse algunas risitas burlonas. Pero si no hubiera respondido, habría sido como decir «Sí, soy pelirroja teñida», y mi

silencio habría equivalido a una derrota. Se habrían llevado una idea equivocada de mi carácter y me habrían tachado de impostora con aspiraciones mediocres.

Para aquellas que nos convertimos en pelirrojas, la elección del color es como escoger una personalidad. Y desde que me convertí en pelirroja, me he pasado el resto de mis días tratando de ser fiel a mi elección.

A los veintitantos años era una actriz clásica que buscaba dar a conocer la tradición del teatro turco a un público moderno, y no una simple comedianta que extraía lecciones morales de antiguos cuentos y leyendas. Y pese a toda la indignación de mis ideas liberales, me sentía básicamente feliz. Mi amado de aquella época –un apuesto militante, casado y diez años mayor que yo– acababa de dejarme tras una relación mantenida en secreto que había durado tres años. ¡Pero qué romántico había sido todo, qué felices habíamos sido mientras leíamos juntos todos aquellos libros! Y aunque por una parte estaba furiosa con él por haberme dejado, por otra no podía culparle, porque nuestro amor secreto había sido descubierto y nuestros camaradas no iban a consentirlo. Insistían en que nuestra relación despertaría celos y que acabaría perjudicando a los demás miembros del grupo. Y casi sin darme cuenta, estábamos en 1980 y se produjo otro golpe militar. Algunos entraron en la clandestinidad; otros cruzaron en barco hasta Grecia y desde allí huyeron a Alemania, donde se convirtieron en exiliados políticos; otros fueron arrestados y torturados. Mi antiguo amor Akın volvió ese mismo año con su mujer y su hijo, de vuelta a su farmacia. Y Turhan, que siempre me había desquiciado porque me pretendía y porque hablaba mal de mi amado, ahora entendió mi dolor y empezó a portarse bien conmigo. Una cosa llevó a la otra y terminamos casándonos, pensando que también sería bueno para el grupo, Patria Revolucionaria.

Sin embargo, a mi marido lo obsesionaba que hubiera tenido una relación amorosa con otro hombre. Pensaba que eso socavaba su autoridad ante los dirigentes jóvenes del grupo, aunque tampoco podía acusarme a mí de «ligera». Aun así, no era como mi antiguo amor, Akın, que había olvidado tan pronto a quien había amado. Porque aunque fingía que no pasaba nada, empezó a imaginarse mofas e insinuaciones veladas en los comentarios más inocentes. Poco después acusó de inacción a sus compañeros de Patria

Revolucionaria y se marchó a Malatya a organizar la lucha armada. Pero cuando los mismos compatriotas a los que trataba de reclutar para la causa delataron a aquel agitador, los gendarmes acorralaron a mi marido en la orilla del río. No creo que tenga que contar lo que ocurrió después.

Esta segunda gran pérdida en mi vida en tan poco tiempo hizo que me desencantara todavía más de la política. A veces me planteaba regresar a casa con mis padres –mi padre, ya jubilado, había formado parte del gobierno local–, pero nunca me vi con ánimos de dar el paso. Volver supondría aceptar la derrota y también renunciar al teatro. Porque me resultaría muy difícil encontrar otra compañía que me permitiera unirme a ellos. Al contrario de lo que se pensaba, yo no quería actuar por motivos políticos, sino por amor al teatro.

Así que al final me quedé con el grupo, y al cabo de un tiempo me casé con el hermano pequeño de mi difunto marido, al igual que hacían las viudas de los soldados de caballería otomanos que iban a la guerra contra Irán y no regresaban nunca. La única diferencia es que lo de casarme con Turgay fue idea mía. Y también lo fue animarlo a fundar una compañía de teatro popular ambulante. En aquellos primeros años, nuestro matrimonio transcurrió de un modo inesperadamente feliz. Había amado y perdido a dos hombres, y la juventud casi pueril de Turgay parecía una especie de garantía de que aquello duraría. Pasábamos los inviernos en grandes ciudades como Estambul y Ankara, actuando en locales y salas de reunión de organizaciones izquierdistas que apenas podían considerarse teatros, mientras que en verano, por recomendación o invitación de nuestros amigos, empezamos a montar la carpa ambulante en las afueras de pueblos de provincias, centros vacacionales o cuarteles militares. Aquella vez que coincidimos las dos pelirrojas a la misma mesa fue el tercero de aquellos años, y hacía ya uno que había empezado a teñirme de pelirroja.

A decir verdad, no fue una decisión muy meditada. Un día entré en una peluquería de barrio de Bakırköy y le dije al peluquero de mediana edad que la regentaba:

–Quiero cambiarme de color.

Ni siquiera tenía una idea concreta en mente.

–Su pelo es de un castaño bastante claro. El rubio le sentaría muy bien.

–Tíñeme de pelirroja –dije casi por impulso–. Creo que me quedará bien.

Me puso un tinte de un color entre anaranjado y el rojo del camión de los bomberos. Era demasiado llamativo, pero ni Turgay ni nadie más de mi entorno puso ninguna objeción. Quizá pensarán que me estaba preparando para algún papel. Era consciente de que también lo achacaban a una especie de superación de los dos trágicos romances que había sufrido. «¿Quién podría culparla?», dirían con indulgencia, antes de mirar hacia otro lado.

Aquellas reacciones me ayudaron a comprender plenamente el significado de lo que había hecho: a los turcos les preocupa mucho la distinción entre lo auténtico y lo artificial. Después de la pomposa observación de aquella pelirroja sentada a la mesa donde bebíamos *rakı*, dejé de confiar mi cabello a los tintes sintéticos de peluquería y empecé a teñírmelo yo misma con henna que compraba en el mercado. Supongo que aquella fue la consecuencia de mi encuentro con la pelirroja natural.

Cuando estaba en el escenario, siempre prestaba especial atención a los muchachos de instituto, universitarios y reclutas solitarios, entregándome con pasión y abriendo mi corazón a sus anhelos y sueños juveniles. En mucha mayor medida que los adultos, ellos eran capaces de distinguir los matices de los colores, de diferenciar entre lo falso y lo auténtico, entre las emociones sinceras y las artificiosas. Si no me hubiera teñido con mi propia henna, puede que nunca hubiera atraído la atención de Cem.

Me fijé en él porque él se había fijado en mí. Se parecía tanto a su padre que era una delicia mirarlo. Me di cuenta de que se había prendado de mí cuando lo vi espiando las ventanas de la casa donde vivíamos. Era muy tímido, lo cual yo apreciaba mucho. Los tipos desvergonzados me asustan, y ya tenemos muchos de esos por aquí. Porque la desvergüenza es contagiosa, tanto que a veces siento que voy a ahogarme en este país. La mayoría de esos hombres quieren que seas tan desvergonzada como ellos. Pero Cem era educado y tímido. Y la noche que vino al teatro a ver la función, durante el paseo que dimos después por la plaza de la Estación, me enteré por fin de quién era.

Me quedé muy sorprendida, aunque desde el principio, en algún lugar de mi mente, había presentido que ya lo conocía. El teatro me ha enseñado a no desestimar las casualidades que se presentan en la vida. No es casualidad que

tanto mi hijo como su padre soñaran con ser escritores. No es casualidad que treinta años después me reencontrara en Öngören con el padre de mi hijo. No es casualidad que, al igual que le había ocurrido a su padre, mi hijo sufriera el dolor de la ausencia paterna. No es casualidad que, después de tantos años derramando lágrimas sobre el escenario, ahora me hubiera convertido en una mujer que llora de verdad en la vida.

A raíz del golpe militar de 1980, nuestra compañía de teatro popular se vio obligada a moderar su activismo político y diluir la retórica izquierdista para evitar meternos en líos con el gobierno. Tratando de atraer al mayor número de público posible, incluí en mis representaciones discursos extraídos del *Mesnevi* y de antiguos relatos y parábolas sufíes, así como escenas emotivas sacadas de viejos relatos populares como el de «Hüsrev y Şirin» o el de «Kerem y Aslı». No obstante, nuestra pieza más popular era sin duda el desgarrador monólogo final de la historia de Rostam y Sohrab, que había adaptado por recomendación de un viejo amigo guionista que escribía melodramas para películas de Yeşilçam y que me había asegurado que esa imperecedera escena era infalible.

Después de mis pequeñas parodias de anuncios de televisión, me lanzaba a bailar sensuales danzas orientales que hacían que aquella panda de lujuriosos, enardecidos por la visión de mi minifalda y de mis largas piernas, gritaran obscenidades (los más despreciables vociferaban «¡Desnúdate!»), y, o bien se enamoraban en el acto de mí, o bien se entregaban a elaboradas fantasías sexuales; pero en cuanto Tahmine, la madre de Sohrab, salía al escenario y profería un estremecedor grito al descubrir que el padre había matado a su hijo, hasta los más perversos se sumían en un desasosegante y sepulcral silencio.

Entonces rompía a llorar, unos sollozos suaves que iban aumentando hasta convertirse en un llanto desgarrador. Mientras lloraba, sentía el poder que ejercía sobre el público y me regocijaba por dentro de haber consagrado mi vida entera al teatro. Allí de pie en el escenario, ataviada con un largo y revelador vestido rojo, luciendo todas aquellas joyas de atrezo, la ancha bandolera militar en la cintura y una pulsera de tiempos ancestrales en la muñeca, lloraba con el dolor que solo una madre puede conocer, y al ver a aquellos hombres sentados ante mí podía sentir cómo temblaban sus almas,

cómo se humedecían sus ojos, cómo los corroían los remordimientos. Desde que daba comienzo la pelea, percibía que la mayoría de aquellos jóvenes airados de provincias se identificaban inconscientemente no con Rostam, el poderoso y autoritario, sino con su hijo Sohrab. En el fondo eran sus propias muertes las que estaban llorando, pero no podían dejarse arrastrar por el llanto hasta que su madre de pelo rojo desahogase todo su insoportable dolor sobre el escenario.

Incluso presa de aquellas desgarradoras emociones, muchos de mis admiradores no podían evitar posar sus ojos en mis labios, mi cuello, mis pechos, mis piernas y, naturalmente, en mi roja cabellera, poniendo de manifiesto que, como sucedía en las viejas leyendas populares, el sufrimiento existencial se entremezclaba siempre con el deseo sexual. Eran momentos excepcionales y gloriosos, en los que con cada mirada, con cada giro de mi cuello, con cada movimiento de mi cuerpo, lograba llegar tanto a la mente como al alma de todos ellos, apelando al mismo tiempo a su sensualidad juvenil. A veces uno de aquellos muchachos estallaba en un ruidoso llanto, y sus sollozos pronto se contagiaban a algunos de los que le rodeaban. Otros empezaban a aplaudir, ahogando mis palabras y provocando trifulcas entre el público. En varias ocasiones fui testigo de cómo la multitud del teatro se volvía literalmente loca: los que lloraban a voz en grito insultaban a los que sollozaban discretamente, los espectadores enfadados abroncaban a los que aplaudían de pie y también a los que permanecían sentados en silencio. Normalmente esa emoción y esa intensidad es algo que anhelo recibir del público, pero aquella atmósfera de violencia llegaba a asustarme.

Más adelante traté de encontrar otra escena que igualara a la de la llorosa Tahmine, así que introdujimos una reinterpretación del momento en que el profeta Abraham se disponía a cortarle el cuello a su hijo para demostrar su sumisión a la voluntad de Dios; yo interpretaba a una mujer que lloraba al fondo, y después al ángel que entraba en el escenario portando un carnero de juguete. Pero en esa historia no había realmente espacio para una mujer, y no lograba conmover al público. Después adapté el diálogo de Yocasta con su hijo Edipo para convertirlo en un monólogo... La idea de que un hijo matara a su padre por error era recibida con cierto desapego emocional, pero al menos apelaba al intelecto del público. Debería haberlo dejado ahí. Ojalá

hubiera omitido la parte en que el hijo se acostaba con su madre de pelo rojo. Hoy puedo ver que aquello nos trajo mala suerte. Turgay me lo había advertido. Pero no le hice caso, como tampoco se lo hice al chico que traía el té durante los ensayos y que al oír el monólogo preguntó «¿Qué demonios es eso?», por no mencionar lo que dijo Yusuf, el gerente del teatro: «¡No me gusta nada esto!».

En 1986, en el pueblo de Güdül, encarné a una Yocasta de pelo rojo que derramaba lágrimas desesperadas mientras contaba que, sin saberlo, se había acostado con su propio hijo. Después de la primera representación recibimos varias amenazas, y después de la segunda prendieron fuego al teatro en plena noche y por muy poco conseguimos apagar las llamas. Un mes más tarde volví a interpretar el mismo monólogo en Samsun, cerca de los barrios de chabolas de la costa, y a la mañana siguiente un grupo de chavales apedreó nuestra carpa. En Erzurum, un grupo de furiosos jóvenes nacionalistas nos acusó de representar «obras griegas», y ante sus amenazas tuve que refugiarme en el hotel mientras patrullas de valientes y honestos policías montaban guardia alrededor del teatro. Empezaba a pensar que nuestro arte era demasiado explícito para las gentes de provincias, pero incluso en Ankara, después de un par de representaciones en el pequeño escenario con olor a café y *raki* de la Fundación de Patriotas Progresistas, nos vimos obligados a suspender la función ante las acusaciones de «ofensas a los sentimientos y la sensibilidad del público». Era difícil alegar nada en contra de la decisión del juez en un país donde el insulto más habitual consistía en mentar a la madre.

Estos eran temas de los que solía hablar con Akin, el abuelo de mi futuro hijo, cuando yo tenía veintitantos años y estábamos enamorados. Él siempre recordaba con asombro y bochorno todas las guarradas e improperios que aprendían los chavales en el colegio, en el instituto, en el servicio militar, tacos e insultos que yo nunca había oído y que al mencionármelos apostillaba con un «¡Qué asco!», antes de soltar un apasionado discurso sobre «la opresión de la mujer» y asegurarme que todas esas obscenidades se acabarían cuando alcanzásemos el paraíso de la clase obrera. Solo tenía que ser paciente y respaldar a los hombres mientras preparaban la revolución. Pero este no es momento ni lugar para entrar en manidos debates sobre la desigualdad de

sexos en la izquierda turca. Mis últimos monólogos no deben ser solo airados; también deben ser poéticos y elegantes. Espero que el libro de mi hijo presente también esas cualidades y logre transmitir a los lectores las mismas emociones que yo transmitía al público desde el escenario. De hecho fui yo quien le sugirió a Enver que escribiera un libro con todo lo que nos había ocurrido, empezando por su padre y por su abuelo.

Cuando no era más que un niño, me planteé la posibilidad de escolarizarlo en casa y no enviarlo a un lugar donde perdería su bondad y su humanidad innatas aprendiendo los malos hábitos masculinos que los críos solían adquirir al crecer. Pero Turgay consideró mi idea como una mera fantasía. Cuando nuestro hijo empezó la primaria en Bakırköy, mi marido y yo dejamos el teatro y empezamos a trabajar doblando aquellas series extranjeras que se hicieron tan populares en la época. La razón de que volviéramos a Öngören fue Sırrı Siyahoglu. Puede que nuestro entusiasmo por el socialismo y las ideas izquierdistas se hubiera diluido, pero aún seguíamos en contacto con los viejos amigos. Él fue quien hizo que nos reencontráramos con Mahmut Usta después de todos aquellos años.

A Enver le encantaba escuchar las viejas historias del maestro pocero. Solíamos ir a visitarlo a su casa, donde tenía un hermoso pozo en el patio trasero. Durante el auge de la construcción que siguió a su hallazgo de agua en la zona, Mahmut Usta se había hecho rico cavando pozos y vivía cómodamente gracias a los terrenos que había comprado en aquellos primeros días y cuyo valor se había disparado. Los vecinos de Öngören le concertaron un matrimonio con una hermosa viuda cuyo marido les había abandonado a ella y a su hijo para marcharse a Alemania, y del que nunca más se supo. Mahmut Usta adoptó al crío como si fuera suyo y fue un buen padre para él. Enver y el muchacho –se llamaba Salih– se hicieron muy buenos amigos. Intenté despertar en Salih el gusto por el teatro, pero fue en vano. La mayoría de los miembros de mi compañía de teatro juvenil eran amigos de Enver, además de otros niños y muchachos de Öngören. Esa fue la razón de que empezara a ir más a menudo al pueblo. La pasión por el teatro es contagiosa. Muchos de esos chavales acudían regularmente a casa de Mahmut Usta. Este había cerrado con una tapa metálica y un candado el pozo que él mismo había cavado en su jardín con olor a madreSelva, para evitar

que los críos que jugaban por allí pudieran caerse dentro. Aun así, yo solía asomarme desde el balcón del segundo piso para gritarles: «¡No os acerquéis al pozo!». Porque cuanto más las leemos, cuanto más creemos en ellas, las viejas historias y leyendas acaban ocurriendo en la vida real.

Yo tuve mucho que ver en el rescate de Mahmut Usta de aquel pozo. La noche anterior, después de haber hecho el amor con mi torpe amante adolescente –que me dejaría embarazada, algo que ninguno de los dos habría alcanzado siquiera a imaginar–, el muchacho, mientras apuraba otro vaso de *rakı* Kulüp, me lo contó «absolutamente todo» (esas fueron sus palabras): que su jefe lo presionaba demasiado, que ya se había hartado y quería volver a casa con su madre, que estaba convencido de que nunca iban a encontrar agua, y que no se había quedado en Öngören por el pozo, sino por mí.

Así que al mediodía del día siguiente, cuando lo vi corriendo angustiado hacia la estación con su pequeña maleta, me quedé muy confusa. La mayoría de los hombres que después de verme actuar se enamoraban de mí (aunque fuera de forma pasajera) no se contentaban con verme solo una vez; además solían ponerse extremadamente celosos.

Probablemente solo estaba decepcionada por no volver a ver a Cem. Apenas me había contado nada de su padre; ¡quizá hubiera sospechado algo de lo nuestro! Nosotros habíamos planeado marcharnos en el siguiente tren, pero no podía entender por qué Cem había abandonado inesperadamente Öngören como si fuera un delincuente. La estación estaba abarrotada de una muchedumbre de niños y lugareños con cestas llenas de productos del mercado. La noche antes de la visita de Cem, Turgay había pedido a Ali, el aprendiz, que llevara a Mahmut Usta a nuestro teatro, donde vio la función en un respetuoso silencio. Cuando descubrimos que Ali ya no trabajaba para él y que el dueño del terreno había dejado de financiar la excavación, nos entró la curiosidad por saber qué había pasado y enviamos a Turgay a la explanada de arriba. Al final perdimos el tren, así que el resto de la compañía, junto con Ali, emprendimos el camino hacia el pozo, como los personajes de algún viejo cuento. Al llegar allí, ayudamos al aprendiz a bajar al fondo, de donde subió cargando a un Mahmut Usta medio inconsciente.

Se llevaron al maestro pocero al hospital, y más tarde nos enteramos de que, antes de que su clavícula rota se hubiera soldado correctamente, ya había

vuelto a trabajar en el pozo. Nunca llegamos a saber si había encontrado a otro aprendiz que lo ayudara; para entonces ya nos habíamos marchado de Öngören. A decir verdad, yo solo quería olvidar que, en un arrebato melodramático, me había acostado allí con un chaval de instituto, de cuyo padre, para más inri, había estado muy enamorada, aunque aquel amor ya se había consumido. Aún no tenía treinta y cinco años y ya había aprendido lo orgullosos y débiles que podían ser los hombres, el espíritu individualista que les corría por las venas. Tanto si los padres mataban a los hijos como si ocurría al revés, los hombres siempre salían victoriosos, y lo único que yo podía hacer era llorar. Quizá lo que necesitaba era olvidarme de todo aquello y emprender una nueva vida lejos de allí.

Turgay nunca sospechó que Cem pudiera ser el padre de Enver, pero el caso es que yo tampoco. Es cierto que al principio, al echar cuentas, la idea se me pasó un par de veces por la cabeza, pero no le di muchas vueltas. Sin embargo, a medida que Enver crecía, me fui dando cuenta de que sus ojos y sobre todo su nariz no se parecían en nada a los de Turgay, y volví a plantearme una vez más si el padre de mi hijo no sería en verdad mi amante adolescente. ¿Se lo plantearía también Turgay?

Enver y Turgay nunca se llevaron bien. Era como si, cada vez que miraba a nuestro hijo, recordara que yo antes había estado casada con su hermano Turhan. Además, parecía compartir la opinión de aquel de que, como yo antes había estado liada con un hombre casado, también le habría sido infiel a Turhan. Esto nunca me lo dijo a las claras, pero yo intuía que era lo que sentía. Como tampoco admitiría nunca que no podía soportar mi pelo rojo... ¡porque le recordaba a mi pasado!

Le di a leer a Turgay algunas páginas de obras de teatro y novelas traducidas del inglés y el francés que mostraban que en Occidente las pelirrojas simbolizaban a mujeres fuertes, temperamentales, con genio, pero no pareció muy impresionado. En una revista femenina encontré un artículo, traducido de una publicación europea similar, titulado «Los tipos de mujer según los hombres». Había una imagen de una hermosa pelirroja con el siguiente pie de foto: «Fiera y misteriosa». Me recordaba a mí en el porte, en la forma de los labios. La recorté con cuidado y la colgué en la pared, pero mi marido no mostró el más mínimo interés por ella. Mucho hablar de izquierda

y de internacionalismo, pero los horizontes de Turgay eran mucho más estrechos de lo que pretendía aparentar. Según él, en nuestro país la pelirroja representaba a una mujer de moral relajada. Y si aun sabiéndolo encima se teñía de rojo, significaba que asumía de forma consciente esa identidad. Solo el hecho de ser actriz ayudaba a atenuar mi culpa, al convertirse en una especie de representación teatral.

Así fue como, en aquellos años en que nos dedicamos al doblaje, Turgay y yo empezamos a distanciarnos. Vivíamos en un apartamento de Bakırköy que él había heredado de su familia, pero aun así Enver apenas veía a su padre. Turgay estaba muy ocupado doblando anuncios y haciendo otros trabajos extra, y casi siempre llegaba muy tarde a casa o ni siquiera aparecía. Por desgracia, sé muy bien lo que es criar a un hijo que espera a su padre en casa sin saber nunca si vendrá o no a cenar.

Eso hizo que Enver y yo acabáramos estando muy unidos. Yo estuve allí para presenciar sus diferentes cambios anímicos, para ver cómo evolucionaban su sensibilidad y su carácter afectivo. Entreví sus miedos, sus silencios y sus pequeñas angustias del mismo modo que podía sentir sus momentos de rabia, de soledad, de desesperación. Me encantaba acariciar la delicada piel de sus brazos, de sus piernas, de su cuello, al tiempo que observaba complacida cómo se ensanchaban sus hombros y le crecían las orejas. El crecimiento de sus órganos sexuales me resultaba igual de gratificante que el desarrollo de su mente y de su capacidad de razonamiento, o que la pervivencia de su simplicidad infantil.

A veces éramos tal como nos gustaba ser, buenos amigos que se pasaban el día charlando, bromeando, jugando al escondite en casa, haciendo crucigramas o yendo a comprar juntos al mercado. Pero otras veces caía sobre nosotros un velo de soledad y melancolía, y nos refugiábamos en nosotros mismos, aislándonos del otro, aterrados ante la magnitud del mundo y angustiados por el lugar que ocupábamos en él. En esos momentos comprendía lo difícil que es empatizar con otra persona, conocerla realmente y comulgar con su alma, incluso si esa persona en cuestión era mi hijo Enver, lo que más quería en la vida. Lo tomaba de la mano para enseñarle el mundo: las calles, las casas, los cuadros, los parques, el mar, los barcos... Quería que jugara en la calle con sus amigos, primero en Bakırköy y luego en Öngören,

que aprendiera a luchar por sí mismo y a defender su postura, pero al mismo tiempo deseaba con todas mis fuerzas que se mantuviera alejado de aquellos delincuentes que se insultaban unos a otros mentando a la madre, pero sobre todo que no se convirtiera en uno de aquellos tipos que gritaban obscenidades en nuestro teatro.

Enver pasó mucho menos tiempo jugando en la calle que los demás críos de su edad. Pero lo que yo más lamentaba era que fuera un estudiante mediocre, que no sacara las mejores notas. A veces me preguntaba por qué eso me afectaba tanto. Después de todo, más que el hecho de que hiciera una carrera brillante o incluso que ganara mucho dinero, lo que yo más deseaba era que mi hijo fuera un ser humano compasivo, que valorara la verdad y la justicia y que estuviera en paz consigo mismo. ¡Pero sentía que mi hijo podía ser feliz y un héroe al mismo tiempo! Tenía tantas esperanzas depositadas en él... Rogaba a Dios que no se convirtiera en el tipo de persona que solo se preocupa por cosas triviales. Cuando era pequeño y abría su boquita rosa y sus ojitos para echarse a llorar desconsoladamente, yo entonaba a modo de oración: «Que mi pequeño Enver no tenga que llorar nunca en la vida».

Clavaba la mirada en sus ojitos húmedos y le decía muy seria que él era distinto de los demás, que había algo muy especial en su alma. Leíamos juntos libros infantiles, cuentos antiguos, poemas. Veíamos dibujos animados y programas de teatro para niños en televisión. Yo percibía que era más profundo y sensible que su padre y que su abuelo. Le dije que algún día escribiría obras teatrales. Se quedó solo con lo de escritor, lo del teatro nunca le convenció.

Después de primaria, empezó a emerger ese carácter arisco y colérico que yo no había visto ni en su padre ni en su abuelo. Toleré sus arrebatos pensando que quizá los habría heredado de mí. Porque siempre había sido un niño muy tranquilo. Cuando era un bebé, a Enver le encantaba el momento del baño, cuando yo le frotaba su gracioso y delicado cuerpecito con agua templada, cuando enjabonaba con cuidado sus bracitos delgados como ramas, su tierna y preciosa cabecita como un melón, su colita pequeña como una habichuela, sus pezones como fresitas... El ambiente en el cuarto de baño era muy cálido y agradable, y a veces yo me lavaba después de él en la misma agua caliente. En la casa de Bakırköy el lavabo tardaba mucho en calentarse,

así que, hasta que cumplió los diez años, Enver y yo nos metíamos juntos en la bañera. Después le enseñé a lavarse él solo, a enjabonarse las piernas, la cabeza y el pelo manteniendo los ojos cerrados.

Esto a mi hijo nunca le hizo gracia, y he llegado a pensar que sus arrebatos de furia, que se fueron haciendo más extremos y violentos con la edad, tuvieron su origen en aquellos años. Durante sus años de instituto, cuando Turgay dejó de aparecer del todo por casa, Enver estaba siempre muy triste, y su tristeza se vio exacerbada cuando no consiguió entrar en una buena universidad, y también al ver mi decepción, que pese a todo mi amor por él no logré disimular. Fue por aquel entonces cuando empezó a pillarle el gusto a discutir conmigo y a llevarme la contraria en todo. Si criticaba sus cómics o cambiaba el canal que estuviera viendo, me soltaba furioso: «¡Tú qué vas a saber!». Se rapaba el pelo como un fugitivo, se dejaba crecer la barba como un fanático religioso o se dejaba las mejillas sin afeitar durante días como un pirado, y al contemplar satisfecho mi indignación, iniciaba una pelea. Acabábamos gritándonos y él se marchaba dando un portazo.

En la época de la universidad, empezó a ir con más frecuencia a Öngören para ver a sus amigos de la infancia. Allí se juntaba con un grupo de haraganes idealistas que había conocido en sus visitas a la casa de Mahmut Usta. Durante un tiempo estuvo apostando a las carreras de caballos del hipódromo de Veliefendi, que quedaba cerca de donde vivíamos, pero pronto se arrepintió. Le daba vergüenza pedirme dinero y lo dejó. Cuando hizo el servicio militar en Burdur, se sentía tan solo que se pasaba los permisos de fin de semana llamándome por teléfono sin parar de llorar. Cuando regresó por fin a casa, a mí se me saltaron las lágrimas de tristeza y de cariño al verlo tan flaco, con el pelo tan rapado, quemado por el sol y con el cuello como el rabito de una cereza. Siempre estábamos al borde de una nueva discusión, y cuando por fin estallaba nos pasábamos varios días sin dirigirnos la palabra. Durante esos períodos, él volvía muy tarde a casa o, peor aún, no venía, y yo me pasaba las noches sin poder pegar ojo. Me aterraba la idea de que mi hijo cayera en las garras de alguna chica con pocas luces, o de alguna mujer madura, agresiva y atormentada. Pero entonces, en medio de todas nuestras broncas y enfados, de nuestros silencios y malas palabras, de repente nos abrazábamos con todas nuestras fuerzas, nos dábamos un beso y hacíamos las

paces. En esos momentos me daba cuenta de que no podría soportar estar alejada de mi hijo, de que no podría vivir sin él.

Como ya estábamos muy distanciados de su padre (o del que él creía que era su padre), a Enver no le afectó especialmente nuestra separación oficial, ni tan siquiera su muerte. Yo atribuía sus ataques de furia, sus arrebatos injustificados y su carácter cada vez más huraño e intransigente a su naturaleza sensible y al hecho de haber crecido sin una figura paterna. Pero también me preguntaba a veces si la razón principal no sería la falta de dinero. Así que, cuando vi aquellos anuncios en los periódicos en los que aparecían Cem y sus grandes proyectos inmobiliarios, y cuando me enteré por los mismos periódicos de que gracias a los avances médicos occidentales podía determinarse con precisión la identidad del verdadero padre con unas pruebas que ahora aceptaban los tribunales turcos, todo aquello me dio que pensar.

Cuando era joven, ni se me habría pasado por la cabeza embarcarme en un proceso semejante. Utilizar las leyes del Estado y a la policía para acorralar a un hombre que de otro modo nunca reconocería la paternidad de su hijo; esgrimir la amenaza de otra demanda para sacar más dinero; presentarme en el acto que él había organizado y llamar su atención... Mi hijo se sentía horrorizado por todo lo que estaba haciendo. Pero también entendía que todo aquello era por su bien, y en cuanto se le pasaban los arrebatos de furia, transigía.

Lo verdaderamente difícil no fue convencerme a mí misma, sino a mi hijo. Durante meses le supliqué y lo engatusé para que pusiera la demanda; discutimos y peleamos de forma incesante. Obviamente, era pedirle demasiado que aceptara que su madre había tenido una aventura extraconyugal de la cual había nacido él, y que encima se lo hubiera ocultado durante todos estos años. Cuántas veces me preguntó entre abochornado y furioso «¿Estás segura?», y cuántas veces le contesté «Hijo, ¿te lo habría dicho si no estuviera segura?». Y unas veces él, y otras yo, apartábamos la vista y nos quedábamos en silencio.

Pero la mayoría de las veces peleábamos a voz en grito. «¡Es por tu bien, hijo!», le decía yo. Era mi alegato más eficaz. Durante una de aquellas peleas, agarró la foto de la mujer del pelo rojo que había colgada en la pared y la

rompió por la mitad. Me dijo que había descubierto en internet que aquella mujer era tan mala como yo. Así que la busqué yo también. Me enteré de que el cuadro que había recortado de la revista había sido pintado por Dante Gabriel Rossetti, quien, fascinado por la mirada dulce y los hermosos labios de su modelo, se había enamorado y se había casado con ella. Pegué la foto con celo y la colgué de nuevo en su sitio.

Con mi hijo solo se podía abordar el tema de la demanda de paternidad cuando bebía *raki*, cuyo efecto le daba esa seguridad confiada que le permitía hablar de todo, pero que también podía exacerbar su intransigencia e irritabilidad y acabar soltándole a su madre imprecaciones propias de soldados de provincias, antes de marcharse dando un portazo. Siempre terminaba aquellas peleas insultándome y repitiéndome que no quería tener nada que ver con una puta como yo (o cosas peores por el estilo), y se marchaba a Öngören como solía hacer cuando acabó la universidad. Pero al llegar la noche se daba cuenta de que no podía aguantar estar solo, y entonces volvía a tomar el tren y se presentaba en casa para la cena al cabo de un día o dos.

–Qué bien que hayas venido –le decía yo–. He hecho albóndigas de Esmirna.

Y entonces nos poníamos a hablar del tiempo, a charlar de esto y de aquello, como si un par de días antes no hubiera pasado nada entre nosotros. Después de la cena nos sentábamos uno al lado del otro en el sofá, una madre y un hijo viendo la televisión, como solíamos hacer en su infancia y su adolescencia mientras esperábamos por la noche a que regresara su padre. Cuando el programa se acababa, se mostraba demasiado orgulloso para admitir que no tenía ganas de volver a su casa para pasar la noche él solo, así que preguntaba «¿Qué ponen ahora?», y se quedaba viendo con la misma seriedad lo que estuvieran echando en otra cadena.

No tardaba en acurrucarse y quedarse dormido enfrente de la televisión, y entonces yo lo observaba en silencio y me remordía la conciencia por no haber sido capaz de encontrarle una chica apropiada para casarse. Pero tenía muy claro que a mí no me gustaría la joven que a él le gustara, y que él tampoco dudaría en rechazar, por puro despecho, a cualquier chica que yo eligiera para él, así que el remordimiento nunca se convertía en un dolor

profundo. Además, mi hijo no tenía los medios económicos ni sociales que pudieran garantizarle un buen matrimonio.

No me he arrepentido de ninguna de las decisiones que he tomado en la vida desde el día en que empecé a teñirme de rojo. De lo único que sí me arrepiento es de haber insistido tanto en que mi hijo conociera a su verdadero padre y que intentara llevarse bien con él. Enver se oponía rotundamente a la idea, aunque tampoco la desestimó nunca del todo. La mayoría de las veces me acusaba de ser una fantasiosa, o de estar haciendo todo aquello por dinero. No es casualidad que todos los periódicos lo acusaran a él de lo mismo tras la muerte de Cem. Pero mi Enver no tenía intención de matar a su padre. Y en verdad tampoco puede considerarse un parricida, a pesar del uso indiscriminado que toda la prensa hizo de esa palabra tan repulsiva y que terminaría mancillando su nombre para siempre.

Mi hijo tan solo intentó defenderse contra la furia ciega de un hombre armado con una pistola, que desgraciadamente resultó ser su padre. La única razón por la que había ido al pozo aquella noche era la de poder reunirse finalmente con el padre al que nunca había conocido. Yo fui la que despertó en él ese deseo; y ahora me arrepiento de ello. Pero de lo que no me arrepiento en absoluto es de haberle contado en su infancia todas aquellas historias de Rostam y Sohrab, de Edipo y su madre, o del profeta Abraham y su hijo. Y en cuanto a los jóvenes, los estudiantes y todos aquellos tipos furibundos que venían a nuestra carpa amarilla del teatro... a ellos nadie les había contado nunca esas historias, pero de algún modo todos parecían conocerlas. Como cuando, muy en el fondo, seguimos sabiendo cosas que ya hemos olvidado.

No importa lo que alegara el fiscal: que mi hijo conociera esos viejos relatos, que fuera consciente de que en ocasiones la vida imita a las leyendas y los cuentos no demuestra su culpabilidad. Enver habría deseado encarecidamente marcharse del pozo sin haber causado la muerte a su padre. Pero ¿tuvo siquiera un momento para detenerse a pensar en ello mientras forcejeaba con su padre tratando de arrebatarse la pistola? Mi hijo mató a su padre por accidente. Eso me quedó muy claro cuando escuché su sincero testimonio de lo que había ocurrido. Y también debió de quedar claro para muchos de los periodistas que estaban presentes, aunque prefirieron engañar

a sus lectores y no dejaron que la verdad les estropeará una buena historia.

El enorme éxito empresarial de Sohrab, la increíble fortuna de Cem, el hecho de que los avances en medicina permitieran que Enver se enterara tantos años después de quién era su verdadero padre, y que al final acabara matándolo... Todo aquello era una carnaza demasiado succulenta para la prensa. También corrieron ríos de tinta para contar mi desgarradora aparición final entre lágrimas en el lugar de los hechos. Los periodistas más benévolo adoptaron un tono melodramático para explayarse describiendo el sufrimiento de «la antigua actriz de teatro y doblaje» que había presenciado cómo su hijo mataba a su padre. En cambio la prensa más maliciosa, la misma que publicaba los anuncios de Sohrab, publicó infaustas calumnias afirmando que yo no engañaba a nadie con mis lágrimas de cocodrilo, que aquello no había sido un accidente sino un asesinato que madre e hijo llevábamos años planeando con todo detalle, y que lo único que nos movía era la ambición por apropiarnos cuanto antes de la fortuna de un hombre que no tenía descendencia. Presentaron mi pelo rojo como prueba irrefutable de mi carácter rastrero. No importaba para nada que no fuera mi hijo, sino su padre, quien se había presentado en Öngören con su pistola Kırıkkale y que la hubiera sacado en un arrebato de cólera allí junto al pozo...

El arma estaba registrada a nombre de Cem; el juez tendrá eso en cuenta a la hora de evaluar la buena voluntad de mi hijo, junto con la falta de pruebas de que hubiera premeditación alguna por nuestra parte. Estoy convencida de ello. Sin embargo, la prensa ha obviado todos esos detalles. Así que Enver y yo hemos pasado a la historia de Estambul como la malvada madre pelirroja y su hijo que han asesinado al padre llevados por la codicia. Es algo que me duele en el alma. Cada vez que voy a visitar a mi hijo a la prisión de Silivri, siempre hay algún recluso malcarado que me clava una mirada asesina o me suelta alguna indecencia basada en las calumnias que ha leído en la prensa; e incluso los carceleros más diligentes me miran a veces con una cara que hace que me quiera morir. Esas palabras y miradas acusatorias resultan infinitamente peor que todos los gritos de «¡Desnúdate!» que tuve que soportar de aquellos sinvergüenzas salidos en el teatro, y eso fue lo que me empujó a pedirle a Enver que escribiera la historia de cómo había acabado matando a su padre por accidente. Le dije que cuando el juez leyera el libro

no tendría más remedio que absolverlo sobre la base de que había actuado en legítima defensa. Pero para presentar la historia en todo su contexto, debía empezar el relato desde el mismísimo principio, desde aquel verano en que su padre fue a Öngören para cavar aquel pozo; lo cual significaba que yo debía ayudarlo averiguando todo lo que había ocurrido antes y después de aquello. Esto convierte el libro que tenéis en las manos en un alegato de defensa dirigido al tribunal penal de Silivri. Hay que leerlo entero –y no solo las páginas que siguen– atendiendo a todos los detalles aportados como pruebas para su escrutinio legal, considerándolo como el informe de la investigación de un asesinato. Como el *Edipo Rey* de Sófocles.

Aquel día yo presenté a mi hijo como Serhat para que le resultara más fácil acercarse a su padre, pero de algún modo eso se ha presentado como una prueba de nuestra naturaleza falaz y malintencionada. La prensa también ha publicado algunos rumores infundados acerca de la demanda de paternidad. Pero la crónica que se presenta aquí es completa e inequívocamente verídica. Así que retomo la historia donde la había dejado:

Al ver que mi hijo y su padre no volvían a la mesa del salón de banquetes, fui corriendo al pozo a buscarlos. Algunos de los presentes vinieron conmigo.

El vigilante nos condujo hasta el antiguo edificio de los comedores. Cuando entramos, un perro repugnante y furioso ladraba como si le fuera la vida en ello. Vi a mi hijo solo, sentado en el suelo a unos pasos del pozo abierto, y al momento comprendí lo que había pasado: mi hijo había matado sin querer a su padre. Corrí a su lado y lo abracé con todas mis fuerzas. Quería que supiera que lo entendía, que lo conocía demasiado bien, que lo protegería con todo mi amor y mi cariño. Primero sentí las lágrimas que se deslizaban por mis mejillas y después rompí a llorar con todas mis fuerzas, como Tahmine, la madre de Sohrab. Sí, igual que en el teatro.

Pero el dolor que sentía en esos momentos era mucho más confuso que el que sentía en el escenario. Mientras dejaba escapar aquellos aullidos desgarradores, esperando encontrar algún alivio a toda mi angustia, empecé a entender la razón de por qué hasta los soldados más insolentes, los borrachos más procaces y los perversos más despreciables se quedan en silencio ante la visión de una mujer llorando: la lógica del universo gira en torno al llanto de las madres. Y eso explicaba también por qué lloraba entonces. Lloraba por

todo, y me confortaba hacerlo, porque parecía liberar mi mente para pensar en otras cosas.

Los borrachos entrometidos que me habían seguido hasta allí estaban tratando de averiguar dónde se había metido su jefe cuando mi hijo anunció que Cem Bey (no dijo «mi padre») se había caído al pozo.

Los empleados de Sohrab avisaron a la policía. Pero antes de que llegara, apareció Ayşe, la mujer de Cem. La condujeron hasta la boca del pozo: al igual que el resto, se negaba a creer que su marido pudiera estar allá abajo, en el fondo. Me entraron ganas de abrazarla como solo una mujer abraza a otra, quería que llorásemos juntas por el padre muerto, por el hijo que lo había matado, por nuestras vidas. Pero ni siquiera me dejaron acercarme a ella.

Más tarde la prensa emplearía un tono lúgubre y ominoso al hablar de la profundidad del pozo, del agua embarrada del fondo, de lo increíble que resultaba que hace tantos años se pudiera cavar un hoyo tan hondo con solo un pico y una pala. Algunos periódicos empezaron a hablar del destino, y aunque me costaba darles crédito, tampoco me disgustaba la idea.

Los días que siguieron a la detención de mi hijo habría dado cualquier cosa por poder hablar con Ayşe Hanım, consolarla por su pérdida, mitigar el odio que nos tenía. Quería explicarle que, como mujeres, no teníamos ninguna culpa de lo ocurrido, porque todo había sido dictado por los mitos y la historia. Pero, como es lógico, Ayşe Hanım estaba más interesada por lo que leía a diario en los periódicos que por lo que contaban los viejos libros y las leyendas. Y lo que acabó de hundirnos aún más fue que los empleados de Sohrab filtraran rumores a la prensa, a los mismos periodistas que afirmaban que mi hijo había matado a su padre por la herencia y que yo estaba detrás de todo el plan.

La policía encontró un solo casquillo de bala junto al pozo. Pero ni rastro de la pistola. Un buzo acostumbrado a sumergirse en las corrientes más profundas y turbulentas del Bósforo se descolgó con una cuerda hasta adentrarse en las aguas cenagosas del pozo y rescatar el maltrecho cadáver de Cem, que en solo dos días estaba ya irreconocible. El padre de mi hijo fue sometido a una cruel autopsia en la que le extrajeron y diseccionaron todos y cada uno de sus órganos. Como no encontraron restos del agua turbia del fondo en sus pulmones, quedó claro que Cem ya estaba muerto antes de caer

al pozo.

La misma autopsia reveló la causa de la muerte. El dictamen del forense apareció al día siguiente en la primera plana de todos los periódicos: «¡Disparó a su padre en el ojo!». Pero nadie escribió sobre la lucha encarnizada de ambos junto al pozo, ni tampoco mencionaron la declaración que había hecho mi hijo ante el tribunal, en la que explicó que solo había actuado para defenderse y que la pistola se había disparado por accidente mientras trataba de desarmar a su padre.

El juez ordenó que el buzo se sumergiera de nuevo en el agua fangosa, y en esta ocasión salió a la superficie con la pistola Kırıkkale. Nuestra situación ante los tribunales cambió, ya que sin duda ayudaría a nuestra defensa el hecho de que el arma estuviera registrada a nombre de Cem y que la bala que le atravesó el ojo izquierdo proviniera de ese cañón, según el informe de balística. Cada vez estábamos más convencidos de que el juez dictaminaría que mi hijo había actuado en defensa propia y que no era ningún asesino. No se trataba de un caso en que el hijo furioso había llevado el arma hasta el pozo, sino que la había llevado el padre por miedo al hijo.

A raíz del hallazgo de la pistola, la actitud de la empresa y de Ayşe Hanım hacia mí cambió considerablemente. La posibilidad de que mi hijo no hubiera matado a su padre de forma premeditada y que fuera absuelto por haber actuado en legítima defensa suavizó bastante su animadversión, sobre todo teniendo en cuenta que Enver podría convertirse en el legítimo heredero de Cem y, por tanto, en el accionista mayoritario de Sohrab.

En nuestro primer encuentro en las oficinas de la empresa, encontré a Ayşe Hanım muy sobria y serena. ¿Habría dado crédito a los rumores despreciables que la prensa había escrito sobre mí? Por la expresión de sus ojos podía notar que estaba reprimiendo toda su amargura y su rabia en un esfuerzo por mantener la calma. Resultaba evidente que, al menos de momento, había decidido enterrar el dolor por la pérdida de su amado esposo y estaba dispuesta a intentar llevarse bien conmigo.

Traté de tranquilizarla: naturalmente no podía hablar por Enver, que todavía estaba en la cárcel a la espera de que finalizara el juicio, pero estaba convencida de que ni él ni yo teníamos la menor intención de dismantelar Sohrab, el gran imperio de la construcción que el difunto padre de mi hijo

había erigido a base de ingenio y creatividad, y mucho menos de echar a la calle a sus cientos de trabajadores. Todo lo contrario, queríamos que Sohrab fuera todavía más grande. Y también le dije que yo tenía la convicción de que Sohrab había nacido aquel día de hacía treinta años en que Mahmut Usta y el difunto padre de mi hijo habían empezado a cavar aquel pozo.

Después de dejar claro este delicado punto, le conté que ese mismo verano de 1986 Mahmut Usta y el padre de mi hijo habían asistido a nuestro Teatro de Leyendas Ejemplares, con solo un día de diferencia, y que ambos habían quedado muy impresionados por la tragedia de Rostam y Sohrab. Así pues, las lágrimas que derramé aquella noche en la carpa y las que derramé treinta años después por mi hijo y su padre junto al pozo estaban inextricablemente relacionadas por los vínculos existentes entre la vida y las leyendas.

–¡La vida imita a las leyendas! –dije emocionada–. ¿No lo cree usted también?

–Sí, yo también lo creo –dijo Ayşe Hanım educadamente.

Tuve la sensación de que ni ella ni ninguno de los directivos de Sohrab tenían intención de hacer o decir nada que pudiera contrariarnos a mi hijo o a mí.

–No olvide que yo estaba también en Öngören cuando vuestra constructora abrió el primer pozo acuífero de su historia. Y que incluso su nombre, Sohrab, fue tomado del monólogo final que yo interpretaba en aquellos días.

Ayşe Hanım parpadeó como si intentara alejar su incredulidad ante mis palabras. Estaba claro que el nombre de Sohrab no procedía de mi monólogo, sino del *Shahnameh* que Ferdousí había escrito hacía un milenio. Su marido y ella se habían pasado años investigando sobre «estos temas» (fue incapaz de decir «padres que matan a sus hijos e hijos que matan a sus padres»), examinando antiguos manuscritos y pinturas en museos de Europa y del resto del mundo. Mientras miraba por las ventanas de la sede central de Sohrab y sus ojos recorrían abstraídos el mar de rascacielos, tejados y chimeneas de Estambul, empezó a rememorar vivencias compartidas con su marido, como si quisiera darme pruebas de su feliz pasado. Me habló de un museo en San Petersburgo, de una casa en Teherán, de Atenas, de señales, símbolos y obras de arte diseminados por una extensísima geografía, y aunque su tono era enigmático, su complacencia y alegría al recordar aquellos momentos

resultaba patente. Esa mujer había vivido plenamente con el padre de mi hijo y habían sido muy felices juntos. Y, por culpa de un sistema judicial y legal arbitrario, mi hijo podía convertirse ahora en el socio mayoritario de la empresa que ella y su marido habían levantado con tanto esfuerzo, porque ellos habían sido quienes habían engendrado y criado a Sohrab hasta convertirlo en lo que era ahora.

Poniendo mucho cuidado en asegurarse de que su tono no pudiera ofenderme, o enfurecer a mi hijo, que seguía en prisión, o revelar la hostilidad que sentía hacia nosotros, Ayşe Hanım me contó la historia de su vida que habéis estado leyendo en este libro, empezando por el momento en que su marido y ella se conocieron en la época de la universidad y frecuentaban la librería de Deniz. La observé atentamente mientras hablaba, y tuve la inequívoca sensación de que estaba utilizando el relato de sus recuerdos felices como una especie de venganza contra mí. Pero no dejé que eso me afectara y la escuché con humildad; a fin de cuentas, tanto el hijo como Sohrab eran, en cierto sentido, *míos*.

Durante mis siguientes visitas a la cárcel de Silivri, fui contándole a mi hijo algunas de las historias que Ayşe Hanım me relataba. Pese a lo lejos que estaba de Bakırköy, y pese a los tres autobuses que tenía que tomar para llegar hasta allí, cada vez que me plantaba ante las puertas de la prisión me preguntaba qué podría significar que Enver estuviera recluido justo allí, a solo cinco kilómetros del lugar donde su padre y Mahmut Usta habían cavado aquel pozo, en aquella cárcel que era, como proclamaban orgullosos los guardias y carceleros, no solo la más grande de Turquía, sino «de toda Europa». Una vez que cruzaba las puertas, tenía que pasar por un interminable laberinto de arcos de seguridad, guardianas que mientras me cacheaban con manos expertas siempre hacían alguna observación insidiosa sobre mi pelo rojo, salas de espera, puertas que se abrían y se cerraban, cerrojos que se abrían y se cerraban, más salas y pasillos, hasta que al final acababa perdiendo todo sentido del espacio y el tiempo. Mientras esperaba a que mi hijo apareciera al otro lado de los cristales insonorizados de la sala de visitas, mi mente se perdía en vagas ensoñaciones, confundiéndolo con otros internos, a veces quedándome adormilada o perdiendo cada vez más los nervios tratando de contener mi rabia, y cuando al final llegaba, era como si

la persona al otro lado del cristal no fuera mi hijo, sino su padre muerto... no, su abuelo muerto.

Cuando nuestro abogado estaba presente, hablábamos primero de las últimas novedades del proceso judicial, de las sandeces que publicaba la prensa, de las penurias que Enver estaba sufriendo en su pabellón. Se quejaba del trato humillante de aquellos que creían que había matado a su padre por dinero, de la espantosa comida de la cárcel, y de su frustración sobre los rumores constantes de absolución que al final no llegaban a ninguna parte. Contaba historias atroces sobre los kurdos y los periodistas opositores que ahora ocupaban las celdas donde antes estuvieron encerrados los militares golpistas, y nos pedía que escribiéramos otra de aquellas instancias inútiles solicitando mayor privacidad, más tiempo de aire libre o la revisión de alguna pena injusta. Solíamos demorarnos tanto con estos asuntos que la hora de visita se pasaba sin que pudiéramos hablar de las cosas tiernas y personales que deberían contarse una madre y un hijo.

Pero, generalmente, durante esos encuentros no había nadie que escuchara nuestras conversaciones, aparte del guardián. Recordando las historias que me había contado Ayşe Hanım y que había leído en los libros que ella mencionaba, trataba de explicárselo todo a mi hijo como si aquellas ideas y fantasías fueran mis propias reflexiones. A Enver no le gustaba que le hablara de aquellas leyendas antiguas porque le recordaban demasiado a su crimen, y a menudo fingía no entender adónde quería ir a parar con todo aquello. No me creía cuando le decía que aquellas historias me las había contado el difunto Mahmut Usta, pero aun así me escuchaba. Porque yo tenía la sensación de que lo importante no era la leyenda en sí, sino el mero hecho de estar los dos juntos, hablando cara a cara. En ocasiones me quedaba callada y pensativa durante un rato, tratando de contener las lágrimas al ver cómo mi hijo se estaba poniendo cada vez más corpulento y adoptando rápidamente el porte de un auténtico delincuente.

Lo más duro era separarnos cuando se acababa la hora de visita. Yo conseguía de algún modo abandonar la sala, pero mi hijo, como le ocurría cuando era pequeño, no tenía fuerzas para despedirse, y se quedaba allí de pie, ignorando valientemente la advertencia del guardia de que el tiempo se había acabado, incapaz de soportar la idea de volver a su celda. Allí de pie

junto a la puerta, mirando con impotencia cómo me marchaba, me recordaba a aquellas veces, cuando aún era demasiado pequeño para ir al colegio, en que me suplicaba que no lo dejara solo ni para ir cinco minutos a comprar al colmado. «Estaré de vuelta en un momento», le decía, pero él no me creía. Me seguía hasta la puerta y se agarraba con todas sus fuerzas a mi falda y a mi brazo, gritando «¡Mamá, no me dejes!» y sin dejarme marchar, como si estuviera convencido de que en cuanto saliera por aquella puerta no volvería a verme nunca más.

Nuestra mayor alegría y consuelo eran las visitas mensuales en las que se permitía el contacto físico entre el recluso y los familiares. Todo el pabellón de Enver vivía con gran emoción esos encuentros, y esperábamos pacientemente a la próxima visita, quedándonos destrozados si con motivo de algún castigo se posponían, y alegrándonos inmensamente cuando se anunciaban nuevos encuentros a raíz de alguna orden ministerial decretada desde Ankara por las fiestas religiosas o con cualquier otro pretexto. Debido a la gran cantidad de presos kurdos y militantes de izquierdas, estaba prohibido entrar en la cárcel comida, libros o teléfonos móviles. Pero a cambio de un pequeño soborno a los guardianes, pude aprovechar esos encuentros para llevarle a mi querido hijo los cuadernos de poemas que tenía en Öngören, sus lápices y un par de sus antologías de poesía favoritas. Me di cuenta de que escribir constituía para él una buena terapia para aliviar su sufrimiento y mitigar su rabia. Así que le propuse que escribiera la historia de su vida, incluyendo todas estas vicisitudes que ahora estaban llegando a su fin, en forma de novela. Y, durante nuestros encuentros, me aseguré de comprobar los progresos de su obra.

En aquella sala de visitas del pabellón de reclusos comunes, abarrotada de contrabandistas, asesinos, atracadores, ladrones y estafadores reunidos felizmente con sus familiares y amigos, mi hijo y yo buscábamos un rincón apartado y nos abrazábamos muy fuerte. En cuanto sentía mi contacto, su rostro se iluminaba con aquella misma expresión de felicidad que ponía cuando lo bañaba de pequeño. Entonces se lanzaba a hablar alegremente de los presos que había conocido, de los guardianes corruptos y los chanchullos que se traían, asegurándome que en el fondo, aunque no le creyera, la vida allí dentro no estaba tan mal. Y luego se armaba de valor y me recitaba

alguno de los poemas que había compuesto sobre las vistas desde la ventana de su celda o sobre el cielo por encima del patio.

Después de expresar mi sincera admiración por los hermosos poemas de mi hijo, dirigía la conversación hacia la novela que debía escribir, no solo para convencer al juez de su inocencia, sino porque también era una historia moral de carácter ejemplarizante que la gente debía conocer. Le hablaba de mis últimas reflexiones, y también de los relatos de Edipo y de Sohrab (ninguno de los dos libros estaba en la biblioteca de la cárcel, pero también había conseguido llevárselos a cambio de un pequeño soborno), del catártico viaje a Teherán de su difunto padre, del verano en que nos conocimos, de mis años de actriz en el teatro, de las obras que representábamos en la carpa amarilla, y del significado del extenso monólogo que declamaba al final de la función. «Solo actuaba para poder recitar aquel monólogo final que me salía de muy adentro», le decía a mi hijo mirándolo intensamente a los ojos.

En ocasiones nos quedábamos callados, simplemente contemplándonos durante largo rato como si fuera la primera vez que nos veíamos. Le quitaba una bolita o una pelusilla del jersey de lana, toqueteaba un botón medio descosido de su camisa, pasaba mis dedos delicadamente por su pelo alborotado. Muchas veces quise preguntarle si se acordaba mucho de su infancia, por qué había estado tan furioso todo aquel tiempo, por qué le había metido una bala a su padre en el ojo, y por qué *ahora* parecía tan feliz. Pero, al final, siempre me contenía. Me limitaba a cogerle las manos, a acariciarle los brazos, los hombros, la espalda, el cuello. Él también tomaba las manos de su madre de sesenta y dos años, y se las besaba respetuoso como un amante.

El día de la última fiesta del sacrificio, volvimos a sentarnos el uno junto al otro y a mirarnos fijamente a los ojos antes de abrazarnos en silencio. Era un día soleado de otoño. Mi hijo me anunció que por fin iba a empezar a escribir la novela en la que lo contaría «todo». Tenía tantas ideas en su cabeza, me dijo, como estrellas había en el cielo nocturno que se veía por la ventana de su celda. Resultaba muy difícil comprender la magnitud de todas esas estrellas, como difícil era expresar todas aquellas emociones con palabras. Sin embargo, buscaría inspiración en otros libros. En la biblioteca de la cárcel estaba prohibida la literatura política, pero había encontrado

obras como el *Viaje al centro de la Tierra* de Julio Verne, los cuentos de Edgar Allan Poe, poemarios antiguos y una antología titulada *Nuestros sueños, nuestra vida*. Iba a leerlos como lo había hecho su padre de joven, y entonces comprendería cómo habían influido en su manera de pensar y podría ponerse en su piel. Me preguntó cosas sobre él. Respondí a sus preguntas emocionada y lo abracé con alegría, y percibí llena de felicidad que aún conservaba ese olor que desprendía su cuello cuando era pequeño: una mezcla de jabón barato y galletas. Cuando la visita se acercaba a su fin, rogué a Dios que en ese día de fiesta diera fuerzas a mi hijo para separarse de su madre.

–Volveré el lunes –dije sonriendo. Saqué del bolso la foto pegada con celo de la mujer del pelo rojo de Dante Gabriel Rossetti, y se la di-. ¡Hijo, me hace tan feliz saber que por fin vas a escribir esa novela! –añadí-. Cuando la termines, pon esta foto en la cubierta, y espero que puedas encontrar un poco de espacio para contar lo hermosa que era tu madre de joven. Mira, esta mujer se parece un poco a mí. Naturalmente, tú sabes mejor que yo cómo tienes que empezar tu novela, pero creo que debería ser algo sincero y legendario al mismo tiempo, como los monólogos que yo recitaba al final de nuestras actuaciones. Debería ser creíble como una historia real, y a la vez resultar familiar como una leyenda. De esa manera todo el mundo, y no solo el juez, entenderá lo que intentas decirles. No olvides que tu padre también quiso siempre ser escritor.

Enero-diciembre de 2015



Orhan Pamuk nació en Estambul, Turquía, en 1952. Premio Nobel de Literatura 2006, realizó estudios de arquitectura y periodismo, y ha pasado largas temporadas en Estados Unidos, en las universidades de Iowa y Columbia. Es autor de las novelas *Cevdet Bey e hijos* (Literatura Random House, 2013), *La casa del silencio* (Debolsillo, 2006), *El castillo blanco* (Literatura Random House, 2007), *El libro negro* (Debolsillo, 2008), *La vida nueva* (Debolsillo, 2009), *Me llamo Rojo* (Debolsillo, 2009), *Nieve* (Debolsillo, 2011) y *El museo de la inocencia* (Literatura Random House, 2009), así como de los volúmenes de no ficción *Estambul. Ciudad y recuerdos* (Literatura Random House, 2006), *La maleta de mi padre* (Literatura Random House, 2007), *Una sensación extraña* (Literatura Random House, 2015) y *La mujer del pelo rojo* (Literatura Random House, 2018), y de la colección de ensayos *Otros colores* (Literatura Random House, 2008).

Su éxito mundial se desencadenó a partir de los elogios que John Updike dedicó a la novela *El castillo blanco*. Desde entonces ha obtenido numerosos reconocimientos internacionales: el premio al Mejor Libro Extranjero en Francia, el Grinzane Cavour en Italia y el premio internacional IMPAC de Irlanda, los tres por *Me llamo Rojo*. En 2005 recibió el Premio de la Paz de los librereros alemanes.

Con la publicación de *Nieve*, novela por la que en 2006 fue galardonado con el Prix Médicis Étranger, Orhan Pamuk pasó a ser objetivo predilecto de los ataques de la prensa nacionalista turca.

Tras la obtención del Nobel de Literatura en 2006, su proyección internacional se consolidó definitivamente, y sus libros han sido traducidos a más de cuarenta idiomas.